

*El*  
**manual**  
*de instrucciones*  
*de*  
**Mar**

**Yanira García**

*Las señales  
existen 2*



**Bookit**

*El*  
**manual**  
*de instrucciones*  
*de*  
**Mar**

**Yanira García**

*Las señales  
existen 2*



**Bookit**

# El manual de instrucciones de Mar

*El manual*

*de instrucciones*

*Mar*

*de*

*Las señales existen vol.2*

Yanira García



1.<sup>a</sup> edición: Diciembre 2017

Copyright

© Yanira García 2017

© Editorial LxL 2017

[www.editoriallxl.com](http://www.editoriallxl.com)

[dirección@lxleditorial.com](mailto:dirección@lxleditorial.com)

ISBN: 978-84-17160-39-5

ISBN Serie las señales existen: 978-84-17160-15-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

«Tú eres la casualidad  
más hermosa que me trajo el cielo.

Quién dijo que yo estoy  
despierto si no paro de soñar».

*Alejandro Sanz & Marc Anthony*

«Deja que te bese»

## *Agradecimientos*

La primera vez que escribí unos agradecimientos, lo hice con ilusión, pero también con cierto miedo. Miedo a que no gustase, a no haberlo hecho del todo bien... En esta ocasión, los escribo con ilusión, porque han pasado cinco meses desde que Alma y Jaime vieron la luz, y ellos dos dieron el pistoletazo de salida a una parte de mi vida que me hace tremendamente feliz.

Durante todo este tiempo, han habido muchas personas que han formado parte de este proyecto, de esta historia; personas que me han apoyado desde el principio y personas que han aparecido para hacerme sentir más completa, mejor.

Quiero agradecer a Roberto, mi pareja, por todos esos ratos que dedica de lleno a cuidar y jugar con Pablo para que yo pueda sentarme delante del ordenador y darle vida a mis personajes. Gracias también por esos booktrailers que tanto trabajo te llevan y no descansas hasta que quedan perfectos. ¡Vales oro!

No pueden faltar entre estas líneas, Desi y María. Os vuelvo locas, os cuento mil y una historias, os mando fotos, os pido opinión; que leáis, que me escribáis, que opinéis, que suspiréis y siempre, siempre, superáis mis expectativas. ¡Qué sería de mí sin ustedes! Aquí no vale eso de buscarme a otras ¡ehh!

A mis lectoras cero; todas y cada una de ellas, que me leen con ansias y me escriben para decirme que las he enamorado: Mati, Ana, Ruth Clapes, Guaci, Elena, Davinia muchísimas gracias.

Quiero agradecer especialmente a mi amiga Mada, por participar en todas y cada una de las lecturas que le propongo, por apoyarme incondicionalmente y poder contar con ella, no solo como lectora, sino como persona. ¡Eres especial!

Ruth Cruz, no eres una simple supermami. Entraste en mi vida como todas esas cosas que no se esperan pero que se necesitan. Siempre con tus palabras de ánimo, siempre valorando lo que hago y ¡cómo no!, suspirando por mis hombres. Este es el comienzo de algo grande, me dices siempre... Si así es, lo veremos juntas.

Conocí hace pocos meses a un grupo de escritoras canarias... ¿cómo se llamaban? ¡Ah, sí! ¡Románticanarias! Son muchas, pero se hacen pocas. Son

maravillosamente especiales y están jodidamente locas. Me acogieron y adoptaron como si fuese una más, sin tener en cuenta que soy chicharrera y la mayoría canarionas, ¡para que digan que los piques entre islas son malos! Es muy difícil explicar lo que se siente al formar parte de ese grupo; somos compañeras de profesión pero, ahí, dentro de ese grupo donde cada día pido un resumen porque es imposible seguir las, hay sentimientos inigualables; compañeras, madres, expertas en montajes, psicólogas, consejeras maritales y sexuales, enfermeras... pero, por encima de todo, amigas. Haberos encontrado ha marcado un antes y un después ¡perras canelas!

Voy a nombrar de manera especial a Raquel Antúnez, porque estamos lejos pero estamos cerca. Sabes que te leía antes de conocerte y te seguía..., ahora que te conozco, te seguiré más aún porque eres increíble. El 2017 te trajo hasta mí por algo, probablemente para quedarte forever and ever. ¡Tenemos muchas cosas de las que reírnos aún!

Gracias a LXL editorial por darme la oportunidad de estar ahora mismo viviendo todo esto. Especialmente a Angy, por esos audios que molan mucho aunque se te vaya el dedo, ja ja, y a Noelia por sus GIF que siempre te hacen reír. Ya sabéis chicas ¡RT!

Y por último, pero no menos importante, a todas esas personas que me escriben sin conocerme, que me mandan mensajes privados, que dejan sus comentarios en las plataformas digitales, las que publican fotos y me etiquetan, las que me mencionan y recomiendan, las que me leen y organizan lecturas conjuntas de mis libros; y a ti, que si estás leyendo estas líneas es porque algo me ha llevado hasta tus manos, ya sabes, ¡las señales existen!

¡Gracias!

Para una experiencia completa del libro, aquí tienes la playlist. Escucha cada canción y vive la historia junto a Mar y Gerard.



# Capítulo 1

*Noviembre 2015*

Si cierro los ojos ahora mismo, e inspiro profundamente, soy capaz de sentir cómo el olor del salitre entra por mis fosas nasales e invade todos mis sentidos. No lo voy a hacer porque no quiero privarme de nada, quiero que todos, y cada uno de ellos estén en alerta y funcionen a la par, que sea un cúmulo de sensaciones y que todas me impregnen y se queden en mí.

Las vistas, desde este lugar, son espectaculares. Majestuoso, azul, profundo, intenso, inmenso... Eso es lo que percibo ahora mismo mientras diviso, desde mi posición, la costa que se encuentra frente a mí.

Ibiza. La ciudad legendaria de los veranos de fiestas interminables e inviernos para los habitantes de siempre. Es un pequeño Caribe, sin duda alguna; arena blanca y fina, aguas cálidas y transparentes, el paraíso de todo visitante, de todos los que vengan en busca de sol y playa. Lamentablemente no es mi caso. Me encuentro aquí por trabajo, principalmente, porque cierto es, y debo confesarlo, que tengo la intención de sumergirme en esas aguas que observo fascinada.

Cada otoño, acudimos a una fiesta que se celebra en algún punto del territorio español y este año en concreto, Ibiza ha sido la elegida. No había estado anteriormente, por eso es, por lo que me encuentro tan hipnotizada con todo lo que me rodea. Vivo en Tenerife, y encontrarme aquí, frente al mar, me hace sentir como en casa.

Dicen que Ibiza es una isla rodeada de hechizos y de leyendas mágicas. Desde tiempos inmemorables, se han contado miles de fábulas, mayoritariamente sobre la más grande de las Pitiusas. Obvio que la razón es la cantidad de culturas de las que se ha empapado la isla, todas ellas, dejando su huella y su pequeña historia, la cual ha ido marcando el día a día del que vive aquí. Para nadie es desconocido que Ibiza es una isla con un encanto peculiar, con un aura misteriosa, de ahí que se la conozca como «La Isla Mágica». Nostradamus ya lo dijo: «Ibiza será el último refugio de la Tierra». Y en ese refugio me encuentro yo, en busca de nada y de algo, en busca de mí misma. Necesito volver a encontrarme, aunque quizás este no sea el lugar para hacerlo.

Esta noche se celebra el evento. Me encuentro alojada en el Ushuaia Beach Hotel, frente a la Playa d'en Bossa. Mi habitación es The Fashion Victim Suite, aunque el nombre no es muy de mi estilo, porque no va mucho con mi forma de ser, debo decir que impresionante es quedarse corta. No es una habitación grande, pero la majestuosidad de la misma se la otorga la manera en la que está decorada, los muebles, el estilo y la clase que se respira en ella. En el centro de la habitación se encuentra una estructura blanca y redonda en la que se halla la cama, está integrada dentro del espacio como si ella fuera la reina total del lugar. A la izquierda hay una ducha, con una mampara ovalada. El resto de piezas que conforman el servicio, se encuentran tras la pared de la cama, que está decorada en tonos grises, con cortinas negras, cada detalle cuidadosamente seleccionado para dar la concordancia al espacio. Al lado de la ducha hay un espejo con una butaca negra preciosa, de piel de melocotón, que incita a sentarse en ella y recorrerla con los dedos, por el simple hecho de notar el tacto bajo la yema de los mismos. Colgado de un pilar color plata, se encuentra un televisor de dimensiones incalculables. Frente a la cama hay una barra americana, blanca, en armonía con los muebles del dormitorio. Un conjunto de luces de cristal colgantes hace las delicias de la habitación, parecen estrellas en el espacio. Lo hacen cálido y cadencioso. El techo está cubierto de círculos de espejo, no quiero pensar siquiera lo erótico que resulta. Y mi espacio favorito, sin duda, es donde me encuentro ahora mismo. He dejado todo esparcido, incluidos mis zapatos, deslizado mis dedos por el cierre y abierto la puerta con decisión, dejando que traspasen las sensaciones y se fundan conmigo. Es una terraza blanca, neutra. Cuenta con unos sillones del mismo color, que no parecen los más cómodos del mundo, pero compensa con las vistas y la templanza del espacio. Sin duda, la emisora ha acertado en usar este hotel para alojarnos. No hay replica posible, es de los mejores sitios en los que celebraremos la reunión anual.

Creo que es hora de que me presente, mi nombre es Mar Villareal y soy periodista. Trabajo para Radio Station. Es de emisión nacional, aunque yo desarrollo mi labor en la filial de Tenerife. Presento el programa *Quiero Contarte que te Quiero Contar*, y estoy muy orgullosa porque tiene muchísimo éxito. Se emite varias veces por semana y los oyentes llaman y me cuentan sus situaciones, experiencias, vivencias, dudas, problemas..., y yo les aconsejo, hago un poco de psicóloga, sí, lo sé, ¡pero me encanta!

Estamos barajando la opción de ampliar las emisiones y buscar un hueco para poder estar en antena todos los días. ¿Qué mejor reconocimiento para un profesional que el que tengo ahora mismo?, que la audiencia de mi programa vaya en alza y que la gente siga participando.

Debo ponerme en marcha si quiero estar perfecta esta noche. Entro en mi habitación Fashion Victim y me voy directa a esa ducha, la verdad es que sería perfecto enjabonarse en ella mientras tu pareja te observa detenidamente desde la barra. Intimidación, lo que se dice intimidación, poca hay en este espacio tan caro y bien decorado. Conecto antes de entrar en ella mi lista de reproducción de Spotify y de manera aleatoria comienza a sonar «Vivir mi vida», de Marc Anthony

Voy a reír, voy a bailar  
Vivir mi vida la la la  
Voy a reír, voy a gozar  
Vivir mi vida la la la  
(...)

Creo que las personas deberíamos tomar determinadas estrofas de canciones, independientemente de que te guste el género o no, y hacerlas nuestro himno personal, porque la vida es una y no vale la pena derrocharla sufriendo. Mi abuelo decía que lo que nos llevamos de la vida es lo que vivimos, si la malgastamos sufriendo, no habremos sabido aprovecharla, no habremos sabido sacarle el jugo.

Marco el número de recepción, para indicar que estoy preparada para que suba una estilista y me ayude a peinarme y maquillarme, es un evento importante, donde acudirán todos los altos cargos de la emisora, además de compañeros e inversores de la misma.

Al poco, tocan suavemente la puerta, abro envuelta en una toalla y aparece una chica jovencita, con facciones muy dulces.

—Adelante —susurro bajito para no asustarla.

—Gracias —responde escuetamente, sin siquiera mirarme a la cara.

—¿Dónde me coloco?

—Lo mejor sería que nos pusiésemos delante de aquel espejo, así puedes ir viendo el proceso y comentando conmigo si te gusta o prefieres otra cosa. Antes que nada, ¿podrías enseñarme el vestido que te vas a poner?

Me dirijo al armario, con paso firme, y saco mi vestido.

—¡Guauuuuuuu! —exclama—. Sin duda, esta noche serás el centro de atención. Vas a estar preciosa.

—Gracias, nena —respondo amablemente a su piropo.

Comienza moviendo mi cara de un lado a otro, supongo que para ver los ángulos y decidir qué es lo mejor que me sentaría teniendo en cuenta mis facciones y ese vestido que me ha costado un riñón y parte del otro. Se mueve de manera segura y enérgica. La timidez que emitía en un principio no tiene nada que ver con la confianza y agilidad que muestra ahora, se nota que le gusta su trabajo y que disfruta con él. Y, por supuesto, se refleja en el espectacular resultado.

Mi melena rubia está suelta. La parte delantera de la misma está dividida como si de una cinta se tratase, me ha hecho una raya central de varios centímetros y ha separado el pelo en dos, dejándolo sujeto tras mis orejas. Le ha dado volumen, sin marcar, al resto de mi pelo y ha ondulado mi larga cabellera. Mis ojos castaños están maquillados en tonos tierra y me los ha perfilado mucho con *eyeliner*. Mis pestañas parecen postizas, por el cuidado y tratamiento al que las ha sometido. Los labios están sutilmente pintados con un brillo en tono marrón.

—¿Cuáles te gustan más? —le pregunto mostrándole varios pendientes que he traído.

—Mmmmm, creo que estos son perfectos —me contesta con dulzura.

—¿Tienes prisa? Me gustaría que me echaras una mano para colocarme el vestido. Por cierto, mi nombre es Mar.

—Yo soy Dania y no, no tengo prisa, he venido exclusivamente para echarte una mano y dejarte más guapa de lo que ya eres.

—¿Eres de aquí? —pregunto curiosa y restándole importancia a su halago.

—Sí. Toda mi familia ha vivido aquí generación tras generación. No sabría vivir en otro lugar que no fuese Ibiza. En verano es un poco locura, pero en invierno se vive maravillosamente.

—Yo también vivo en una isla —comienzo a narrarle—, así que te entiendo, cuando me dices que no serías capaz de vivir en otro lugar que no fuese este, porque a mí me pasa exactamente lo mismo con Tenerife.

Asiente y coge el vestido entre sus manos para comenzar a colocármelo.

—Muchísimas gracias por ayudarme, Dania. Eres un sol de niña.

Agacha tímidamente la cabeza. Y coloca en mis manos los pendientes que hemos elegido. Me sitúo delante del espejo del armario para verme y el resultado es extraordinario, tal y como había vaticinado Dania. Es un vestido

de corte sirena, rojo, impresionante, sujeto con dos tirantes gruesos que reafirman el escote en V del vestido. Ceñido por completo a mi figura hasta la mitad de mis muslos y con un pequeño fruncido en la zona del abdomen, es completo de encaje. La cola del vestido es bastante pronunciada, acentuando mucho más el encaje porque el tafetán se muestra en todo su esplendor. Inclino mi cabeza hacia la derecha para colocar los maravillosos pendientes de tres piedras, rojo, azul y verde, a cada cual mayor en tamaño e intensidad. Decido no ponerme ningún colgante a pesar de la magnitud del escote, pues le quitaría la magia a los zarcillos. Me subo en mis zapatos color *nude* y busco con la vista mi *clutch* a juego.

—Estás impresionante, Mar.

—Muchísimas gracias, Dania, esto ha sido gracias a ti —susurro cogiendo sus manos entre las mías.

—Pásatelo bien y disfruta de la magia de la isla.

Asiento y le doy un cálido abrazo como despedida. Oigo cómo termina de recoger sus cosas y se va en dirección a la salida. Me mira y me sonrío amablemente antes de cerrar la puerta y desaparecer tras ella.

Vuelvo a salir a la terraza, ya es hora de bajar, pero quiero permitirme un momento mientras veo cómo el sol termina de ponerse y da paso a un cielo despejado y un mar de estrellas que alumbran desde el firmamento.

—Allá vamos...

Cojo mi *clutch* y salgo con paso decidido. Tomo el ascensor y bajo a la zona donde se va a celebrar el evento. Conforme me voy acercando veo que hay bastantes personas repartidas por la piscina, todas, copa en mano, así que me dirijo en busca de la mía, sin duda, con algo de alcohol, este tipo de cosas se hace más llevadero. Me incorporo en uno de los grupos que se encuentra cerca de la barra y mientras le doy un sorbo a la bebida hago un barrido general con la vista al lugar. Está delicadamente decorado, con flores blancas y azules, distingo varias entre ellas; rosas, tulipanes, lirios, narcisos, peonías...: es todo perfecto.

Me adentro en la conversación, donde uno de los compañeros nos cuenta que están barajando la opción de pasarlo de la emisora a un programa televisivo y está bastante emocionado por el cambio. Parece que él hace un programa donde aconseja a las parejas sobre la resolución de conflictos. Me hace un poco de gracia, porque al final, por lo visto no soy la única que hace de psicóloga.

Alzo de nuevo la vista porque, debo confesar, que me siento observada, vuelvo a recorrer la estancia con la mirada, pero no veo nada fuera de lo normal, puede que sean cosas mías. Doy otro sorbo y vuelvo a centrar la atención en lo que sigue narrando mi compañero.

Al cabo de un rato, nos indican que debemos tomar asiento para comenzar con el *catering*. Parece que no han escatimado en gastos, es la típica comida bonita pero que no llena nada, y tú lo único que deseas es llegar a la habitación para zamparte el paquete de galletas de chocolate que te espera en la encimera de lujo. Bueno, quizás, esa es la esperanza que tengo yo, el resto me da igual.

La mesa es ocupada por varias de las personas con las que he estado antes y varios rostros nuevos que no vi el año anterior. Frente a mí, se sitúa un hombre imponente. Se me seca la boca solo con mirarlo. Está sentado, pero deduzco que tiene una altura considerable, metro ochenta y cinco, mínimo, espalda ancha, moreno, barba cuidadosamente arreglada, varias canas en los laterales de su cabeza y en su barba, que lejos de avejentar sus rasgos, los acentúan y lo hacen más sexi si fuese posible. Labios carnosos, ojos oscuros, mirada profunda, que todo sea dicho, no despega de mí. Bajo la mirada y observo cómo entre sus grandes manos y dedos largos tiene un bolígrafo que debe costar lo mismo que toda la vajilla de lujo en la que van a servir nuestra escasa comida. Observo que en su muñeca derecha tiene un reloj muy exclusivo, debe ser un Audemars Piguet o un Rolex, no estoy segura, desde esta distancia no soy capaz de distinguirlo. Huelo desde lejos los billetes que debe haberle costado, sea cual sea la marca que finalmente lleva.

Continuamos ambos haciéndonos un repaso exhaustivo, yo no tengo oportunidad todos los días de ver un espécimen de estas características sentado frente a mí. Probablemente si llevase bragas, se habrían calcinado.

La cena transcurre con normalidad, no intercambiamos palabra, no sé quién es y él no sé si sabrá quién soy yo. Cuando comienza la sobremesa, me levanto y me dirijo al servicio, voy a revisar que todo está como debe estar y de paso desconectar ya de ese ambiente que se ha cargado de prepotencia y egocentrismo. Por lo visto, mi compañero, ese al que le van a ofrecer un programa de la tele, no ha dejado de repetir una y otra vez lo orgulloso que se encuentra de sí mismo y de la oportunidad que va a tener. Él. Por eso lo del egocentrismo del ambiente. ¡Qué asco y qué ganas de volver a casa! Si es que... no encajo yo en estas cosas.

Salgo del servicio y veo que estoy cerca de una de las puertas que da acceso al paseo que lleva a la playa, miro a mi alrededor, pero veo que cada uno está centrado en sus asuntos, así que con paso firme, me dirijo allí y decido emprender el camino hacia la desconexión absoluta, ya regresaré en un rato, cuando empiecen los discursos y estén lo suficientemente pedo como para que sea divertido lo que digan y no se base en lo mismo de siempre. Cuando llego a la arena, me quito mis zapatos, maravillosos eso sí, pero incómodos como ellos solos, la de los tacones no soy yo, esa es Alma, pero para venir me prohibió traer zapato plano o cualquier variedad que me hiciera parecer poco glamurosa. Tener amigas para esto, ¿entiendes?

Subo la cola de mi vestido porque llenaré de arena esta preciosa cola de sirena y me adentro en la Playa D'en Bossa. Mis dedos se retuercen en la arena al contacto con ella, es como si volviesen a la vida después de haber estado encerrados en un minúsculo espacio que no los dejaba respirar. Mi sistema motor se pone en funcionamiento y empiezo a moverme cadenciosamente, un paso, seguido de otro y otro, hasta que me encuentro muy cerca de la orilla. Me paro en seco antes de rozar el agua y observo cómo la espuma se arremolina ante mí. Suelto la cola de mi vestido de manera instintiva, ahora ya no me importa siquiera que se llene de arena, porque las sensaciones que estoy percibiendo son mucho más intensas e importantes que lo que pueda sentir por un vestido, por algo tan material. Estiro los brazos y dejo caer mi cabeza hacia atrás, respiro profundamente y vuelvo a sentir cómo mis fosas nasales se inundan por ese olor a salitre que lo envuelve todo. Abro los ojos, sin cambiar de posición y poso mi mirada en el cielo, en la nube de estrellas que lo cubren y que hace que sea infinitamente más libre que nunca.

—¿Te importa que te acompañe? —susurra una voz tras de mí.

Sin duda, estaba tan metida en mi libertad particular que no he sido capaz de centrar el resto de mis sentidos en otra cosa que no sea yo, el mar y el firmamento.

Bajo mis brazos y vuelvo a colocarlos a la altura de mis caderas y mi cabeza vuelve a su posición original, inspiro y tomo valor para girarme y ver a quién pertenece esa voz profunda y vigorosa. Para lo que no estaba preparada era para verlo a él. Plantado frente a mí, con su pose señorial y su territorialidad haciendo acto de presencia. Llenando el espacio con su aura y su aroma a masculinidad.

—Estamos en un espacio abierto, ¿debería molestarme? —respondo un tanto arrogante.

Me mira y curva sus labios en una sonrisa de lo más granuja.

—Supongo que no, pero como parece estar a punto de volar, no quiero interrumpir, *piccola bionda*.

—¿*Piccola bionda*?

—Ajá, pequeña rubia. Te he visto salir del servicio y dirigirte a la playa, he sentido la necesidad de acompañarte hasta aquí —me cuenta el hombre desconocido.

Vuelvo a posar mi vista en el océano que se extiende ante mí, y me agacho para tomar entre mis manos el bajo del vestido y llevar mis pies hasta la orilla.

—Me llamo Gerard Gaboardi —dice cuando se coloca a mi altura, con los pantalones remangados y sin zapatos.

—Mar Villareal —respondo mientras coloco mi mano sobre la suya para estrecharla, me sorprende agachándose y besándola sin apartar sus ojos de los míos—. ¿Alguna vez has hecho una locura? —No sé bien cómo han salido esas palabras de mi boca, imagino que sin filtro, porque he dicho justamente lo que pensaba.

## Capítulo 2

Veó cómo alza una de sus cejas con aire interrogante y sonrío. Observo su perfecta dentadura, ¿habrá algo en él que no sea perfecto y que no me haga reaccionar como una quinceañera? A ver, Mar, que tienes treinta y ocho años, ya no eres una adolescente, por más que quieras volver a serlo.

—Alguna he hecho, sí —responde expectante.

Me doy la vuelta, retiro mi pelo de la espalda y permanezco inmóvil, esperando a que entienda mi suplica silenciosa.

—¿Pretendes que te quite el vestido? —pregunta titubeante.

—Ajá —contesto muy segura de mí misma.

No lo veo, pero siento el magnetismo de sus manos acercándose a mi espalda. Coloca ambas en la parte superior y sujeta firmemente la cremallera de mi vestido mientras comienza a descender, abriéndola a su paso. Una de sus manos se sitúa en mi cintura, suspira cerca de mi oreja y noto la tensión de su cuerpo.

—¿Podrías darte la vuelta?

—*Non sognarlo*<sup>1</sup> —contesta automáticamente—. Esto no me lo voy a perder por nada del mundo.

—Como quieras...

Sigo de espaldas a él, sujeto cada uno de los tirantes de mi vestido y los bajo cuidadosamente por mis brazos, dejando que toquen mi piel a su paso. Estoy siendo muy sensual, lo reconozco. Dejo que la tela caiga y se arremoline en torno a mis pies. Me he quedado completamente desnuda. Sigo de espaldas a él. He elegido el día más idóneo para no ponerme ropa interior, pero buscaba la libertad total.

Doy un paso adelante, sin mirarlo y sin dejar que me vea de frente y comienzo a caminar en dirección al agua. El primer contacto es fresco pero sorprendentemente liberador, no me giro a ver qué sucede tras de mí, puede que sea un psicópata y que se lleve mi vestido y deba volver al hotel tal y como me trajo mi madre al mundo, pero en eso se basan a veces las locuras, ¿no? En sentir la voz del corazón y dejar que tus pies vayan solos en busca de su destino.

Me sumerjo, estamos en noviembre y no es que sea la mejor época del

año para bañarse, pero estoy harta de los encasillamientos, quiero ser libre de decidir cuándo y cómo hacerlo, no cuando sea mejor o más indicado. Una vez estoy dentro del agua y que la sensación de libertad es plena, me giro y poso mi mirada en el hombre desconocido cuyo nombre ahora sé: Gerard Gaboardi. Como diría Érika: «*Mecagüentodo*», si es que hasta el nombre me pone mala mala.

Para mi sorpresa, veo que se encuentra en ropa interior. Su ropa se halla de la misma manera que la mía, esparcida por el suelo. Si tuviese que definirlo, sería sin duda como *rompecuellos*, esta para mojar pan y lo que no es pan. Sabía que tenía que estar muy bueno, pero es que mi grado de descripción se quedaba corto con lo que estoy viendo frente a mí. Tiene la piel bronceada de manera suave, escasez de vello en el pecho, pero sí una fina línea que baja del ombligo hasta donde se pierde la razón. Está en ropa interior, por lo que no puedo dar más detalles, cosa que me encantaría ¡para qué negarlo!

—¡Vamos!, ¡no seas gallina!, que no está tan fría —grito divertida por la situación.

Desde mi posición, observo cómo se va zambullendo paulatinamente y las perlas de agua se posan en su piel. Me descubro queriendo pasar la lengua por esa piel que está empapada, me agito instintivamente ante la imagen que ha recreado mi mente perversa. Una vez se ha sumergido, se acerca con premura a donde yo me encuentro, veo su sonrisa y sonrío en respuesta a ella. Me mira intensamente. No me encuentro nerviosa, ni mucho menos, estoy relajada y me lo estoy pasando realmente bien con el hombre desconocido.

—Dime, Gerard Gaboardi, ¿qué hacías en esa fiesta?

—Dime, Mar Villareal, ¿qué hacías tú en esa fiesta? —replica él, con esa actitud chulesca y ese acento italiano que lo hacen más sinvergüenza si se puede.

—Trabajo —musito.

—Lo mismo —añade.

No apartamos la mirada el uno del otro, se acerca a mí, sigilosamente, cual fiera que quiere atacar y yo una presa desvalida que no tiene intención de salir huyendo. Coloca su mano en torno a mi cintura y me aprieta contra él. Por muy fría que esté el agua, en este momento el calor intenso que siento, me abrumba y me nubla los sentidos, ahora no soy siquiera capaz de percibir el olor a salitre del mar, ahora el olor que noto es el de mi propia excitación e

incluso diría que la suya. Aunque la de él la noto en mi estómago y no parece que, en este caso, la excusa del móvil le valga.

Sus ojos y los míos están conectados nuevamente y se comunican entre ellos, se dicen lo mucho que se desean. En este momento nos hacemos los sordos y los mudos, pero no los ciegos. Vuelvo a cerrar los ojos y percibo las sensaciones del momento; su respiración cerca de mi boca, su mano rodeándome firmemente, su vello erizado, su tremenda erección. Hace que pierda la cabeza. Los abro suavemente y volvemos a observarnos, estoy hechizada por él y por el momento tan intenso que estamos compartiendo. Coloco mis manos en sus hombros y con uno de mis dedos juego con ese vello que tiene cerca de la nuca, estoy irremediablemente cerca de dejarme llevar y no hay señales que valgan ahora mismo.

Posa sus labios sobre los míos y con un suspiro respondo a su entrega, entreabro mi boca y lo recibo gustosa y ansiosa. De un salto, enredo mis piernas en torno a su cadera —lo que yo decía, no hay señales que valgan, ¡directa al precipicio que voy!—, logrando que la fricción se haga más intensa y separo nuestros labios para gemir de placer y volver a observarlo. Veo sus pupilas dilatadas, se encuentra tan sumido como yo en este estado de excitación. Sellamos nuestros labios y perdemos la noción del tiempo descubriéndonos, recorriendo nuestro cuerpo y sintiendo nuestras pieles moldearse.

No sé cómo, ni por qué, pero soy yo quien se separa y baja las piernas para volver a tocar la arena del fondo. Percibo un frío mucho más intenso que el que sentía antes, puede que sea por el tiempo que llevamos dentro del agua o porque mi cuerpo me pide más contacto. Me implora que no me separe de su cuerpo y que deje fluir las sensaciones y la energía sexual que estamos teniendo dentro de este mar.

—¿Te vas? —pregunta con la respiración agitada.

—Es lo mejor, no te conozco y tú no me conoces. Ha sido suficiente, ¿no crees?

—Por supuesto que no, esto no ha hecho nada más que empezar, *piccola bionda*.

Cómo me pone que me llame así, ¡por favor!

—Continuemos lo que acabamos de empezar —pronuncia en mi oído cuando se sitúa tras de mí y coloca sus manos nuevamente en torno a mi cintura.

Tengo un importante debate interno. El «ser o no ser» de Hamlet, se queda en nada, comparado con el «sí o no» de Mar Villareal.

—Pasa esta noche conmigo —ruega más que pide.

Me giro, ahora mismo me da igual que vea mis pechos, los ha podido sentir y no me ha importado, ¿me voy a poner roja en este momento?

—Con una condición —le pido.

—*Ciò che si vuole* —pronuncia—. Lo que quieras —matiza.

Asiento.

—Esta noche seremos dos personas que se entregan. Sin romanticismos, sin palabras de amor, solo piel.

—*Va bene*.

Vuelvo a girarme y me dirijo a la orilla, en busca de mi vestido, me lo pongo, con bastante dificultad, teniendo en cuenta que mi piel está mojada y llena de sal. Me doy la vuelta y oigo cómo me llama, me giro de nuevo hacia él y me acerco a la orilla.

—Habitación I'm on the Top of the World Suite, *piccola*.

—Quince minutos, hombre desconocido.

—Quince minutos, *bella ragazza*.

Vuelvo a recoger el bajo de mi vestido y me apresuro a recorrer la distancia que separa la playa del complejo hotelero. Sigo con mi debate interno sobre si estoy haciendo lo correcto o no. No sé absolutamente nada de mi hombre desconocido... ¿Mí? En este momento no debe haber pronombres posesivos, Mar, ese hombre para ti, lo único que debe suponer, es una garantía de sexo. Sexo brutal, para ser más específicos.

Subo a mi habitación, me quito el vestido y me pongo otra ropa, mucho más cómoda. No quiero llamar la atención entre la gente con la que pueda cruzarme. Tampoco me gustaría tener que dar explicaciones y mucho menos justificarme por lo que puedan pensar. Me he dado cuenta de que no me siento nerviosa por la situación, no tengo pizca de vergüenza ni de temor, más bien me encuentro expectante y ansiosa.

Recorro los pasillos que me llevan directa a la habitación en la que me ha indicado Gerard que se encuentra alojado. No puedo dejar de mirar con cierto asombro la decoración tan delicada y cuidada que tiene el hotel. Los pasillos se encuentran decorados con unos cuadros impresionistas que hacen que la explosión de color sea magnífica, hacen que mantengas la atención puesta en ambos lados cada vez que das un paso, como si te encontraras realmente

extasiada por las vistas. Del techo cuelgan unas bombillas *vintage*, del mismo estilo que el de la habitación en la que me alojo, colgadas con cuerdas, estas bastante mayores que las de mi habitación, sobre todo teniendo en cuenta que este espacio requiere mucha más iluminación que la mía.

Me planto frente a su puerta, con mis vaqueros rotos, mi camiseta sin mangas de color blanco y mis tacones, no me los he querido cambiar, creo que esto le da cierto toque de erotismo a la situación. Me he recogido el pelo, porque me lo había empapado, y ya los rizos iniciales con los que acudí a la fiesta han pasado a mejor vida. Intento buscar en mí alguna muestra de nerviosismo, o algo que me diga que debo parar, y regresar por donde he venido..., pero nada, sigue sin aparecer. No entiendo la escasez de sensatez en este instante. Yo, por norma general, no actúo de esta manera, no soy así. Me considero una persona muy reflexiva, analizo mucho las situaciones, los pros y los contras de ellas, pero es cierto, y debo ser sincera conmigo misma, que, a pesar de analizar y reflexionar, normalmente suelo dejarme llevar, aunque ello haga que termine cayendo sin remedio en un pozo ¿sin salida? No. Si algo he aprendido en todo este tiempo es que de todo se puede salir, simplemente hay que armarse de coraje y sacar valor de ese pequeño corazón guerrero que tenemos todos dentro.

Sacudo mi cabeza, ahora no es momento de reflexiones de ningún tipo, estoy hambrienta, y no solo porque la cena haya dado pena. Ya me entendéis.

Coloco mis nudillos sobre la madera y llamo suavemente. Me apoyo en el quicio de la puerta y espero a que el hombre desconocido, Gerard Gaboardi, me abra. No tarda mucho en hacerlo y cuando lo veo con esa pose tan chulesca, que hace que el espacio arda por completo se me vuelve a secar la boca y sí, ahora aparece un sentimiento en mis entrañas, deseo. Me incorporo y me coloco frente a él, doy un paso y sitúo mi mano sobre su pecho, justo donde se encuentra su agitado corazón, que late desenfrenado, como el mío, probablemente.

—Gerard Gaboardi —me sorprende a mí misma por la excitación que desprende mi voz al pronunciar su nombre.

Me observa intensamente y coloca su mano sobre la mía.

—Mar Villareal —responde con voz ronca.

Sus ojos están más oscuros y brillantes que antes, puede ser porque la iluminación de la habitación me permite observarlo con más detalle o porque ambos tenemos la certeza que una vez cruce esa puerta no hay vuelta atrás.

¿Para qué engañarme? No hay vuelta atrás desde el mismo momento en que llegó a la playa y decidió seguirme en este remolino de sensaciones.

Aparta mi mano de su pecho y tira de ella para hacerme chocar contra su pecho. Duro pecho para ser más exactos.

—¿Me tienes miedo, *piccola bionda*?

Me hace reír, reír a carcajadas.

—¿Acaso me tienes miedo tú a mí, gallito? —contesto más chula que un ocho.

Ahora el que estalla en carcajadas es él.

—Pareces inofensiva.

—No te fíes de las primeras impresiones —le rebato.

Le doy un empujón y logro apartarlo de mi camino. Me adentro en la habitación y me quedo patidifusa con lo que veo. Esto no es una habitación, ¡esto es el paraíso! Es una *suite* rectangular, de más de ochenta metros cuadrados, que tiene los espacios diferenciados dentro de ella. Accedes a una amplia estancia con una barra como la que hay en mi habitación, salvo que esta es de mayor tamaño y de color negro. A la izquierda observo un salón con un televisor colgado en una columna plateada. Bastante grande, como para que se pueda disfrutar de televisión por satélite desde cualquier punto. Sigo avanzando y veo la misma estructura donde está mi cama, pero esta es mucho mayor y cuadrada, no circular. La puerta corredera que separa el salón de la habitación es espectacular, de listones de madera. La decoración es, a diferencia de la mía, de colores dorado y tierra. El baño también se encuentra tras la estructura de la cama. La joya de la habitación es el jacuzzi que tiene integrado en el espacio, sobre un suelo de parqué.

Gerard me observa con suficiencia, debe intuir lo que estoy pensando sobre la suite, así que me deja que la recorra y alimente mi curiosidad. Hago el camino a la inversa, y vuelvo a cruzar el salón, para ir hacia donde veo el brillo de la noche que hace que mis sentidos sucumban a su encanto. Me planto en esa maravillosa terraza con pavimento de madera. No llego a entrar en ella, sino que me detengo en la puerta y giro mi cabeza para ver dónde se encuentra él. Lo veo apoyado en la barra con un vaso en la mano, no sé si se ha servido esa copa mientras yo observaba ensimismada el lugar o ya estaba ahí antes.

—¿Qué tomas?

—Macallan 1947.

—No estoy muy puesta en ese tipo de bebidas, pero suena a caro.

Se ríe. Espero que conmigo y no de mí.

—Es *whisky*.

Asiento. Me quito los tacones y pongo mis pies en ese suelo que invita a ello. Está caliente, debe ser de esos en los que la temperatura se encuentra regulada. Antes he dicho que estaba patidifusa, pero eso es quedarse corta. Me rindo ante este espacio. En la terraza hay varias camas con miles de cojines, sobre una tarima de madera. La pared donde están colocadas, tiene un papel pintado color ceniza, con flores negras, que lo hacen espectacular. Hay varias hamacas para tomar el sol y un *jacuzzi* que sobresale en el espacio, el de la habitación estaba a ras del suelo, este, por el contrario, se encuentra como si de un mueble más se tratara. Paso mis dedos por la cerámica del *jacuzzi*, recorriendo el espacio que me separa de las maravillosas vistas que tiene. Mis manos, como por arte de magia, se colocan en la barandilla, una a cada extremo, del mismo modo en el que estaba en la playa, abiertas. Impresionante. Por un lado, puedo ver parte del complejo, con una iluminación perfecta en tonos azules, lilas y blancos, cada cual resaltando de la mejor manera el espacio exterior. Al fondo observo las pequeñas laderas de la isla, toda iluminada por las viviendas que en ella se encuentran. Si giro hacia el otro lado mi cabeza, contemplo el mar; en calma, vibrando... como yo ahora mismo. Tengo un cúmulo de sensaciones y todas inmejorables. Un suspiro sale de mi boca. Incontenible. Irrefrenable.

—Impresionante, ¿verdad?

—Impresionante se queda corto —afirmo.

—Ahora, sin duda, el espacio está completo.

Me giro, para pedirle sin palabras que me explique esa afirmación tan contundente.

—Está completo porque tú estás en él, *piccola bionda*.

Avanza en mi dirección, coloca ambas manos en mi cintura y me empuja contra el muro de la terraza. Me sujeta por las caderas y de un movimiento ágil me levanta y me sienta en él. Se sitúa entre mis piernas y presiona su imponente erección contra mi zona más caliente. Respondo de forma automática a este gesto, con un gemido profundo que me desgarras, como sus manos ahora mismo.

—Me vuelves loco, pequeña rubia.

Abro los ojos, hasta ahora no era consciente de tenerlos cerrados, coloco

mis manos en su cuello y mis piernas en torno a su cintura, apretándolo más contra mí.

—Me gusta más cuando me lo dices en italiano.

—Que así sea, *piccola bionda*.

Me besa intensamente, como si no hubiese un mañana. Y no está lejos, para nosotros no habrá un mañana. Su lengua comienza una lucha desgarradora con la mía, un baile, una guerra por una victoria de lujuria y pasión. Si todo lo hace tan bien como besar, me ha tocado la lotería esta noche.

Sus manos comienzan un recorrido por mi cuerpo, sus dedos se pasean por la curva de mi hombro y coloca la mano en torno a mi cuello. Gimo en respuesta a este gesto de posesión que me resulta francamente excitante. Comienza a descender suavemente hasta llegar a mis pechos, aprisionándolos entre sus manos. Inicia un juego con mi pezón; primero aprieta fuertemente y luego masajea con suavidad agradeciéndole su entrega. Les da una de cal y una de arena. Yo creo que estoy más que dispuesta para él, desde el momento en que abrió la puerta, pero es que ahora mismo estoy sumida en una vorágine de pasión que tiene nombre y apellidos. Aprieto más intensamente mis piernas a su alrededor para que el contacto y la fricción sea mayor, para calmar la necesidad que tengo de mi hombre desconocido ahora mismo. Y sí, en este momento, me da absolutamente igual la posesividad del pronombre.

Me coge en volandas y me lleva a la tarima donde se encuentra ese colchón rodeado de cojines. Me deposita en él con sumo cuidado y se coloca nuevamente entre mis piernas, pero esta vez no hay contacto, esta vez me observa desde arriba, contempla la respuesta de mi cuerpo al suyo, y sonrío satisfecho. Es consciente de que me tiene exactamente donde me quiere tener y a mí me resbala todo en este momento, en más de un sentido.

Coge el bajo de mi camisa y la desliza hacia arriba, dejando al descubierto mis pechos.

—Es la imagen más erótica que he visto en mi vida. Descalza, sin camiseta, tu pelo rubio completamente esparcido por el colchón, las mejillas sonrosadas por la excitación del momento, las estrellas y el mar de testigo de nuestra locura.

No tengo palabras para rebatir sus afirmaciones, ni siquiera hago amago de réplica. Me incorporo y hago exactamente lo mismo que ha hecho conmigo. Desabrocho su camisa suavemente, botón a botón. Gerard aparta mi

pelo y lo coloca en el lado izquierdo de mi cuerpo. Me agacho y voy besando el hueco que va dejando a la vista cada uno de los botones. Su piel es suave, y percibo el sabor salado que se ha quedado impregnado en ella a causa del chapuzón de antes. Una vez le retiro la camisa, vuelve a tomar el mando y a tumbarme en la cama. Se quita el pantalón y sonrío al ver que se ha sumado a mi locura transitoria y no lleva ropa interior. Señoras y señores, ¡aquí hay material! No digo más.

Coloca ambas manos en torno a mi cintura y comienza a bajar mis pantalones, dejando a la vista mi pubis, porque yo he decidido no ponerme nada debajo.

—¡Eres una descarada, *piccola bionda*!

—¿Yo? —pronuncio alargando mis piernas para hacer fuerza con ellas y atraerlo hacia mí—. ¿No decías que parecía inofensiva? —Lo veo sonreír ante mi insolencia.

Está claro que se está dejando llevar, es imposible que yo pueda ejecutar este tipo de movimientos con un hombre como él.

Se coloca un preservativo que, para ser sincera, no sé ni de dónde ha salido, y se sitúa nuevamente entre mis piernas.

—Este será rápido, pero te prometo, *piccola bionda*, que te daré más y más, todo lo que necesites.

Pasa sus manos por mi zona más caliente y sonrío satisfecho cuando se da cuenta de que estoy tan lista como él. Lleva esos dedos empapados por mis fluidos hasta mis labios y los impregna, los introduce dentro, haciendo que sea consciente de mi propio sabor, de mi propia excitación. En este momento, este gesto, me resulta de lo más erótico. Saca los dedos y los pasea por mis labios. Percibo cómo se acerca a mi boca mientras noto que su pene roza mi entrada. Y... fuegos artificiales llegan sin pensar. Me penetra a la misma vez que su pecaminosa boca posee la mía. Me embiste sin compasión, de una única estocada, me llena por completo. Yo separo mis labios de los suyos y alzo mi espalda como respuesta a la fogosidad que me hace sentir. No creo que sea capaz de aguantar mucho esta batalla, hace bastante que no tengo relaciones sexuales con nadie, si a eso sumamos el grado de excitación que me provoca este hombre desconocido, estoy al borde de explotar, soy una auténtica bomba de relojería.

—¡Sigue, por favor, no pares! —consigo pronunciar.

—No pararía ni por todo el oro del mundo, *piccola bionda*.

Continúa sus acometidas sin piedad y ya no sé si me encuentro en esta habitación o sobrevolando el cielo de Ibiza.

—¡Así! ¡Másss! ¡Por favor! —suplico, sí, suplico y me da igual, por cierto.

—Tus deseos son órdenes.

Y con estas palabras, dejo de ser yo, para ser aire, agua, fuego o tierra. Me es indiferente el elemento. Solo sé que la explosión de colores a la que me acaba de transportar, no tiene comparación alguna a otro orgasmo que haya sentido. Dejo de ser consciente de todo y me centro en el cosquilleo que me envuelve. Oigo cómo Gerard, con un gemido ronco que lo desgarrá desde lo más profundo de su ser, me acompaña en el estallido de placer. Se deja caer sobre mí momentáneamente y su peso me reconforta, me abriga, me completa.

Finalmente rueda hacia un lado y me aprieta contra él.

—Esto no ha hecho nada más que empezar...

Abro los ojos y giro mi cara hacia donde está él tumbado, observándome con una sonrisa socarrona en la cara.

—Ahora mismo, como si me llevas a la luna y volvemos —replico.

Y parece que sí, que mis palabras son órdenes para él, porque a la luna me lleva varias veces esa noche.

—No te vayas. —Suspira a mi lado.

—Debo irme, acuérdate del trato que hicimos en la playa. Solo piel —alego en mi defensa.

—Como quieras, *piccola bionda*.

—Nos veremos mañana —le digo mientras me coloco los zapatos para ir de vuelta a mi habitación.

Me sujeta firmemente y me da un beso, uno de esos que en un principio parece casto y termina convirtiéndose en un incendio.

—Para —suplico—, o no podré irme nunca.

—Esa es mi intención, ¡me has pillado, *ragazza intelligente!*

Le guiño un ojo y me voy. No me giro, no quiero arrepentirme de haberme ido.

Tras coger el ascensor, regreso a mi habitación, por esos pasillos llenos de cuadros de luz. Entro y voy directa a la cama. No quiero ducharme, quiero dormirme con su olor, aunque solo sea por unas horas más. Al final parece que sí, que esas leyendas que dicen que Ibiza es una isla mágica son ciertas.

Para mí esta noche ha sido magia pura.

Me levanto, unas horas después, tengo que coger un avión de regreso dentro de un rato y quiero aprovechar para desayunar con calma antes de coger un taxi para ir al aeropuerto.

Entro en la maravillosa ducha ovalada y de cristal. Enjabono mi pelo y mi cuerpo y comienzo a recordar la noche anterior; sus dedos recorriendo mi cuerpo, su piel sobre la mía, su calor, sus besos. ¡Para, Mar! Para, porque esto no es sano. Estoy un rato bajo el agua, porque necesito que mis músculos vuelvan a la vida. Salgo y me visto rápidamente. Me pongo unos vaqueros oscuros, una camisa azul de botones, unas manolequinas y una rebeca azul clara, y me recojo el pelo en un moño alto, de esos de andar por casa, que son los que más me gustan. No soy mucho de maquillarme, soy bastante sencilla en ese sentido.

Bajo al comedor y veo muchos compañeros de anoche desayunando. Me voy directa a la barra a pedir un café con leche; primero café y luego el resto. El camarero, muy amablemente, me indica que me llevará lo que desee a la mesa, así que cojo la carta y pido. Ocupo una mesa al lado de la ventana. Desayuno con vistas, se llama esto. No tardan mucho en servirme lo que he pedido. Endulzando mi café con leche me encuentro, cuando entra él. Se me seca la boca nada más verlo, como viene siendo habitual en mí. La diferencia es que, esta vez, abro el campo de visión y veo que no viene solo, una fantástica rubia, de ojos claros lo tiene cogido por el brazo. Gerard me ve, porque clava su vista en mí y me sonrío, sonrisa a la cual no respondo. El grado de enfado al que estoy sometida ahora mismo, es directamente proporcional con la hostia que le pegaba a él y a la rubia de bote que trae colgada como un perro faldero.

¡No me lo puedo creer! ¿En serio que me tiene que pasar esto a mí? Tiene novia, pareja, mujer, amante o lo que coño quiera que sea la petarda esa. ¡Sí!, ¡vale!, ¡lo sé!, no tiene culpa, pero me da igual, se la lleva calentita también, ¿o es que aquí solo voy a repartir para él y para mí? No, ni de coña. Para todos y punto en boca.

La rubia muestra una perfecta sonrisa que se le borra cuando Gerard le dice algo al oído señalándome. Veo cómo se acercan, ella sin soltarle del brazo y él sin decirle nada al respecto.

—Buenos días —me dice tan pancho, el muy gilipollas.

—Buenos días —respondo más por educación que por ganas.

—Buenos días —añade la rubia de bote—. Soy Marzia Brunetti. Veo que vosotros ya os conocéis, ¿no es así, mi amor?

Puta, puta, puta, puta.

—Poco —contesto con mi mejor sonrisa falsa.

—¿Te vas hoy? —pregunta Gerard, mirándome directamente, como si la petarda no estuviera delante.

—Sí, exacto. En un rato cojo un taxi y me voy en dirección al aeropuerto.

—Puedo llevarte yo —sugiere con voz suave.

—No creo que podamos llevar a esta señora al aeropuerto, cariño. Tenemos cosas mejores que hacer —argumenta la petarda.

¿Señora? Puta, puta, puta, puta. Érika, sal de mi cuerpo...

—Tranquila, no hace falta. No quiero molestar —replico mirando directamente a Gerard—. Ahora si me disculpan, debo retirarme.

Me levanto de la mesa, sin casi haber probado bocado y comienzo a caminar.

Salgo de la estancia y me sitúo delante del ascensor, pulso el botón de llamada y espero a que venga lo más rápido posible.

—¿Piensas irte así?

Es él.

—No soy yo quien me ha engañado —escupo molesta, más de lo que me gustaría, para ser sincera.

—Yo no te he engañado, si lo dices por Marzia...

—Es verdad, no tienes que darme explicaciones —le interrumpo—, tú y yo no somos nada. Fue un polvo estupendo. Ahí se queda.

—¿Un polvo? Yo diría más de uno, *piccola bionda*.

—Y yo, te pediría que dejaras de llamarme así. Díselo a la rubia de bote que te espera en el restaurante.

—¿Celosa, *ragazza*?

—¡Que te den por el culo, gilipollas!

Y como si el cielo hubiera escuchado mis súplicas llega en ese momento el ascensor. Me subo en él y veo cómo duda entre subir conmigo o no hacerlo.

—¡Déjame explicarte, Mar!

—Cariño, ¿vienes? Te estoy esperando —suplica la petarda tras él.

Le cambia el gesto, se gira y, aunque no lo veo, sé que le está sonriendo.

Pulso el botón de mi planta y cuando se gira nuevamente hacia mí le hago

una peineta. Toma que toma, pastillas de goma, Gerard Gaboardi. Sonrío abiertamente y ahí lo dejo plantado.

Estas cosas me pasan por confiarme. No debería estar enfadada porque ha sido una noche, pero siendo así, ¿por qué lo estoy? ¿Por qué estoy tan enfadada?

Me vuelvo a casa. Esto queda en Ibiza. Por lo menos sé que no volveré a verlo.

<sup>1</sup> ¡Ni lo sueñes!

# Capítulo 3

*Mayo 2016*

Llevo días inquieta. Me he sentido observada en más de una ocasión y no sé por qué o por quién. Alma ha hablado alguna vez sobre un hombre, cuya descripción se corresponde con la de Gerard, o puede que, quizás sea yo la que ha querido ponerle cuerpo y cara a todas esas características que ella menciona. Alto, moreno, espalda ancha, fuerte, manos grandes, ropa cara..., todos y cada uno de esos adjetivos le van que ni pintados a mi hombre desconocido.

No he vuelto a saber de él, no directamente, aunque sí sé que es el dueño del Au Revoir, y lo vi con un Aston Martin V12 Vantage S color plata en el paso de peatones antes de entrar en la cafetería. No se ha puesto en contacto conmigo de ninguna manera posible y doy gracias por ello. Cogí ese avión en dirección a Tenerife con la teoría bien aprendida, ese hombre solo supuso en mi vida un polvo o una secuencia de ellos, pero ¿para qué engañarme a mí misma? No vale la pena. Sin saber por qué, hubo una conexión especial. Una conexión que fue más allá de la física. Ojo, hablo por mí.

Voy en dirección a la oficina general de Station. Hace varios días que recibí una llamada para indicarme que el director general quería hablar conmigo. En su momento supuso para mí una conmoción; la primera idea que me rondó la cabeza fue la de que querían despedirme. Supongo que es humano pensar primero en lo negativo, ser pesimista por naturaleza. Quizás no sea humano, sea solo una característica más que conforma mi personalidad. Después de comentarlo con mi comando, decidí dejar que las cosas tomaran el camino que tenían que tomar y... relajarme. Bueno, me he tomado alguna valeriana y varias tilas, solo para ayudar a que pase lo que tenga que pasar y sea lo que tenga que ser, toman peso en mi cabeza.

Estoy como un flan en este momento. Me considero una buena profesional, me gusta lo que hago y eso se transmite en el día a día. Mi programa actual *Quiero Contarte que te Quiero Contar*, tiene un volumen elevado de participación, por eso me niego a creer que vayan a prescindir de mí o a eliminarlo de antena. Pero, por más que quiera yo, será lo que tenga que ser.

—Buenos días, Olivia. Tengo una cita con el director a las once —indico con una sonrisa nerviosa y voz titubeante.

—Así es, Mar. Sube, creo que te están esperando.

Me regala una sonrisa cálida y me anima a que continúe mi camino. Tomo el ascensor y me dirijo a la última planta. En este edificio solo hay oficinas y alguna sala de juntas. No hay punto de comparación con el movimiento frenético que tenemos en el estudio, donde existe un bullicio de personas que se aseguran de que todo salga como debe.

Me planto frente a la puerta. Inspiro y expiro con intensidad, tan fuerte que me quedo sin aire, me armo de valor y llevo mis nudillos a la madera para poder llamar.

—Adelante —oigo que dicen tras ella.

Como un flan, llevo mi mano al picaporte de la puerta, lo sujeto con fuerza y abro. Todo mi cuerpo se pone en alerta cuando el olor más sublime que puede haber llega a mi nariz y mi sentido del olfato hace que el resto de mi cuerpo se sobreestime y el vello se erice, respondiendo por sí mismo a los impulsos.

—Pasa, Mar —me indica Óscar, el director general—. No sé si conoces a Gerard Gaboardi, uno de nuestros mejores inversores —prosigue—. Toma asiento, por favor.

Mierda, mierda, mierda.

Estoy jodida, pero bien. Al carajo todo. No voy a cuantificar el tiempo que he estado diciéndome a mí misma que no iba a volver a verlo, sabes eso de ¿quieres caldo? ¡Toma dos tazas! Pues eso me acaba de pasar. ¿No querías verlo? Pues hala, toma, es un inversor y encima importante.

—Encantada. —Extiendo mi mano en su dirección, para saludar de la manera más profesional posible, sin que se note resentimiento alguno.

—El placer es mío —susurra sujetando mi mano entre la suya.

Puede, y con «puede» quiero decir que es lo más probable, que esté roja como un tomate. Electricidad pura es lo que he sentido. Agito mi cabeza para apartar esas sensaciones que sobran.

Tomo asiento a su lado, sé que me está observando, lo noto. De la misma manera que lo he notado en otras ocasiones últimamente.

—Mar —comienza Óscar—, te hemos citado aquí hoy para hablar de tu programa. —Me limito a asentir—. Hemos estado analizando los datos de los últimos seis meses. ¿Recuerdas que estuvimos hablando sobre la posibilidad

de ampliar de tres días a cinco la emisión de *Quiero Contarte que te Quiero Contar?*

—Sí —respondo tímidamente.

—Bien, pues Gerard y yo hemos decidido que no vamos a ampliar los días —finaliza.

—Pero ¿por qué? ¡No lo entiendo! —digo mirando de manera furiosa a Gerard. Desgraciado, no me puedo creer que me esté haciendo esto el muy subnormal—. Es un buen programa, tiene unos índices de audiencia elevados, la gente sigue llamando e incluso dejan mensajes en el contestador fuera del horario porque quieren que les escuche, que les aconseje y que el resto de oyentes sea partícipe de sus miedos o sus problemas. De verdad que no lo puedo entender —grito furiosa.

He acabado de pie, con las manos apoyadas en la mesa, inclinada sobre Óscar y con la mirada fija en Gerard.

—Me complace que defiendas tu programa con uñas y dientes. No esperaba menos —prosigue Óscar—, que lo quieras preservar con tanto ímpetu dice muchísimo de ti, cielo.

¿Cielo? ¿Pero esto qué es? Gerard se remueve incómodo en el asiento, solo le falta gruñir, ¡que te jodan! Como me quiten el programa por tu culpa lo vas a pagar muy caro, cerdo arrogante.

—No creo que me merezca esto. —Suspiro dejándome caer en la silla de nuevo.

—Cierto, creemos que te mereces más. Valoramos muchísimo tu implicación, los datos son buenísimos. El último Estudio General de Medios que ha realizado la Asociación para la Investigación de Medios de Comunicación, nos ha facilitado unas cifras con las que estamos muy contentos. Los índices de audiencia son espectaculares y tus intervenciones tienen mucho que ver, por lo que hemos pensado que lo mejor es que cuentes con un programa nuevo que te pueda aportar más éxitos profesionales y que nos haga mejorar como medio de comunicación.

¿Perdona?

—Explícate un poco mejor, por favor —suplico más que pido.

—La idea, Mar —y ahora es Gerard quien toma la palabra—, es que tengas un nuevo programa. El actual consiste en una emisión de hora y media donde la gente te llama, te plantea su problema/situación y tú aconsejas. Quiero Contarte que te Quiero Contar es un buen programa, pero creemos —

dice buscando la aprobación de Óscar— que se te queda pequeño —finaliza centrando de nuevo su mirada en la mía.

—Y tú todo eso lo sabes por...

—Porque llevo meses siguiendo tu andadura profesional —puntualiza.

Ay, madre, que me da un *parraque*. Lleva meses siguiendo mi andadura profesional.

—Queremos ofrecerte un nuevo programa con un formato parecido — continúa Gerard—, no queremos apartar el actual, sino que sea una versión mejorada del mismo —joder, cómo me pone cuando actúa tan profesional—, ¿entiendes?

—Sí. —¿Sí? ¿En serio?—. No. ¿Podrías repetirlo?

En su cara asoma un esbozo de sonrisa. De esas sonrisas *rompecuellos* y *quemabragas*.

—¿Estás distraída por algo?

¿Perdona? Porque está Óscar delante, si no de esta no te salvaba nadie, ¡capullo!

—No. ¿Óscar, podrías explicármelo tú? No entiendo bien lo que me quiere decir... mmmm, perdona, ¿cómo te llamabas?

Una sensual carcajada sale de su garganta. Óscar nos mira con cara de asombro, creo que está intentando averiguar qué pasa aquí. No pienso explicarle nada, por supuesto.

—Mar, te estamos ofreciendo un formato mejor. Una versión renovada de *Quiero Contarte que te Quiero Contar*. La idea es que te centres en un único caso por semana. —Agrandando los ojos por la sorpresa, ¿uno por semana?—. Ya no habrá llamadas de teléfono, los oyentes se pondrán en contacto contigo a través de correo postal o de correo electrónico. En él te explicarán el caso en cuestión y tú tendrás que continuar siendo tú misma. Aconsejando, acompañando, guiando..., llámalo como quieras. De todas las cartas que recibamos iremos eligiendo una cada semana. Tendrás que visitar a esa persona para conocer más de ella e incluso el día de la emisión vendrá al programa y estará presente, podrá intervenir en él, será partícipe de su nueva vida, de su nuevo camino. Y ese camino, pequeña, se lo deberás dar tú. No es nada nuevo, le haremos un lavado de cara, pero la esencia será la misma. Solo que perfilaremos los detalles —finaliza Óscar.

—¿Qué pasa si no funciona este nuevo formato? ¿Qué pasará conmigo?

—Volveremos al actual. Retomaremos *Quiero Contarte que te Quiero*

*Contar* —interviene de nuevo Gerard.

—Vale. Creo que puedo intentarlo.

Me niego a rechazar los nuevos retos. Yo creo en mí y en mis capacidades. Si hasta ahora ha funcionado no tiene por qué no funcionar esto.

—Lo has hecho muy bien hasta ahora. Estamos convencidos que esto será coser y cantar para ti, Mar —explica Óscar.

—Tanto como coser y cantar no, pero lo voy a intentar. ¿Cuándo se emite?

—Los viernes por la noche. Vamos a eliminar el programa actual, no funciona, no tiene enganche y nos está haciendo perder dinero —justifica Óscar.

—¿Y qué pasará con los huecos donde estaba *Quiero Contarte...*?

—Ubicaremos algún formato nuevo. Eso lo trataremos con la persona que lo ocupe —apunta Gerard.

—¿Cuándo empiezo?

—Mañana es el último programa. Deberás explicarlo. Para que tus seguidores continúen ubicándote en antena y te sigan. Vamos a promocionar muy mucho el nuevo formato, hasta que cojas el ritmo de audiencia.

—Es decir, ¿mañana es el último día y el viernes empiezo el nuevo programa?

—¿Tienes prisa, cielo? —me pregunta Óscar.

Gerard tiene los puños apretados contra los reposabrazos del sillón, si no fuera porque es muy presuntuoso por mi parte, diría que le está molestando el trato cariñoso que me está dando Óscar. No sabe que Óscar es como un hermano para mí, empezamos juntos. Yo en radio y él aquí, en la subdirección. Al jubilarse hace un año su antecesor, él cogió el cargo, por eso nuestro trato tan cercano y directo. Siempre nos hemos llevado bien. Hubo una época en la que intentamos «ir más allá», pero la cosa no funcionó y supimos volver a encauzar nuestra relación profesional y nuestra amistad. Tampoco pienso explicarle nada de esto a Gerard, a él no le interesa, es más, ¿él no estaba con la rubia petarda aquella? Marzia Brunetti. Pues listo. No tengo más argumentos que dar.

—No, no tengo prisa, es por organizarme.

—No empezaremos este viernes, sino el próximo. Este sería muy precipitado. No daríamos tiempo a que la gente escriba y nos cuente sus historias.

—¿Y quién selecciona las cartas? —pregunto curiosa.

—Pondremos a alguien que te ayude con ese tema. Buscaremos un equipo. Contarás con la misma gente que tenías hasta ahora, pero la idea es que tengas una ayudante que lea las cartas por ti o contigo, como tú elijas. Tendrás un despacho en este edificio y los viernes grabarás el programa en el mismo estudio donde lo has hecho hasta ahora —añade Óscar.

—Me parece justo. ¿Y las condiciones económicas?

—¡Directa! —exclama Gerard—, me gusta —pronuncia saboreando cada una de las palabras y recorriéndome entera.

—Te aumentaremos la retribución bruta —prosigue Óscar, que parece obviar la respuesta de Gerard—. Cambiaremos el contrato porque tendrás que trabajar durante la semana, tanto en la oficina, en la radio, como en las visitas que sean necesarias para conocer el caso del que te ocupes esa semana en concreto.

—Traduce eso en euros, por favor.

—Dos mil netos mensuales —aclara Gerard—. ¿Es lo que querías escuchar?

—Por ahora, sí. Ya iremos viendo —matizo ahora yo.

—¿Siempre eres tan buena en las negociaciones? —prosigue con su picardía innata.

—Siempre.

—Veo que no te amilanas, eres una fiera —continúa.

Yo enfoco mi mirada en la suya. Nos abstraemos de todo y de todos, como si volviéramos a estar solos en aquella playa en Ibiza, D'en Bossa, que fue testigo de mi locura transitoria.

—¿Tiene nombre el programa?

—Sí —contesta Óscar—, Gerard ha encontrado uno. A mí me parece perfecto, pero queríamos consultarlo contigo. Tu opinión es importante.

—¿Y es...?

—*El Manual de Instrucciones de Mar* —finaliza Gerard.

Joder. Mi nombre en su boca es la cosa más sensual que haya podido escuchar nunca. Debo confesar, muy a mi pesar, que me encanta el nombre del programa, y digo muy a mi pesar, porque debería no gustarme nada que venga de este arrogante que jugó conmigo hace meses. Sí, estoy resentida y me da igual.

—Me gusta. Me gusta mucho —afirmo sonriendo, sin mirar a Gerard en

ningún momento, me da igual que haya sido él el artífice.

—Perfecto, Mar, creo que no hay nada más que decir. Cualquier duda tienes mi teléfono y sabes dónde encontrarme. Prepara bien el programa de mañana y el lunes te veo por aquí para empezar con la organización de *El Manual*.

—Gracias por esta oportunidad, Óscar —pronuncio honestamente.

—Debes agradecersele a Gerard, ha sido idea de él más que mía, yo solo he aceptado, no podía rechazar una propuesta tan buena y que considero que tantos beneficios puede dar a la cadena.

Ni de coña. No pienso agradecerle nada. Sí, lo sé, soy una cabezota, pero me da igual. No pienso perdonarle lo que me hizo, por mucho que me hayan ofrecido un programa nuevo y una mejora de condiciones. Este no sabe quién es Mar Villareal.

Me levanto y voy hasta Óscar, le doy un abrazo sincero y un beso. Le acaricio la mejilla para borrarle los restos de mi pintura de labios y le guiño un ojo. Óscar me responde amablemente, se nota el buen rollo que hay entre nosotros. Gerard, por su parte, se mantiene apartado, pero sin perder detalle de la escena. Oigo cómo carraspea y me giro hacia él. Voy en su dirección y le tiendo la mano, arquea una ceja, imagino que está preguntándose el motivo por el que a Óscar lo trato así y con él mantengo tanto las distancias. ¡Rebáñate los sesos buscando la respuesta, hombre desconocido!, creo que si sumas, llegarás solito. Sujeta mi mano y se inclina para besarla, tal y como hizo meses atrás en Ibiza, sin apartar sus ojos de los míos. Rompo el contacto y me giro, en dirección a la puerta.

—Mar —comienza Gerard—, ¿podrías esperar un momento? Quisiera comentarte algo.

—No tengo tiempo, Gerard, me están esperando —mentira cochina, pero da igual—, tengo una cita. Envíame un correo y veré si puedo responder a ello en el programa, o no...

Su ceja se vuelve a arquear. Noto enfado en su semblante. Lo siento, bonito, no pienso quedarme a solas contigo ni un solo momento. Eres peligroso y yo no sé hasta qué punto podré no sucumbir a tus encantos, tengo que protegerme, por encima de todo.

Salgo del despacho y me voy rápidamente hacia el ascensor, pulso el botón y rezo todo lo que sé para que venga lo más rápido posible. Estoy teniendo un *déjà vu*. Es como si las señales del destino me estuvieran

intentando decir algo, algo que no estoy interesada en descifrar. Oigo pasos que se acercan y sé que es él, sin necesidad de que me hable, soy perfectamente consciente de que quiere hablar conmigo desde hace meses y que no le di la oportunidad, ni falta que me hacía dársela. No he contado nada de lo que me pasó en Ibiza, porque no he querido ahondar en el tema en cuestión, no he querido hacerme preguntas ni pensar en nada de lo que sucedió.

La puerta del ascensor se abre, justo cuando Gerard me sujeta del brazo para que no entre en él.

—Cariño, venía a buscarte.

¡No me lo puedo creer! Esto sí que es una señal. Más que una señal un letrero luminoso, que me indica que debo salir por patas y perderme.

—Marzia... —oigo que dice Gerard.

Yo he logrado soltar mi brazo de su agarre.

—Vaya, ¿tú por aquí? Qué coincidencia —me dice la rubia de bote.

—Sí. Ya ves..., eso de que el mundo es un pañuelo es muy cierto — contesto más seca que un esparto—. Debo irme. Un placer —pronuncio falsamente mirando a Marzia.

—Igualmente —dice ella igual de falsa que yo.

Me da la espalda y comienza a hablar con Gerard, pero él solo tiene ojos para mí. Pulso el botón de salida y mientras se cierran las puertas vuelvo a hacerle una peineta, tal y como meses antes sucedía en Ibiza. Si todo esto es un *déjà vu*, que lo sea de verdad. Que lo sea al completo.

Saco el teléfono y envío un WhatsApp al comando

Mar:  
¿Au Revoir al salir?

No tardan en contestar.

Alma:  
Cuenta con nosotras.

Érika:  
Y conmigo.

Mar:  
Nos vemos allí a las cinco. Os quiero.

No responden, estarán liadas.

Creo que va siendo hora de que les cuente qué me pasa. Al final las amigas están para eso, ¿no? Para lo bueno y lo malo.

Llego al Au Revoir la primera. Alma me ha dicho que en un rato llegará Jaime, tenía una reunión para llegar a un acuerdo sobre su traslado. Y aquí

nos encontramos las tres dándole al pico mientras tomamos algo. Alma nos cuenta cómo Jaime finalmente se armó de valor y vino a buscarla. Es de esas historias que saben a caramelo, que te hacen confiar en los finales felices. No he tenido oportunidad de contarles nada sobre los cambios en mi trabajo, pero es que creo que es necesario que Alma, ahora, nos cuente cómo se encuentra, que se sincere. Es su momento. Jaime llega al poco de estar hablando y se suma a nosotras, se ve que la adora, lo noto en el brillo de sus ojos, en la complicidad que los une, en el aura que los envuelve. Irradian luz cuando están juntos o simplemente cuando uno habla del otro. Han vivido momentos muy difíciles, pero ellos han luchado y han dejado que el destino y las señales les traigan hasta este punto en el que se encuentran. Más aún, cuando mi sobrina Candela está en camino y deben remar en la misma dirección para ser una familia. Una superfamilia.

Alberto se acerca a nosotros y nos trae la cuenta, estamos despidiéndonos cuando noto una presencia tras de mí.

—Deja de huir de mí, *piccola*.

—¿Y tú eres? —pregunta con asombro Jaime.

Es muy normal que se asombre, hasta yo estoy en *shock*.

—Un imbécil, eso es lo que es —contesto indignada.

No me puedo creer que el destino me esté haciendo esto. Es que tengo que encontrármelo en todos los lugares que frecuento. El trabajo, Au Revoir, que será lo siguiente, ¿mi vecino? Sacudo la cabeza negando. Si es mi vecino, me mudo de casa. Lo advierto, ¿me has oído, don destino?

—Es hora de que hablemos, Mar...

—¿Pero vosotros os conocéis? —pregunta Érika con asombro.

—Una larga historia —le respondo—. No tengo nada que hablar contigo —escupo, recogiendo mi bolso para irme.

—*Parleremo*, no voy a dejar que salgas corriendo esta vez, fiero —me dice Gerard mientras la sujeta por el brazo.

Érika está en *shock* preguntándome con la mirada de qué lo conozco. Mi idea de contarles todo, cada vez se está haciendo más intensa y ya es hora de que lo haga.

Érika lo amenaza con abrirlo en canal si me hace algo, al ver su gesto agarrándome el brazo. Esta es mi chica, sin duda, qué carácter más cojonudo que tiene la fiero.

—No pienso dejar que te vayas sin hablar conmigo —me dice.

Ya sabía que era el dueño del Au Revoir, pero no pensé que ahora me lo tuviera que encontrar cada dos por tres. Alberto estuvo tanto tiempo queriendo presentarnos a su nuevo jefe y nunca coincidimos que no pensé que ahora lo tuviera hasta en la sopa. Sin duda alguna, el destino debe estar regido por una mujer, porque esto que me sucede es muy de pensamientos femeninos, muy de nosotras, que cuando queremos somos unas *japutas*.

Mis amigas se van, en la mirada percibo preocupación, no saben si están haciendo lo correcto al dejarme sola o si deben esperar junto a mí. Las tranquilizo con una sonrisa, les infundo una calma que ni yo misma tengo. Parece que eso les da quietud, así que se van; Alma de la mano de Jaime y Érika con cara de asombro y duda. «Te llamo luego», leo en sus labios.

Va siendo hora de que afronte varias cosas. La primera, la conversación con Gerard y la segunda, la conversación con mi comando. Parece que ahora todo gira en torno a las palabras.

—No quiero ser borde, en serio, pero me lo estás poniendo muy difícil, ¿no crees? —Dejo caer los hombros en señal de resignación.

—No me has dejado elección. He querido mantener una conversación contigo en varias ocasiones y no hay manera. —Reduce la distancia que hay entre nosotros y se coloca tan tan cerca, que nuestros zapatos se tocan y nuestras respiraciones se mezclan.

Un calor inconfundible me estremece. No soy muy buena en ciencias, pero esto que siento cuando tengo a Gerard cerca, es pura química.

—No tenemos nada que decirnos. Quedó todo claro hace meses. Lo que pasó en Ibiza fue lo que fue, asúmelo y seremos ambos más felices. —¡Qué bien miento! Si hasta parece que yo me lo creo..., en realidad, con que se lo crea él me es suficiente.

Tengo que reflexionar sobre todo esto. Reflexionar más, quiero decir, porque esa maldita noche me lleva persiguiendo seis meses. Una melodía conocida me abduce y me abstrae del resto. «Vuelvo a Verte», de Malú y Pablo Alborán, suena por los altavoces del Au Revoir.

Y es que vuelvo a verte otra vez,  
Vuelvo a respirar profundo  
Y que se entere el mundo  
Que no importa nada más...

Sí importa. Importa lo que yo siento, o lo que no quiero sentir. No quiero sufrir, ¿entiendes, destino?

—*Piccola bionda*, tú y yo sabemos que esa noche fue más que una noche

de pasión.

Lo sé. ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no sé que no fue solo fue sexo? Que fue más... Yo me sentía libre, como nunca antes...

—Quizás eso es lo que tú, hombre desconocido, quieres pensar. A mí me ha quedado todo bastante claro. —Te sales, Mar, mentira tras mentira. ¡Lo bordas, chica!

—¿Estás segura? —pronuncia con una sensualidad suprema, mientras acerca más su rostro al mío. Coloca sus labios a escasos centímetros de mi oreja—. ¿Estás completamente segura? —susurra.

*Mecagoenlamadrequeloparió.* ¡Érika, sal de mí de nuevo!

Respira. Inspira, expira. No balbucees.

—Estoy segura —balbuceo. Mierda, Mar, te he dicho que no balbucearas.

—Marzia...

—Ni Marzia ni marzo. No me interesa nada de esa pilingui. Ese es tu asunto, no el mío.

—¿Celosa, *piccola bionda*?

—¿Perdona? —Enfado en 3, 2, 1...—. ¿Quién coño te crees tú que eres? No me conoces de nada, no sabes nada de mi vida, ni quién soy. Te estoy explicando que no me interesa tu rollo, ni tu vida sexual y amorosa. No me interesa nada de ti —escupo con rabia—. No me interesas, ¿*capisce*?

—Me pones malo...

¿Qué yo te pongo malo, dices? ¿Y yo? ¿Y yo qué...? No he vuelto a estar con ningún hombre después de ti. No he podido... y me dices que te pongo malo.

—¿Te llamo a una ambulancia? —pregunto socarrona.

No coquetees, Mar, cierra esa boquita que tu madre y tu padre te dieron.

—Esto no hay medicina que lo cure —susurra acercándose de nuevo a mí, a mis labios—. Esto solo lo puedes curar tú.

—¿Yo? ¡Ja! Ya te lo has creído.

Alza una de sus cejas, es que hasta ese maldito gesto me gusta de él. Veo dudas en sus ojos, no sabe qué hacer.

—Estoy seguro de que si ahora mismo me acercara a tus labios — comienza a decir mientras su mano se apoya en mi mandíbula y su dedo pulgar se desliza por mi labio inferior—, y posara mis labios sobre los tuyos y te besara, responderías a ese beso con la misma desesperación que siento yo.

Respira. Inspira. Expira. Joderrrr. Su pulgar sigue paseándose por mi labio, amenazadoramente.

Comienza a acercarse su cara a la mía, peligrosamente. Yo me he convertido en estatua, estoy preparada para recibir ese beso, y es que lo que más me fastidia es que sé tan bien como él que sí, que recibiría ese beso con ansias y con pasión.

—¿Mar? ¿Eres tú?

Oigo mi nombre, a lo lejos. Abro los ojos, despertando de mi letargo. Gerard se separa de mí y mira hacia el lugar de donde proviene la voz. Una voz masculina. Salvada por la campana.

—¿Andrés? —pregunto asombrada.

Camina hacia nosotros y se sitúa a mi lado.

—Vaya... ¿Cómo estás, Mar? Te perdí la pista después de que Alma saliera del hospital.

—Eso es buena señal, ¿no?

Miro a Gerard que tiene el ceño fruncido. Nos mira con cara de póker.

—Gerard, te presento al doctor Andrés Gutiérrez. Él atendió a mi amiga Alma cuando se puso enferma, hace unos meses.

—Gerard Gaboardi —pronuncia mientras extiende su mano para saludar a Andrés—. Encantado.

—Andrés —recibe el saludo amablemente—. Lo de doctor lo dejo solo para el hospital, Mar. —Sonríe mirándome—. Espero no haber interrumpido nada. —Me mira con cara de disculpa.

—Pues sí, interrumpes —contesta Gerard, que no ha dejado de fruncir el ceño.

—No, no interrumpes nada —puntualizo yo, mientras dirijo una mirada asesina al hombre desconocido.

—No sé si será el mejor momento, pero me gustaría invitarte a tomar algo, un día de estos —me pide Andrés.

Gerard enfoca su mirada en mí, la rabia le carcome. ¡Chúpate esa!

—Por supuesto, cuando quieras —replico yo.

—Te dejo mi número. Llámame cuando puedas, ¿vale? —prosigue Andrés.

—Perfecto.

—Me alegro mucho de haberte visto, Mar. Encantado —le dice a Gerard.

—Yo también me alegro —contesto con una amplia sonrisa en mis labios.

¿Qué le voy a hacer? La situación en sí, es muy surrealista y me lo estoy pasando bien.

Gerard ni siquiera contesta, sino que emite una especie de rugido-gemido-quejido inteligible.

Me da dos besos antes de marcharse. Uno de ellos más cerca de la comisura de los labios de lo que debería.

—No vas a salir con ese, ni hoy, ni mañana, ni nunca —ruge en mi cara nada más salir Andrés por la puerta.

—¿Perdona? —No puedo evitar lo desternillante de la situación—. Soy una mujer libre, ¡haré lo que me dé la gana!

—Ni se te ocurra —gruñe.

—¿Celoso?

Sonrío mientras cojo mi bolso y salgo de allí. No dejo siquiera que conteste.

—¿Gerard?

Se gira y me observa atentamente. Levanto mi mano y le enseño mi dedo corazón mientras le guiño un ojo. Abro la puerta y salgo fuera. Lo he dejado clavado en el sitio. Cruzo la calle y suena mi teléfono. No conozco el número.

Número desconocido:

Ese dedo..., ya te enseñaré yo lo que puedo hacer con él.

Casi tropiezo cuando lo leo. Me doy la vuelta y lo veo plantado en la puerta del Au Revoir. Con su sonrisa más canalla en la boca.

No pienso decirle nada. ¿De dónde ha sacado mi teléfono? Mar... ¿te olvidas de que es un inversor de la cadena donde trabajas? Parece que es el dueño del mundo.

# Capítulo 4

## Gerard

Loco. Esa es la palabra que me define. Me vuelve completamente loco. Esa pequeña rubia me trastoca, me turba, me desconcierta. Hace que salga de mí el macho alfa que llevo dentro y que ha permanecido dormido estos cuarenta y tres años. Yo no soy así. Soy un hombre directo. Cojo lo que quiero, necesito y me gusta. Disfruto de ello y cuando me sacio, a por otra cosa. Pero con ella..., no sé si ha sido fruto de que las cosas terminaron antes de lo que yo quería y esa saciedad no llegó en ningún momento, y por eso sigo así, necesitado de sus labios de chocolate y de su cuerpo de melocotón, que me invitó a pecar. Cuando estoy cerca de ella no me controlo, mis sentidos se ponen en alerta y la necesito, necesito su contacto, su olor, su piel y sus labios. Encima es una pequeña descarada que me provoca y yo parezco su perro porque caigo sin remedio. No sé qué hacer, pero no puedo sacarla de mi cabeza.

Hace seis meses, cuando la vi... una sensación inexplicable me recorrió el cuerpo. Una sensación desconocida para mí. Parecía una diosa, un ser mitológico. Derrochaba luz y brillo. Estaba espectacular. No pude apartar mis ojos de su figura, ese vestido rojo que marcaba a la perfección cada una de sus interminables curvas, de sus piernas torneadas, su vientre plano, sus pechos que coronaban y daban el toque más sexual a su cuerpo. Esa melena rubia, que caía libre en su espalda. Era única. Todos los presentes nos fijamos y yo, desde ese mismo momento, sentí una necesidad irremediable de cogerla, cargarla al hombro, y raptarla de allí, que nadie pudiera admirarla, que ella solo fuera contemplada por mí y adorada por mis manos. Me senté frente a ella y os juro que parecía un patán mirándola. Ella, con esa mirada de diosa del olimpo, con su porte y su saber estar, la manera de hablar, suave y dulce, se nota perfectamente que lleva la profesión en la sangre porque hacía alusión a ella en todo momento, hablaba con calma, gesticulaba y tenía un magnetismo especial que nos tenía a todos obnubilados.

Es perfecta para mí y solo para mí.

Me miraba extrañada, pero yo sé que detrás de esos ojos castaños que

derrochaban intensidad, había curiosidad, me miraba tan intensamente como yo a ella.

Acabé en esa cena por casualidad, debo ser honesto. Tenía que haber acudido mi padre. Tenemos muchos negocios juntos, algunos por separado, pero este concretamente forma parte de nuestra sociedad. En último momento me pidió que acudiera yo, así que volé hacia Ibiza, con intención de terminar esa cena rápido y poder subir a mi *suite*, que, aunque la había pagado mi padre, la pensaba disfrutar yo. No supuse que las tornas pudiesen cambiar tanto y que a raíz de esa noche me involucraría mucho más en Station, para asombro y agrado de mi padre, por supuesto. Todo gira en torno al agrado de él, desde hace años, y yo, hasta ahora, no me he revelado, tampoco he sentido necesidad de ello. He estado cómodo con todas las decisiones que ha tomado mi padre, sean para mí o por mí.

Cuando terminamos la cena, la seguí con la mirada hasta el servicio, pensé en seguirla, meterme en el baño con ella y arrancarle ese magnífico vestido, ya le compraría cien como ese si se diera el caso, no la dejaría hablar siquiera, cubriría su boca con la mía y la haría gritar mi nombre una y otra vez, y si los que estaban cerca se enteraban me daría absolutamente igual. Desde la barra, evitando que mis pies pusieran rumbo a donde mi cerebro le decía, con mi copa de Macallan en la mano, la vi salir y observar todo a su alrededor, estaba asegurándose de que nadie la estuviera observando, lamentablemente, no contaba con que su mayor depredador sí la estaba acechando. Cogió el camino que la llevaba a la calle, muy segura de sí misma, muy consciente de dónde iba, buscaba aire, buscaba libertad, la misma que yo estaba dispuesto a darle. ¡Maldita sea!, estaba dispuesto a bajarle el mismísimo firmamento si hiciera falta. ¿Qué coño te pasa, Gerard? Te sobran mujeres, puedes follarte a la que te dé la gana solo con chasquear los dedos y lo sabes. Si miras a tu alrededor, puedes ver a todas esas gatitas babeando porque les prestes un mínimo de atención, por ser la afortunada de irse esta noche contigo, llamadme arrogante, que lo soy un rato además, pero todas esas se irían conmigo, aunque supieran que no les iba a dar placer alguno, que el único que iba a obtener placer era yo, y a ser posible con una de ellas de rodillas. Pero *dannazione*<sup>2</sup>! Solo la quería a ella, desde el mismo instante en que la vi solo la deseé a ella, deseé darle todo el placer del mundo, sin egoísmos.

La seguí. Sí, la seguí premeditadamente. En este caso, no pude parar la

orden que le enviaba mi cerebro a mis pies, es más, no quería, no hice esfuerzo alguno por pararla, solo quería seguirla, quería girar en torno a ella. No tardé mucho en verla a lo lejos, ver cómo tenía sus brazos extendidos y su cabeza alzada hacia el cielo. Su pelo rubio brillaba más que antes, con una intensidad pasmosa, como su piel. El reflejo en ella era exquisito, como toda ella. Recuerdo que le pregunté si podía acompañarla y mientras ella recuperaba la postura original yo temblaba de deseo y de ansias por recorrer la distancia que nos separaba y apretarla contra mí.

*Piccola bionda. Sei mio.*

Se colocó a mi lado y me insinuó que le quitara el vestido. Mis dedos quemaban, me quemaban por tocar todos y cada uno de los rincones de su cuerpo, por reverenciar su piel, por caer rendido a sus pies y que ella hiciera conmigo lo que le diese la gana. Si contara esto a alguien que me conoce, probablemente me llamaría mentiroso. Yo, Gerard Gaboardi, ¿caer rendido a los pies de una mujer? Jamás. *Mai.*

Y el colmo fue deslizarse mis dedos por esa cremallera y comprobar al caer el vestido, que bajo él no había nada. ¡Nada! Me explotó en la cara. Se me empañó la visión, solo veía piel y más piel. Piel que quería besar, recorrer, lamer, rozar, acariciar..., recordar como mía. Mientras recorría la distancia que la separaba del agua del mar, mi cuerpo se convulsionaba. Era perfecta, una maravilla del olimpo. No soy católico, pero si lo fuera, estoy convencido de que Dios me ha enviado a esta mujer para redimir toda la soledad a la que me ha sometido estos años. ¿Apartar la mirada de ella? Imposible. No pude, aún, hoy en día, me cuestiono cómo fui capaz de no correr tras ella y comérmela. Entera.

Mis manos empezaron a moverse por sí solas, desprendiéndome de todas y cada una de las prendas de ropa que llevaba puestas excepto mis calzoncillos, quería ir tras ella, quería sentirla cerca. Me zambullí y fui en su busca. No soy un caballero, no soy un galán, soy un hombre de impulsos, como he dicho; cojo lo que es mío y ahora, ella es mía. El contacto de sus labios fue brutal, fue magnético, hipnótico. La burbuja en la que nos vimos envueltos distaba mucho de lo que pensé que podría ser. Es una sensación muy difícil de explicar, para alguien que no ha sentido esto en otras ocasiones. Para mí, el sexo es solo eso, sexo, se trata de cubrir una necesidad fisiológica muy importante, no se basa en conexiones profundas ni uniones viscerales. Pero ¿esto? Esto tiene magnitudes indescriptibles, me ha atrapado

y comienza a arrasar mis sentidos y, sin duda, quiero más. ¿Cómo explicar lo que se puede sentir en un único contacto? ¿Cómo entender lo que sentí? Lo que sentí con una persona que no conozco, que no me conoce. ¿Cómo descifrar las encrucijadas de mi cuerpo?

El colmo es su entrega, cómo enredaba sus dedos en mi pelo y sus piernas en mi cintura, cómo me aprietaba contra ella y me buscaba, con la misma necesidad primaria con la que la buscaba yo a ella, y ya sabéis lo que dicen; ¡si me buscas, me encuentras! Y tú, *piccola bionda*, tienes todas las papeletas. Cuando se separó de mí, una sensación de vacío me asoló. No quería que se fuera, quería seguir sintiendo el efecto de su calor en mí, que no dejara de envolverme, que por mis venas corriera la adrenalina que me proporcionaba su pasión y su entrega absoluta.

«Pasa esta noche conmigo», le pedí. Le hubiese suplicado si fuese necesario ¡yo! ¡Maldita sea! ¿Suplicar, yo?, que chasqueo los dedos y tengo todo lo que quiero. Sí, yo... habría suplicado si de ello dependiera volver a sentir el fuego de sus caricias recorrerme y marcarme las entrañas.

Ella aceptó y mi ego masculino creció junto con mi polla. Cómo no iba a reaccionar de esa manera ante esa mujer. Estoy convencido de que si se lo propusiera podría dominar a quien ella quisiese, probablemente no sea consciente del poder de seducción que tiene y por suerte para mí, eso es un punto a mi favor. Me sentí como el cazador y ella mi presa. «Después de esta noche, *piccola bionda*, nada será igual para ninguno de los dos. Ya te darás cuenta», pensé.

Regresó a mí, se quedó obnubilada con la decoración del espacio. Me gustaba verla prestando atención a todos y cada uno de los detalles de la habitación, a mí me sucedía lo mismo, pero con su cuerpo, con su pelo, con su piel. *La mia dea dell'Olimpo* es perfecta para hacer girar todo mi mundo. Y yo para hacer girar el suyo.

«Per l' inferno<sup>3</sup>», pensé cuando llegamos a la terraza, la cogí en volandas, quería ser dulce y atento, pero mi fiera interna quería comérsela y empotrarla. Dejarla tan marcada que no fuese capaz de estar con otro hombre que no fuera yo, que viniera en busca de más y que solo yo tuviera la fórmula mágica para calmar su picor. Sabía que sería rápido, sabía que mi cuerpo entero estaba en llamas desde el mismo momento en el que la vi y que no podría ser suave, quizás ella fuera puro fuego y necesitara lo mismo que yo, que nos complementáramos de esa manera tan primaria. Y, efectivamente, no

me equivoqué. Se arqueaba bajo mi cuerpo, gemía en mi oído, me montaba como una amazona, me pedía más y más y yo en ese momento dudaba entre si estaba en el cielo o en el mejor de los infiernos. Deseaba estar dentro de ella toda la noche, que sus manos temblaran y arañara el colchón, marcarla a fuego. Fue una noche explosiva, una noche de pasión de las que no se olvidan. Agradecí a mi padre haberme enviado a Ibiza, sin duda. Quiso irse y yo quise volver a suplicarle que se quedara, pero no pude, era lo mejor, sabía que en un rato llegaría Marzia y no quería ningún tipo de escena, así que me armé de valor y la dejé marchar.

La mañana siguiente fue un caos total. Marzia llegó, muy en su dinámica, muy ella, altiva y posesiva, como siempre. Bajamos a desayunar y allí estaba Mar, la luz que la envolvía era cegadora, y yo sentía ese magnetismo inconfundible de nuevo. Confieso que al verla volví a ponerme duro, no podía evitar las reacciones físicas de mi cuerpo, tenían vida propia. Sus ojos y los míos conectaron, pero esta vez la entrega que vislumbré en ellos la noche anterior, había desaparecido. Fruncía el ceño y su boca era una fina línea, no había rastro de ternura ni de pasión en su gesto, solo ¿enfado? Creo que mi *piccola bionda* estaba celosa. Quizás no debía haberme acercado a hablar con ella, pero no pude evitarlo, lo necesitaba y lo necesitaba en ese preciso instante, para ser más exactos. Marzia me la sudaba, me daba exactamente igual, era un cero a la izquierda para mí en ese momento. Poco pudimos decirnos, ella desprendía odio, hacia mí y hacia Marzia, lo percibí. Veía los engranajes de su cerebro trabajar en busca de una explicación coherente que le dijera lo que sucedía, el motivo por el que yo estaba con otra mujer después de la noche tan íntima que habíamos compartido. Evidentemente la coherencia dejó paso a la disconformidad que sentía por lo que le mostraban sus ojos. Fue muy educada, yo no sé si habría podido actuar de la misma manera en esa situación, yo habría deseado romperle la cara al cretino que se dignara a acompañarla después de habérmela follado una y otra vez la noche anterior, de haberla hecho mía sin descanso. Intenté ir tras ella y explicarle, pero no me lo permitió, Marzia tampoco colaboró mucho, no dejaba de marcar territorio ante Mar. Yo que soy un hombre resolutivo que guarda un as bajo la manga siempre, en esa ocasión, se me fue de las manos. No quiso escucharme y yo no quise mostrar nada ante Marzia, no me convenía tampoco. Y el colmo de los colmos fue la peineta que me hizo, ¡a mí!, ¿entendéis? ¿Una peineta a mí? La gatita quería jugar, pues juguemos...

Ahora estoy muy implicado en la cadena, y habiendo seguido sus pasos estos meses, he propuesto una nueva dinámica de trabajo, por supuesto, a mí me beneficia, pero ese es mi as, en este caso. La tendré cerca. Mi padre ha permitido que coja las riendas de la cadena en su nombre, así él se dedica a otras cosas. Eso sí, ha sido muy inteligente su jugada, porque me ha puesto una condición que no es de mi agrado, pero en el amor y en la guerra, todo está permitido. Por otra parte, he interrogado a Alberto, yo también sé venderme muy bien y me ha contado las asiduas visitas de Mar y sus amigas a mi cafetería, por lo que jugaremos y mucho. Lástima que ella no lo sepa, no pienso desvelar mis cartas. No aún.

Ahora se ha marchado del Au Revoir, de nuevo sin dejarme explicarle nada, sé que está enfadada por lo de Marzia, no lo dice abiertamente porque no quiere mostrarse débil ante mí, no quiere admitir que se siente perturbada con esto que nos pasa. Suena «Quién», de Pablo Alborán y yo sigo creyendo que hay «algo» que maneja bien las cuerdas y que envía señales, unas veces claras y precisas; otras más esquivas, pero que te marcan el camino a recorrer. Como en el cuento de *Hansel y Gretel*, que dejaban piedras para no perderse cuando decidieran regresar. Pues ese magnífico destino nos deja esas piedras en forma de señales, señales que hilvanan nuestra vida y nos reconduce hacia caminos insospechados.

Quién abrirá la puerta hoy  
Para ver salir el sol  
Sin que lo apague el dolor  
Que me dejó aquella obsesión  
De tu corazón con mi corazón  
De mis manos temblorosas arañando el colchón  
(...)  
Si te digo la verdad  
No quiero verme solo.

¿Solo? Ya estoy acostumbrado. No se puede echar de menos la compañía ni los sentimientos que la envuelven, cuando es algo que nunca has tenido. Las carencias, lejos de convertirse en debilidades, pueden transformarse en pericia y esta, a su vez, tener potencial.

<sup>2</sup> Dannazione: Maldita sea.

<sup>3</sup> Por todos los infiernos.

# Capítulo 5

Mi último programa. *Quiero Contarte que te Quiero Contar* me ha dado tanto... Todo este tiempo me ha llenado, me he sentido completa profesionalmente, mis comienzos como profesional del periodismo fueron con ese programa, éramos la simbiosis perfecta: él me daba la oportunidad de conocer y explotar mis límites y yo le daba mi corazón cada semana, luchando por él y apostando fuerte por hacerlo cada vez mejor. Éramos perfectos. Hoy es el último día y espero que nuestra despedida sea tan especial como lo ha sido nuestro camino.

He decidido quedar con las chicas esta tarde para hablar con ellas y contarles todo, me hubiera gustado proponer otro sitio y no ir al Au Revoir, pero ellas no saben nada y yo no quiero convertirme en una cobarde que huye de las situaciones, no lo he hecho hasta ahora y no pienso hacerlo jamás. He llegado hasta aquí curtiéndome en mil batallas, ¿qué es una raya más para un tigre?

Llego y ya están esperándome mis niñas allí.

—¿Gabinete de crisis? —pregunta Alberto cuando estamos todas sentadas y viene a tomarnos nota.

—Más o menos —respondo incómoda, mirando hacia los lados, por si está allí.

Pedimos nuestros habituales barraquitos<sup>4</sup>. Alma descafeinado, ahora que está embarazada debe cuidar el tomar determinadas cosas que puedan ser perjudiciales para nuestra sobrina.

—Es hora de que os cuente lo que me pasa —comienzo—. No me he sentido con ánimos hasta ahora de abrirme, pero después de lo de ayer, creo que os merecéis una explicación. No he querido responder a los WhatsApp —el grupo ha estado muy activo desde ayer por la tarde, debo confesarlo—, creo que era mejor que lo habláramos cara a cara, tener el valor de narrar todo.

No responden, se limitan a extender sus manos, colocarlas encima de las mías y hacer un gesto de asentimiento con la cabeza para que me tome mi tiempo y proceda a contar todo.

—Allá voy.

Y ese es el pistoletazo de salida para que Ibiza haga acto de presencia en esta mesa.

—¿Me estás diciendo que no te pusiste bragas? —pregunta Érika.

—¿Ni sujetador? —añade Alma.

—A ver..., de toda la historia que os acabo de contar ¿os vais a quedar con que no me puse ropa interior? —Mi cara de *shock* debe ser digna de enmarcar.

—¡No, coño!, pero es que la que siempre está diciendo que no os pongáis bragas soy yo, y vas, no te las pones y te follas a un maromo que está como quiere, y cuando digo como quiere, quiero decir, para no parar de recorrer...

—No sigas, Érika, por favor —la interrumpe Alma—, estoy embarazada y tengo las hormonas muy muy mal —puntualiza.

—Jaime debe estar que salta de una pata, ¿no? —añado guasona.

Me mira con cara de «¿tú qué crees?». Y yo sonrío, muerta de envidia, ¡para qué negarlo!

—Vale, ¿y quién es esa Marzia? —prosigue Érika.

—¡Y yo qué sé! No he querido saberlo, si me dice que está comprometido o casado, soy capaz de arrancarle la cabeza de cuajo.

Alma contrae el gesto. Esto le trae malos recuerdos. Yo la miro fijamente.

—No quiero que se repita la historia —balbucea.

—Tranquila, no hay «historia» que repetir —aclaro—. Esto es lo que es, o más bien, esto fue lo que fue, porque no se va a volver a dar el caso, de eso podéis estar seguras.

—Si no lo quieres tú, ¿me lo puedo pedir yo? —suplica Érika.

—Ni de coña —finalizo.

Ambas alzan una ceja y sé lo que están pensando, pero no, se equivocan, la cosa no va por esos derroteros.

—No empecemos a fantasear, ¡ehhh! Que ya os conozco, mascaritas.

—Nosotras no hemos dicho nada, toda la película la estás montando tú sola, te estás descubriendo... —matiza Alma.

—La madre que os parió, ¡a las dos! —declaro señalándolas con mi dedo índice a ambas.

—Tengo la sensación de que hay más —prosigue Alma—, sobre todo, teniendo en cuenta lo que pasó ayer aquí.

—Sí. —Agacho la cabeza en señal de resignación—. Ayer tuve una reunión con Óscar, ¿recordáis que os dije que me habían citado?

Ambas ponen cara de sorpresa.

—Se nos había olvidado por completo —se disculpa Érika llevándose las manos a los ojos, para esconderse.

—No pasa nada, el caso es que fui con cierta incertidumbre, por lo que pudiera pasar. Pues resulta que llegué y cuando entré en el despacho, ¿a que no sabéis quién estaba sentado allí?

—No puede ser...

—Sí puede ser, Alma —le digo mientras la sujeto de los hombros y la muevo suavemente—. Era él.

—¿Pero y qué hacía el *rompecuellos* allí? —contraataca Érika.

—¡Ay, yo qué sé! —Parece que hoy es el día en el que no sé nada—. Según me contó Óscar es un inversor, y por lo visto importante, es que me toca todo, te lo juro. Y tengo más...

—¿Más? —preguntan ambas.

—La reunión fue para ofrecerme un programa nuevo. —Toma bombazo—. Gerard —y no puedo evitar que me recorra un escalofrío cuando pronuncio su nombre— opina que debemos hacerle un lavado de cara a mi actual programa y renovarlo. Dice que tiene unos índices de audiencia muy buenos y que debemos aprovechar eso. Hoy es mi último programa, debo explicarlo y despedirme.

—¿Un nuevo programa? ¿Así, tan rápido? —El asombro en Alma es inevitable.

—Sí, el próximo viernes comienzo con *El Manual de Instrucciones de Mar*. La gente que participe deberá escribirme un correo electrónico o una carta donde me expongan su problemática, yo tendré que aconsejar o guiar, y dar resolución a las cuestiones que me planteen.

—Me encanta el nombre y me encanta la propuesta —explica Érika—, ese hombre, además de tío bueno, cañonazo al cual, dejo claro que yo se la *mandaba*<sup>5</sup>, es inteligente.

—Amén. —La secunda Alma—. Pero yo no se la mandaba, como dice la loca del moño esta, yo se la mandaba a Jaime, es más, hoy no creo que pueda escapar de mí.

—Ni escapa hoy, ni ayer... —se guasea Érika.

—Para los bichos no lo voy a dejar —contesta Alma riéndose.

—Amén —repito—. Bueno, ya sabéis todo. —Suspiro, y siento cómo una parte de angustia abandona mi cuerpo, es cierto eso que dicen de que

compartir los problemas es una terapia efectiva.

—No quiero ser mala, porque siempre soy la mala de la película —añade Érika—, pero ¿tanto rollo para esto? ¿Tantos meses de silencio por un simple polvo, Mar? No es muy normal, ¿no crees? Al final ha sido un polvo...

—Varios —la interrumpo.

—Varios polvos —prosigue mientras hace un mohín y se coloca el pelo tras la oreja—. Lo que no me parece ni medianamente lógico es que hayan pasado seis meses para contarnos que te acostaste con un dios griego, de gran envergadura, ¿no?

—Voy a hacer caso omiso a su gran «envergadura», peeeerooooo, esta vez, yo también voy a adoptar el papel de mala, Mar —interviene Alma—. Si te digo la verdad, yo tampoco lo entiendo. No entiendo nada.

—Yo tampoco lo entiendo —lo que yo digo, hoy es el día en el que, como diría Sócrates, solo sé que no sé nada.

—Cielo, hasta que tú misma no lo asumas, no podremos ayudarte. Esto es así, las cosas funcionan de esta manera. Has luchado contra mucho y has sabido buscar respuestas a todas, superaste lo de Ricardo, las respuestas las tienes tú y solo tú.

Suspiro profundamente. Alma ha dado en el clavo, la muy...

—Amén —termino diciendo yo—. A ver, ¿qué queréis que os diga?, ¿que fue importante? ¿Que fue más que sexo? ¿Que por primera vez me sentí libre y deseada? ¿Que era yo misma otra vez? ¿Que quiero más y me siento fatal por no poder evitar sentirme así? —A tomar por el culo. Ya lo he soltado todo, como dice el artículo doce de nuestra *Constitución Femenina*: «Las mejores decisiones en la vida, van acompañadas de un “a tomar por el culo al final”», y la mejor decisión para mí, en este momento, era contarlo y liberarme de este peso—. No sé ni qué quiero, ni qué no quiero. Solo sé que deseo estar tranquila y darme la oportunidad de volver a ser feliz. Me lo merezco, ¿no?

—Hermana, te mereces lo mejor de este mundo, pero a veces las cosas no son así de sencillas. No existe un interruptor que presiones y te diga cuál es el camino que debes elegir para llegar a tu meta, no es tan simple. Muchas veces, debemos caernos y volver a levantarnos para aprender que ese camino no era el correcto —explica Érika—. Solo te voy a dar un consejo Mar; no podemos dejar de vivir cosas por miedo, porque quizás nos perdamos mucho por el camino.

—Eso está en la *Constitución Femenina*, ¿verdad? —pregunto.

—Artículo trece —me responde Érika.

—Caerse no es malo, Mar. Lo verdaderamente malo es no levantarse —añade Alma—. El día que repartieron los papeles nos tocó el de guerreras, los de princesas ya estaban cogidos.

—Si solo fue sexo, no tienes de qué preocuparte, ¿verdad? —Vuelve a la carga Érika.

Perra sata.

—Érika, porque te quiero, si no a veces te arrancaría la cabeza —le digo con cara de mosqueo.

—Es mutuo, amiga —contrataca.

Sé que tienen razón, en todo.

—Yo, por lo pronto, voy a continuar con mi vida. Ayer, mientras estaba discutiendo con Gerard aquí, se acercó a mí Andrés.

—¿Andrés? —pregunta curiosa Alma—. ¿Andrés Gutiérrez? ¿Mi doctor?

—El mismo que viste y calza —bromeo.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que ahí había tomate! El día que estuvimos en la habitación de Alma, cuando se puso enferma, ese hombre te miraba con ojos de devorador, quería hincarte el diente y ¡darte todo, mamita! —Érika pone voz de cubana mientras dice esta última frase.

—Me invitó a salir —sigo contándoles.

—¿Delante de Gerard? —me interroga Alma.

—Ajá.

—¡Cámbate la peluca<sup>6</sup>! —exclama Érika.

—Me vino al pelo. ¡Que se joda! —prosigo con mi chisme—. Gerard se quedó a cuadros, y mi yo interna bailaba como la flamenca del WhatsApp. —Me descojono con mi propia broma.

—¿Qué le dijiste? —reanuda el interrogatorio Alma.

—Pues que sí, ¿qué le voy a decir? Es un bomboncito, no vamos a negarlo.

—Amén —soltamos todas a la vez.

Terminamos riéndonos a carcajadas. Como diría mi madre: «Quien nos ve, nos compra».

¿Mi madre? Creo que va tocando hacerle una visita. Ahora que tiene «novio» está un poco más distraída, pero es que la señora Rosaura Castro es mucho. Pase lo que pase, mi madre es una luchadora. Se separó de mi padre

hace muchos años y sacó adelante a nuestra familia, es el pilar fundamental, sin ella, probablemente no estaría donde estoy y no sería quien soy. Mi padre no jugó un papel importante, se pasaba más tiempo en el bar con los amigos jugando al dominó y bebiendo alguna que otra copita, que en casa, educándonos. Murió hace cinco años. Siempre he echado de menos la figura de mi padre en mi vida. Ellos se separaron, por las diferencias que tenían, mi madre luchaba por mí y él se mantenía más en un segundo plano, y quizás por eso, siempre he tenido esa carencia por la figura de un hombre en casa, pero no cualquiera, no me malinterpretéis, sino que necesitaba a un padre, uno que me aconsejara, que me protegiera, que me ayudara, que me apoyara cuando las cosas no salían bien, que me ofreciera su hombro... Lo necesité mucho tiempo, pero en mi divorcio se hizo más patente esa necesidad. Nunca he hablado de esto con mi madre, básicamente, porque ella no llevó nunca bien la separación. Está claro que cuando las cosas en una relación no funcionan, sea por el motivo que sea, es mejor separarse, y a ser posible, hacerlo desde la cordialidad y el respeto. Ellos lo hicieron así, mi madre se quitó una losa de encima, o eso dice ella, pero yo en el fondo creo que la realidad fue muy diferente, porque a pesar de que ya me criaba sola, se sintió más sola aún y el peso de las responsabilidades cayó sobre ella asfixiándola. Quizás por eso, hoy, que soy mucho más consciente, se merece el más puro de los sentimientos y el mayor de los amores. Y yo me encargo de demostrárselo siempre que puedo, ahora es Agustín, su novio, quien la colma de cariño y de amistad, y yo soy muy feliz de verla completa.

Me dirijo a casa con todos estos pensamientos en la cabeza. Vivo en un piso en las afueras de Santa Cruz. Es pequeño, pero para mí es más que suficiente. Mi apartamento se encuentra en la tercera planta del edificio. Cuando abres la puerta, lo primero que encuentras es el salón. No es excesivamente grande; dos pequeños sillones biplaza y un mueble color ceniza, donde tengo mis portarretratos y el televisor. Si seguimos el recorrido del pasillo, encontramos en la primera puerta la cocina. Pequeña y acogedora, como todo en estas cuatro paredes. Los azulejos son blancos y los electrodomésticos son de acero. Los muebles son de color ceniza, igual que los del salón. El suelo de la casa es de parqué, pero en la cocina he puesto baldosas antideslizantes, porque son más cómodas de limpiar, teniendo en cuenta que este espacio lo utilizo bastante más que otros. Al lado de la cocina, separada por un arco, se encuentra la solana. En ella está la lavadora y

la secadora, es el cuarto que uso para tender. Hay un gran ventanal por el que entra muchísima luz. Saliendo de la cocina y volviendo a recorrer el pasillo, se encuentra una pequeña habitación individual, con una cama de hierro forjado, decorada en tonos verdes y azules. El nórdico tiene figuras geométricas en esos colores. El estor es de la misma tela que la del forro del nórdico. No hay mesa de noche, sino que en su lugar, varias repisas están colocadas a distintas alturas y posiciones, para colocar libros y demás cosas. Un pequeño armario blanco con tiradores con forma de rombos verdes, culmina la decoración del espacio. Al lado de esta, se encuentra mi habitación, es bastante más amplia. Al entrar, a mano izquierda, encuentras un armario blanco. La decoración de la estancia es sencilla: una cama de tamaño normal, una repisa blanca, como el armario, donde tengo colocado el televisor. A los lados de la cama hay unas mesillas de noche envejecidas, que he decorado yo misma. Me gusta mucho el tema de las manualidades y trabajar con maderas, eso me relaja sobremanera. La pared donde se encuentra apoyado el cabecero tiene un papel pintado de enredaderas con flores: verdes, rojas, rosas, amarillas. Pequeñas todas. Le dan un toque muy cálido a la habitación. Y es el momento de confesar que todo lo que tenga que ver con las flores me encanta, sobre todo, la ropa con estampados florales. Son mi perdición. En mi habitación también hay un ventanal que deja pasar mucha claridad y bastante aire. Tengo unos visillos blancos, sencillos. Igualmente, todas las ventanas de la casa, menos el ventanal de la solana, tienen persianas, así que no necesito unas cortinas muy cargadas que impidan el paso de la luz mientras duermo. Finalmente, frente a mi habitación y la habitación de invitados, hay un baño completo, tiene un mueble color wengué, donde está incrustado un lavamanos sencillo y blanco, como el resto de piezas que conforman el servicio. Tiene un plato de ducha rectangular; ocupa el mismo espacio donde anteriormente se encontraba la bañera y la mampara, de doble hoja, que garantiza que el agua no se escape. Los tonos de los azulejos son marrones y en el techo hay una cornisa, desde donde sale la luz, iluminando con halógenos todo el espacio. Mi casa, para mí es sencilla, me define mucho.

Me ducho rápidamente, estoy algo nerviosa, es mi último programa, hemos decidido emitirlo por la tarde-noche, en vez de por la mañana, como es lo habitual, porque al ser la despedida, queremos que sea en un horario con audiencia. Esta noche presentaremos, además, a la persona que llevará el

programa que ocupe el espacio de *Quiero Contarte...* Sin duda, será una noche de despedidas y emociones. Echaré de menos a mi pequeña Sinda, que tantas veces me llamaba y me pedía consejo.

—¿Estás nerviosa, Mar?

He llegado a la radio y allí me espera Julián. Es un operador que lleva trabajando conmigo desde el principio. Por supuesto, él se suma al *Manual...* ¡Faltaría más! En ese sentido, Óscar y Gerard han cumplido.

—Parece mentira que después de tanto tiempo saliendo en antena, me ponga nerviosa. Pero sí, lo estoy. —Y acompaño esta frase llevando ambas manos a mis ojos para cubrirlos, como si estuviera avergonzada por lo que estoy confesando.

—No te preocupes, Mar, todo va a salir bien y estoy seguro de que teniendo el *Manual de Instrucciones* en tus manos, será un éxito —me anima mi compañero.

—¡Qué haría yo sin ti! —exclamo.

—Supongo que buscarte a otro, bicho malo —me contesta Julián jocoso.

Le doy un abrazo y justo cuando voy a darme la vuelta para ir en dirección al estudio, veo aparecer al fondo a Gerard, colgado del brazo de Barbie Marzia, ¡cómo no! Evito conectar la mirada con él. ¿Por qué estoy tan enfadada? Cada vez que lo veo aparecer colgado del brazo de la tipeja esa me pongo mala, me salen tres cabezas, como la Hidra de Lerna. Espero que no haya ningún Heracles por aquí cerca.

Cojo rumbo a mi estudio y comienzo a preparar todo, mi libreta, mis anotaciones y el guion que me han facilitado, para que todo tenga un hilo conductual, aunque muchas veces improvise, debo seguir unas pautas para que no se convierta en una locura. Espero que, a pesar de haber cambiado el horario, esta noche tengamos muchas llamadas y que la gente quiera seguir participando en el nuevo programa. A falta de cinco minutos para empezar, Gerard entra en el estudio.

—Mar —susurra.

Yo lo miro enfadada y mis tres cabezas han pasado a ser seis.

—¿Qué quieres? —rujo.

—Tenemos que hablar de una cosa —continúa diciendo.

—¿Pero no vas a cansarte nunca de insistir? Estoy en mi puesto de trabajo, no tengo nada que hablar contigo, salvo temas profesionales.

—Mar, tranquilízate —me interrumpe—, yo ahora mismo de lo que

quiero hablar contigo es de trabajo.

Upsssss, toma corte. Cadera rota se llama a lo que me acaba de pasar.

—Esta noche tienes que presentar a la persona que ocupará tu espacio y que tendrá un nuevo programa a su vez —prosigue—, el caso es que debes presentar a...

En ese momento se abre la puerta y yo dejo caer los cascos sobre la mesa cuando veo entrar a la rubia de bote.

—Cielo, te estaba buscando, no sabía que estabas aquí —dice mirando fijamente a Gerard—. Ah, eres tú... Hola, Mar —me saluda falsamente, más falsa que una moneda de treinta céntimos de madera.

—Adelante, Marzia —le pide Gerard.

No hace falta ni que termine la frase, porque ya ella está dentro con su particular pose de niña pija con un palo metido por el culo —se nota que le tengo asco, ¿no?— y se cuelga de su brazo, para no variar.

—Hola, Marzia —respondo igual de falsa, o más que ella si se puede.

—Marzia será la encargada de cubrir el espacio que deja Quiero Contarte...

¿La niñata esa? ¿En serio? Pero si no tiene más de treinta años. Va mejorando mi enfado, ¡sí, señor!

—Vale —me resigno a responder—. ¿Quieres que te presente de alguna manera en particular? —¿Algo así como la perra mala que se quiere follar a mi hombre desconocido hasta decir basta y que no me llega ni a la suela de los zapatos? ¿O mejor la rubia de bote a la que no le han enseñado a teñirse las cejas negras como el carbón, que me quiere quitar mi espacio y que encima se quiere levantar a Gerard?

—No hace falta, me presentas y ya yo me incorporo y cuento más sobre mí —murmulla interrumpiendo mis titulares.

Perra, no me quieres dar la oportunidad de presentarte, si hasta parece que eres lista y todo. ¿Tu única neurona aún funciona?

Pongo mi mejor sonrisa falsa y continúo con mis notas.

—¿Puedes salir un momento, Marzia? —le pide Gerard amablemente.

—¿Para qué, cariño? —susurra muy mimosa.

Arcadas me están dando. Buagggggg.

—Tengo que continuar hablando con Mar, son temas que nos incumben a ella y a mí.

—Tú y yo no tenemos secretos, cariño —continúa Marzizorra.

—Marzia, ¡ya!

La susodicha abre los ojos y de muy malas maneras, me fulmina con la mirada y se da la vuelta para abandonar el estudio. Cierra de un portazo que me hace apretar los ojos con fuerza.

—Vaya, vaya —comienzo yo, no lo dejo ni arrancar su discurso—, así que la gatita es quien va a ocupar mi puesto, qué bien te lo montaste, ¿no?

—No fue decisión mía, si te interesa saberlo.

—Realmente no me interesa saberlo —escupo con rabia.

—A ti últimamente no te interesa saber nada. Para ser una persona que predica escuchando y que aconseja, lo haces bastante mal conmigo, ¿no crees, *piccola bionda*? —Eso es un zas en toda la boca.— Es malo hacer juicios de valor, *ragazza*.

Y dicho esto, se da la vuelta y sale. Justo cuando va a cerrar se gira y me mira intensamente.

—Suerte —dice antes de cerrar.

—Gracias —pronuncio estando sola.

Entramos en antena y comienza el ajetreo, el teléfono no para de sonar y eso es un gran alivio para mí, pensé que al haber cambio en el horario la cosa podría ponerse fea, pero veo que me he equivocado. «Puede que te hayas equivocado en más cosas, ¿no?», apunta mi conciencia.

Apartando esos pensamientos de mi cabeza, decido centrarme en mis llamadas. A medio programa, suena mi teléfono.

—¡Holaaaaa! ¿Con quién tengo el placer de hablar? —Se perfectamente quién es y me hace mucha ilusión.

—Niña, soy yo, niña, Sinda.

—Doña Dosinda, ¿cómo se encuentra? Tenía muchas ganas de hablar con usted, hoy, en nuestro último programa.

—¿Cómo iba yo a dejar de llamarte? Sabes que te llamo casi todas las semanas.

La señora Sinda, más que llamarme para pedirme consejo, me llama para contarme algún chisme, ella es así. La pobre debe ser un cielo de mujer. Yo le tengo muchísimo cariño.

—¿Qué quiere contarme? ¿En qué puedo ayudarle?

—Ay, niña, no sabes lo que me ha pasado esta semana.

—¿Qué le ha pasado esta semana? —Me pongo un poco nerviosa, espero que no sea nada malo, esta señora es como una amiga más.

—Resulta que fui a la farmacia a repetir mis medicinas, tú sabes que una llega a una edad que ya todo no funciona igual —comienza a narrarme.

—Doña Sinda, seguro que está usted estupenda —la elogio de manera sincera.

—Mija<sup>7</sup>, el día que tú llegues a ochenta años como yo ya me entenderás.

Me río por su comentario, es una mujer tan honesta y sencilla...

—El caso, niña, es que voy a repetir y había cola, uno de los chicos que atiende allí, uno jovencito, estaba atendiendo a uno de mis vecinos. El pobre estaba más blanco que un papel, yo no soy ninguna chismosa, tú lo sabes —qué mujer con más arte—, yo, claro, me acerqué a ver de qué estaban hablando, pero solo por si podía ser de ayuda, tú sabes que yo soy de gran corazón. Y estaba cogiendo una caja de esas pastillitas azules.

—¿Patillitas azules, doña Sinda?

—Sí, hija, sí, de esas que te levantan la moral.

Yo me muero de risa, literalmente.

—La moral, ¿no? —la pico.

—Chiquilla, pero ¿qué quieres que te diga? ¡Lo que le levantan es el rabo a un hombre! ¡Hala, ya lo has conseguido! Sabes que no me gusta decir palabras malsonantes.

Es que es mucho.

—Me meo con usted, doña Sinda, es mucho.

—Yo sí que me meo contigo, y a veces literalmente. Llama cada paleta al programa para preguntarte cada cosa..., es que la gente lo que tiene es mucho tiempo libre.

Es una de esas ancianas brutalmente sinceras.

—La voy a echar de menos, doña Sinda. Escriba cada vez que quiera.

—Iré a casa de mi vecina Puri para que ella escriba por mí, tú sabes que yo esos chismes no los conozco y escribir tampoco es que se me dé del todo bien.

—Esperaré su carta. Dígale a Puri que la escriba, que puede escribir una y mil si es necesario.

—Gracias, niña. Yo seguiré oyéndote todas las semanas, te va a ir muy bien, porque brillas por ti misma, cielito.

—No me haga llorar, doña Sinda. Seguiremos en contacto.

—Por supuesto, no te librarás tan fácilmente de mí.

Nos despedimos cariñosamente. Espero que de verdad me escriba, porque

las personas como ella, logran arrancarte más de una sonrisa y muchas carcajadas.

—Termina el programa y debo presentarles a la nueva colaboradora que ocupará el espacio que yo dejo.

Marzia, después de que colgara con la señora Dosinda, ha entrado y se ha sentado en una silla frente a mí.

—Buenas noches, queridos oyentes —comienza a decir con una voz dulce y melódica, no parece ni ella misma—. Mi nombre es Marzia Brunetti y seré la encargada de dar vida de nuevo al hueco que deja el programa que presentaba Mar. Estoy segura de que lo haré tan bien o mejor que ella, será un espacio muy ameno y divertido...

Oigo cómo suelta el repertorio, pero yo me abstraigo y me pongo a mirar hacia la cabina, para ver si allí se encuentra Gerard. Estoy convencida de que así es, pues su chica está ahora mismo hablando. Le prestará todo su apoyo y probablemente, cuando termine la llevará a su casa y le dará lo suyo, lo mío y lo de todas las mujeres que babeamos por su cuerpo de adonis.

Recupero la compostura justo antes de que Marzia termine de soltar lo que quiera que esté soltando.

—Muchas gracias, Marzia. —La cara de asco que tengo se debe notar a distancia, menos mal que en la radio lo que importa es la voz y no me ve nadie.

—No tienes por qué dárme las.

Estoy segura de que la gente se podría dar cuenta perfectamente de que ninguna de las dos somos plato de buen gusto de la otra.

—Termino de despedirme. Les agradezco a todos y cada uno de mis oyentes la confianza que han depositado en mí todo este tiempo. Espero contar con vosotros en este nuevo proyecto y que, además, se animen a participar. Será divertido. Buenas noches y nos oímos en el *Manual de Instrucciones de Mar* el próximo viernes a las siete de la tarde. Un placer y un abrazo.

Corto la comunicación y dejo que suene «Tú jardín con enanitos», de Melendi. Todas las noches me despido con una canción. La música alivia la tensión y te hace soñar.

Alma:

Has estado fantástica, Mar.

Me ha sonado el teléfono y no he podido evitar sacarlo para ver si era mi

comando.

Mar:  
Gracias, mona peluda.

Abandono el estudio y sin poder evitarlo lo busco con la mirada, pero no está. Es una pequeña bofetada la que me llevo. Reconozco que lo estoy tratando como un trapo, pero es complicado evitar sentirme dolida. Muchas veces, la mente y la imaginación nos juegan muy malas pasadas, porque creemos ver cosas donde no las hay. Y yo, lamentablemente, en Ibiza, creo que sentí que entre nosotros había cierta conexión y no solo sexual. Supongo que, en mi caso, las esperanzas se crearon solas. Fue una especie de cóctel lo que supuso Gerard para mí, me sentí tan libre, tan yo misma, tan capaz de... Que me dejé llevar y mi parte más romántica, esa que sueña con que las cosas imposibles son capaces de materializarse y de hacerse posibles, salió a la luz y se puso la primera de la fila. Creí que había una posibilidad para mí. Lamentablemente, me volví a equivocar. Mi vida, en general, se basa mucho en los errores, en el caos. Voy dando botes sin tener muy claro cuál será mi destino. Y no, no tengo respuestas para ello. Solo sé que no pienso darme por vencida, por lo menos, no aún.

Mis pies me han traído directamente a esta puerta, sin buscarlo. Toco suavemente y oigo unos pasos acercándose hasta mi posición, el sonido del fechillo<sup>8</sup> al girar me devuelve al presente. Dejo caer mi bolso, justo en el momento en el que la puerta se abre y tras ella aparece mi madre.

—Mamá... —digo más para mí que para ella.

—Cariño... —responde para mí, más que para ella—. Has estado fantástica.

No tengo claro cómo he terminado en sus brazos, pero es el lugar en el que deseaba encontrarme en este preciso instante. Siempre pienso que he necesitado una figura masculina en mi vida y quienes me conocen saben que esa carencia me ha pasado factura. He ido dando pequeños tumbos y he acabado en lugares en los que puede que no hubiera acabado si hubiese contado con esa figura. Y remarco el «puede» porque quizás no sea así, quizás sí habría terminado de la misma manera y en el mismo lugar, pero me gusta pensar que no, que, de haber contado con mi padre en mi vida, ahora mismo sería de otra manera, ahora mismo estaría completa.

—Gracias, mamá.

—Pasa, cariño.

Hago caso a su petición y me adentro en su casa, como buenamente puedo me tiro en el sofá y ella se sienta justo a mi lado.

—¿Quieres que te traiga algo de comer?

—Sigo sin entender bien por qué esa manía tuya de arreglar todo con comida.

—Vosotros, los jóvenes, lo arregláis con alcohol y yo con un buen puchero. Ya ves, la diferencia es abismal, lo que está claro es que con el estómago lleno, la vida se ve de otra manera.

—No te voy a llevar la contraria en eso —finalizo.

La veo dirigirse a la cocina mientras yo sigo ensimismada. He venido y sigo sin saber bien con qué fin. Coloca delante de mí un buen surtido de embutidos y pan tostado, refresco y frutos secos. Está preparando todo su arsenal para llevarme a su terreno, estoy convencida. Rosaura: 1, Mar: 0.

—No es que no me gusten tus visitas —comienza—, pero me resulta raro que vengas a verme justamente hoy.

—¿Qué tiene de malo que venga a verte? —contraataco.

—Nada, pero normalmente los viernes los tienes ocupados.

¡Cómo me conoce! La madre que me parió..., nunca mejor dicho.

—Creo que hoy necesitaba a mi madre, solo eso.

Coloca su mano sobre la mía y fija sus ojos en mí. Estoy al borde del llanto y lo peor de todo es que no tengo claro el motivo. Quizás tengo pistas, pero no quiero verlo aún. No estoy preparada.

—Hemos estado muy unidas siempre, Mar, siempre hemos sido una, tú me has ayudado a mí y yo te he ayudado a ti, hemos estado en las buenas y en las malas y, aunque sé, porque te conozco como si te hubiera parido —sonrío ante este comentario—, que puedo contar contigo, quiero decirte que puedes contar conmigo cuándo y cómo necesites.

—Gracias por decirme justo lo que necesitaba oír. —No hay nada más que añadir, me envuelve entre sus brazos y me mece en ellos, como cuando tenía diez años menos y vine a esta misma casa con una maleta, dispuesta a comenzar mi nueva vida.

Cierro los ojos y suspiro, lo último que recuerdo es el beso que deposita mi madre en mi sien, antes de caer en los brazos de Morfeo y dejarme llevar por un sueño ingenuo y candoroso.

El sonido de mi teléfono me despierta, estoy envuelta en una manta de croché y acurrucada en el sillón de mi madre, abro un ojo y estiro la mano en

busca del dichoso aparato que emite ese sonido infernal y que me ha despertado.

—¿Sí?

—¿Estabas durmiendo?

Inmediatamente salto como un resorte en mi sitio, ya no hay claridad, ni manta, ni calor que evite la reacción de mi cuerpo.

—¡Es sábado! Lo normal es estar durmiendo.

—¿Sola?

—No pienso responder a esa pregunta.

—¿Te hago café, cariño? —La voz de mi madre suena alta y clara, si quería hacerme la interesante ha quedado en un intento.

—*Piccola bionda*, ya no hace falta que respondas.

¡Maldito sea! ¡Cabrón arrogante! Emito un ruido de disgusto, que parece más un lamento que un gruñido.

—¿Necesitas algo, Gerard?

—Necesito que vengas por la oficina, tenemos que comenzar a organizar el nuevo programa.

—¿A ti nadie te ha dicho que yo no trabajo los sábados? —respondo soberbia.

—¿A ti nadie te ha dicho que ahora soy tu jefe y que yo también tengo capacidad de decisión? —contraataca más presuntuoso si cabe.

—¿Perdona? Nadie me ha dicho que deba trabajar los fines de semana.

—Será una excepción, es simplemente hasta que nos organicemos bien y que el nuevo programa esté en funcionamiento. Tu ayudante llegará en media hora, me parece justo que tú también estés aquí.

Guardo silencio y mi cabeza empieza a moverse a la velocidad de la luz. Vale, tiene razón, ahora mismo lo que nos preocupa es que el programa se ponga en marcha y que sea muy exitoso, y no solo por mi audiencia y mi prestigio, sino por darle por el culo a la rubia de bote esa, que va a ocupar el horario que yo tenía antes. Tengo que demostrar mi valía.

—Entendido. Iré, pero no estaré en media hora. Necesito pasar por mi casa antes de ir a la oficina. —No olvidemos que he dormido en el sillón de casa de mi madre, con lo cual tendré el pelo que parecerá un nido de pájaros, no puedo presentarme con la misma ropa de ayer y es posible, muy posible para ser sinceros, que hasta me haya babado mientras dormía. No, no, no, sin duda, antes muerta que sencilla—. Y punto.

—Te doy una hora, si no te presentas iré a buscarte, *¿capito?*

Pero... ¡será!

—Ya lo que me faltaba por oír hoy.

—No tientes a la suerte, *piccola bionda*.

—¿Me amenazas? No sabes con quién hablas, pequeño.

—La que no sabe con quién habla eres tú, *ragazza*.

Decido parar este juego, que por más que me guste no me lleva a ningún lado y, además, seguramente mi madre no ha hecho ni el café, sino que se encuentra tras la puerta de la cocina escuchando la conversación. Estoy segura de que su sordera es selectiva. Un mal de muchas madres...

—Ahí estaré. Sin falta. —Sujeto el teléfono y me dispongo a colgar.

—¿Mar? —Oigo la voz antes de colgar y vuelvo a llevar el auricular a mi oreja.

—¿Sí?

—Me encanta que me llames pequeño, me pone cachondo.

No atino a responder porque ya ha colgado, creo que, aunque no lo hubiese hecho, no podría articular palabra, porque en este momento parece como si me hubiera comido la lengua el gato.

—Má<sup>9</sup>, puedes salir de detrás de la puerta, ¿qué creías, que no me había dado cuenta? —me burlo—. Tengo que ir a la oficina. Sí, lo sé, es sábado y no me corresponde, pero como voy a empezar con el nuevo programa, lo justo es que cumpla —comienzo a explicarle sin que ella me lo haya pedido, pero como la conozco igual que si la hubiese parido yo a ella y sé que activará en breve el modo interrogatorio, me ahorro el paso y voy al grano, no olvidemos que tengo cierta prisa—. Me ha llamado uno de mis jefes.

—¿Uno de tus jefes? —Ni con esas he logrado desactivar el modo interrogatorio—. Hasta donde yo sé tu jefe es ese tal Óscar.

—Es un importante inversor. La idea del cambio de programa ha sido de él —matizo con la pequeña esperanza de que le convenzan mis argumentos.

—Ah, ¿de él? —contraataca.

—Exacto.

—Y ese inversor, como tú dices, ¿está casado?

Está claro que ese radar que tienen las madres para saber en qué momento deben parar de hablar y, en este caso concreto, de preguntar, mi madre lo tiene roto, eso, o es que se lo pasa todo por el forro. Conociendo a doña Rosaura Castro, se lo pasa todo por el forro, radar nunca ha tenido. Aún

recuerdo cómo cuando era adolescente y empezaba a salir y a coquetear con chicos, la muy jodida me pillaba a la primera de cambio. Instinto maternal, dicen que es, yo creo que lo que es, es muy puñetera.

—Casado no sé, pero tiene novia. ¿He resuelto todas tus dudas o tienes más preguntas que hacerme? —respondo exasperada.

—Estoy satisfecha... por ahora —me dice antes de darse la vuelta y volver a la cocina.

La cosa está clara. Rosaura: 2, Mar: 0.

Me voy a toda prisa hasta mi casa, necesito pasar urgentemente por la ducha y lavarme los dientes, ah, y café, también necesito mi dosis de café. Mi madre al final no hizo, estaba escondida tras la puerta, como os dije.

Una vez lista, preparada, peinada y con la dosis de cafeína necesaria, me voy directa a los estudios. Cuando llego a la planta donde se encuentra el despacho de Óscar, observo cómo el contiguo está ocupado y me acerco sigilosamente. ¿Alguna vez habéis tenido esa sensación de ir en dirección a un sitio y no poder evitarlo? Pues eso es exactamente lo que me sucede a mí en este preciso instante, mis pies caminan solos y el resto de mis sentidos están obnubilados por el sonido de los pasos. Uno, dos, tres, cuatro..., y así consecutivamente, hasta llegar a la puerta que se encuentra entreabierta. Coloco mi mano en la madera que recubre la guía de la misma y observo detenidamente la silueta que está sentada en la silla de oficina. Sería difícil no quedarse sin aire al verlo. Dicen que la perfección no existe, y quizás tengan razón, pero yo creo que la perfección sí existe y que es subjetiva, lo que para mí es perfecto para vosotros puede no serlo, estoy segura de que si tuvierais la imagen de Gerard delante, tal y como la tengo yo ahora mismo, estaríamos de acuerdo en que sería tan perfecto para vosotros como para mí. Entre sus manos, esas manos grandes y esos dedos expertos que me han acariciado íntimamente, tiene un teléfono de última generación, teclea de manera ágil y mecánica. Lleva una barba de muchos días, pero extremadamente cuidada. La camisa gris de botones que trae puesta le acentúa los rasgos. El pelo perfectamente peinado. Corto, más por los laterales que por la parte superior de la cabeza. En su barba se observan esas pequeñas canas, que en mí causan un grave efecto. Lo confieso, me encanta. Reconozco que me queman los dedos por deslizarlos por ese mentón y terminar rozando los labios, rozarlos como preludio de un beso que nos transporte a ambos al Edén o quizás al inframundo. Llegados a este punto, está claro que el efecto que causa sobre

mí es indiscutible. No voy a preguntarme el porqué, no tengo respuesta y si la tuviera, no sé si querría saberla. En ocasiones, la ignorancia te hace ser muchísimo más feliz.

—¿Tan irresistible soy que no eres capaz de apartar la mirada de mí, *piccola bionda*?

Al carajo. Toda la magia se ha ido de un plumazo. Pillada.

—¿Perdona? —pronuncio cuando me recompongo—. ¿Crees que eres el único hombre de la faz de la Tierra como para que tengas ese privilegio? —¿Pero qué coño se cree?

—Yo no soy el que está mirando y babeando.

Me llevo instintivamente los dedos a la comisura de mis labios. Puede que babee y no es coña, no hay más que verlo. Sigue el recorrido de mis dedos y sonrío cuando los llevo a mi boca para comprobar que no es cierta su afirmación. Os juro que le daría un piñazo por soberbio.

—Me olvidaba que hablo con Joe Manganiello.

Me sorprenden sus carcajadas.

—¿Te hace gracia? —Subo un punto en mi estado de chulería—. No estoy aquí para divertirme, ni tampoco soy tu mono de feria —escupo arrogante.

—¿Ah, no? —responde ahora, más chulo que un ocho mientras se ríe a mandíbula batiente—. Me hace gracia —afirma cuando deja de reírse—. Me gusta que seas un poco payasa.

—¿Perdona? —Sí, ya van dos «¿perdona?». Pero es que no lo puedo evitar—. ¿Me estás llamando payasa? —Como responda que sí no me responsabilizo de las consecuencias de mis actos.

—No —susurra mientras se pone de pie y comienza a recorrer la distancia que nos separa—. Simplemente, estoy diciendo que me gusta mucho esa faceta tuya de payasa. Eres muy divertida, lo tienes todo. —Se ha plantado delante de mí, está tan cerca que nuestros pechos al moverse por la respiración se pueden rozar—. Dímelo —me pide—. Dímelo, Mar.

—¿Qué...? —comienzo a tartamudear—, ¿qué...? —No puedo evitar el estado de nervios que me provoca su cercanía—. ¿Qué quieras que te diga? —Respira, Mar, es solo un hombre. Es solo carne y hueso. ¡Pero qué carne, joder!

—Repite lo que me has dicho antes por teléfono, vuelve a decírmelo. — Su tono es autoritario, firme, y a mí me tiemblan las rodillas y me palpita la

entrepuerta. Es completamente incontrolable lo que me provoca.

Posa su dedo pulgar encima de mi labio inferior y con una sutil caricia lo recorre de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Yo saco mi lengua de manera instintiva para mojarlo, y él continúa el recorrido. Estamos los dos sumidos en una cercanía que nos absorbe y nos envuelve, que nos aísla.

—Dilo. —Y su voz, esta vez, se convierte en una súplica.

Yo sigo apoyada en el quicio de la puerta y doy gracias por ello, me tiemblan tanto las rodillas que si no fuera así, habría acabado en el suelo.

—Peque...

—¡Hola!

Ambos giramos la cabeza al oír el dulce tintineo de una voz femenina acompañado de pequeños saltitos que da una chica que se acerca a nosotros con una espléndida sonrisa en la cara. Me da tiempo de reaccionar rápidamente y apartarme de un salto de Gerard. Debo agradecerle a quienquiera que sea, que me haya salvado. Es muy difícil obviar la atracción que siento por él, y lo peor de todo es que me olvido del espacio, del tiempo y del estado, y simplemente me llega en un segundo ese momento de incendio, que no tiene explicación y que es difícil de detener, pero yo no lo decido.

—¡Hola! —repite la vocecilla cantarina.

—Hola —responde Gerard, que mágicamente, así como es él, se ha recompuesto y ha tomado en control de la situación de nuevo—. Mar, te presento a Dilaila Suárez, es tu ayudante. Ella será la encargada de seleccionar las cartas o correos sobre los que girará el programa. Será tu mano derecha.

—Y tu pie si hiciese falta, Mar —interrumpe el discurso de mi hombre desconocido.

Sonrío afectuosamente. Debe tener la sonrisa más bonita que he visto nunca. Tengo la sensación de que Dilaila me caerá bien.

—Gracias. —Extiendo la mano para estrechársela, pero la rechaza y me envuelve entre sus brazos.

—Hechas las presentaciones —comienza Gerard, retomando su rol de jefe —, lo mejor será que nos pongamos manos a la obra.

Ambas asentimos y nos dirigimos a una de las salas de juntas para comenzar a detallar los pormenores del programa.

—La idea es que sea un programa exclusivo, que tu papel, Mar, sea importante, que sepas guiar y aconsejar a cada persona que se dirija a ti, que

cuando salgan de ese estudio, tengan la sensación de que ha valido la pena — otra vez el Gerard controlador y jefe hace acto de presencia—, Dilaila ya sabe los detalles de *El Manual de Instrucciones*, está al tanto de lo que queremos, así que seremos bastante rápidos y precisos para trabajar en este nuevo proyecto.

—Tendremos la carta seleccionada con anterioridad para poder preparar un guion y que podamos tener todo bajo control, que no quede nada al azar, minimizaremos los riesgos para que los resultados sean los esperados, tanto para la persona que acude a ti como para la audiencia. Que sea lo que debe ser, no sé si me explico. —Vaya, vaya, con la profesionalidad de Dilaila, sin duda alguna, me caerá bien, me gusta su manera de trabajar y su perfeccionismo—. De todas formas, está claro que con personas, es complicado controlar el margen de error. Las personas, sus reacciones, sus miedos y sus dudas, son incontrolables y es probable que en muchos casos debas improvisar. En la vida, muchas veces no hay guion que valga.

Joder con la pequeña mariposilla.

—¿Siempre eres así? —le pregunto.

—¿Así cómo? —contraataca con otra pregunta.

Gerard nos mira a ambas con una sonrisa muy divertida.

—Pues así, no sé, reflexiva, directa, espontánea, dicharachera...

—Mmmm, déjame pensar... Sí, soy así —responde en el acto, pensar lo que se dice pensar, no creo que haya pensado.

—Os parecéis mucho —interviene Gerard—. Cuando comencé a buscar una ayudante para ti, Mar, seleccioné a alguien con quien pudieras empatizar, con quien pudieras trabajar cómoda.

—Pues lo has clavado, majo.

Alza una ceja, supongo que por mi respuesta.

—¿Sabes si hemos recibido algún correo electrónico? Evidentemente sé que cartas es complicado recibir, porque ha sido todo muy precipitado, pero la ventaja de las nuevas tecnologías es esa, la rapidez y la comodidad para las personas —pregunto, porque este tema me preocupa en demasía, me preocupa que llegue el viernes y no haya ningún tema que tratar, que mi orgullo se resienta.

—Hasta donde yo sé, no, no hemos recibido nada. Tengamos paciencia, Mar —me dice Gerard, sabe lo que se me pasa por la cabeza, estoy segura, está empezando a conocerme.

—Tranquila —interviene Dilaila—. Todo saldrá bien, lo mejor está por llegar.

Adoro a esas personas que tienen la capacidad de transmitir con una mirada, con una sonrisa o con un gesto, y esta chica, Dilaila, es así, se ve. Lo veo.

<sup>4</sup> Bebida popular en Canarias compuesta por café, leche condensada, leche, canela, limón y licior

<sup>5</sup> Expresión coloquial que quiere decir: tener sexo, relaciones sexuales.

<sup>6</sup> Expresión canaria de asombro similar a: «madre mía».

<sup>7</sup> Contracción de «mi hija».

<sup>8</sup> Pestillo de la puerta.

<sup>9</sup> Abreviatura de la palabra «mamá».

# Capítulo 6

—Perfilando todos estos detalles de los que hemos hablado, es muy probable que lo bordemos.

Debo reconocer que esta faceta de jefe me encanta. Me gusta mucho la manera tan minuciosa que tiene de trabajar, de visualizar cada detalle, de prever, de barajar opciones.

—¿Cómo es que no te había visto nunca por aquí? Teniendo en cuenta que llevo mucho tiempo trabajando en la radio, no entiendo cómo no es hasta ahora, que me cruzo contigo —y formulo esta pregunta con la mayor intención del mundo.

El muy canalla, sonrío, pero no abiertamente, sino de tal manera que muestra parte de su perfecta dentadura y además consigue que me estremezca con ese gesto tan masculino.

—Si vienes a tomar un café conmigo te lo cuento —y lo dice apoyando los antebrazos en la mesa y acercándose a mí.

Dilaila pilla el mensaje al vuelo, se levanta y desaparece.

—Hasta el lunes —se despide antes de cerrar la puerta y dejarnos ahí.

—Voy un momento al baño. —Cojo mi bolso y salgo rápidamente de la sala. Ahora mismo me falta el aire y mis sentidos están atrofiados, el efecto Gerard, seguro.

Me dirijo al baño y entro en uno de los cubículos. Me siento, en realidad no tengo ganas de usarlo, pero necesito consejo y nada mejor que ellas.

Mar:

Estoy en el estudio. Gerard me ha invitado a tomar un café, ¿qué hago?

¡¡¡¡Socorrooooooooooooo!!!!

Espero, espero y espero. Ya saben lo que dice, el que espera desespera, y ya me estoy empezando a poner nerviosa. Érika es la primera en contestar.

Érika:

¿Qué tiene de malo un café?

Mar:

De malo nada. Pero es que... es capaz de nublar mis sentidos.

Érika:

Vamos bien. Estás empezando a reconocer las cosas.

Mar:

Déjate de mariconadas. Necesito consejo.  
Las explicaciones esta noche en el karaoke.

Érika:  
¿Habíamos quedado?

Alma:  
¿Habíamos quedado?

Mar:  
Ahora sí. Ya estamos todas.  
¿Qué hago?

Alma:  
Vete, no pierdes nada.

Érika:  
Tíratelo. Total, qué más da una que dos.

Mar:  
¿Estás loca o qué?

Alma:  
No se te ocurra hacerle caso a la loca esta.

Mar:  
No, no, tranquila, Alma.

Érika:  
Estaré loca, pero ¿dónde vas a conseguir a un  
maromo como ese?

Alma:  
Estás fatal, Érika.

Érika:  
Lo sé.

Mar:  
¿¿Hola?? El tema a debatir es el mío,  
No, Érika, socorroooooooooo.

Alma:  
Vete.

Érika:  
Vete.

Mar:  
Dos tonos y me llamáis para echar bomba  
de humo.

Érika:  
OK. Desmelénate.

Alma:  
OK. Respira.

Mar:  
Os quiero. Hablamos luego.

Salgo del baño y lo encuentro fuera, esperándome.  
—Estaba a un par de minutos de llamar a los bomberos y a la policía  
local.  
—Jo, jo, jo, ¡qué gracioso eres!

—Ya ves, soy todo un partido. Lástima que no lo quieras ver. —Y vuelve a recorrer la distancia que nos separa.

—¿Pero qué te pasa? ¿No eres capaz de hablar conmigo sin acercarte o qué?

Lleva una de sus manos a la mandíbula y acaricia la barba con sumo cuidado. Con un toque muy seductor. Es un encantador de serpientes, sin duda, sabe qué hacer para tenerme donde quiere y como quiere.

—Contigo ya no sé nada. Contigo solo sé que no soy yo mismo, que no tengo control.

Pim, pam, pum, bocadillo de atún. ¡Recomponete, Mar! No dejes que sea capaz de leerte y de ver en ti. Sé fuerte. Dijiste que nunca más un hombre iba a hacer contigo lo que quisiera.

—¿Y tu novia qué opina de eso?

Eso, así, un zasca en toda regla.

—¿Aceptas ese café?

Vaya, vaya, evita dar respuestas.

—Acepto. Pero hay una condición —puntualizo.

—¿Otra vez con condiciones? ¡Tú dirás!

—Serás sincero conmigo y me contarás el motivo por el cual no te he visto antes, y ahora, de repente, estás aquí.

—Hecho, *piccola bionda*.

Nos dirigimos al *parking*, donde tiene aparcado su coche.

—Vamos al Au Revoir, ¿verdad?

—Sí, ¿no te parece bien?

—Sí, me gusta el sitio, aunque ahora que sé que es tuyo creo que debo dejar de frecuentarlo, no es bueno llenar los bolsillos de hombres poderosos como tú.

—¿Quién te ha dicho que soy un hombre poderoso?

—No hay más que verte. Dueño de una cafetería, socio inversor de una cadena de radio..., cochazo —contesto al llegar al *parking* y ver el impresionante coche que nos espera en su plaza. Es el mismo Aston Martin V12 Vantage S color plata que le vi la última vez, cuando lo reconocí en aquel paso de peatones.

—Estás equivocada. Tengo más de una cafetería, es más, tengo varios negocios en hostelería. Y este no es el único coche que tengo. Con respecto a lo de la radio..., con el café delante te lo explico, es el trato. No quiero

adelantar acontecimientos y que luego salgas huyendo con la excusa de que ya sabes lo que debes saber.

Chico listo. Sí, señor. Vas ganando puntos, hombre desconocido. Me acompaña haciendo gala de su galantería y me abre la puerta para que me siente.

—Gracias.

Me guiña un ojo antes de cerrar la puerta para dirigirse al lado del conductor y ocupar su sitio. Sube, coloca el cinturón de seguridad y se inclina hacia mí. Contengo la respiración. Por favor, por favor, por favor, va a besarme.

—No...

Se detiene justo a mitad del recorrido.

—No, ¿qué?

—No —vuelvo a pronunciar.

Se queda un momento pensando, como intentando entender qué le quiero decir.

—No pensaba hacer eso. Me muero de ganas de besarte y tú te mueres de ganas de que lo haga, pero no te besaré. No hasta que tú me lo pidas.

Continúa la trayectoria y sujeta con firmeza el cinturón de seguridad, tira de él y lo abrocha.

—Era esto lo que pretendía hacer —finaliza.

Pone el coche en marcha y suena «Me quiero enamorar», de Jesse & Joy y comienza justo dando en la diana. *Mecagüentodaslasseñalesdeluniverso.*

Cuánto tiempo tardará

¿O no es para todos? ¿Por qué de mí se esconderá?

¿Dónde está?

Quiero amar y sin pensar entregarlo todo

Quiero que mi corazón intercambie su lugar con el de alguien especial

Quiero despertar, te quiero encontrar y me quiero enamorar.

No quiero mirarlo. No quiero, no quiero.

Finalmente lo miro y él me devuelve el gesto. ¿Qué pensará él? ¿Qué pensamientos le estarán rondando la cabeza?

—¿Te gusta? —me pregunta.

Asiento. Tengo un nudo en la garganta.

—No ha sido a propósito, no creas que la tenía preparada, ni siquiera pensé que pudiera darse esta situación entre nosotros.

No tengo nada que añadir y es que tampoco me salen las palabras. Es de

esos momentos en los que un silencio vale más que mil palabras.

—¿Mar? —desvió la mirada de la carretera y la fijo en él—, yo también me quiero enamorar.

¿En serio? ¿Por qué me pasan estas cosas a mí? ¿Por qué me lo tienes que poner tan difícil?

—Vas de tipo duro, pero parece que te corre sangre por las venas, Gerard.

—Me tendrás que conocer... para saber —matiza.

—Creo que ya conozco suficiente de ti.

—Te equivocas —sentencia—. Estás completamente equivocada. Conoces lo que crees conocer, ves lo que quieres ver y te haces una idea en base a eso, pero ¿sabes qué?

—¿Qué? —respondo ensimismada por sus palabras.

—Que quizás te equivocas, *piccola bionda*.

—Quizás sí. O quizás no —finalizo y vuelvo a mirar por la ventanilla.

Llegamos al Au Revoir, tal y como ha hecho antes, se baja y me abre la puerta.

—Espera —me dice.

Se vuelve a acercar y presiona el botón del cinturón de seguridad y lo retira, dejando que flote entre nosotros una estela de su delicioso perfume. ¡Madre del amor hermoso!, este hombre es pura dinamita. Jamás había sentido una atracción tan fuerte y latente como la que despierta Gerard en mí, jamás me había sentido así de atraída por nadie. Ni siquiera por Ricardo, mi exmarido, a pesar de estar convencida de que era el amor de mi vida, que era el único hombre que despertaría esa sensación de necesidad. Nada más lejos de la realidad. Lo poco que conozco de este hombre hace que necesite más de él. La lucha constante por querer y no poder es dura. No quiero volver a pasarlo mal y a sufrir, por eso, lo mejor es autoconvencerme de que huir y mantenerme alejada será la salvación para mi maltrecho corazón.

Entramos y tomamos asiento en una de las mesas que están libres cerca de una ventana. Somos el centro de atención, Gerard es el centro de las miradas femeninas, ¿será consciente de eso? Sí, seguro que sí.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta dulcemente.

—Adivínalo —bromeo.

Sonríe y se dirige a la barra. Veo cómo habla con un camarero, Alberto no está. Regresa y se sienta frente a mí.

—Me gustaría sentarme a tu lado, pero no quiero abrumarte —comienza a

decir—, esta distancia es demasiado impersonal para mí.

—Creo que teniendo en cuenta todo lo sucedido entre nosotros, es mejor que te sientes frente a mí.

—Lo mejor para ti, pero no lo mejor para mí.

—Hablas muy bien español para ser italiano —intento cambiar el tema radicalmente—, ¿no crees?

—Nací en Italia, pero desde muy pequeño viajaba a España. Mi padre siempre ha tenido negocios aquí. Además, a mi madre le gustaba veranear en Ibiza. Se puede decir que he vivido entre Italia y España, de ahí mi control del idioma.

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana —me responde—. ¿Y tú?

—No, yo soy hija única. Mis padres se separaron cuando yo era pequeña, mi padre tampoco es que ejerciera mucho como tal, casi nunca estaba en casa. Mi madre tomó las riendas de la familia, y ella ha sido la artífice de que yo esté donde estoy y de que sea quien soy. Mi padre murió hace unos años.

—Vaya, lo siento. No era mi intención...

—No te preocupes, lo tengo asimilado. ¿Y tus padres? —comienzo yo a indagar.

—Mi madre también murió, al poco de nacer mi hermana —agacha la cabeza, sumiéndose en sus recuerdos—, mi padre está ahora mismo en Italia. Las inversiones en la radio siempre las ha llevado él. Yo estaba en aquella fiesta en Ibiza por casualidad, teóricamente era él quien debía asistir, tal y como hace todos los años, este año no pudo acudir y me pidió que ocupara yo su lugar y ese fue el motivo por el que yo terminé allí. Debería darle las gracias diariamente por lo que hizo por mí. Gracias a eso, te conocí.

Ahora soy yo la que agacho la cabeza avergonzada. Recordar Ibiza y todo lo que pasó allí es mucho para mí.

En ese momento llegan nuestras bebidas. Gerard me ha pedido un barraquito, tal y como habría pedido yo. Con la espuma de la leche han dibujado un corazón precioso y sonrío ante el gesto.

—Has acertado —le felicito.

—Me fijo mucho en los detalles, aunque no lo creas.

Ahora la que sonrío soy yo y él me devuelve la sonrisa. Estamos empezando a firmar la tregua.

—Así que ese es el motivo por el que estabas en la fiesta, pero ¿por qué

ahora eres tú quien se hace cargo del negocio?

—Digamos que hemos hecho un intercambio y a él le ha parecido más que beneficioso. Mi padre es... muy suyo.

—¿No tienes una buena relación con él? —pregunto.

—Es mi padre y yo su hijo. Punto. Tampoco me apetece hablar de este tema, sinceramente.

—No era mi intención incomodarte —me disculpo.

—Tranquila. Entiendo que quieras conocerme, tu faceta periodística está todo el día activada, ¿verdad?

—No lo puedo evitar. —Sonríe ante esa afirmación—. ¿Y Marzia? —Ya está, al grano.

—¿Qué quieres saber de Marzia? —responde a mi pregunta con otra pregunta, ¿te estás haciendo de rogar?

—Principalmente quiero saber qué pinta ella en la emisora. —El otro tema, ahora mismo, no viene a cuento.

—Eso es cosa de mi padre y de sus «intercambios». La familia de Marzia y nuestra familia se llevan muy bien, mi padre y el padre de Marzia tienen varios negocios juntos. Mi padre quería hacerle el favor, así que al coger yo las funciones en la emisora, me pidió que la ubicara y lo he hecho como mejor he podido. Ella también es periodista, así que ese espacio está bien para ella. Mi padre contento y ella también, un asunto resuelto.

—Todos contentos, ¿no? —digo irónica.

—Digamos que sí, que así se resuelve esa ecuación —me contesta.

—No me hace ninguna gracia tenerla trabajando cerca.

—¿Por? —me pregunta sonriendo como un granuja.

Cazada.

—Digamos que no es del todo, ¿cómo decirlo?..., de mi agrado.

—¿Por? —prosigue con su estúpido juego.

—Si te lo cuento sabrías tú más que yo.

—Esa frase es muy de madre —me responde—, mi madre siempre nos decía: «*se te lo dico, tu sai più di me...* <sup>10</sup>». Dime, *piccola bionda*, ¿estás celosa?

—¿Celosa yo? ¡Tú estás mal de la cabeza! —Joder con el puñetero acento italiano.

—Estar celosa no es malo, *piccola bionda* —se acerca de nuevo hasta donde estoy yo y por acto reflejo yo también me inclino hacia adelante—,

estar celosa, en ocasiones es bueno, a mí, particularmente, me pone muy cachondo que mi hembra esté celosa.

—En realidad, a ti te puede poner como te dé la real gana, porque, pequeño —y ahora soy yo la que recorre la distancia que nos separa para susurrarle cerca, muy cerca—, yo no soy tu hembra —y lo digo saboreando cada una de las letras que componen la frase—. Gracias por el café.

Dicho esto, cojo mi bolso y me voy a casa. Necesito descansar y procesar toda la información. Por otro lado, preparar una estrategia, porque es noche de comando y conociendo a las monas peludas, está claro que irán a saco conmigo.

Al llegar a casa decido sacar el teléfono del bolso, no le había dado importancia hasta ahora.

Érika:

¿Te lo has follado?

Alma:

¡¡Pero mira que eres bruta!!

Érika:

Ni que tú no estuvieras pensando lo mismo.

Son un desastre. Lo he dicho mil veces.

Mar:

Sigue en pie lo de esta noche, ¿verdad?

Decido enviarles un WhatsApp sin mucha importancia, uno; para hacerlas rabiar un poco, y dos; para hacerlas rabiar otro poco. Pongo el teléfono en silencio y me voy directa a la cama, estoy cansada y una siesta me vendrá bien, más aún si esta noche vamos a salir.

Un sonido me despierta. Me incorporo en la cama y me quedo dudando si habrá sido un sueño o si realmente he escuchado algo. Esta vez oigo muy claro cómo tocan la puerta, me levanto y me dirijo hacia el lugar de donde proviene el sonido.

—¿Sí? —pregunto con voz somnolienta.

—Pregunto por la señorita Mar Villareal.

Abro la puerta y veo tras ella a un chico de MRW con una caja en sus manos.

—Soy yo —respondo escueta, con la mirada fija en la caja.

—Tengo una entrega para usted.

—No espero nada.

—Señorita, a mí solo me han pedido que haga la entrega. Sé lo mismo que usted —me contesta el repartidor.

Firmo donde me indica, cojo la caja y entro en casa. La pongo encima de la mesa. Es muy ligera. Es una caja blanca, con un enorme lazo de seda negro. Me puede la curiosidad, así que decido no perder el tiempo y abrirla. Retiro el papel de seda negro y dentro veo un maravilloso conjunto de ropa interior negro de encaje. Hay un increíble *bustier* negro. También hay un *culotte* que completa el conjunto y unas medias negras con ligas. Es precioso. Los dedos se me van solos a la tela.

Rebusco dentro de la caja y encuentro un pequeño sobre:

Muero de ganas por saber qué se siente al verte con ese conjunto puesto. En realidad, muero de ganas de poder arrancártelo.

Fdo: tu pequeño.

Ayyyyyyyy, ¡¡la leche!!

Corro a mi habitación y saco el teléfono. Le saco una foto y la envío al comando, no leo ni lo que han escrito. Por supuesto, envío también una foto de la tarjeta, esto es digno de que lo vean. Érika es la primera en contestar.

Érika:

Cámbate la peluca.

Te lo voy a decir solo una vez:

O te lo follas tú o lo hago yo.

Mar:

No seas perra, es mío.

Alma:

Tuyo y puede que de Marzia.

Mar:

Aguafiestas.

Érika:

Se dice waterparty.

Mar:

¿Y ahora?

Érika:

Póntelo, sácate una foto y envíasela.

Alma:

Póntelo esta noche. Jaime dice que le preguntes que dónde lo ha comprado, que me va a regalar uno para arrancármelo.

Érika:

Guarrilla.

Mar:

Guarrona.

Alma:

Jodeos las los.

Mar:

La idea de Érika me gusta, pero...  
mejor la de Alma.

Alma:  
Siempre acierto.

Érika:  
Que os peten a las dos.

Mar:  
Nos vemos esta noche a las nueve.

Alma:  
Viene Jaime con nosotras.

Érika:  
OK.

Mar:  
OK. A las nueve en tu casa, Alma.

No salgo de la aplicación de mensajería instantánea, sino que busco otro contacto. Le envió la misma foto que a las chicas, pero sin la nota, evidentemente.

Mar:  
Gracias por el regalo.  
Lo estrenaré esta noche.

Le doy a enviar y me voy directa a la ducha. Necesito lavarme el pelo y empezar a prepararme para esta noche.

Pongo la música alta y me meto en la ducha mientras suena «Corazón en la maleta», de Luis Fonsi, me enjabono mientras canto como si me fuera la vida en ello.

Tú te quedas con mi firma en la libreta  
Yo me llevo el corazón en la maleta  
(...)

Salgo y cojo el teléfono que he tirado encima de la cama. Veo que tengo un mensaje nuevo, lo miro desde el exterior: es de él.

Gerard:  
Conmigo es con quien debes estrenarlo.  
¿Quieres jugar? Bien, juguemos pues.

Mar:  
No estoy segura, creo que no tienes  
exclusividad.

Gerard:  
Estoy dispuesto a ganármela.

Mar:  
¿Qué dirá Marzia de esto?

Gerard:  
Lo que diga o deje de decir, me la suda.

Mar:  
¿Qué palabras son esas para un hombre  
como tú?

Gerard:  
Es tu culpa, me exasperas.

Mar:  
Lo consultaré con «mi médico» a ver qué  
piensa él.

Veo que sigue en línea, pero no me contesta.

Gerard:  
No hagas que vaya a buscarte.

Mar:  
No te tengo miedo.

Gerard:  
Mejor, no me gustan las gatitas  
asustadas. Me gustan peleonas.

¿Será cabrón?

Mar:  
Pues Marzia tiene más pinta de  
estrecha que de gatita.

Me molesta, sí, me molesta que la rubia esa con el palo metido por el culo, entre dentro de esta ecuación.

Gerard:  
Las apariencias engañan, *piccola bionda*.

*Hijoputacabronazo*. No pienso ni responder. ¡Que te den! ¡Capullo!

Me desconecto y pongo el teléfono en silencio. No quiero saber nada del tema, no tenía siquiera que haberle escrito, eso me pasa por jugar con fuego. A ver, Mar, ¿nadie te ha enseñado que quien juega con fuego se quema? Y evidentemente él quema, y mucho, es un cabrón arrogante que sabe perfectamente jugar y lo hace muy bien.

Estoy enfadada, muy, pero que muy enfadada y realmente no debería porque esto es por mi culpa, he sido yo la que ha empezado el dichoso jueguito este y mira. ¡Qué necesidad! En serio.

Cojo de nuevo el teléfono y abro el WhatsApp. Gerard me ha escrito, pero no pienso ni leerlo.

Mar:  
¡Hola! Quedé en escribirte y aquí estoy.  
Esta noche voy a salir con mis amigas, pero  
quizás te apetezca almorzar mañana. Por  
cierto, soy Mar.

Puede que esté actuando desde el despecho. No puede, es. Estoy actuando desde el despecho. No hay nada como una mujer cabreada. Y yo, lo estoy.

Decido ponerme una falda negra de cuero, una camisa lencera del mismo color y una chaqueta con mangas tres cuartos, color plata. Los zapatos a

juego con la cartera de mano y la chaqueta. Me dejo el pelo suelto y me maquillo suavemente. Debajo de la ropa, he colocado el precioso conjunto y las medias. He dicho que esta noche lo estreno y voy a cumplir mi palabra.

Cojo el coche y me dirijo a casa de Alma. Oigo ruido dentro, así que entiendo que he llegado la última.

—¿En serio te han regalado ese conjunto de ropa interior?

—Hola, Jaime, yo también me alegro de verte.

—No es que no me alegre de verte, pero es que ver esa foto y saber que es del *Panini* ese..., pues tú me dirás.

—¿*Panini*? —Me meo de risa.

—Ha sido Érika, ¡pégale a ella! Llegó hace media hora contando todo y diciendo que te ibas a follar al *Panini* ese con esa cosa puesta..., que tú me dirás para qué te lo pones, cuando no hay diferencia entre ponértelo y no.

—¡Eres un marujón del carajo! ¡Almaaaaa! Tu novio es un metomentodo.

—A buenas horas te vienes a dar cuenta —responde la aludida.

—Pórtate bien, princesa, no me hagas tener que castigarte.

—No empecéis con el pasteleo que me arrojó toda —grita Érika desde el sillón—, ¡menos mal que has llegado, Mar, porque estos dos están más salidos que el pico de una plancha! Te juro que esto no es pago. Van a tener que costearme un psicólogo para recuperarme de este trauma que me están creando.

—¡Cállate! —la abuchean Jaime y Alma mientras se abrazan.

—De verdad, dais un poco de asco, de lo empalagosos que estáis, ¡joder! Voy a tener que darle la razón a Érika. —Ahora soy yo la que pone una mueca de asco—. Si vais a estar todo el día así, no voy con vosotros a ningún sitio.

—Mar, sabes que no puedes vivir sin mí —me contesta Jaime.

—¿Perdona? Baja, Modesto, que sube Jaime.

—Ya sabes que él se quiere mucho a sí mismo —sigue gritando Érika desde el sofá.

—Baja los pies de la mesa, ¡bruta! —le pide Alma a Érika.

—Paso, ya vendrá a limpiártelo Begoña el lunes —responde Érika.

—Deja a Begoña tranquila, que ella no está aquí para limpiar las huellas de tus pies. Jaime, no me hace caso, dile algo —suplica Alma con voz melosa.

—Érika, cielito lindo, ¿podrías bajar tus pezuñas de la mesa de mi querida mujercita?

—Si me lo pides así, cielito lindo, y retiras lo de pezuñas y los sustituyes por piernecitas preciosas y lindas, puede que te haga caso. —Y le guiña un ojo.

—¡Qué pesada eres, coño! O bajas las piernas ya de mi mesa de diseño o te corto las piernas con el cuchillo jamonero. —Alma tiene las manos puestas a ambos lados de las caderas y está ligeramente inclinada, se le ha hinchado hasta la yugular y se ha puesto roja.

Érika, inmediatamente baja las piernas y las pone en el suelo. Estira la mano y retira la pelusa imaginaria que tiene la mesa.

—Gracias. —Sonríe bajando las manos y volviendo a su estado normal, mientras sube las escaleras para ir a su habitación.

—¡Cágate! —le digo a Érika y Jaime que se han quedado conmigo en el salón.

—La que se ha cagado soy yo —responde Érika.

—Son las hormonas. A veces le da por reír, otras por llorar, otras se enfada...

—Otras no para de reventarte a polvos —finalizo la frase.

—Pero de eso no tengo queja —matiza Jaime mientras nos reímos todos.

Después de picotear en casa de Alma y de ver un programa en la tele sobre citas a ciegas, decidimos ir a nuestro centro neurálgico a cantar un rato y a beber algo, menos Alma, que la pobre tiene que ser abstemia forzada ahora mismo.

—Cuando dé a luz, lo primero que quiero que me traigan es un gin-tonic. —Lloriquea mientras pedimos nuestras bebidas.

Nos hemos sentado en unos sillones que hay cerca del escenario. Es temprano y aún hay sitio, para Alma es lo mejor, dado su estado. Ya tiene poco más de dieciocho semanas de embarazo y todo va perfecto.

—La próxima semana iremos a Valencia para una reunión familiar —comienza a contarnos Jaime—, mis padres quieren conocer a Alma, no hemos ido antes porque no hemos podido.

—Estoy nerviosa. No me podéis negar que esto es un bombazo —dice mientras señala su prominente barriga—. No me conocen de nada, o de casi nada, y ahora llego yo a decirles que soy la novia de su hijo y que les voy a dar una nieta que se llamará Candela.

—No debes preocuparte —la tranquilizo—, seguro que estarán encantados contigo. Eres un cielo de niña y además los vas a hacer abuelos, ¿qué más se puede pedir?

Jaime le acaricia la mejilla en un gesto tierno e íntimo y nosotras sonreímos y babeamos como pequeños bulldogs.

Yo, que soy la encargada de apuntar las canciones, como siempre, decido buscar una para Alma y Jaime y una para nosotras tres. Luego ya iremos añadiendo. Para Alma y Jaime, he elegido «Sueños», de Diego Torres porque creo que les viene al pelo para su historia. Es muy «ellos mismos», y para nosotras he seleccionado «Puedes contar conmigo», de La Oreja de Van Gogh.

Subimos al escenario con la firme intención de pasárnoslo bien, de disfrutar y de ser las locas del moño de siempre. Comenzamos a cantar, esta vez las tres con el mismo micrófono para que no se noten los gallos tanto. Mientras canto con los ojos cerrados, moviendo las caderas al son de la música, noto que se me eriza el vello de la nuca y agarro fuertemente la mano de Érika como acto reflejo. Abro los ojos y me encuentro con mis amigas, que me observan detenidamente mientras seguimos cantando, yo por inercia, porque he dejado de prestarle atención a la canción. Está aquí, es la reacción de mi cuerpo a él. Siempre es así, siempre reacciono. Hago un barrido, con la mirada, por el local, para ver si lo encuentro y, efectivamente, está apoyado en la barra, con su mirada clavada en mí. Vuelvo la vista a mis amigas, que han seguido mi mirada y han visto lo mismo que yo. No está solo. Está con Marzia. Para variar. Jaime sigue grabándonos con el móvil, pero como si él también se hubiera dado cuenta de que algo sucede, arquea una ceja de manera interrogativa, para la grabación y sigue mi mirada. «Tranquila», leo en sus labios. Mientras seguimos con la canción, que se me está haciendo eterna, no puedo apartar la mirada de donde está él. Puede que haya venido con ella, pero está claro que su mirada no se aparta de donde estamos nosotras, de donde estoy yo. Y llamadme creída, pero leo en su mirada que le gusta lo que ve. ¿Quieres guerra? Pues no sabes a quién te enfrentas, *Panini*.

Bajamos las tres de la mano, cojo un papel, para pedir una canción, y se lo entrego al DJ, más decidida que nunca.

—No hagas nada de lo que te puedas arrepentir, Mar —me pide Alma.

—Hazlo, arrepíentete de lo que has hecho, nunca de lo que has dejado de hacer —argumenta Érika.

—No he bebido tanto, solo me he bebido una copa y soy perfectamente consciente de lo que estoy haciendo y de que está aquí con ella, después de haberme regalado un conjunto de ropa interior que, por cierto, llevo puesto, y de haberme pedido que lo estrene con él. —Las palabras me salen de la boca sin control alguno y mis amigas, incluido Jaime, que ya es como mi hermano, me miran con la boca abierta, por la sinceridad de mi narración—. ¿No quiere jugar? Pues yo también sé jugar.

Saco mi teléfono mientras espero a que pongan mi canción. Jaime ha ido a pedir una nueva ronda para todas. Veo que tengo un WhatsApp y lo abro. Andrés me ha contestado.

Andrés:

Estaré más que encantado de ir mañana a almorzar contigo. Tengo intención de salir esta noche, si me dices por dónde estás, quizás pueda pasarme.

—No lo hagas, Mar, no actúes por despecho —me pide Alma cuando les enseño a ambas la conversación con Andrés.

Le doy a responder.

Mar:

Estoy con mis amigas de karaoke, no sé si te gustará, pero si quieres venir te prometo una buena charla y una copa.

Le indico el nombre del local y le doy un sorbo a mi bebida.

—No es despecho. Es que no se puede jugar conmigo. No hago nada malo por querer conocer a alguien. Va siendo hora de ver mundo, ¿no? —pregunto irónica.

—Es despecho —afirma Érika.

—Es despecho —la secunda Alma.

Jaime asiente, pero no habla, se mantiene en un segundo plano.

—Me da igual.

Veo que en la pantalla aparece mi nombre.

—Es mi turno.

Me pongo en pie, dejo la chaqueta en la silla y el bolso en la mesa, le doy un último sorbo a mi copa, me atuso el pelo y me dirijo al escenario, contoneándome todo lo posible, que se embelese con el vaivén de mis caderas y que se fastidie.

Quito el micrófono y dejo el pie a un lado. Modo guerrera activado. Comienzan a sonar los primeros acordes de «Desde esa noche», de Thalia ft.

Maluma. He elegido esta canción con la mayor intención del mundo.

Desde esa noche te extraño en mi habitación  
Creo que puedo caer en una adicción, contigo  
No me esperaba jamás una historia así  
Siento mil cosas por ti, siento mil cosas.

La canto mirándolo directamente a los ojos. No los aparto, conozco perfectamente la letra. Me siento muy segura en el escenario. Siento que, en este momento, somos él y yo. Solo nosotros.

Entiende que, desde esa noche, solamente pienso en ti  
Desde esa noche, muero por tenerte aquí  
Qué es lo que te pasa, ¿no quieres amor?  
Entiende que, desde esa noche, solamente pienso en ti  
Desde esa noche, muero por tenerte aquí  
Pero me da miedo enamorarme, de ti  
Y yo de ti, y yo de ti  
Tú no de mí, tú no de mí  
Y yo de ti  
Pero me da miedo enamorarme, de ti.

Me contoneo al son de la melodía. Estoy completamente entregada a la música y a la letra, es perfecta. ¿Qué digo perfecta? ¡Perfectísima! No dejo de mirarlo ni un segundo y él a mí tampoco, la iluminación no es muy buena, pero distingo sus rasgos de manera inmejorable y su rictus serio. Marzia está en un segundo plano observando la escena, le sujeta firmemente del brazo a pesar de que él se encuentra apoyado sobre la barra e inclinado en mi dirección.

Y yo de ti, y yo de ti  
Tú no de mí, tú no de mí  
Y yo de ti...

Pero me da miedo enamorarme, amor.

Bajo del escenario sintiéndome mejor que nunca. Espero que sea lo suficientemente listo para darse cuenta de que esto iba por él. Por lo pronto, no ha retirado la mirada de mí, sigue todos y cada uno de mis pasos mientras me dirijo a la mesa donde me esperan Jaime, Érika y Alma.

—¿Satisfecha? —suelta irónicamente Alma.

—¿Mar? —Oigo que preguntan tras de mí.

Me giro cuando veo la cara que han puesto mis amigas.

—¿Andrés?

—¡Sorpresa! —exclama.

<sup>10</sup>«Si te lo digo, sabes tú más que yo».

# Capítulo 7

## Gerard

La vida no es fácil. Una afirmación sencilla de decir, pero difícil de afrontar, como la realidad. Las situaciones por las que pasamos, no siempre nos llevan al camino que nos gustaría haber elegido. Yo soy un hombre solitario, complicado y tremendamente arrogante. No permito que nadie juegue conmigo ni que nadie me vacile y esta pequeña rubia está haciendo conmigo lo que quiere y eso me pone de muy mal humor, sí, pero confieso que a la vez me encanta este juego. Es la primera mujer que me planta cara. Si fuera un amigo, un socio o mi padre, lo habría solucionado de otra forma, quizás más primitiva, más neandertal, pero es esa pequeña lindeza que me trae loco desde que la vi seis meses atrás en aquella cena y con aquel vestido rojo.

Hoy, no he podido resistirme a hacerle ese regalo, ese regalo que sé que lleva puesto. No lo he visto, pero ella juega en la misma liga que yo, está a mi altura, tiene los mismos cojones.

Ahora bien, os preguntaréis: ¿por qué no es más fácil? ¿Por qué no la agarras, la coges al hombro y la secuestras? Quizás no os lo preguntéis con esas palabras exactamente, pero esa es la manera de actuar que tendría yo, coger lo que me interesa y arrasarlo con ello, igual de implacable que en los negocios. Pero, en este caso, ella no es una transacción más, es una mujer, una mujer con agallas, que me vuelve loco. Como he dicho, mi vida no es fácil; no paro de complicarla y no paran de complicármela. No puedo hacer lo que quiero, no me puedo dejar llevar y mucho menos caer en manos del amor. No puedo y punto. Aunque le haya dicho en el coche que me quiero enamorar, ¿se puede enamorar alguien que está vacío?

Le envié ese conjunto, quería jugar y divertirme, sabía que ella respondería igual de juguetona que yo, porque ella es así; como yo, es mi complemento perfecto. Egoístamente, está hecha para mí. Me escribió, no voy a decir que me sorprendió, porque sería mentira, no me sorprendió en absoluto, es más, sabía que lo haría, llamadme arrogante, me la suda, lo soy, ¿y? Empezamos a jugar, pero ella y su puta manía de nombrar a Marzia lo

jodieron todo, ella y sus ¿celos? Puede que sí, que sean celos, pero también es incertidumbre. No sabe quién es, no sabe quién soy, no sabe quiénes somos ambos. En cuestión de sentimientos estoy muy verde, solo sé que no puedo sacarme a esa rubia de mi maldita cabeza y que debo alejarme antes de que sea peor para ella, para mí ya no hay solución posible. Yo no tengo futuro, no tengo vida, estoy acabado. Hace años que sé que mi vida es un mero trámite. Digamos que Marzia es el activo seguro, el beneficio, y Mar es... Mar es aire fresco, es jodidamente perfecta. ¿Qué me impide contarle la verdad? Contarle quién soy, qué soy. Yo. No hay más. Me lo impido yo. Ella se merece un «todo» y yo solo le puedo dar un «algo». No soy lo que ella necesita y jamás sabré serlo. No puedo serlo.

Marzia ha venido a mi casa y yo, para evitar determinadas situaciones, le he propuesto salir a tomar algo y, evidentemente, ella está encantada, la tengo comiendo de la palma de mi mano, si digo que algo es blanco, aunque sea negro y lo sepa, corroborará mi afirmación. Es así de sencillo, es a lo que estoy acostumbrado. ¡Yo tengo el poder y todos lo saben!

No hay que ser demasiado listo para saber que vendría a este local, que la vería aquí. Entramos y, como un huracán, ahí está ella, subida a ese escenario, dejándose llevar por la música sin ser consciente de que todos los presentes la miran embobados, esperando poder ser elegidos esta noche por esa mujer que desprende sensualidad por cada poro de su piel. Canta con los ojos cerrados, mientras sus compañeras, imagino que sus amigas, se divierten con ella y lo dan todo allí encima. Os juro que he tenido que contenerme para no empezar a arrancarle las cabezas a todos esos hombres que babean por *la mia piccola bionda, la mia ragazza, il mio femminile*. Esa ropa..., esa falda, daría cualquier cosa por arrancársela y hacer pedazos ese conjunto que le he comprado y que sé que lleva debajo. Mi neandertal sale a la luz, acompañado de mis instintos más primarios.

Me pido una copa de Macallan, la camarera me pone ojitos y a mí me la suda ella y todo el mundo, en ese momento, solo me interesa la mujer que está en ese escenario y que no para de cantar.

Luego vuelve a subir, sola, contoneándose al ritmo de esa canción, la cual, no hace falta ser muy listo, va dedicada a mí. Marzia me aprieta cada vez más y a mí cada vez me da más rabia. Me bebo la copa de un trago y no hace falta que diga nada para que esa camarera, que está más que dispuesta a compartir mi lecho esta noche, regrese contoneándose y me ofrezca otra copa

y una servilleta con su número. Lo miro disimuladamente, hago una bola con ella y la tiro encima de la barra. Cielo, a mí la única que me despierta ardores es esa rubia que está en el escenario moviéndose como una diosa, como una gata en celo, como una hembra poderosa, me pondría de rodillas ante ella si hiciera falta, pero no puede ser, debo dejarla en paz, debo dejarla seguir su vida y conseguir su «todo», eso que yo no le voy a poder dar nunca, porque estoy vacío por dentro, porque no tengo contenido, porque estoy solo, solo como nunca jamás ha estado nadie.

Me dice que desde aquella noche no ha dejado de pensar en mí, que me extraña, que podría caer en una adicción conmigo, canta, devora el escenario, pero me mira a mí, me canta a mí, ¿qué es lo que te pasa? Me dice, me pasa que no puedo ser lo que tú quieres que sea. No me da miedo enamorarme, sé que eso no pasará nunca, ni contigo ni con nadie, no pasará porque yo no sé amar, no sé lo que es el amor, no sé lo que soy. Solo sé que no soy para ti, pequeña.

Pero, a pesar de todo, no puedo apartar la vista de ella, de recorrerla con la mirada y de ver su magnífico porte allí encima. Llegarás lejos, sin duda, porque te comes el escenario de la misma manera que te comerás el mundo, si te lo propones, *la mia ragazza*.

Sigo todos sus pasos mientras baja del escenario y se acerca al grupo. Soy capaz de notar el enfado que tiene conmigo, está resentida porque he llegado allí de la mano de otra, si ella supiera..., si ella fuera capaz de entender. Mejor dejar las cosas como están, mejor no tentar a la suerte.

Dispuesto estoy a acercarme cuando veo llegar a ese tipo, al mismo que estaba en la cafetería, se acerca embelesado, puedo leer a lo lejos que está loco por ella y por meterse entre sus piernas. Sí, no soy el único que quiere eso, soy consciente, pero la diferencia es que ese hombre sí le puede dar ese «todo» que ella anhela. Él, Andrés, si no me equivoco, está limpio y sano. Tiene su castillo de naipes completamente armado, en pie, el mío está a medias y lleno de parches.

Decido que lo mejor es jugar a su juego, así que hago a un lado a Marzia, que a regañadientes me suelta, me acerco al DJ y pido una canción y también, hablemos el mismo idioma, *piccola bionda*. Acompañando mi nota, le entrego un billete, lee perfectamente la premura que tengo porque me ponga lo que he pedido, subo al escenario y en ese momento todas las miradas se centran en mí. Marzia ahoga una exclamación, supongo que

piensa que va por ella, dejemos que piense lo que quiera. Yo sé cuál es mi realidad y sé lo que significa todo esto para mí.

Una de sus amigas, la morena de pelo corto, le sujeta la mandíbula mientras habla con ese tipo, y la gira en mi dirección, Mar agranda los ojos y una «o» se forma en su boca mientras ve lo que voy a hacer.

Si cuento las veces que he estado pegado a tu cuerpo

Es posible, créeme no exagero, me sobra algún dedo

La primera vez fue piel, fue más que un sueño

La segunda vez fue más que incendio

(...)

Solo sé, amor, que cuando nos vemos

Se prende el instinto

(...)

Me quedo contigo, de aquí al infinito

Sin ti solo vivo, sin ti siento frío

No sé si me explico todo esto que siento

Lo quiero contigo

(...)

Termino la canción, mientras Mar continúa con la vista fija en mí. Está en *shock* y no es para menos, ella sabe que yo no soy así, pero ¿y cómo soy? Ni yo mismo lo sé. Tenía que subir y cantar, de la misma manera que ella lo ha hecho para mí.

Bajo y me acerco a ella, Andrés se mantiene a su lado y sus amigas también, cuando me ven aproximarme, se levantan y se colocan junto a ella, como sus guardianas, preparadas para la guerra, si se diera el caso.

—Mar... —pronuncio su nombre paladeando cada una de las letras que lo conforman.

Veo cómo ella responde a mi pronunciación porque se estremece, no sé si el resto lo notará, pero yo sé el efecto que causo en ella, porque es exactamente el mismo que ella causa en mí. No hay más explicación.

—Gerard...

Lo dice de la misma manera que yo, susurrando. Hemos jugado al mismo juego y sabemos lo que significa para ambos.

Marzia se acerca a mí, me sujeta del brazo y me planta un beso. No lo he visto venir, en ese momento todos mis sentidos estaban puestos en Mar, el resto, poco me importaba.

—Me ha encantado la canción, no sabía que sintieras eso por mí —me dice Marzia, yo no puedo dejar de mirar a *la mia piccola bionda*.

Su cara ha vuelto a cambiar cuando se ha dado cuenta de lo que Marzia ha

hecho y ha dicho.

—¿Recuerdas a Andrés? —me suelta sin más, haciéndome volver a la realidad.

No, no quiero recordarlo. ¡Maldita sea! ¡Joder!

—Sí —termino diciendo con fingida indiferencia—. ¿Qué tal? —Le extiende la mano para estrechársela a modo de saludo.

—¡Hola! Yo soy Érika —se presenta la morena de pelo corto. Es la misma que estaba con ella en la cafetería el otro día, cuando le pedí que dejara de huir de mí.

—Hola, soy Gerard. Gerard Gaboardi —acepto su mano y me presento a su vez.

Sus otros amigos se presentan también, los mismos que estaban en Au Revoir.

—Alma.

—Jaime, su pareja —finaliza este último, señalando en dirección a la rubia que está embarazada, mientras la envuelve entre sus brazos y le da un beso en la sien.

Se ve a leguas que están perdidamente enamorados, sus ojos brillan de amor, el uno por el otro.

—Me alegro de conocerlas, a ti también, Jaime —matizo—. No sé si sabéis quién soy.

—Lo sabemos perfectamente —me aclara Érika—. No hay secretos entre nosotras —y lo dice tan ancha, no sé qué saben o que no saben, pero sé que se protegen entre ellas, no estás sola, *la mia piccola bionda*. No eres como yo.

Se instala un silencio incómodo entre nosotros, entre todos, los espectadores esperan saber qué sucederá, y Mar espera a que yo mueva ficha. En realidad, solo me apetece llevármela a casa, me conformo con abrazarla y aspirar su olor, sentirme completo. Solo eso.

—Mar, ¿te apetece que vayamos a dar una vuelta a algún sitio? —Es Andrés el que rompe el silencio.

Mar lo mira un segundo y vuelve a fijar la mirada en mí, en mi brazo, que está sujeto por Marzia.

—Por supuesto —responde ella con una brillante sonrisa en sus labios.

¡Joder! Yo quiero que me dedique esa sonrisa a mí, y solo a mí.

Les da un beso a sus amigas y al hombre que está con ellas y se gira para

irse con el tipo ese.

Yo la sujeto por el brazo cuando me da la espalda, ella se para y gira la cabeza, frunce el ceño y se suelta de mi agarre para proseguir su camino. Doy un paso hacia ella y vuelvo a sujetarla del brazo, Marzia me sujeta a mí del otro y tira de él, indicándome que la deje ir. Mar vuelve a pararse y a mirarme. Andrés la mira con gesto interrogante y ella sonrío en respuesta. La sujeto y tiro de ella mientras me suelto del agarre de Marzia. La pego a mi torso, lo suficientemente cerca como para que me oiga.

—No vas a ir con ese tío a ningún lado.

—Eso es lo que tú te crees —dice mientras con su dedo índice presiona mi pecho, remarcando el «tú».

—No lo voy a volver a repetir, Mar..., no vas a ir con ese tío a ningún lado. —Mi vena posesiva hace acto de presencia.

—Entonces, la cosa está así, ¿no, Gerard? Tú puedes venir con la rubia estúpida esa —y lo dice mientras mueve la cabeza para encontrarse con su mirada y sonreírle falsamente, poniéndome cachondo con su burla—, y yo, no puedo irme con nadie. Pues sí, me parece de lo más justa esta situación. Sin duda.

—No me vaciles, *piccola bionda*, no juegues conmigo, eres mía.

Abre los ojos como platos y se retira para mirarme. Recorre la distancia que nos separa, para que solo yo la oiga de nuevo.

—Jamás he sido, ni seré tuya. Tuya es esa que tienes a tu lado. De la misma manera que tú no eres mío. Esto es así. Ahora, si me disculpas, tengo algo pendiente, algo que prometo —me dice mientras se acerca más a mí, a mis labios—, pequeño.

Me guiña un ojo, se da la vuelta, agarra la mano de Andrés y sale del local.

*Merda*<sup>11</sup>!

Agarro a Marzia del brazo y me voy.

Esto no va a quedar así.

<sup>11</sup> ¡Mierda!

# Capítulo 8

—Mar, para un momento —me ruega Andrés sujetando firmemente mi mano y tirando de ella.

—¿Qué pasa? —y formulo la pregunta con un pequeño matiz en ella de enfado, no puedo actuar así con él, no es justo.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, Mar? ¿Qué sucede?

—No pasa nada, Andrés, es simplemente que ese tipo me pone de muy mal humor.

Contrae el gesto y gira la mirada hacia la pared que tenemos al lado. Estamos en medio de la calle, hasta hace un momento íbamos en dirección a su coche para continuar la fiesta.

—Yo quiero ser sincero contigo, Mar; me gustas, es decir, me atraes y quisiera conocerte, quisiera saber todo de ti y que me dieras la oportunidad de que sepas de mí —finaliza posando sus ojos, azules como el cielo, sobre los míos.

¿Quiero? ¿Quieres, Mar? ¿Quieres darle la oportunidad y dártela a ti misma?

Recorro la distancia que nos separa sin perder el contacto de nuestras manos. Coloco la mano libre en su brazo, en un gesto cercano pero lo suficientemente impersonal para que lea entre líneas.

—Sí, démonos esa oportunidad. Nos merecemos esa oportunidad.

Él sonrío y yo imito su gesto, porque debo admitir que realmente quiero conocer a alguien que me llene y que logre hacerse un hueco en mi vacío corazón, quiero amar, entregarme a alguien que realmente me haga sentir completa y sí, quiero darme esa oportunidad. Quiero darle la oportunidad a él.

—Vayamos con calma, ¿vale? —le pido.

—Iremos como tú digas, Mar.

Se ve que es un niño bueno, de buenos sentimientos.

—Esta noche termina aquí —comienzo a disculparme—, lo siento, pero no creo que sea justo para ti que me vaya contigo cuando no me encuentro con ganas de hacerlo.

Sonríe, a pesar de lo que le estoy diciendo.

—Gracias por ser sincera. —Da un paso hacia mí, me sujeta por la cintura y me da un beso suave en los labios, un beso casto y sin pasión, un beso de cariño, ni siquiera he cerrado los ojos con ese contacto—. Llámame, si no lo haces, entenderé que no quieres seguir conociéndome, la pelota está en tu tejado, de nuevo —finaliza.

—Te llamaré —prometo, sin saber siquiera si lo cumpliré.

Suelto mi mano y me giro para ir a coger un taxi. Por ahora, es mejor que las cosas queden así.

Puede que mis reacciones esta noche estén todas condicionadas por el resentimiento y el despecho. Sin duda, no es fácil reconocer determinadas cosas, más cuando tienes un carácter un tanto obstinado como lo tengo yo, en el que me cierro en banda cuando estoy enfadada y me cuesta razonar.

Estoy actuando como una chiquilla de quince años, lo sé, voy encadenando secuencias de acciones que no son propias de mí, estoy revolucionada, me encuentro sumida en un caos y me está costando arrancar.

Escribí a Andrés por varios motivos, principalmente, porque quedé en avisarle para vernos, pero también porque vi llegar a Gerard colgado del brazo de Marzia y me sentí rota. Me sentí furiosa, más teniendo en cuenta que horas antes habíamos comenzado a fumar la pipa de la paz y para colmo, me había regalado un conjunto de ropa interior. Está claro que no sé interpretar las señales, que estoy viendo cosas donde no las hay y lo peor de todo es que quiero verlas, esa es la afirmación más difícil de reconocer, esa en la que reconozco que me atrae como un imán y que voy directa hacia el precipicio. En cuanto a lo de Andrés... puesta a ser sincera, realmente le escribí solo porque llegó él acompañado de la rubia, solo por eso. Mejor dejar las cosas claras, es innecesario negar lo evidente, aunque yo lo prefiera. Pero... como todo tiene un «pero» en esta vida, ahora mismo debo intentar cerrar capítulos, pasar página y dejar este juego que Gerard y yo nos traemos entre manos y que, sin duda, no nos lleva a ningún sitio. Como dice mi comando, y el artículo catorce de la *Constitución Femenina*: «Cuando una puerta se cierra, una ventana se abre», y ahora mismo debo cerrar esta puerta y dejar que entre aire por la ventana.

Pago mi taxi al llegar a casa, saco las llaves del bolso y me dirijo a mi portal con ella en las manos. Entro y subo hasta mi piso, sumida en mis pensamientos, me quito los zapatos antes de llegar a mi puerta.

—Malditos tacones —mascullo para mí—, no sé cómo Alma los aguanta

todo el día puestos, ¡qué horror!

—Pues es innegable que te quedan de muerte —grito sin poder reprimir ese impulso y dejo la llave puesta en la cerradura mientras me giro inconscientemente y me llevo una mano al pecho y la otra a la boca por el miedo, como si con ese gesto fuera a evitar que me ataquen.

El rellano está oscuro, porque no me he molestado en encender la luz, no me hacía falta para llegar a mi puerta. Justo al lado de ella, hay una pequeña luz de emergencias que me da la claridad suficiente para meter la llave de manera correcta, esto provoca que yo esté suavemente iluminada, pero el lugar desde el que proviene la voz está completamente oscuro.

La voz...

—*Piccola bionda* —la sensualidad con la que dice esas palabras hace que me estremezca por completo.

Aún no logro ver su cara, pero ya sé perfectamente a quién pertenece esa voz, y quién es el dueño de la sensualidad que la acompaña.

Sigo apoyada en la puerta de mi casa. Las llaves siguen puestas y mi mano continúa en el pecho, la de la boca he dejado que caiga y se sitúe al lado de mis caderas. En la oscuridad lo veo acercarse a mí, a cámara lenta, siendo consciente de cada paso, de cada movimiento, de su andar tan varonil, ocupando por completo el pequeño espacio del rellano. Comienzo a ver su gesto, tiene las pupilas dilatadas, los labios fruncidos y los puños apretados. El rellano es pequeño, pero estoy lo suficiente lúcida como para poder fijarme en todos y cada uno de los detalles de ese hombre que está aquí conmigo.

—¿Pensabas que lo de antes iba a quedar así? —me dice situándose justo frente a mí.

Entreabro los labios para contestarle algo, para que mi cerebro reaccione y le envíe una señal a mi boca y que esta comience a ejecutar los movimientos que lleven como resultado el proporcionar una respuesta, y rezando a su vez, para que la respuesta sea ingeniosa, sea muy yo misma.

—Pídemelo —murmulla con voz exigente.

Sé a lo que se refiere. La última vez me dijo que no me besaría hasta que yo se lo pidiera.

—¡Pídemelo! —me exige cada vez más cerca, más feroz, más ardiente.

—Bésame —le suplico.

Coloca sus labios sobre los míos y comienza a saquear mi boca, a

besarme con premura y a incitarme para que responda de la misma manera a su beso. Me aprisiona contra la puerta y noto la dura madera en mi espalda al chocar. Me ha pillado totalmente de improviso este asalto. Me acorrala entre la puerta y su cuerpo y no sabría decir qué está más duro, si él o ese pedazo de madera. Baja sus manos, que hasta ahora se encontraban haciendo prisionera mi cara entre ellas, y las coloca al final de mi falda, las sube suavemente llevándose consigo el trozo de tela que encuentra a su paso, aprieta mis nalgas con fuerza y deseo, me levanta y como acto reflejo coloco mis piernas alrededor de su cintura. En este momento mi falda debe estar de cinturón. Gimo en respuesta a su brutal empotramiento. Es puro fuego, puro calor lo que desprende. Me quema y yo quiero quemarme.

Su pelvis choca contra la mía, haciendo que sea más consciente de ese trozo de madera que hace de anclaje y de que mis piernas le unen más a mí. Se balancea, dando el placer necesario en el lugar adecuado para hacerme arder. Mis gemidos se entremezclan con el sonido de nuestras lenguas luchando descarnadas por ganar la batalla. Es un beso, que lejos de ser sensual, está cargado de lujuria, de deseo, de pasión, de necesidad. Consigue que solo con este mero contacto, yo esté donde él quiere. Una de sus manos se aparta de mis nalgas y con una maestría ejemplar abre la puerta y entramos en mi casa, sin separar los labios y sin que corra aire entre nuestros cuerpos. Deja caer las llaves al suelo y me vuelve a empotrar, literalmente, con la madera de la puerta, esta vez dentro de mi casa, en mi salón. Lleva una de sus manos a mi pecho y lo estruja entre ella, lo aprieta con decisión, me vuelve loca de placer con cada pequeño gesto que hace. La energía sexual entre nosotros es irrefrenable, brutal, devastadora.

Separa sus labios de los míos y me deja boqueando como un pez, necesito más, es lo único que pienso mientras me observa. Sus pupilas están más dilatadas que antes, y su gesto ha cambiado, ahora tiene mirada de depredador y la mueca le acompaña.

—Tú habitación. —Conciso y directo.

—Segunda puerta a la derecha —respondo más concisa y directa que él.

Vuelve a unir nuestros labios para comenzar de nuevo esa danza apasionada. Estoy a su merced. Él lo sabe y yo lo sé. Fin del cuento.

Me deposita en la cama y se sitúa encima de mí, entre mis piernas. Abro los ojos y veo los suyos fijos en los míos, llenos de fuego.

—Si pudiera comerte, *piccola bionda*, te comería lentamente, saboreando

cada parte de tu cuerpo, serías mi primer plato, el segundo y también el postre. Podría vivir a base de ti y jamás me sentiría saciado.

Esa sensualidad implícita en cada palabra que formula, hace que me desboque por completo, no hay razón que valga en este momento, ahora manda el cuerpo y en mi caso, manda algo más: el corazón.

—Cómeme —susurro mirándolo fijamente.

Se incorpora y me observa desde arriba, como en Ibiza, analizando la situación, valorando las opciones y grabando cada detalle.

—Tus deseos son órdenes, *ragazza*.

Comienza a desnudarme, bajando mi falda y lanzándola al suelo, sube mi camisa que termina en el mismo sitio que la falda. Muerde su labio inferior mientras me desnuda, saboreando los pormenores de la escena.

—La imaginación me hizo volar cuando lo vi en la tienda. Despertó en mí ese lado morboso y comencé a fantasear cómo sería verlo puesto en tu cuerpo, cómo te sentaría, si haría juego con tu suave piel y si estaría a tu altura. La imaginación se quedó en eso. Esta imagen no solo cubre mis expectativas, sino que las supera. Cualquier cosa tuya, Mar, supera mis expectativas.

Estoy a punto de correrme, ¡maldita sea! Si no me ha tocado. Un beso, sus manos en mis nalgas, sus dedos deslizándose por mi cuerpo para eliminar las barreras que existen ahora mismo entre su piel y la mía y sus palabras, solo eso ha sido suficiente para que yo esté al borde del abismo, para que pueda explotar, para que me lleve al cielo en un suspiro.

No hay razón que valga en este momento. La pasión nubla la razón y abre el camino de las sensaciones, dejando que sean los sentidos los que tomen el mando y que ellos marquen el compás de la danza de nuestros cuerpos.

Sus labios me recorren y me marcan como suya. Un beso en el lóbulo de la oreja, da el pistoletazo de salida; el cuello, el hombro, la clavícula, todos besos dulces cargados de sensualidad, llenando de su aroma mi piel. Lleva sus labios a mis pechos, mimándolos y yo retorciéndome de puro gozo. Comienza con un beso delicado, para posteriormente succionar mi pezón, introducirlo en su boca y morderlo con suavidad.

—No me tortures —le digo entre gemidos.

Continúa chupando ávidamente mis pezones, primero uno y luego el otro, lo saborea como si fuera nuestro último día en la Tierra y yo tengo la extraña sensación de que con Gerard siempre es mi último día, mi última cena.

—Esto no ha hecho más que empezar, *piccola bionda* —susurra con uno de mis pechos en su mano y su lengua recorriendo mi pezón cadenciosamente.

Intento incorporarme y tomar un poco las riendas de esta situación, pero coloca su mano en mi pecho y vuelve a empujarme suavemente sobre el colchón.

—¡Aquí mando yo! —exclama—, hoy mando yo.

Vuelvo a abrir la boca para responder a su afirmación, pero no me lo permite, es muy consciente de mis pretensiones y me acalla con un beso, un beso descarnado, un beso sexi, un beso erótico y lujurioso. Se separa de mí y me observa detenidamente. Mi *bustier* sigue en su sitio, salvo por mis pechos que ya no se encuentran cubiertos por la copa del sujetador, sino que están al aire, a su merced, ellos son la viva imagen de cómo está el resto de mi cuerpo. Pasea su dedo índice por mi labio inferior, lo recorre de derecha a izquierda, y yo vuelvo a sacar la lengua para mojar mi labio, como acto reflejo. Aprovecha este pequeño gesto por mi parte para introducir dentro de mi boca su dedo, y yo respondo a su gesto chupando llena de anhelo ese dedo, le estoy mostrando el deseo tan voraz que tengo por él y por otra parte de su cuerpo. Echa la cabeza hacia atrás y suelta un ronco gemido antes de volver a posar su mirada en mi boca y en lo que hago con su dedo. Me mira fijamente y veo hambre en sus ojos, veo un apetito voraz, tiene ganas de devorarme, se encuentra tan ansioso como yo, él de mí y yo de él, en el más amplio de los sentidos.

Saca su dedo de mi boca y se incorpora, no quiere dejarme tomar las riendas. Es consciente de que si deja que prosiga con ese juego, seré yo la que lo tenga en mis manos y eso es lo que quiere evitar. Comienza a sabotear su camisa, lentamente, saboreando cada botón. Una vez termina, la deja caer al suelo para seguir con su cinturón, soltándolo, desabrocha el botón y baja la cremallera. Deja caer sus pantalones. Yo me siento al borde de la cama, para no perderme ningún detalle de lo que viene a continuación. Se ha dejado puesto el *slip*, esa prenda negra de Armani, que en su cuerpo produce ese efecto que logra que se te seque la garganta. Coloco mis dedos en ambos extremos del elástico y procedo a bajarlo sin apartar mi mirada de la suya, tanto él como yo, estamos disfrutando de este juego, estamos dejando que sea el deseo el que marque las reglas. Los bajo muy suavemente, quiero disfrutar de este momento y ¿por qué no? Hacerlo sufrir también. Me observa

sonriendo de lado, más golfo que nunca, más atractivo.

Una vez llego a las rodillas, dejo que caigan y se arremolinen a sus pies, llevo la mirada hasta su pene, es inevitable, quiero contenerme, pero es imposible, es... perfecto. Suave, rosado, y grande, como él mismo. Es grande en todo su esplendor. Se me hace la boca agua, es el deseo el que habla por mí en este momento. Levanto una de mis manos, que estaban apoyadas en mis muslos, para llevarla hasta él, hasta su miembro vigoroso, que me saluda y me pide que lo bese. «Saboréame», me dice sin palabras y yo hipnotizada por él, dejo que decida y mi cometido ahora, es llevar a cabo sus órdenes.

Gerard me observa detenidamente y entiende a la perfección mi gesto y mi mirada porque no me lo permite. Frustración es lo que siento, cuando de nuevo se aparta y me sonríe, ahora más tunante que antes. El poder es de él, en eso no hay discusión. Sin apartar nuestras miradas, lleva su mano a su polla y la sujeta firmemente, mantiene ese brillo en sus ojos que le hace parecer todo un depredador; comienza un vaivén exquisito, se masturba para mí.

—Tócate —me suplica excitado—. Tócate para mí, Mar.

Me levanto, rompiendo el contacto visual y retiro mi ropa interior, el bustier y las minibraguitas salen disparadas al suelo, la ropa quema sobre mi piel en este instante. Elevo una de mis piernas y la pongo en el filo del colchón para comenzar a bajar las medias cuando me interrumpe.

—No te quites las medias —me pide.

Y hago caso a su morbosa petición. Dejo mi pierna en el borde del colchón y me coloco mirando hacia él, su mano sigue sujetando con firmeza su polla, sigue meciéndola hacia adelante y hacia atrás, noto el brillo en su punta, es el resultado de su excitación. Dirijo mi mano hacia mi entrepierna, que está hinchada y mojada a partes iguales. Podría afirmar que me encuentro en este estado desde el mismo momento en que lo vi aparecer en el karaoke, es innegable lo que despierta en mí, ahora se acrecienta con sus atenciones.

—Dudo que pueda aguantar mucho este juego —le confirmo.

—Tenemos toda la noche para jugar. Solo, déjate llevar, pequeña rubia.

Comienzo a tocarme, a pasar mis dedos por mi hendidura, comienzo un recorrido ascendente hasta ese botón mágico, lleno de terminaciones nerviosas que tanto placer es capaz de proporcionarme, ese lugar que conozco bien y del cual he disfrutado en la soledad estos años. Trazo círculos sobre él y dejo caer mi cabeza hacia atrás, rendida al placer que yo misma me

proporciono y que él acrecienta con su presencia y con su manera de tocarse para mí. Es morbo en estado puro esto que nos envuelve. Mis movimientos son cada vez más frenéticos, más agitados, más rápidos, estoy al borde del orgasmo. Percibo su movimiento, me sujeta de la cabeza y me empuja a la cama, esta vez sin ninguna suavidad, esta vez en un movimiento áspero que, a mí, lejos de molestarme, me excita más, me gustan las cosas rudas y fuertes en cuanto a sexo se refiere. Dice el artículo quince de nuestra *Constitución Femenina* que el sexo cuando más sucio y más morboso, más placentero es, la cuestión principal es la de encontrar un verdadero empotrador con el que llevar a cabo todas esas guarrerías, y yo con Gerard, he dado en el clavo.

No me da tiempo a mirarlo, a decir nada, a quejarme, porque coloca mis piernas al borde del colchón y sitúa la cabeza entre ellas, me chupa, me lame, bebe de mí y yo no puedo más que gemir y gritar en respuesta a su irrupción. Es un verdadero amante, con todas las letras y matices que ello conlleva, puedo jurar y juro, que jamás me habían proporcionado tanto placer, no hay comparación, ni creo que sea merecido hacerla porque el resto quedaría en muy baja calificación. Gerard es el rey del sexo, no solo oral, del sexo en mayúsculas. Comienzo a retorcerme e inmediatamente, se forma esa sensación que revoluciona mi cuerpo, mi respiración se agita, mi sangre se vuelve más líquida y mis ideas vuelan más allá de mi ser, me encuentro totalmente poseída por ese efecto que me lleva al firmamento, me quema la piel y las perlas de sudor se deben evaporar con el fuego que siento ahora mismo. Y es así, sin más, que un orgasmo con todas sus letras, me sacude, me envuelve y me hipnotiza.

—*Piccola bionda*—me dice mientras limpia los restos de mis fluidos con su antebrazo—, esto no ha hecho más que empezar.

Se sitúa entre mis piernas y me embiste frenéticamente, de una sola estocada se introduce en mí y reactiva todos y cada uno de mis sentidos, no deja que esa decadencia posorgásmica se instale en mí, sino que estimula nuevamente mis partes más sensibles y me penetra una y otra vez, sin cesar. Gira en la cama con una maestría digna de admirar y me sitúa encima de él, a horcajadas, para que esta vez sea yo la que me mueva a mi antojo.

—Cabálgame como una amazona, *piccola*.

Me pone muchísimo que me diga apelativos en italiano, ese poder que tiene me desestabiliza, me hace querer ser suya, en cuerpo y alma.

Me muevo apasionadamente, mientras sus manos envuelven mis pechos y

pellizcan mis pezones con fuerza y posteriormente los acaricia, se incorpora y se sienta, mientras yo permanezco a horcajadas, balanceándome sin piedad. Hago acopio de todas mis fuerzas para no parar de moverme, porque el placer que me proporciona es asombroso, es colosal. Es sumamente extraordinario lo que despierta en mí.

En esta posición, llega mucho más adentro, noto su polla descubrir lugares que pensé que no era posible que existieran.

—¡Muévete así! ¡No pares! Estar dentro de ti es el mejor lugar del mundo.

¡Joderrr! Es que no puede decirme estas cosas y que no causen un grave efecto en mí, en todo mi ser, para ser más específicos.

Toma mi boca y me besa, me besa profundo, arrasa conmigo, con mi boca. Nuestras lenguas entrechocan con una ferocidad apabullante y luchan por ser vencedoras y por salir victoriosas. No dejo de moverme. Gerard me sujeta del pelo, enlaza mi melena en su mano y tira de él, separando mi boca de la suya para besar mi cuello y aspirar mi olor. La otra mano se sitúa al final de mi espalda, en el inicio de mis nalgas y me presiona contra él, haciendo que entre más profundo y que mi botón mágico roce contra su pelvis, esa pelvis carente de vello que me vuelve completamente loca.

Un gemido ronco sale de su garganta, el cual acompaña a un sollozo silencioso que sale de la mía, llegando ambos al clímax más asombroso que podía envolvernos, transportándonos al cielo. La vista se me nubla y me dejo caer sobre su hombro, agotada por la descarga tan enérgica a la que me he sometido.

Después de mi divorcio, estuve con varios hombres, pero ahora que he estado con Gerard, que he probado su pasión, estoy segura de que nada volverá a ser lo mismo. Esto marca un antes y un después en mi vida, espero que sea solo carnal, porque lamentablemente, si me enamoro de él, no tendré salvación posible. ¿Se podrá parar el nacimiento y crecimiento de un sentimiento? ¿Podré mantenerme solo en ese punto de inflexión? ¿Cómo consigo que no pase de la atracción y del «me gusta mucho» que siento ahora?

Noto cómo me acuna entre sus brazos y me besa la sien cariñosamente, las yemas de sus dedos recorren mi extremidad en sentido ascendente y descendente.

—Este tipo de cosas enturbian el sexo —comienzo a decir con los ojos

aún cerrados.

—¿Qué quieres decir con «enturbian»?

—Tú me entiendes. Esto que acaba de pasar es sexo y solo sexo. No quiero tener que esperar nada de ti, Gerard, no quiero que se convierta para mí en algo que no es.

Noto que se encuentra bastante confuso ante mis palabras, miles de interrogantes deben pasar por su cabeza.

—Será mejor que te vayas —finalizo antes de que se decida a responderme.

Se incorpora y me observa. Yo finjo mi mejor cara de indiferencia y le hago un gesto con la cabeza en dirección a la puerta. Se levanta y comienza a vestirse, mientras yo me envuelvo con la sábana y me dirijo al baño a ponerme un albornoz. Una vez regreso a la habitación está vestido.

—Mar, yo...

—No digas nada, Gerard, es mejor así.

Me abro paso y me dirijo a la puerta principal de casa, él me sigue en silencio. Sobran palabras.

Abro la puerta y me hago a un lado para dejarlo pasar, sale y se gira en mi dirección.

—Ha sido maravilloso —me dice antes de girarse.

Maldito seas. Ya sé que ha sido maravilloso.

—¿Gerard? —le digo cuando ya ha dado un par de pasos en dirección a la escalera—. Esto que ha pasado aquí hoy, no va a volver a repetirse, ¿entendido?

Él se limita a asentir con la cabeza y yo observo en su mirada pequeños detalles indescifrables para mí, y ya puestos a ser sincera, prefiero no conocerlos. Es el momento de parar esto, porque lamentablemente nuestro «esto» no puede ser. Él tiene a Marzizorra y yo aún conservo un pedazo de mi corazón, ese que me costó tanto recuperar y que tantas tiritas le tuve que poner para volver a levantarme. No quiero que se me vaya de las manos, no quiero volver a perderme por el camino. No quiero enamorarme.

La semana pasa y no vuelvo a cruzarme con Gerard, ni siquiera en las oficinas, es lo mejor, la distancia hace el olvido y para mi es mejor de esta manera, está poniéndomelo fácil y debo agradecerse.

Dilaila y yo hemos trabajado duro esta semana para preparar el programa que se estrena mañana. Hemos empezado a recibir alguna que otra tímida

carta, pero nos hemos decantado por un correo electrónico, ya que ha sido lo primero que nos ha llegado y, teniendo en cuenta el tiempo del que disponíamos para organizarlo, era mejor elegir rápido. Igualmente, estoy muy satisfecha con la elección, Óscar está de acuerdo. Sé que no debo contar con él o con Gerard para esto, pero he preferido hacerlo partícipe de nuestra elección, Dilaila y yo hemos estado de acuerdo en todo momento y Óscar nos ha secundado. Quizás si hubiera tenido que mostrársela a Gerard, después de lo que pasó el sábado, me lo habría pensado dos veces o habría tenido más reparo a la hora de hacerlo, pero al tener esta tranquilidad esta semana, o fingida tranquilidad para ser más específicos, debido a su ausencia, me he organizado de otra manera. Como era de esperar, Dilaila es toda una profesional, me lo ha demostrado en repetidas ocasiones estos días y en el despacho de Óscar, defendió con mucha coherencia las preguntas a las que la sometía el director. No me pasó desapercibido el modo en que Óscar miraba fijamente a Dilaila, a esa mariposilla cantarina que hablaba y mostraba razones para todo lo que le planteábamos.

Y aquí nos encontramos, de camino a casa de nuestro primer «Manual». Debemos conocerla antes de vernos mañana en el estudio, ella estará allí, lo hemos confirmado una vez hablamos con ella para hacerle saber que su caso era un caso de manual. Es jueves y aprovecharemos la mañana para esto. Esta tarde toca Au Revoir, las chicas y yo tenemos pendiente una serie de cosas y yo necesito de ellas. Hoy necesito más de Alma y Érika que nunca.

—Ya hemos llegado —me dice Dilaila abstrayéndome de todos mis pensamientos.

Ha aparcado justo en frente de la casa. Ambas nos bajamos y nos dirigimos a la puerta. Es una casita pequeña. Está pintada de blanco y el tejado cubierto de teja roja. En la parte delantera hay un pequeño jardín con varias macetas donde veo hierbas aromáticas: tomillo, orégano, salvia, hierbabuena, perejil... Todas bien cuidadas y sin malas hierbas.

Dilaila toca en la puerta mientras yo me quedo parada frente a un rosal inmenso. Las rosas que han abierto son preciosas, grandes y brillantes, perfectas en todo su esplendor.

—¿Te gustan?

Me giro y observo a una mujer con una sonrisa cálida en los labios. Parece de esas personas que con solo verlas te perderías en sus brazos. Me recuerda a mi madre.

—Mucho —respondo a su pregunta.

—Ese rosal es lo más importante que tengo en esta vida —finaliza con la mirada sombría.

Sé por qué lo dice y sé su historia.

—Entremos en casa —me pide.

Sujeta mi mano y me lleva dentro, mientras la estela de la rosa que tenía entre mis dedos surca el camino hasta que nos separamos, mi cuerpo camina hacia la casa, pero mis ojos siguen puestos en esa planta.

—Es una gran historia —comenta Dilaila de camino a la oficina, vamos a dejar las notas que hemos tomado hoy y que mañana daremos forma para el primer programa.

Marzia comienza la próxima semana con su nuevo espacio, no me la he cruzado mucho estos días, probablemente estará con Gerard, disfrutando juntos como la pareja feliz que son.

—Mucho. Y triste —añado.

—Emotiva, Mar, es una historia muy emotiva.

Aparto la mirada del cristal y de las imágenes que estaba viendo a través de él mientras el coche circulaba por la vía y me centro en Dilaila. Ella me mira unos segundos y me dedica una tímida sonrisa antes de fijar de nuevo la vista en la carretera.

—¿Qué ha sucedido antes en el despacho de Óscar? —suelto a bocajarro.

—¿Perdona? —pregunta volviendo a fijar su mirada en mí momentáneamente—. ¿Qué ha pasado de qué? No ha pasado nada —dice atropelladamente.

—No soy estúpida, Dilaila. Soy muy observadora y me fijo mucho en todo y ahí pasaba algo.

—No pasaba nada. Creo que son cosas tuyas —me dice sonriendo de nuevo.

—No te creo, pero tampoco te voy a obligar a contarme nada.

—En realidad, es que no hay nada que contar —matiza—, Óscar me cae bien, me parece un buen jefe y muy profesional, y yo en ese despacho simplemente estaba defendiendo nuestros puntos de vista y aclarando determinados aspectos.

La miro con los ojos entrecerrados, suspicaz y sabiendo que no termina de explicarme todo, pero es cierto lo que le acabo decir, no voy a obligarla a que me cuente nada que no quiera, supongo que, si fuera a la inversa, yo tampoco

le contaría nada a alguien a quien acabo de conocer, por muy buen rollo que haya entre nosotras.

Saco el teléfono, dando por zanjada la conversación y le escribo a mi comando.

Mar:  
No os olvidéis de nuestra cita esta tarde.

Érika no tarda en contestar.

Érika:  
Es jueves. Los jueves son sagrados.  
Así os cuento.

Mar:  
¿Qué nos tienes que contar?

Érika:  
Nada importante, solo ponernos al día.  
Esas cosas.

Alma:  
Esta tarde, OK. ¿Estáis bien?

Mar:  
Todo bien, esta tarde os cuento.

Érika:  
Bien.

Alma:  
¿Por qué será que me huele que no tan bien como queréis aparentar?  
Os conozco, no lo olvidéis.

Érika:  
Tranquila, no pasa nada. No alteres a Candela.

Mar:  
No te preocupes. Novedades con Gerard.

Érika me envía varios emoticonos de caritas sorprendidas.

Alma:  
Candela está perfecta, hermosa y fuerte como la madre.

Mar:  
Nos vemos esta tarde.

Érika:  
Hasta después, perras.

Alma:  
Os quiero.

Me desconecto justo al llegar a la oficina y me bajo rápida.

—Tenemos que preparar el resto de la entrevista. Mañana debemos tenerlo todo listo —me apresuro a decirle—. No puedo negar que estoy algo

nerviosa.

—Tranquila —intenta calmarme—, todo va a salir bien, la señora es muy amable y ha colaborado en todo hasta el momento. En cuanto a los nervios..., supongo que es porque es un nuevo formato, pero estoy convencida de que una vez arranque el programa te vas a sentir de nuevo en casa y será igual de sencillo que el anterior. El truco está en dejarte llevar. Eso se te da bien.

¿Dejarme llevar dice? ¿Por qué es inevitable que formule esta pregunta que nada tiene que ver con mi vida privada y que automáticamente yo la traslade a ella y sea Gerard quien aparezca en mis pensamientos?

Dejarme llevar..., dos palabras muy sencillas y que en realidad no lo son. Y es así, no es más que otra triste contradicción de la vida, de esas que dan justo en la diana y que te hacen ser más consciente de que todo es una mierda. Sí, mierda con sus tres vocales y tres consonantes. La vida, dentro de esas contradicciones de las que hablo, te pone pruebas, te manda señales y mensajes implícitos, es una prueba constante. Y yo pienso, ¿existe realmente esa sensación de plena satisfacción? ¿De sentirse completa en todos los aspectos de la vida? ¿De verdad te puedes dejar llevar? Como la marea, a donde te lleve la corriente, sin rumbo fijo, solo actuar por impulsos. Algo así como «actuar como decidas en cada momento sin tener en cuenta las consecuencias futuras». No, definitivamente, no. Mar Villareal por lo menos no. Yo no soy así, yo no actúo por impulsos, en ese sentido creo que soy más como Alma. Yo debo estar segura de lo que hago, valorar los pros y los contras, soy la más reflexiva del grupo, que nada tiene que ver con otras características que me diferencian del resto de las personas en general y de mi comando en particular. Quizás si fuera capaz de comportarme de esa manera tan impetuosa, sería más sencillo vivir en paz, porque yo parece que vivo en un debate constante entre mis dos «yo». Y con el tema de Gerard ese debate se acentúa, básicamente porque me gusta, me atrae, me paraliza..., llamarlo como queráis, pero luego aparece esa pequeña vocecita que me dice: «Marzia, Marzia, Marzia», y tiene un poder brutal. Entonces la lógica y la razón se interponen al corazón y me planto. Ahora bien, ¿cuánto tiempo podré mantenerme? No lo sé, para eso no tengo respuesta.

—¿Me estás escuchando? —me pregunta Dilaila mientras tira de la manga de mi rebeca.

Giro la cara hacia ella y niego con la cabeza.

—Perdona, estaba en mi mundo.

—Parece que cuando te metes en el mundo de Mar no hay cabida para nada más, pensaba que las mujeres podíamos hacer dos cosas a la vez — bromea.

—Y podemos —respondo—, pero cuando Mar tiene debate o analiza algo, bloqueo el resto de mis sentidos. Solo estoy yo con mis pensamientos.

Se lleva una mano a la barbilla y finge analizar mi frase.

—En realidad, eso es bueno. Muy bueno —puntualiza.

—¿Lo es? —pregunto asombrada.

—Imagino que eso es lo que hace que seas tan buena en el programa en el que estabas y en este que vas a presentar ahora —me explica—. Esa capacidad de concentración y análisis te hace ser tan introspectiva, y que a la hora de aconsejar tus sentidos estén al cien por cien en lo que estás pensando y seas tan rematadamente perfecta en lo que dices y lo que transmites a los espectadores. Das confianza.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Mi boca abierta debe mostrarle el *shock* que tengo ante su análisis de mi forma de actuar y eso que solo le he dicho una frase y mirad lo que saca ella en claro. Lo que yo digo, es que es una *crack*. Gerard no pudo haber hecho una mejor elección.

Gerard...

Sacudo la cabeza ante mi nuevo pensamiento, ante otro pensamiento más, últimamente él ocupa gran parte de ellos.

—En serio —me responde de nuevo.

—Te lo voy a preguntar de nuevo... ¿Siempre eres así?

—Y yo te lo voy a volver a responder; sí, por suerte o por desgracia, esa soy yo, Dilaila Suárez, para servirte.

—Pues sírveme un café, Dilaila Suárez, clarito, a ser posible —le pido bromeando.

Se da la vuelta y se va de nuevo, cual mariposilla, a buscarlo. No puedo estar más feliz por tenerla aquí.

Terminamos la jornada de trabajo sin novedades al frente y me dirijo hacia el *parking* donde está mi coche para ir al Au Revoir a encontrarme con mis monas peludas. Hablamos mucho, pero a pesar de ello, cuando nos vemos no hay silencio que valga entre nosotras.

—Ya era hora de que llegaras —me suelta Alma en cuanto entro por la puerta.

—Las hormonas —aclara Érika encogiéndose de hombros—. Yo he



lamento.

—Eres la tía más bestia que nos hemos echado a la cara —añade Alma.

—Yo, porque ya te conozco, pero es que das miedo, Érika. Alguien que no te conozca de nada, le hablas de esa forma y te juro que se caga encima — agrega Alberto.

—Lo que hay... —finaliza Érika—. Ponme un barraquito y un dulce de esos nuevos que trae el buenorro de tu jefe, que, por cierto, ¿dónde está?

A mí, como podéis suponer, me cambia la cara cuando Érika pregunta por él. Es decir, quiero saberlo, pero es ineludible que me pongo nerviosa porque pueda aparecer o peor, porque no aparezca más después de lo del otro día.

—Está en Italia. Parece que su padre le ha pedido que vaya por unos temas laborales. No sé cuándo volverá, a mí no me ha dicho nada, todo lo ha hablado con el encargado.

—Qué pena..., por lo menos teníamos con quién alegrarnos la vista — explica Érika.

—Gracias por lo que me toca, has herido mi orgullo masculino —replica Alberto.

—De nada, mijo<sup>13</sup>, si no era yo, tenía que ser otra.

—Bueno —corto la discusión—, tráenos unos cafés con leche y unos dulces de esos nuevos.

—¿Unos *roulet cheese cake*? —pregunta Alberto.

—Esos, esos —afirmo yo emocionada.

—Yo prefiero un té —pide Alma—, el café me altera demasiado y no es bueno para Candela. Y de los dulces, a mí tráeme dos, ya sabes que tengo que comer por ambas —dice señalándose la barriga—. El humor me habrá cambiado, ahora, esta excusa es increíble, puedo comer todo lo que me dé la gana y sin remordimiento alguno.

—Encima Jaime te adora, ¿qué más quieres?

Alma sonrío como una tonta cuando nombro a Jaime, es que los ojos le hacen chiribitas.

—Pues, para empezar, quisiera que todo mañana saliera bien. Nos vamos a Valencia a conocer a su familia y reconozco que estoy nerviosa.

—No deberías —la consuelo—. Jaime ha encajado perfectamente en tu familia, lo adoran...

—Lo adoramos —me corrige Érika.

—Lo adoramos —digo sonriendo y admitiendo la realidad—, y estoy

convencida —miro a Érika que carraspera—, estamos convencidas —corrijo de nuevo— de que ellos estarán encantados contigo cuando te conozcan. Simplemente sé tú misma.

—Jaime me dice lo mismo —explica Alma—, que no me preocupe, que saldrá bien, pero es que esto es nuevo para mí y no estoy acostumbrada. Después de todo lo que pasó... ¿qué idea tendrán sobre mí?

—Pues supongo que estarán felices porque gracias a ti, su hijo encontró el amor de su vida y siguió el dictado de su corazón —finaliza Érika.

—Joder, Érika, en serio, eres una bruta que te cagas, pero a veces abres la boca y nos dejas flipando —afirmo rotundamente, con cabeceo incluido.

—Bueno, comenzar a soltar por esas boquitas, se acabó mi tema —nos pide Alma.

—Comienzo yo.

Prefiero coger el toro por los cuernos y soltar todo lo que tengo dentro.

—¿Recordáis que el sábado me fui con Andrés?

—Ajá —afirma Érika.

—Pues al final no me pude ir con él, es decir, me fui, llegamos hasta mitad del camino de donde tenía aparcado su coche. Es un sol de niño, en serio, es muy bueno y se ve que tiene muy buenas intenciones, pero...

—Pero a ti te pone el *Panini*, si es que no hay más que verte cómo tiembles cuando pronunciamos su nombre. Acabo de preguntarle a Alberto por él y por poco te da un patatús, te has quedado tiesa como un palo —matiza Érika.

Yo ni afirmo ni desmiento. Directamente no contesto.

—Bueno, el caso es que no pude irme con él. Me preguntó que qué pasaba con Gerard y yo no le conté nada. Me dijo que le gusto, que me quiere conocer, pero que quiere saber si yo estoy dispuesta a lo mismo. Le dije que sí.

—¿Le dijiste que sí?! —pregunta y exclama Alma al mismo tiempo.

—¿Y qué le iba a decir? —Pongo los brazos en jarras porque ya estoy desesperada—. Yo no quiero cerrarme en banda. ¿Olvidáis que Gerard tiene a Marzia? ¡Que tiene novia, joder!

—¿Te lo ha dicho? —pregunta Alma.

La miro con mala cara, dando en la llaga, amiga.

—No, no me lo ha dicho, pero es que no hace falta, vosotras mismas lo visteis con vuestros propios ojos.

—Nosotras lo que vimos fue a Gerard llegando con una rubia. Ya. El resto lo interpretamos —finaliza Alma.

—Pues interpreta esto: lo llama cariño, mi amor y el otro día le dijo que entre ellos no había secretos, además le dio un pico en la boca. ¿Quieres más señales o son suficientes?

—Los amigos gais también se dan picos en la boca —añade Érika.

—¿Tiene pinta Gerard de ser gay?

—No —contestan las dos a la vez.

—¡Pues porque no lo es! —exclamo ya fuera de mí.

—De lo que tiene pinta es de empotrar que da gusto —me pica Érika.

—Pues en eso te doy la razón. —Marujeo yo.

Mis amigas abren la boca pasmadas con mi respuesta y se carcajean.

—Sigo. El caso es que nos despedimos y me fui a casa y, al llegar, ¿a qué no sabéis quién me estaba esperando en el rellano?

—¡Nooooo! —Se asombra Érika—. Esto mejora por momentos.

—¡Síiiiií! —Aplauda Alma.

—Alma, cariño, ¿tú de qué parte estás? —pregunto haciéndome la ofendida.

—De la parte del amor, no te olvides que soy la defensora de las causas imposibles —me responde tan pancha.

—¿Qué amor ni qué niño muerto? —le dice Érika enfadada.

—¿Pero es que no lo ves? Está claro que están coladitos, el uno por el otro.

—Ajá —respondo sarcástica—. Y explícame, Alma, en ese cuele que tenemos ambos, ¿qué pinta Marzia?

—Ay, ¡yo qué sé! Los pormenores los desconozco, ¿no sería más fácil si le preguntaras directamente?

—Por ser, sería, pero es que paso. No quiero que piense que me tiene comiendo de su mano.

Ambas me miran y fruncen el ceño. Érika pone ambas manos hacia arriba, haciéndome el gesto de «a buenas horas te das cuenta de que te tiene comiendo de su mano».

—Vale. Me tendrá comiendo de su mano, pero cuanto menos consciente de ello sea mejor. Sigo. Me estaba esperando en el rellano de casa, y me dijo —toso para aclararme la garganta y poner voz varonil—: «¿Pensabas que lo de antes iba a quedar así?».

—Fatal. Lo de imitar voces se te da como un culo. —Se descojona Érika —. Ahora te digo, a mí me dice eso y me corro en el sitio. No hace falta ni que me toque.

—Amén —matiza Alma.

—Ya estás como tu madre, Alma, que en Facebook está todo el día comentando publicaciones de mierda con el amén ese. Tenemos que decirle a doña Mara, que el cáncer, el hambre y la guerra no se curan con un amén, se cura poniendo todos de nuestra parte, trabajando codo con codo. —Este tema me toca la moral, en serio.

—Mejor defendemos las causas otro día, que yo estoy harta de hacerlo —finaliza Érika.

—Sigo. Pues después de esa frase, os podéis imaginar lo que pasó.

—Te empotró —dice Alma.

—*Touchée* —afirmo yo.

—Ahora empieza lo interesante, ¿cómo tiene el rabo?

—¡Érika, por Dios! Es que eres una bruta —exclamo asombrada.

—A ver, aquí a mi amiga, la embarazada, y a mí nos interesa lo mismo, lo que pasa es que ella es más fina que yo.

—Pues fina o no fina, no pienso responder a eso.

—Pues danos una pista, apiádate de nuestra pobre vida sexual.

—Lo de pobre va por ti, Érika, porque yo estoy surtida y satisfecha, mucho, además —declara Alma.

—Pues, apiádate de mi pobre vida sexual. A palo seco estoy.

—No te voy a contar nada, solo te diré que tiene una buena razón y que encima la sabe usar como nadie.

Las dejo con las bocas abiertas y deseosas de saber más, pero no pienso contarlo, por lo menos, por ahora. Ya sabes lo que decimos, las amigas se cuentan todo, y más nosotras.

—En ese momento de lujuria, me dejé llevar y no pude parar o pensar qué hacía, pero cuando terminé, me sentí fatal. Tengo miedo, estoy cagada de miedo, no quiero meter la pata y enamorarme de un imposible. A ti te fue bien, Alma, pero eso no quiere decir que me vaya bien a mí, prefiero pararlo ahora que estoy a tiempo, aunque deba reconocer que me gusta, me gusta mucho. Ya está, lo solté y en voz alta. Ahora, matadme y ahorradme el sufrimiento.

—Es verdad que a mí me fue bien —nos cuenta Alma—, pero no siempre

fue así. Yo sé lo que es sufrir, lo que es «ser un cadáver en la cuneta» lo que se siente cuando te destrozan el corazón. Mar, tú me dijiste en su día «No te enamores» y ahora yo te digo: enamórate.

¿Cómo me tomo esto?

—Lo eché de mi casa. Educadamente —añado, como si eso fuera a cambiar el gesto—, pero lo eché, le dije que se fuera y que eso que había pasado no iba a repetirse. Ahora no sé nada de él y para ser sincera, me muero de ganas de verlo, de que me escriba, de saber cuándo vuelve.

—Te hemos perdido, Mar —afirma Érika.

Alma me mira temerosa.

—Eso es todo.

—Por ahora —concluye Alma.

—Por ahora —repite Érika.

—¿Y tú, Érika? —comienza a interrogar Alma.

—Yo no tengo muchas novedades. Hace tiempo que no sé nada de mi amigo, ¿os acordáis? Con el que mantengo correspondencia.

—Ah, sí, tu amigo de la infancia —respondo yo.

—Ese mismo. Y con el juez... estoy perdiendo los papeles, me está puteando. Ahora, el muy bendito, ha cogido un despacho en el mismo edificio donde tengo yo la oficina y, para más inri, en la misma planta, así que somos vecinos. No para de hacerme putadas y voy al juzgado rezando para que no sea él quien me toque ese día.

—Ay, Érika..., del odio al amor, solo hay un paso.

—Pues en este caso, cariño, para que nuestro odio se pudiera convertir en amor, habría que recorrer muchos pasos, tantos como los que se dan en el Camino de Santiago y yo soy muy vaga para eso.

Nos comemos nuestros *roulet cheese cake* y nuestras bebidas y así es como terminamos nuestra tarde de jueves. Tarde de confesiones, sin duda alguna. Tardes de comando.

<sup>12</sup> La expresión «echar millo» se utiliza en Canarias cuando se quiere decir que se ha estado pretendiendo, enamorando, conquistando, cortejando... a alguien.

<sup>13</sup> Contracción de «mi hijo».

# Capítulo 9

Viernes por la mañana, día importante donde los haya. Hoy empieza la emisión de mi nuevo programa y estoy realmente nerviosa. He tenido que tomarme un par de tilas antes de acudir a la oficina. Se emitirá en directo esta noche, pero debemos cerrar bien todos los puntos antes, para minimizar los riesgos. Es cierto que muchas veces improviso y me dejo llevar, que por mucho guion que haya terminé hablando como si no estuviera en directo ni hubiesen personas al otro lado escuchándome, pero como ante todo, soy una profesional, prefiero cerrar todos los puntos previamente.

—Buenos días, Dilaila —saludo al llegar a mi oficina.

—Buenos días, Mar. Tengo la carta ya preparada y he hecho un par de anotaciones en ella, por si nos valiera a la hora de hacer preguntas. Las de los pósit rosas tratan sobre el amor, la de los pósit amarillos sobre la historia y la de los pósit verdes sobre la familia, ¿qué te parece?

—Me parece que llevas aquí desde las cinco de la mañana para poder hacer todo esto —me apresuro a decir.

—En realidad, no ha sido para tanto, es mi forma de trabajar —me replica.

—Dilaila, quería pedirte...

Óscar entra en mi despacho con total naturalidad, es obvio que no esperaba encontrarme aquí.

—Buenos días, Óscar —saludo socarrona. Aquí hay tema que te quemas.

—Buenos días, Mar, ¿preparada? —pregunta nervioso.

—Preparada —respondo segura de mí misma—, más teniendo en cuenta que mi ayudante es de las más eficientes que hay. ¿Querías algo?

Dilaila está prestando atención a unos documentos mientras que Óscar la observa buscando un poco de ayuda.

—En realidad —comienza a decir mientras mueve unos papeles que trae en su mano—, venía a buscar a Dilaila para saber si podría sacar una fotocopia a estos documentos.

Sí, claro...

—Vale, te la presto un segundo, pero que te quede claro que es mi ayudante, no la tuya —puntualizo.

Le entrega los papeles a Dilaila que sale de mi despacho sin decir absolutamente nada.

—Óscar —intercepto su salida, negándole la oportunidad de irse de rositas—, ¿podrías decirme qué te traes con Dilaila? No creas que soy boba, el otro día ya me di cuenta de que la miras con atención y le contestas poniéndola a prueba, una a la que en todo caso debería poner yo, no tú; y ahora vienes a buscarla para que te saque unas fotocopias, teniendo en cuenta que tu secretaria está enfrente de tu despacho. Mmmmm, chico, me huele desde aquí el tema. Te gusta, ¿verdad?

Óscar se yergue ante mi pregunta, se recoloca la corbata como si realmente le hiciera falta y se prepara para responderme, es obvio que le ha tomado por sorpresa el interrogatorio y que sabe que lo he cazado.

—¿Mar, te he preguntado yo algo sobre el encuentro que hubo en mi despacho cuando te presenté a Gerard y esa... digamos..., tensión que había? No te he preguntado nada a sabiendas de la confianza que tenemos por los años de amistad que nos unen y por lo que hemos compartido, quizás deberías empezar a contarme tú para poder solicitar esa reciprocidad, ¿no crees?

¡Joder con el cabronazo!

—No tengo mucho que contarte al respecto, Óscar —miento descaradamente y rezo para que no me pille.

—Estás mintiendo ¡y lo sabes! Pero ¿sabes qué?

—¿Qué? —respondo exasperada.

—Que voy a respetar tu deseo de no contarme nada y tú harás lo mismo conmigo. Ojo por ojo...

—... diente por diente —finalizo.

—No, Mar, ¿no has aprendido nada en todo este tiempo? Ojo por ojo y a lo tonto te quedas ciego como un piojo.

—¿Todavía sigues con esas burradas? Eres más payaso...

Sale del despacho riéndose y haciendo malabares imaginarios. Lo de payaso le va al pelo, aunque cuando entra en su faceta profesional es muy recto.

Comienza a sonar mi teléfono y decido sacarlo porque veo que no para de pitar.

Alma:

¿A que no sabéis qué me ha pasado?

¿Estáis sentadas?

Érika:

Yo sí, en mi despacho, intentando no  
tirarle una bomba al vecino de al lado.  
Lástima que sea delito.

Alma:

¿Recordáis que puse una papeleta hace un  
tiempo para un coche?

Érika:

No me jodas, no me jodas.  
Decido intervenir en la conversación.

Mar:

¡¡No me jodas!!

Alma:

Me acaban de llamar...

Érika:

¿No me digas que te ha tocado el  
coche?

Alma:

Me ha tocado el coche.

Mar:

¡¡Tiaaaaaaaaaaaaaaaaaa, qué fuerte!!

Érika:

Eres una perra con suerte.

Mar:

Sin duda tú tienes la suerte que nos tocaba  
a Érika y a mí.

Alma:

Tiritiritiri.

Érika:

Regálamelo.

Alma:

Ni de coña.

Érika:

Pero ¿por qué?

Alma:

Porque me ha tocado a mí.

Mar:

Tienes marido, una hija en camino y  
ahora te toca un coche, en serio, ¿qué  
más puede pasarte?

Érika:

Fijo que tendrás un parto doloroso, ja, ja, ja.

Alma:

Desgraciada.

Mar:

Tainnnnnnnnnnnnn.

Érika:

Es una broma, hasta en eso tendrá suerte  
la muy perra.

Alma:  
Os dejo, luego os cuento con más detalle.

Mar:  
Besos.

Érika:  
Besos.

—A una de mis amigas le acaba de tocar un coche en un sorteo, ¿te lo puedes creer?

Dilaila está sentada frente a mí, ha entrado mientras estaba escribiendo en el comando. Le cuento la anécdota del coche, estoy tan sorprendida que necesito decirlo en voz alta.

—Guaauuu, ¿qué posibilidades hay de que te toque un coche poniendo una papeleta?

—Para Mar Villareal ninguna, para Alma Flores muchas. —Sonríó ante mi ocurrencia, que no deja de ser cierta.

Continuamos trabajando y a la hora del almuerzo decidimos salir juntas a una cafetería que hay cerca.

—Comeremos algo y en un rato nos iremos a casa, en realidad ya está todo preparado, solo nos faltaría cerrar el tema de la música y estaría listo — le explico mientras nos dirigimos al ascensor.

Pulso el botón de llamada mientras me adentro de nuevo en mis pensamientos, para ser más exactos, en Gerard, que últimamente ocupa gran parte de ellos.

Las puertas del ascensor se abren y aparece el susodicho. ¿En serio? ¿Estaba pensando en él o estaba invocando su aparición? Por supuesto, me fijo en su acompañante y no puede ser otra que ella.

—Buenas tardes —nos saluda al salir.

Marzia ni se molesta en saludarnos.

—Buenas tardes —contestamos Dilaila y yo al unísono.

Ambas subimos al ascensor y pulso el botón de la planta baja. Mientras se cierran las puertas nos quedamos mirando fijamente, no se ha movido ni un ápice de su sitio, a pesar de que Marzia tira de su brazo para que continúe la trayectoria.

Cuando las puertas se cierran expulso todo el aire que hasta ese momento no era consciente de que estaba conteniendo y Dilaila me mira con una media sonrisa y una de sus perfectas cejas arqueadas.

—¿Y bien? —me pregunta con tono de guasa.

—Y bien, ¿qué? —respondo haciéndome la loca.

Parece que hoy es el día de los interrogatorios, primero Óscar, que es cierto que yo me lo he buscado; y ahora Dilaila, ¿tan transparente soy como para que se den cuenta de que hay un «algo» que contar que gira en torno a Gerard?

—¿Qué pasa? —insiste.

—¿Te respondo como una adulta o como lo hacía en el colegio? Pues pasa el tiempo, las horas, los minutos, los segundos —decido contestar como una niña chica porque este temita ya me tiene hasta la pepitilla.

—Muy maduro por tu parte, ¡sí señor! ¿Qué edad decías que tenías? ¿Doce?

—Mimimimimi —la remedo con actitud aún más infantil—. Tengo treinta y ocho años, pero sigo siendo joven y estando estupenda.

—No, no, si yo en eso no tengo dudas y me parece que Gerard tampoco.

Eso es un zasssss en toda regla, pequeña mariposilla.

—Cuando tú me cuentes lo que pasa con Óscar yo te contaré lo que pasa con Gerard —intento negociar a ver si surte efecto.

—Eso quiere decir que hay algo que contar en torno a ese hombre maravilla.

Upsssss. Cazada.

—Mimimimimimi. —Vuelvo a los doce años, visto lo visto, es lo mejor.

Ambas nos reímos y continuamos charlando de otras cosas mientras almorzamos algo. Terminamos de cerrar la música y nos vamos a casa.

Nos espera una noche intensa.

A las siete de la tarde entro en el estudio de nuevo, el programa se comienza a emitir a las siete y media, pero quisiera tomar un café antes con Delia, nuestra protagonista de esta noche.

—¿Te encuentras bien, Delia? ¿Estás preparada?

—Lo estoy —contesta suavemente.

Yo asiento, le paso la mano por la cara y la consuelo lo mejor que sé.

—Todo va a salir bien.

Esta vez es ella la que coloca su mano en mi cara y me susurra.

—Lo sé, niña. Lo sé.

Entramos en el estudio y comenzamos. No es momento para estar nerviosa, es momento para sacar lo mejor de mí y disfrutar. Al final, si amas

lo que haces y disfrutas con ello se nota en el resultado. Saco el teléfono para ponerlo en silencio y veo que Alma y Érika me han escrito deseándome suerte y prometiéndome que me escucharán. Sonrío de manera instintiva.

Alzo la mirada y veo a Gerard plantado frente a mí.

—¿Preparadas? —nos pregunta a ambas.

—Preparada —respondo yo.

—Preparada, mozalbete —contesta Delia.

Gerard se ríe ante el desparpajo de nuestra acompañante y luego fija la vista en mí, poco hay que decir, nos leemos ambos. Yo le transmito mi gratitud por estar aquí apoyándome moralmente, pese a todo, y él me lo recompensa con su cálida sonrisa, muy sincera y perfecta.

Agarro la mano de Delia y cuando se enciende la luz roja, comienzo a hablar, sin soltar nuestro agarre.

—Buenas noches, señoras y señores, príncipes y princesas, radioyentes en general, hoy da comienzo nuestro primer programa de *El Manual de Instrucciones de Mar*, para los que no me conocen me presento: soy Mar Villareal y seré la encargada de hacer de este programa toda una experiencia que marque un antes y un después en nuestras vidas. —Me erizo con mi propia presentación, la estoy viviendo y sintiendo al máximo—. Esta noche tenemos con nosotras a Delia, una señora de setenta y ocho años que se ha puesto en contacto con nosotros para contarnos, por primera vez, su historia. Buenas noches, Delia, es un gran placer para mí abrir el manual con una persona como usted.

—Buenas noches, mi niña —saluda ella un poco temblorosa—. Tutéame, por favor.

Asiento, sujeto más fuerte su mano y me recompensa con otra de sus sonrisas, de esas que acentúan más sus arrugas y que me hacen sonreír en respuesta, por la calidez que me transmite, esta vez ella a mí. Qué bonito es que con un solo gesto puedas cambiar tu estado de ánimo o simplemente calmar tu espíritu.

—Esta semana, he tenido la oportunidad de conocer más detenidamente a Delia, pero creo que antes de comenzar con la entrevista, debemos leer su carta y así saber quién es Delia y cuál es su manual.

Saco la carta, con mano temblorosa, parece mi primera vez, la sujeto firmemente y Delia me mira de nuevo, asiente, me da permiso para comenzar. Y yo hago caso.

Buenas tardes, Mar:

Mi nombre es Delia García y tengo setenta y ocho años. Vivo en un pequeño barrio de Santa Cruz de Tenerife, un barrio de pescadores para ser más exactos y llevo viviendo ahí desde que nací. Este *email* que estás leyendo, lo está escribiendo mi nieta, la mayor, que casualmente se llama como su madre y esta, a su vez, se llama como yo. Es nuestra tradición y nuestro pequeño legado. Yo no sé apenas escribir, así que me sería imposible poder contactar contigo. ¿Por qué te escribo te preguntarás? Pues porque creo que eres la persona adecuada a la que contar mi historia. Hasta ahora te he seguido semanalmente y me pareces una mujer muy sensible, así que cuando te escuché la semana pasada y comentaste este nuevo programa dije ¿por qué no? Cogí a mi nieta por banda y ella que es tan buena, me dijo que sí.

Me casé hace sesenta años con Antonio, ¡ay, mi Antonio! Fue un auténtico flechazo. Mi madre me dejó ir por primera vez a bailar con mi hermana a la Asociación de Vecinos del Barrio, que como cada sábado por la noche organizaban un baile para las parejas que quisieran ir y para aquellos jóvenes que lo desearan, aunque estuvieran solteros. Mis padres se habían conocido allí, años atrás. Así que, ataviada con mis mejores galas, fui, no sin los nervios de la primera vez. Por ese entonces tenía diecisiete años y era una moza.

Mi hermana y yo llegamos y entramos, ella se iba a encontrar con el chico que la pretendía y yo me senté en una silla a observar, no sabía muy bien en qué consistía aquellos bailes, así que mejor mirar y luego decidir, y eso fue lo que hice. Al poco tiempo de estar sentada entró un chico, no mucho mayor que yo, muy guapo. Llevaba un pantalón de pinza marrón, muy gastado pero limpio y una chaqueta de cuadros, de esas que ustedes hoy dicen que es como la tela de un mantel. Ayyyyy, señor, me temblaban las rodillas solo con verlo, fue una sensación inexplicable. Creo que el amor a primera vista existe, pero únicamente cree en él quien lo ha sentido en sus propias carnes. No me digas cómo, pero él también me miró, desde su posición, largo y tendido, hasta que un chico lo empujó para que se apartara de la entrada, entonces sus pies se comenzaron a mover solos en mi dirección y yo con cada paso que daba más temblaba. «¿Quieres bailar conmigo?», me preguntó, a lo que yo no respondí, solo extendí mi mano, que él sujetó entre las suyas. Su mero contacto me hizo estremecer, no quiero contar el resto de reacciones de mi cuerpo porque no nos olvidemos de que la carta la escribe mi nieta. Bailamos una pieza, otra y otra y la noche se hizo interminable hasta que nos tuvimos que separar con la promesa de vernos el siguiente sábado, si no coincidíamos antes en el barrio. Así estuvimos un tiempo, hablábamos, coqueteábamos y nos dábamos algún beso a escondidas, pero sin lengua, esas cosas no las hacía una mujer decente, me repetía mi madre, que en paz descansa la pobre.

Una tarde, se presentó en mi casa sin previo aviso y les dijo a mis padres sus intenciones, pidió mi mano y mi padre dijo que sí. Mi padre era un señor muy bueno y bondadoso, y sabía que Antonio era un pescador y, por consiguiente, muy trabajador, con lo cual, estaría segura.

Nos casamos al poco de cumplir yo los dieciocho años, él tenía veinte, dos más que yo. Tristemente, para mí y para él, al mes de casarnos debía enrolarse en un barco para comenzar la época de pesca. Estaba entre cuatro y seis meses en alta mar y luego regresaba a casa y estaba otros tantos aquí, esa era su vida y ahora la mía también.

El día antes de irse, llegó a casa con unas rosas rojas preciosas, me las entregó y me dijo que me quería más que a nada en este mundo. Yo, por supuesto, le correspondí en todo momento, porque el amor es así, o se siente o no se siente y yo por Antonio lo sentía cada día, cada hora y cada segundo.

Y el día llegó, Antonio partió y mi corazón se fue con él. Yo cogí los tallos de las rosas que me había traído y las planté en el jardín de mi casa, eran tan bonitas que quería que vivieran eternamente. Los meses pasaron y descubrí que estaba embarazada. Cada día iba al puerto con la esperanza de que llegara y me encontrara allí, paseaba a diferentes horas, a veces incluso varias veces al día, pero no regresó. Nunca. Lloré y lloré hasta que me quedé sin lágrimas, día tras día le echaba de menos y rezaba para que volviera, pero no fue así. Pregunté en todos los sitios posibles, me puse en contacto con el

puerto en reiteradas ocasiones, hablé con varios barcos que arribaron, pero nadie sabía nada. Con el paso de los años, me llegó una carta del Ministerio para confirmar la desaparición del buque de mi marido y ahí acabó mi angustia, pero jamás calmó mi tristeza.

Supongo que mi familia, mi hija y mis nietas estarán sorprendidas por conocer ahora, después de tantos años esta historia, pero jamás tuve valor de contarla, jamás me sentí con fuerzas, como te he dicho, mi corazón se fue con él y estoy convencida de que el día que yo deje de respirar, volveremos a encontrarnos, su corazón y el mío, siendo uno de nuevo. Porque nuestro destino está escrito. Nuestro destino es el de reencontrarnos y darnos todo ese amor que tenemos guardado, a la espera de encontrar ese lugar de unión que nos permita no volver a separarnos jamás.

Un abrazo.

Delia García.

En realidad, esta carta la habré leído muchas, muchísimas veces, pero leerla así, con Delia presente, sabiendo que ahora mismo escuchan mi narración, hace que sea mucho más intenso el momento. Incluso siento cómo una tímida lágrima surca mi mejilla.

Delia, esta mujer pequeña, pero de gran corazón, enjuga mi lágrima y me observa, con esos ojos verdes llenos de tristeza.

—Aunque no lo creas, esto para mí es muy difícil, es el resumen de mi vida —me dice.

Yo sonrío amargamente, porque la realidad es que es muy triste que un amor como el que Delia y Antonio se profesaban terminara de esta manera.

—Háblame de ese rosal —comienzo con mis preguntas de guion.

—Pasé minutos, horas, días, meses... delante de ese rosal, buscando un consuelo que nunca llegaba. Esos tallos que planté con grandes esperanzas, crecieron, germinaron y salieron unas preciosas rosas rojas, que tú has tenido la suerte de admirar.

—He tenido la gran suerte de admirar —apostillo.

—Hubo un tiempo en el que no me daban consuelo, porque en realidad nada me consolaba. Luego, conforme pasaban los meses, su olor traspasaba la ventana cuando yo la dejaba abierta y me transportaba a él. Te voy a decir algo, y te doy permiso para que me llames loca, pero en esos años el pensar que Antonio estaba ahí, que ese rosal era él, que había regresado a mi lado transformado en naturaleza, me hizo feliz. Me sentaba a su lado, le leía novelas de Corín Tellado, revistas, noticias o le contaba las novedades que se daban. Por supuesto, nuestras mayores charlas eran sobre Delia, nuestra hija, y él a veces se movía y yo interpretaba que era en respuesta a lo que le contaba, dependiendo de si le parecía bien o no la historia que narraba. Me hacía sentir en paz sentarme ahí. Ese rosal, Mar, ese rosal es lo único que me

queda de él. Es la unión terrenal que tenemos ambos. Por eso lo cuido, lo quiero y lo amo sin límites, porque ese rosal es infinito como infinito es nuestro amor. Y me siento en paz, porque tarde o temprano nos reencontraremos y viviremos la historia de amor más bonita que jamás será contada.

Soy una profesional, sí, pero soy humana y escuchar esta historia tan hermosa puede derrumbar todo el castillo de naipes.

Sí, creo en el amor, sí, creo en el amor incondicional y sí, creo en el amor eterno.

Creo...

Miro hacia donde se encuentra el equipo, dentro de la cabina, Gerard está allí, lo sé, aunque no lo vea, lo siento.

—¿Por qué no se lo contaste nunca a tu hija?

—Quería que esta tristeza que no deja de asolarme fuera solo mía. Yo quería que mi pequeña supiera la parte feliz de la historia, que su padre me quiso mucho y que simplemente un día desapareció, se lo tragó el mar. No le hablaba de mis sentimientos, pero siempre le inculqué que el amor es fuerte, caliente, medicinal y eterno, y con eso quiero que os quedéis todos. Que te quedes tú, Mar.

Me acaricia la mejilla de nuevo y yo me dejo llevar por el gesto y me acurruco en su mano, disfruto de su caricia.

—¿Crees que ha sido duro para ella vivir sin padre?

Dilaila me mira confusa, esa pregunta no se encuentra entre las que teníamos previstas, pero me siento identificada con la hija de Delia, porque yo tampoco tuve una figura paterna como tal, yo necesité esa figura que me faltó, a día de hoy la echo de menos. Me ha marcado a fuego.

—Intenté hacer de padre y de madre. Lo hice lo mejor que pude dentro de mis posibilidades, mis padres, es decir, sus abuelos, me ayudaron muchísimo. Mi hermana, a su manera, también me ayudó. Pero es cierto, que, aunque ella no me lo haya dicho, lo necesitó tanto como yo. Compartimos esa carencia, cada una a su manera. ¿Tú tienes padre, Mar?

Niego con la cabeza.

—No —decido contestar porque mis gestos no se pueden ver a través del micrófono.

—Lo siento —se disculpa antes de continuar—. ¿Le echas de menos?

—Mucho —respondo.

—Pues ella, a su manera, le echará de menos también.

No quiero hablar de mi vida privada, así que es el momento de cambiar de tema.

—No rehiciste tu vida, ¿por qué?

—¡Ja! Esa sí que es fácil —contesta Delia—. Antonio se llevó consigo mi corazón y con él mi capacidad de amar. Hoy, sesenta años después, te puedo decir y no te miento, que sigo completa e irremediablemente enamorada de él. Es todo. Antonio para mí es mi todo.

Continuamos la entrevista. Mucha intimidad nos rodea, en realidad, parece que estemos solas, tomando un café, un día cualquiera, hablando de amor, entre otras cosas.

—Quisiera despedirme hasta el próximo viernes. Primero, agradecer a Delia que haya venido y que me haya elegido a mí para contarme su historia, para dar ese paso gigante al abrirse. Segundo, agradecer a su nieta por haber ayudado a que esto sea posible, a que este ratito mágico se haya dado. Y tercero, a ustedes, por confiar en mí y escucharme, por dejar que una simple humana como yo reciba tanto de los oyentes y de la hermosa persona que me acompaña.

»No quisiera cortar la emisión, sin contaros la moraleja que he sacado yo de estas dos horas. El amor. El amor se encuentra, el amor se construye, el amor se cuida y el amor se vive y se siente. Es eterno. El amor es de color rojo, rojo como ese rosal. Cambiemos de punto de vista, ¡vivamos la vida en rojo!

»Buenas noches y mil gracias.

Corto la emisión y se apaga la luz que indica que estamos en el aire.

Delia se levanta y me abraza muy, muy fuerte, mis compañeros entran y se suman al abrazo. Alzo la vista y observo a Gerard apoyado en el marco de la puerta con una gran sonrisa mientras me hace un asentimiento con la cabeza antes de irse.

Me despido de todos y llevo a Delia a su casa.

—Delia, no tengo palabras para poder agradecerte la oportunidad que me has dado de conocer tu maravillosa historia y poder contarla. Eres una gran mujer con grandes sentimientos y un corazón que no te cabe en el pecho. Ojalá la vida hubiera sido diferente.

—La vida es la que es, Mar, te voy a dar el mismo consejo que le di a mi hija y que le doy a mis nietas. Vive la vida al máximo, porque no sabes en

qué momento termina.

La abrazo cuando llegamos a su puerta y le prometo que le haré alguna que otra visita.

Regreso a mi casa. Saco de nuevo el teléfono y leo los WhatsApp de mi comando, antes de nada.

Alma:

Ha sido precioso. He llorado todo el programa. Os lo dije una vez, el amor, siempre vale la pena.

Érika:

Joder, si es que hasta yo he llorado.

iiiiiiYoooooooooooo!!!!!!

Yo nunca lloro, ¿lo entiendes?

Tengo una reputación que mantener.

Alma:

Te quiero, Mar. Embarcamos.

Érika:

Os quiero, a ambas. Buen viaje.

Decido contestar.

Mar:

Yo también os quiero, hablamos mañana.

Ha sido demasiado intenso para mí.

Veo que Jaime también me ha escrito.

Jaime:

Ha sido increíble, Mar. Alguna que otra lágrima se me ha escapado, pero lo negaré ante cualquiera, así que ¡calladita!, je, je, je.

Mar:

Yo también te quiero, Jaime. Buen viaje.

Cuida de Alma.

Jaime:

Que no te quepa duda.

Dispuesta estoy a desconectar y meterme en la ducha, cuando me entra un nuevo WhatsApp.

Gerard:

No tengo palabras para describir lo que habéis transmitido. Ha sido mágico, Mar.

Vivamos la vida en rojo. ¿Firmamos la tregua?

Se me corta la respiración. ¿Realmente vale la pena? ¿Vale la pena estar así? Después de la lección de vida de esta tarde, puedo decir que lo mejor es vivir; vivir y sentir. ¿Qué nos deparará el futuro? Nadie lo sabe.

Mar:

Firmada. Gracias, Gerard.

No tarda nada en volver a sonar mi teléfono.

Gerard:

¿Me abres la puerta?

Corro hacia la entrada y abro de sopetón. Lo encuentro tras ella. Tiene los brazos caídos, como si estuviera derrotado.

—He entrado tras de ti, pero no he tenido el valor de tocar.

Sonrío como una lela.

—¿Quieres pasar? —pregunto tímida.

—Quiero.

Entra y cubre el espacio con su sola presencia.

—Lo de firmar la tregua iba en serio, ¿verdad?

Sonrío.

—Sí, estoy cansada de que estemos como el gato y el ratón. Debemos ser amigos.

—Amigos —susurra.

—Amigos —reafirmo—. ¿Te apetece cenar algo?

—¿Te gusta cocinar? —me pregunta.

—En realidad, no mucho, pero tengo que tratar bien a mis invitados.

—Llévame a esa cocina tuya, prepararé algo.

—¿En serio?

Mi «yo interior» da saltos.

—No lo dudes, *piccola bionda*. Soy un excelente cocinero, me enseñó mi tata.

—¿Tu tata?

—Mi tata era la señora que me crio. Cuando mi madre falleció le quedé todo muy grande a mi padre, así que contrató a mi tata y hasta hoy. Ella me enseñó a ser un hombre independiente. «*Le donne sono conquistate dallo stomaco*». A las mujeres se les gana por el estómago, me decía.

Se le ve tan natural, tan hombre contándome cosas de su vida.

—Tu tata te dio un buen consejo —me apresuro a decir.

Abre la nevera y saca un tomate grande, un calabacín, un pimiento rojo y coge dos cebollas pequeñas del cestillo que tengo encima de la mesa de la cocina.

—Pon a guisar unos tallarines —me pide.

—¿Te valen macarrones?

Me mira con esa cara de perdonavidas y no hace falta que me diga nada para que le entienda.

—Como puedes ver, soy bastante desastre. Además —añado—, el italiano eres tú, ¿no? Para mí, todas las pastas son iguales.

Se lleva la mano al pecho y hace como si se lo hubiera atravesado con una flecha.

—Acabas de hacer pedazos mi pobre corazón, *ragazza*.

Le tiro una naranja, en respuesta a su gesto.

—Si no se te dan bien los negocios, que sepas que como actor te ganarías perfectamente la vida.

—Es un consuelo saberlo —se carcajea—, menos mal que los negocios me van bien.

En un momento pone en el *wok* el calabacín, el pimiento y la cebolla, todo troceado muy pequeño. Mientras eso se hace, pela el tomate y lo trocea a su vez y lo añade, para que todo se vaya cocinando. Lo saltea y le da el punto perfecto de sal.

—¿Te gusta la pimienta?

—En su justa medida —respondo.

—Como todo en la vida —matiza.

Termina de saltear la verdura y la pasta, coloca en unos platos la misma y le pone encima la verdura salteada.

—*Pronto!*

—¿*Pronto?*

—Listo.

—Vas a tener que enseñarme italiano. Me gustaría aprender —le suplico.

—*Se sei bravo...*

—¿Eingggggg?

—Si te portas bien —me traduce.

—Yo siempre me porto bien —afirmo.

—No lo dudo, pero tienes un carácter de mil demonios, *piccola bionda*.

—No se puede tener todo en la vida, Gerard.

Mezclo la pasta y me llevo a la boca un poco.

—Ahhh. —Comienzo a hacer aspavientos con las manos, está realmente caliente.

—¿Te has quemado? Eso te pasa por no tener paciencia.

—¡*Joferrr qué buebaaa eftá!* —exclamo con la boca llena.

—¿Qué? —pregunta riéndose.

Me llevo un vaso de agua fría a la boca y trago antes de contestar.

—Que ¡joder qué buena está! —le traduzco—. Gracias por el agua, me he sentado a comer y no he servido nada de beber. Creo que tengo algo de vino en la nevera.

—Agua está bien, vino mejor que no. Y de nada.

Nos miramos un momento en silencio, valorando la distancia que nos separa y cortando la tensión sexual que se crea entre nosotros en un pis pas.

—Mataría por eliminar la distancia que nos separa y poder besarte.

Me estremezco involuntariamente y él lo nota porque sonrío soberbio.

No decimos nada más, sino que engullimos nuestros platos.

—El lunes empiezo la dieta —farfullo mientras me limpio la boca con una servilleta.

—No necesitas ninguna dieta, estás estupenda tal cual —contraataca.

—Yo vivo en una dieta constante. Se nota que no me conoces...

—Tampoco me dejas —me rebate.

—¿Perdona?

—Cada vez que intento acercarme te cierras en banda y huyes.

—Voy a ser franca contigo, Gerard —creo que es lo mejor, llegados a este punto—, no dejo que me conozcas porque no quiero que me hagas daño. No eres lo que yo busco ni necesito, yo necesito un todo y eso tú, no me lo puedes dar, y no me quiero conformar con sobras o migajas.

—¿Qué sabes tú qué te puedo dar y qué no?

—Cierto, no lo sé, pero en tu frente llevas un letrero bien grande que pone «cuidado» y yo huyo de esos letreros en cuanto los leo.

—El peligro es interesante, es adrenalina.

—El peligro es dañino e innecesario para mí, y preferiría cambiar de tema y volver al cauce que teníamos antes de comenzar esta discusión.

—Tienes razón, es lo mejor —finaliza Gerard—. ¿Hacemos café?

—Vale —acepto.

Me espera una noche larga, no creo que pueda dormir con o sin café.

# Capítulo 10

## Gerard

Esa carta leída con esa suave y melódica voz que tiene *la mia piccola bionda*, ha causado estragos en mí. No he querido romper aquel mágico abrazo de equipo que se daban, he preferido observar desde la distancia, yo siempre manteniendo las formas, el hombre correcto que actúa de manera correcta, siguiendo los pasos de Gaetano Gaboardi, mi perfecto padre y por quien estoy así y quizás también, por quien soy así.

Posiblemente no ha sido hasta ahora, hasta escuchar esa maravillosa historia de amor, que no he sido tan consciente de que me estoy perdiendo por el camino, en realidad, creo que no estoy viviendo la vida que me gustaría vivir, quizás no me gusta tanto la perfección, porque las imperfecciones la hacen más real.

Echo tanto de menos a mi madre, no os hacéis una idea de cuánto. Ella sabría qué decirme en este momento. Pero ¿sabéis? Estoy convencido de que me diría: «Sigue el camino que te diga tu corazón, cierra los ojos y escucha tu alma», y mi alma me trae hasta este portal. Hasta Mar.

Y aquí estoy. Dispuesto a firmar la paz y a que seamos lo que ella me permita ser. Por ahora, me conformo con estar presente en su vida, verla y sentirla cerca, olerla y respirarla.

Me levanto, dispuesto a hacer café, el café hace la unión, ¿verdad? Es la señal más explícita de una amistad, las amigas quedan para tomar café y contarse su vida, empezamos bien.

Amigos...

—¿Dónde guardas la cafetera, *piccola bionda*?

—En el mueble de la esquina, y el café al lado.

Qué voz tiene mi pequeña. Es perfecta para mí, en todos los sentidos; es guerrera pero con ese punto de princesa. Es rebelde pero con un toque de cordura. Directa pero reflexiva. Cariñosa pero sin llegar a empalagar. Es lo que yo necesito y sé que yo soy lo que ella necesita. Si me conociera, si yo pusiese de mi parte por abrir este muro infranqueable, probablemente sería una historia muy diferente. Ella quiere un todo y yo ese todo no puedo

dárselo. Tengo un trato y debo cumplirlo.

—Me sorprende esa faceta tuya de amo de casa —bromea interrumpiendo mis cavilaciones.

Me giro y la observo, con ese moño alto tan característico de ella. Hasta esos pequeños detalles me gustan. ¿Cómo sería amanecer a su lado? Seguro que perfecto.

—Eso es porque no me conoces bien —y no sé por qué respondo de esa manera, no debería entrar en este peligroso juego.

—Tú no me dejas conocerte tampoco. Dices que yo me cierro en banda, pero no eres consciente de que tú haces lo mismo conmigo. Es verdad que muchas veces evito hacerte preguntas comprometidas porque no quiero saber la verdad, ya sabes lo que dicen: «A veces es mejor vivir en la ignorancia», pero tú, amigo Gerard, pones poco de tu parte para que te conozca y no tenga juicios de valor para contigo.

—Ya ha salido a la luz la Mar reflexiva. Puede que sea cierto, puede que no me abra. Soy así.

—No te equivoques, Gerard; todos somos un poco así.

Coloco en una bandeja dos tazas de café, el azucarero y un poco de leche que he calentado.

—¿Vamos al salón? —pregunto con cierta timidez. Hasta yo mismo me sorprendo con mi estado, estoy nervioso y no suelo estarlo, normalmente tengo todo bajo control, pero con Mar... Con Mar no puedo evitarlo.

—Vamos —me apremia.

Mar se levanta y pone música en la radio, pone la Cadena 100 que tanto le gusta a ella y suena «Equivocada», de Thalia, se queda parada justo delante de la radio en silencio, con los brazos a los lados, caídos y pose triste. Te voy conociendo, pequeña.

—Un euro por tus pensamientos —le digo intentando traerla de vuelta.

Se gira y me dedica una sonrisa amarga.

—Cada vez que escucho esta canción me transporta al pasado, a ese momento de mi vida que creía que me haría tan feliz y me hizo todo lo contrario. Hace años estuve casada.

Mi cara debe ser un poema. Mar se sienta a mi lado y se sirve leche y añade azúcar para completar la bebida. Lo remueve pausadamente y yo muero de ganas de saber cuál es su historia. Estuvo casada. No es que me sorprenda, pero sí, me molesta, mi yo más posesivo hace acto de presencia,

espero que no perciba mis nudillos blancos, pero es que no puedo evitar contener el aliento y cerrar las manos con mucha fuerza. No puedo controlarlo, quiero que me pertenezca.

—Continúa —le ruego mientras cojo aire y me recompongo.

Sigue removiendo sin pronunciar palabra, se lleva la bebida a la boca y observo su minucioso recorrido, cómo lo lleva a sus labios, da un suave sorbo y pasa la lengua por el lugar que ocupaba el borde de la taza, evitando que quede así algún resto de café. Llevo mi mano instintivamente hasta ellos y los recorro con la misma suavidad que lo hizo ella con su lengua. Levanta la mirada y la fija en mí, hablándome en silencio.

—Ricardo. Se llama Ricardo, aunque nosotras lo hemos bautizado como el «Fecundador».

—¿Nosotras? —pregunto curioso.

—Mi comando: Alma, Érika y yo. Lo llamamos el fecundador por lo que me hizo y ahora lo entenderás.

—¿Qué te hizo? No te habrá hecho daño, si es así juro que...

—No, tranquilo —me corta—. No me hizo esa clase de daño que tú crees. Es evidente que cualquier ruptura causa estragos, la mía lo causó, pero no físicamente, simplemente me sentí engañada.

*Merda, merda, merda.* La cosa va por mal camino.

—Me casé con veintitrés años. Enamorada hasta el tuétano. O creía estarlo. Ricardo era ese tipo de hombre que toda mujer quisiera tener cerca. Atento, cariñoso, familiar, trabajador, honrado... o eso es lo que yo quería creer. Mi padre ni apareció ese día.

—¿Echas de menos a tu padre, *bambina*?

—Muchísimo. Lo he necesitado tanto en esta vida, tanto, tanto... Pero ese es otro tema.

Veo cómo comienza a llorar, las lágrimas surcan sus mejillas y a mí se me parte el corazón al verla así. ¿Qué me pasa? ¿Dónde está la indiferencia que siento normalmente? ¿Qué me estás haciendo, Mar?

—Un fin de semana cualquiera, lo noté muy raro conmigo y le pregunté qué sucedía. Me contó que estaba preocupado por temas de trabajo, le resté importancia porque no era nada fuera de lo habitual. Trabajaba mucho, sí, pues era jefe del servicio técnico de una cadena de hoteles en la isla, y entendía que estuviese mucho tiempo fuera y otro tanto pendiente del teléfono.

»Comenzó a estar más tiempo fuera de casa, más de lo habitual y cuando llegaba lo notaba extraño, distante... era otro.

»Uno de esos fines de semana, en los que él tenía turno de tarde, decidí ir a verlo al hotel dónde, en teoría, tenía turno. Mi intención no era otra, que la de sorprenderle y que viese que estaba aquí, que le quería, que estaba dispuesta a ayudarlo en eso que le afectaba.

»Pregunté por él en recepción y me dijeron que ese fin de semana estaba librando. Para mí fue doloroso saber qué me había mentado. Lo llamé en reiteradas ocasiones sin éxito alguno. Regresé a casa y esperé a que llegase. «Lo siento» me dijo al entrar. Se disculpó y me dijo que había tenido un turno de locos. Yo no dije nada.

»Había tenido tiempo más que suficiente para maquinarse una estrategia.

»Esperé a que se metiese en la ducha, cogí su teléfono y fui consciente de todo. Tenía a otra. Desde hacía bastante.

»Móvil en mano y una carga extra de paciencia, esperé a que terminara con su rutina habitual.

»Le pedí explicaciones, y vaya que si me las dio. No hizo falta mucho para que me contara que llevaba más de seis meses engañándose con otra mujer. El engaño era tal, que iba a ser padre. Y desde ese momento, sentí que la otra durante mucho tiempo fui yo.

»Tras eso, cerré en banda mi corazón y me dediqué a mí misma, y ahora he hecho, de esa forma de vida, mi filosofía. Quizás por eso soy tan desconfiada y reflexiono tanto las cosas. La conclusión, es que realmente no sabes con quién vives, por mucho que vivas con alguien y comparta momentos, nunca llegas a conocerlo lo suficiente.

Me quedo perplejo ante la historia. Es evidente que fue un problema, que para ella supuso un antes y un después en su vida, pero no quiero que piense por nada del mundo, que no hay algo bueno para ella ahí fuera, o quizás... en esta habitación. Yo tengo mis mierdas, no puedo negarlo. No quiero que se sienta engañada, si esto que siento va a más, si ella se dejara llevar por los sentimientos y ambos habláramos el mismo idioma, creo que debería explicarle cuál es mi situación y a qué debo enfrentarme.

—Mar, esa ha sido una experiencia muy dura, pero hay personas que vale la pena conocer —me aventuro a decirle.

¿Quizás yo? De nuevo este pensamiento cruza por mi mente.

—Es cierto, y con el paso de los años he ido dejándome llevar, pero fue

en Ibiza donde me sentí más libre, me sentí yo misma y sentí que era capaz de llegar a donde me propusiera. Luego llegaste tú y el resto ya lo sabes.

—¿No has vuelto a rehacer tu vida?

—¿Para qué? —me pregunta asombrada—. Hasta ahora no he necesitado de nadie. Tengo a mi madre, a mis amigas, mi trabajo y mi cordura. No quiero más rancios en mi vida. Si abriera mi corazón sería a alguien que me valore y me cuide por encima de todo, que sea mutuo. Quiero un todo.

Quiere un todo.

—Toda esta experiencia ha hecho de ti quien eres hoy. Una mujer fuerte, valiente, con sus ideas claras, extrovertida, reflexiva, competente, capaz de salir adelante, cariñosa, emotiva, preciosa y sensual —y no me equivoco en ningún adjetivo de los que acabo de mencionar.

—Vaya, Gerard Gaboardi, cuando necesite que me suban el ego te llamaré, sin duda alguna, lo haces bien.

—Yo todo lo hago bien, *piccola bionda*. —Qué ganas de jugar que tengo, *bambina*.

Vuelve a ponerse en tensión y desaparece esa sonrisa de sus labios.

—Creo que es mejor que te vayas —me dice.

—¿Tan pronto?

Miro mi Cartier y observo que son las dos de la mañana.

—Se me ha pasado el tiempo volando —añado.

—La buena compañía es lo que tiene —me contesta burlona.

Me levanto y me dirijo a la puerta.

—Buenas noches, *piccola bionda*.

—Buenas noches, Gerard Gaboardi.

Me sonrío antes de cerrar la puerta.

Yo giro sobre mis pasos y me dirijo a mi Porsche Cayenne Turbo, que he aparcado frente a su casa.

Esto es una primera cita, ¿verdad? Me gustan las primeras citas con Mar.

Quiero más y tendré más.

# Capítulo 11

Ha pasado una semana desde que estuvo en casa y me abrí a él. Exactamente no sé qué me ha llevado a contarle esta parte tan íntima de mí y que tenía encerrada bajo llave. Con Gerard me pasa así, me dejo llevar de tal forma que muchas de mis actitudes son incomprensibles. Esa apariencia chula que salió hace unas semanas, donde mandaba mi rabia; esa faceta sensual que se desborda hasta tal punto de convertirme en un volcán de lava; esa cara sincera y dulce donde dejo que emanen mis sentimientos..., toda esa soy yo misma, la Mar más auténtica que sale con él irremediabilmente.

No me arrepiento de haberlo contado. Alma y Érika lo saben, mi madre conoce cosas y detalles, pero evito hablar de cómo me sentí, de esa traición tan grabada a fuego que me marcó para siempre y que hizo que la desconfianza tomara el control de mi vida y es por eso, por lo que no puedo dejarme llevar con él. Es verdad que los sentimientos no se controlan, y que donde manda el corazón no hay razón que valga y que con él cerca soy más yo misma. Quiero confiar. Es ese quiero pero no puedo, que no me deja seguir y es, además, que en esta ecuación se encuentra Marzia, alias Marzizorra.

No le pido ningún tipo de reciprocidad a la hora de contarme su vida, yo se la he contado porque surgió así y nació de esa manera, porque, a veces, simplemente las cosas fluyen y son como deben ser. Ahora, Gerard conoce un poco más de mí e incluso yo sigo conociendo más de mí. ¿Qué me tiene deparado el destino? Supongo que habrá que descubrirlo. Decido dejar de pensar y meterme en la cama. Esta noche me ha quitado la energía. He salido del segundo programa de *El Manual...*, y ha sido tan exitoso como el anterior.

En ese profundo estado de duermevela, oigo un sonido, no sé si es dentro de mi sueño, donde Ibiza vuelve a hacerse presente o es que un mosquito me ronda. Decido mover los brazos por si fuera la segunda opción, pero me doy cuenta de que ese incansable ruido no cesa. Abro tímidamente un ojo y observo la habitación, es de día. Muevo la cabeza y retiro parte de mi pelo de la cara y de la boca, duermo como una leona, sin duda.

En la mesa vibra mi teléfono y descubro que de ahí viene ese molesto

sonido. Estiro la mano y lo alcanzo, el nombre de Alma se refleja en la pantalla.

—¿Es que no te cansas nunca? —gruño.

—Buenos días para ti también, rubita. ¿Nadie te ha explicado que si no quieres que te molesten puedes apagar el teléfono o ponerlo en silencio? —me contesta ella.

—Es temprano —vuelvo a gruñir.

—Son las once de la mañana, hora de levantarse, ¿se te han pegado las sábanas por la emoción del programa de anoche? ¡Ayyyyy, qué bonito, Mar, me emocioné tanto!

—Gracias —atino a responder con la voz aún pastosa.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—No lo sé... ¿quedarme en la cama?

—De eso nada, levántate, te espero en media hora en el Au Revoir, no llegues tarde —me ordena.

—¿En media hora? ¿Es que te has dado un golpe en la cabeza o qué, Alma?

—Media hora —finaliza.

Y me cuelga. Puñeteras hormonas.

Salgo de la cama, a toda mecha, y me voy directa a la ducha. Me enjabono a toda prisa y me envuelvo en una toalla. Empieza a hacer calor, ya estamos en junio y por aquí se puede decir que estamos en verano. Decido ponerme unos vaqueros, una camiseta y unas cuñas rojas, cojo una chaqueta vaquera por si las moscas, el mismo bolso que tenía ayer, que está preparado, y salgo a toda pastilla hacia el Au Revoir.

Entro casi corriendo y llego a la mesa cogiendo aire. Alma me mira asombrada.

—Vale, no ha sido media hora, pero casi —me justifico.

Ella sigue saboreando lo que quiera que tenga en la boca y me mira antes de responder.

—Menos mal que llegas..., es tarde.

—No te mato porque te quiero —le digo medio en broma medio en serio.

—Sería delito —me contesta ella—. Pero llegas antes que Érika.

—Reunión de pastores, ovejas muertas —saluda Érika cuando entra tan veloz como yo unos minutos antes.

Nos da un beso a las dos y tomamos asiento.

—Llegas tarde —le dice Alma.

—Si empiezas, me voy —contesta Érika—. Es sábado, estaba sobando a pierna suelta, soñando con un maromo y vienes tú y me despiertas. Justo, justo, cuando la cosa se ponía interesante.

Jaime llega en ese momento con unos chocolates calientes.

—¿Y los nuestros, señor Paella?

—Te habrás levantado ahora, pero la lengua no se te duerme nunca —le contesta él.

—Jamás de los jamases, esto —dice sacando la lengua y mostrándosela —, vale oro, chico —le responde Érika—. Estás muy calladita tú, ¿no?

—Prefiero ver los toros desde la barrera —le digo antes de que la tome conmigo.

—Vaya vaya, ¿has pasado mala noche? —me pregunta Alma.

—No —susurro—. Tengo que contaros algo que pasó el fin de semana pasado.

—¿Y has esperado hasta ahora porque...? —pregunta Érika.

—Porque Alma el fin de semana pasado estaba en Valencia, prefería que estuviéramos todas juntas para hablarlo.

Conforme termino de pronunciar la frase, seis ojos se clavan fijamente en mí.

—Todos —puntualiza Jaime—. Me encanta un chisme. Somos todo oídos —me apremia Jaime.

—Eres un marujo, ¿te lo he dicho alguna vez? —comento con fingido enfado.

—Alguna —responde haciéndose el indiferente—. Venga, al lío, que no tenemos toda la mañana.

—Pídenos algo de beber y unos bocadillos y luego te lo cuento. Primero quiero saber qué sucede hoy que tenemos tanta prisa.

Jaime asiente, se levanta y se dirige a la barra. Hoy no está Alberto.

—¿Y bien? —pregunto mirando a Alma.

—Eso —me apoya Érika.

—Hace unos meses —comienza—, le envié a Jaime una foto por WhatsApp tuya.

—¿Mía?

—No pienses mal y déjame terminar. Le envié esa foto en la que estabas en la Plaza de Candelaria con los Guanches<sup>14</sup> de fondo, ¿la recuerdas?

—Sí. Sigue.

—Le gustó mucho la foto y comenzó a buscar información. Me dijo que cuando viniera a Tenerife, por aquel entonces soñábamos con que fuera posible, iríamos. Y hoy es el día de ir.

—Tanto no le habrá gustado si lleva un mes aquí y no habéis ido — responde Érika guasona—. Seguro que Mar salía como un culo.

—No empieces, Érika, que terminamos mal.

—Mujer, no hay quien bromea contigo. ¿Cuánto llevas sin follar? Porque vaya humor te gastas, Mar.

—Pues no tanto.

Ambas me miran con cara de sorpresa y yo me río en sus caras.

—¡Jódete! —exclamo mirando directamente a Érika, que es quien ha lanzado el dardo.

—Ya, eso me pasa por chulita.

—De follar hablamos luego —corta Alma.

—Eso es porque tú estás servida también —dice Érika mientras hace un enorme puchero.

Jaime llega en ese momento con dos bebidas más.

—Traigo café con leche, los bocadillos nos los alcanzan cuando estén listos. Terminad primero con los chocolates —nos pide señalando las tazas que acaba de traer y aún no hemos probado.

—Les acabo de decir a dónde vamos, príncipe.

—No empecemos con pasteles, tengo el cupo lleno, os lo aviso. —Érika se mete dos dedos en la boca, como si fuera a provocarse el vómito con ellos.

—Vale, ahora que estoy aquí puedes contarnos esas novedades, que entiendo que son del fin de semana pasado —me apremia Jaime.

—Vino Gerard a casa, el viernes. —Decido ser directa.

—¿Perdonaaa? —pregunta Érika un poco más alto de lo normal.

—Tal cual. Yo me fui a casa después del programa y parece, según me dijo él, que entró detrás de mí.

—Mar, cariño, ¿y tú no miras cuando entras?

—Desde el sábado pasado sí. Pero esa noche no. —Agacho la cabeza a modo de disculpa—. Estaba sumida en mis pensamientos, abrí la puerta, quité las llaves y como se cierra sola, pues continué mi camino y Gerard aprovechó para entrar. Una vez en casa me escribió y empezamos a firmar la paz.

—Ajá, la paz, ¿no? —dice Jaime.

—La paz, sí. —Le saco la lengua—. Me dijo que si le dejaba entrar y...

—Las patas te llegaron al culo para abrirle la puerta —finaliza Érika.

—Yo lo habría dicho mucho más suave —le respondo.

—Seguro, pero el fondo es el mismo. Si es que ese hombre te pierde. ¿Y a quién no? »Cuando te canses le das mi teléfono, que yo también necesito un buen meneo, porque los polvos que has tenido han sido con él, ¿o me equivoco?

—Eres una *japuta*.

—Esa palabra es mía. Y sí, lo soy, nada nuevo, perra sata.

—Déjala terminar, Érika, por Dios, que me tiene en ascuas —interviene Alma.

Érika se lleva la mano a la boca y de izquierda a derecha, hace el gesto de cerrarla con una cremallera.

—Pues entró, me hizo la cena, cocina superbién, todo hay que decirlo, y estuvimos hablando. Le conté lo de Ricardo —ya está, he soltado la bomba.

—¿Que le contaste qué?! —exclama Alma.

—¿Quién es Ricardo? —pregunta Jaime.

—Ricardo es mi exmarido.

—El Fecundador —añade Érika.

Le hago un breve resumen a Jaime de mi vida de casada y de mi divorcio para que esté al tanto, no de manera tan profunda como hice con Gerard, pero creo que él, que ahora es de la familia, también debe saber un poco mi historia.

—Espero que tu exmarido haya tenido su castigo.

—¿Sinceramente? Ni lo sé, ni me importa —puntualizo.

—¿Y qué te dijo? —pregunta Alma.

—Pues nada, se quedó flipando me imagino. Me dijo que hay personas que vale la pena conocer y una cantidad de adjetivos preciosos de mí que no voy a enumerar, pero que me encantaron. —Una amplia sonrisa se dibuja en mi cara.

—Ese hombre se muere por tus huesos, Mar —me dice Alma.

—Ese hombre tiene pareja —gruño yo.

Jaime me mira intensamente y luego posa sus ojos sobre Alma, se sonríen y se besan. ¡Qué bonito, por favor!

—No todo lo posible, es posible y no todo lo imposible, es imposible —

añade Jaime, una vez vuelve a centrar su atención en mí.

—Vale. Muy bonita frase y a vosotros os salió bien, pero yo he puesto punto y final a esto que no me lleva a ningún sitio y ahora me voy a centrar en conocer a Andrés. Y hablando de Andrés, le voy a mandar un WhatsApp para proponerle una cena el próximo sábado. Como dice Gerard, hay personas que vale la pena conocer.

—Engañaate todo lo que quieras, sal y conoce a Andrés, pero siento ser yo la que te diga que tú a quien quieres conocer es a Gerard. Y para muestra, un botón. Tú no le cuentas a nadie tu pasado. No tengo más argumentos.

¡Joder con Érika y su faceta de abogada!, es que a veces da en el clavo.

—Pero no puede ser. Me tengo que mantener firme en esto.

—A ver cuánto te dura —agrega Alma.

¡La otra!

—¿Y qué te hizo de cena? —pregunta Jaime.

—¡Colega!, ¡todo quieres saberlo! —exclamo yo—, me hizo pasta con un salteado de verduras que estaba para chuparse los dedos.

—Más o menos como él, ¿no?

—Érika, ni te lo voy a prestar, ni te voy a contar nada más que lo estrictamente necesario, eres incansable, chica —finalizo riéndome.

—Amén —dice Alma.

—Amén —añade Érika.

—Amén —se burla Jaime.

—¡Y jode con el amén!

Terminamos de desayunar y nos dirigimos hacia el municipio de Candelaria.

—¿Preparado para tu clase de historia de hoy, Jaime?

—Preparado, princesa.

Nos encontramos en la plaza, frente a la basílica. Situados al pie del mar, se encuentran alzados los Menceyes, con ese nombre se designa a cada uno de los jefes o reyes de las demarcaciones territoriales que antaño tenía Tenerife. Antes de enfrentarnos a los castellanos.

—Nueve son los Menceyes, príncipe.

—¿Sabéis la historia de ellos? —pregunta curioso.

—Un poco —contesta Alma.

Comenzamos el recorrido por el paseo.

—En 1494, año en el que Alonso Fernández de Lugo comienza la

conquista de Tenerife, la isla estaba dividida en nueve reinos gobernados por Menceyes —comienza a contarle Alma—. Los Menceyes eran la máxima autoridad civil, religiosa y militar en la región en la que gobernaban.

—Se cuenta que el Gran Mencey Tinerfe el Grande tuvo nueve hijos legítimos y uno ilegítimo, que posteriormente se revelaron y dividieron la isla en nueve menceyatos —añade Érika.

—Este es Acaymo, Mencey de Tacoronte, era el gobernante de los actuales municipios de Tacoronte, La Matanza y El Sauzal. Este es Adjona —comenta Alma situándose a su altura—. Este gobernaba la extensa región de Abona, que se sitúa al sur de la Isla. Comprende los municipios de Fasnia, Arico, Granadilla de Abona, San Miguel y Vilaflor. Adjona pactó con Fernández de Lugo en su primer desembarco. Añaterve es el tercer Mencey, y el primero en pactar con los conquistadores. Su gobierno estaba formado por los municipios de El Rosario, Candelaria, Arafo y Güímar, así como parte de Santa Cruz y La Laguna. Bencomo, este —dice señalándolo—, lideró una gran batalla en el norte de la Isla contra los castellanos, su reinado estaba compuesto por los municipios de La Victoria de Acentejo, Santa Úrsula, Puerto de la Cruz, Los Realejos y San Juan de la Rambla. Beneharo, es el Mencey de Anaga, sus tierras ocupaban gran parte del macizo de Anaga y se mantuvo neutral en la batalla. Pelicar, el Mencey de Icod cuyos territorios ocupaban La Guancha, Icod de los Vinos y El Tanque, además de parte de Garachico. Pelinor, el Mencey de Adeje, pactó con Fernández de Lugo y luego fue recompensado por este con terrenos en Masca y Santiago del Teide. Romen, Mencey de Daute, ocupaba los términos municipales de Buenavista del Norte, Los Silos y parte de Garachico. Romen sí se enfrentó a los invasores durante la conquista. Y el último es Tegueste, Mencey de Tegueste y gran parte de La Laguna, oponiéndose también a la invasión y entrando en guerra por tal motivo.

—Para saber solo un poco me has dado muchísimos detalles.

—Reconozco que he estado estudiando un poco antes de venir — responde la susodicha antes de darle un tierno beso a Jaime.

—Tenéis vosotras una gran historia detrás. No pensé que fuera para tanto. El día que vi la foto en la que aparecías —me dice Jaime concentrando su atención en las esculturas—, me llamó mucho la atención el tamaño que tienen y la posición en la que se encuentran, el mar de fondo, y supe que quería conocer este lugar. Pero sinceramente, jamás pensé que pudiera

resultar tan fascinante lo que conllevan estas esculturas.

—Hemos sido un pueblo valiente, también traidor, porque como ves, no todos defendieron las tierras, pero muchos lucharon por ellas e incluso perdieron la vida. Si te portas bien, algún día te llevaremos a comer a los pueblos de La Matanza y de La Victoria y te contaremos las batallas que se desarrollaron allí. En esos lugares fue donde más sangre se derramó y donde muchos castellanos perdieron la vida —narra Érika entusiasmada.

—Me gustaría. Alma, si tenemos otro hijo lo llamaremos Romen, el nombre me ha hipnotizado. Además, ha sido un luchador.

—Deja, deja, que yo con Candela estoy resuelta.

—Yo quiero más hijos —rebate Jaime.

—Yo quiero jugar a hacerlos —le contesta Alma melosa.

—¿Otra vez? —intervengo yo, que hasta ahora me he mantenido en un segundo plano, escuchando embobada la historia.

—¿No ves que no pueden evitarlo? —me pregunta Érika—, son unos verdaderos pasteles de tíos.

Sonreímos y dejamos a la pareja atrás comiéndose a besos, mientras emprendemos el camino de regreso por el paseo.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —comienza a exclamar Érika mientras me sujeta de la mano y la mueve enérgicamente.

—¡Me vas a arrancar la mano, Érika! ¿Qué pasa?

Tarda un poco en contestarme mientras sigue clavada en el suelo como una estatua.

—¿Ves a ese de ahí?

—¿Quién? —pregunto mientras comienzo a mirar a ver qué la tiene tan en tensión.

—¡A ese, joder! —exclama fuera de sí.

Me doy la vuelta, la sujeto por la cabeza y centro toda su atención en mí.

—Érika, cielo, tú sabes a quién te refieres y es evidente que es alguien a quien no conozco porque no me suena ninguna cara, pero, nena, yo no tengo ni la más remota idea de quién dices.

—¿Qué pasa? —preguntan Jaime y Alma cuando llegan a nuestra altura.

—¿Os habéis comido los morros suficiente? —escupe Érika.

—Nunca es suficiente —contesta Alma depositando un nuevo beso en los labios de Jaime.

Érika vuelve a agriar el gesto.

—¿Veis a aquel rubio de allí? —pregunta atacada.

—¿Al que tiene el teléfono en las manos? —dudo yo.

—Ese —responde.

Y como por arte de magia, el rubio alza la mirada y nos enfoca a los cuatro, que estamos plantados cerca de donde se encuentra, todos observándolo detenidamente.

—¿Crees que nos ha visto? ¿Crees que será posible huir? —comienza a decir Érika de nuevo.

—Vale, Érika, ¡céntrate! —le digo volviendo a coger su cara entre mis manos—, y explícanos quién es.

—¡Ese es el Carachancla! ¿Lo entiendes?

—¡El juez! —exclama Alma.

—Sí, ¡joder! *Mecagüentodo*.

—¿Y has esperado hasta hora para decirnos lo bueno que está? —curioseo yo.

—¿Podrías centrarte tú ahora y dejar de babear, Mar, cariño?

—¿Pero tú lo has visto bien?

—No es para tanto —interviene Jaime.

—Príncipe, tú estás muy bueno, pero ese juez de ahí, está cañón también.

—Todo tuyo, me piro vampiro. —Érika hace por darse la vuelta, pero la sujeto por el brazo para que no se pueda escabullir, cual gato.

—No, no, no. No te vas a ningún lado, nos ha visto, saludaremos y nos iremos.

—Que, ¿qué? ¿Estás loca? ¿Seguro que el bocadillo que te acabas de comer no era alucinógeno, Mar?

—Vaya, vaya, vaya, pero si es Érika Manrique.

En medio de nuestra discusión, el susodicho se ha acercado a nosotros.

—Mierda —susurra Érika bajito mirándome—, esto es por tu culpa, Mar. ¡Que te jodan Carachancla! —exclama ahora dirigiéndose a él.

—Érika —intercedo yo para que la cosa no empeore.

—¿Qué me has llamado? —pregunta él, sorprendido.

—Carachancla. Ahora no estamos en el juzgado y tampoco estamos en la oficina, así que te diré lo que me salga de ahí —dice señalando hacia lo que es básicamente la región que está debajo del ombligo.

—Vaya, ¡qué modales, revoltosa! Eres una fiera.

Jaime, Alma y yo hemos pasado a ser espectadores. No sabe este dónde se

mete.

—Yo que tú no entraría en más provocaciones —me apresuro a decir.

—Tranquila, rubita, que la revoltosa y yo nos conocemos.

—¿Qué me has llamado? —Será...

—No sé tu nombre, así que te he llamado rubita. Discúlpame.

—Me llamo Mar, Mar Villareal, y preferiría que me llamaras así.

—Max de la Rosa. —Extiende su mano e intercambiamos el saludo.

Hace lo mismo con Alma y Jaime.

—Felicidades —le dice a Alma señalando su prominente barriga mientras esta sigue en *shock*.

—Gracias —contesta Jaime por ella.

—Así que tú eres el famoso juez —suelto yo.

Max alza la ceja, curioso por lo que le acabo de confesar.

—¡Anda! Pero si la revoltosa me ha nombrado.

—No me toques la *pepitilla*, Max, ya sabes cómo me las gasto.

—¿La *pepitilla*? Tienes una boquita que te pierde.

—Más quisieras saber tú la boquita que tengo.

—Más quisieras tú que yo quisiera saberlo —replica resuelto.

Madre mía, madre mía, son tal para cual. Veo una figura tras él y a mí se me corta el aire.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—Max, te estaba escribiendo y no me respondías.

El tercero en discordia.

Érika me mira en *shock*, y Alma y Jaime están igual de ojipláticos que yo.

—Gerard —susurro.

Su cara al verme también refleja sorpresa.

—Mar...

—¿Os conocéis? —pregunto señalando a ambos.

—Max y yo somos amigos desde hace taños. ¿Y vosotros?

—El Carachancla trabaja en mi edificio y asiste a muchos juicios a los que voy. Me jode la vida, para ser más específicos.

—¿Eres abogada? —cuestiona Gerard.

—Sí, ¿por qué? ¿Necesitas un abogado?

—Gerard, si necesitas un abogado, ya sabes, el que tengo aquí colgado.

—Se carcajea Max.

—Cámbate la peluca.

—¿Otra vez con esa expresión, revoltosa?

—¿Te han mandado alguna vez a tomar por el culo?

—Érika..., frena —le dice Alma.

—Sí, es mejor que nos vayamos.

—No os vayáis —ruega Gerard, que me mira directamente a mí.

—Estamos de ruta hoy, hemos venido de visita y ahora vamos a almorzar.

—¿Podemos almorzar todos juntos? —continúa insistiendo.

—¿Viene él? —Érika señala a Max.

El susodicho asiente con la cabeza y nos deja ver una sonrisa maléfica.

*Rompecuellos* dos al canto.

—Paso, que se me indigesta la comida. Gerard, tu querido amigo y yo no nos llevamos bien.

—¿En serio, Érika? Me has roto el corazón, con lo que yo te quiero — responde el *rompecuellos*.

—Que te den por el culo. Van dos.

—No me lo tomaré a pecho, esta vez te lo dejaré pasar.

Nos despedimos amablemente, Max y Érika ni lo intentan, pero él se acerca a su oído y le dice algo antes de irse con Gerard.

—¿Qué te ha dicho?

—Mejor no quieras saberlo, Mar.

—Sí, la verdad es que sí quiero saberlo.

—Mejor no...

Decidimos continuar nuestro día e ir a almorzar a algún sitio típico, de esos a los que Jaime ya le está cogiendo el gusto. Alma nos pone al día de lo bien que se lo ha pasado en Valencia y de la gran acogida que ha tenido por parte de la familia de Jaime. Era de esperar, Alma siempre se hace querer. La familia de Jaime la ha recibido con los brazos abiertos, como si formara parte de ella desde hace mucho tiempo. Están encantados con la idea de ser abuelos y nosotras con la de ser tías.

Lunes de nuevo y volvemos a retomar la semana.

—Buenos días, Mar —me saluda Dilaila cuando entra en mi despacho—. Hemos recibido varias cartas y unos correos, pero me gustaría que leyeras esta. —Y me hace entrega de una carta con flores en los bordes y en cuya firma hay unos labios con carmín.

—Muy personalizada, sin duda.

Me centro en la lectura y una vez termino, veo a Dilaila que me observa

atentamente.

—Sin duda alguna, has elegido bien para esta semana.

—Nos viene bien después de lo de la semana pasada, un cambio de aires, abrimos otra faceta.

—Pongámonos manos a la obra, pues —la animo.

Dejo a Dilaila trabajando mientras me dirijo a la cafetería a por algo para tomar las dos. Pido en la barra dos cafés con leche para llevar y observo la sala. Veo a Óscar reunido con Gerard al fondo. No me ha visto, está atendiendo a lo que quiera que le esté diciendo Óscar. Nota mental, hablar con Óscar sobre lo de hace días con Gerard.

—Deberías dejar de comerte con los ojos a Gerard, ¿acaso nadie te enseñó que desear lo ajeno es pecado?

Me giro hacia el lugar desde donde proviene esa voz tan chirriante y me encuentro con la mirada de odio de Marzizorra.

—Por supuesto que me lo han enseñado. Tengo mucha, muchísima educación. Solo observaba.

—No es lo que reflejan tus ojos —contesta prepotente.

—Vaya, resulta que además de periodista, ahora eres bruja. ¿Has aparcado la escoba en el *parking* o te dejan subirla hasta aquí? —El sarcasmo que desprenden mis palabras no pasa desapercibido para ella.

—No me toques las narices, zorra, deja en paz a Gerard, deja de buscarlo, es mío, ¿entiendes?

—¿Y él qué opina de eso de ser tuyo?

No sé de dónde estoy sacando estas agallas, pero me está tocando la moral a base de bien.

—Está tan enamorado de mí como yo de él, ¿no te das cuenta de cómo me mira?

Me giro de nuevo y clavo una vez más mi mirada en la mesa que comparte con Óscar. Veo que se ha percatado de mi presencia y de quién me acompaña. Se levanta y se abotona la chaqueta, que le queda de muerte, cada vez que lo veo con ese traje gris marengo y esa corbata roja se me calcinan las bragas. «¡Mar! Deja de tener pensamientos obscenos, dijiste que ibas a parar». «Sí, sí, ya se lo que dije». Vuelvo la vista al frente y saco el monedero para pagar ambas bebidas que ya me han traído.

—Marzia, ¿qué haces aquí?

—He venido a buscarte, cariño, quería saber si almorzábamos juntos hoy.

Mi padre llega esta semana de Italia y hay unos planes que quiere comentarte sobre nuestro futuro...

La muy perra lo deja en el aire, sabe que lo estoy escuchando todo, encima se me cae el monedero al suelo. Gerard se agacha a la misma vez que yo, coloca su mano sobre la mía, e intenta que parezca un encuentro fortuito, pero ambos sabemos que no lo es. Me levanto apresurada y para colmo de males me doy un golpe en la cabeza contra la barra.

—¿Estás bien? —me pregunta poniendo su mano en mi cabeza.

—Sí, gracias.

¡Qué suerte la mía!

—Ya pago yo, Mar.

—No, gracias. —Y ese estado de ánimo vuelve a tomar el control sobre mí y me pone de mala leche.

«Son celos, Mar, reconocerlo es el primer paso», me dice mi voz interna. Perra, tú también.

—Cenamos este fin de semana con él, cariño, no te olvides. Se acerca a darle un beso, pero Gerard retira la cara y Marzia posa sus labios sobre la comisura de los mismos.

Yo dejo unas monedas encima de la barra y no espero la vuelta, me voy directa a mi despacho.

Al cabo de un rato, me llega un sobre interno. Veo que Dilaila no está, así que lo abro y veo las monedas que dejé en la cafetería y una nota.

*Piccola bionda*, te espero este viernes, después de *El Manual...*, en esta dirección.

G.

Efectivamente hay una dirección en ella, y la leo. Hago una bola con la nota y la tiro a la basura. ¿Pero qué se ha creído?

Saco mi teléfono y me conecto al WhatsApp.

Mar:

¿Te apetece cenar conmigo este sábado?

Pulso enviar y vuelvo a centrarme en mi trabajo.

Dilaila entra con varios papeles en la mano.

—He llamado a Emi. Un amor. Este jueves quedamos para conocernos y ultimar detalles.

—Perfecto —gruño.

Suena mi teléfono e inmediatamente lo miro.

Andrés:

Perfecto. Déjame tu dirección y te recojo.

Yo me encargo de hacer la reserva.

Algo tendré que hacer para avanzar, ¿no?

He quedado con las chicas esta tarde en el Au Revoir, como todos los jueves. Llego la última y mi comando ya está sentado esperándome.

—¿Habéis pedido?

—Aún no —contesta Alma—, estábamos esperándote.

—Le he escrito un WhatsApp hoy a Andrés. Hemos quedado el sábado para cenar —suelto de sopetón.

Me miran intentando descifrar mi estado de ánimo.

—Pues muy bien, pero yo sigo diciendo que puedes intentar lo que quieras, pero a ti te brincan los ojos, y lo que no son los ojos por Gerard —vuelve a la carga Érika.

—Vale, me puede brincar lo que quieras, pero tengo que seguir adelante.

—¿Qué pasó con el famoso juez? —pregunta Alma—. Mar, tu haz lo que te nazca, yo te apoyo, ¡di que sí!

—Pues el lunes nos encontramos, nos hicimos un par de putadas y poco más. La cosa sigue en fase «te cojo y te rajo». Estoy pensando pedir un par de favores, y enviarle a los rumanos de verdad, me tiene hasta el moño, el tío este.

—Tú y tus rumanos, mejor no sepamos cómo conoces tú a unos rumanos y esa clase de favores que les quieres pedir —me burlo.

—Sexuales no, ¡ehh!, que falta tengo, pero no hay que pasarse.

—Yo me encontré este lunes con Marzia en la cafetería, me pilló observando a Gerard y se puso chula conmigo. Me dijo, básicamente, que no mirara lo ajeno.

—¿Y por qué no has dicho nada hasta ahora? —me cuestiona Érika—. Hablamos por WhatsApp constantemente ¿y esto te lo callas?

—No me apetecía mucho hablar del tema, me dejó un poco tocada, me mosqueé bastante.

—Vale. Asúmelo, nena, no es malo enamorarse de alguien —sentencia Alma.

—Malo no es, yo lo sé. Tampoco creo que sea amor, es simplemente que me gusta, me atrae y despierta cosas en mí. No le pongamos nombre, ¿vale? Es mejor así.

—Vale, no le pongamos nombre, pero al final, con él o sin él, el significado es el mismo, engáñate todo lo que quieras —finaliza Érika.

—¿Habéis hecho un complot en mi contra o qué?

—No. Pero las cosas desde fuera se ven de otra manera, digamos... que tenemos más perspectiva —continúa Alma.

—La madre que os parió a las dos.

Pasamos la tarde, juntas, y terminamos cenando en casa de Alma y Jaime. ¡A hacer paellas no hay quien le gane!

Viernes, siete de la tarde y yo de nuevo con ese aleteo de nervios que me corre por la sangre. En media hora comienza el programa y estamos listas. Todo está perfectamente tejido.

Entramos en el estudio y nos sentamos, cada uno en su lugar. Lllaman a la puerta y es Gerard quien aparece tras ella. «¿Has estado ocupado toda la semana?», me pregunto en silencio.

—Buena suerte esta noche. —Me guiña un ojo antes de salir y se coloca al otro lado, estoy segura.

—Está todo listo. Comenzamos cuando la luz roja se encienda. Naturalidad, ¿vale?

Asiente y yo comienzo cuando veo la luz.

—Buenas noches, queridos oyentes, una semana más en antena para hacerlos vivir experiencias tan buenas e intensas como las de las anteriores semanas. Quiero agradecerles la cantidad de felicitaciones que hemos recibido y, por supuesto, no olvidarnos de dar las gracias a todos los que nos enviáis vuestras cartas, puesto que, sin ustedes, este programa no sería posible. Hoy os traigo una historia totalmente distinta, además de un tema muy actual. Emi quiere compartir su historia con nosotros y creo que lo mejor es que leamos su carta.

Querida Mar:

Te escribo desde mi cama, me acompaña mi pareja, que tiene el mismo desparpajo que yo. Nos conocimos hace unos años en un local de ambiente gay de la capital, se llama Menos y Más. Estaba muy de moda, ahora seguro que es un fracaso, ¡¡como ya no vamos nosotros, que somos los gais más buenorros del lugar...!! Nada más conocernos nos enganchamos, y debo decir que no solo me atrajo su rabo, que no puedes hacerte una idea de cómo es, pero dejemos esos temas de lado, ¡maricón! El caso es que nos atrajimos y después de estar todo el día dale que te pego, tuvimos nuestras conversaciones, ¡ay, chocho! Es que encima era tan bueno y tan inteligente que a mí me enamoró perdidamente. La parte divertida es esa. La difícil es que él tenía una vida y que mostrarse tal cual era en público, no resultaba fácil. Estuvimos mucho tiempo ocultándonos, chocho, yo queriendo lucir maromo y él queriendo quedarse en casa. Yo estaba muy enamorado de él y, aunque Rodri no me lo dijera, estaba seguro de que era mutuo, si es que no hay más que verme, chocho, soy un yogurcín. Hablamos

muchísimo del tema, pero no había manera de que quisiera dar el paso. Fíjate mi desesperación que lo intenté justo antes de que eyaculara, por eso que dicen de que antes de ese momento te conceden hasta el cielo, pero ni con esas, y encima se nos cortó el rollo.

Me cansé porque yo le quería, pero perdía el tiempo con alguien que no se sentía a gusto con su condición sexual y así fue como nos separamos. Hicimos nuestras vidas durante mucho tiempo. Yo empecé a salir con gente nueva, pero siempre coincidíamos en el local, era vernos y no poder dejar de tocarnos con la mirada. Pero tenía claro que no iba a alimentar un sinsentido. Así que no volvió a pasar nada entre nosotros. Aunque no lo creáis, no podía apartarlo de mi mente, ocupaba mis espacios y mis noches, porque digan lo que digan, chocho, cuando tu corazón elige no hay vuelta atrás.

Un día, para mi sorpresa, recibí una carta en el buzón, sin remitente, empecé a dar saltos y a dar grititos al abrirla y ver de quién era, la señora Concha, la vieja del tercero, me miraba con mala cara, no sé si porque parecía una loca o porque había bajado al buzón con mi pijama de conejitos, más mono que es, por cierto, te lo recomiendo, los venden en Women'secret, a mí me queda un poco corto de altura, pero no pasa nada, antes muerta que sencilla. En fin, que me lío y no te cuento. Abrí la carta y era Rodri quien se dirigía a mí, me invitaba a cenar el siguiente sábado ¡en un sitio público, chocho! A la chismosa de Concha le habré roto el audífono con el grito que pegué cuando terminé de leer la carta, pero me daba igual, yo estaba que no cabía en mí. Por supuesto que fui, el resto debes averiguarlo y llamarme, ¿no creerás que te lo voy a contar todo, ¿verdad?

Un besín.

Emi.

Termino de leer la carta y veo a mi lado sentado a Emi con esa camiseta con flecos, unos pantalones rotos rojos y sus cejas mejor depiladas que las mías, cogido de la mano de su pareja, Rodri, que es todo lo opuesto a él en cuanto a gustos de moda se refiere, probablemente sentiríais lo mismo que yo, ternura. La ternura más sincera del mundo. Estoy convencida.

—¿Chocho? —pregunto risueña—. ¿En serio que usas esa palabra?

—Es un término cariñoso —me responde sonriendo.

—Los oyentes no lo saben, pero Emi está aquí con Rodri, son los protagonistas del manual de esta noche. No lo cuentas en la carta, pero parece que terminó bien, ¿podrías terminar la historia?

—Pues como ha dicho Emi —toma la palabra Rodri—, lo invité a cenar al siguiente sábado. Para mí era todo un reto porque yo no era consciente de cómo afrontar las cosas. Me debatía en una lucha interna entre lo que me decía la razón y lo que me dictaba el corazón.

Yo levanto la cabeza y observo el cristal que hay en el estudio, a sabiendas de quién se encuentra allí. Malditas señales.

—Era evidente, y lo es —dice mientras aprieta la mano de Emi y la acerca a su boca para darle un tierno beso—, que estaba enamorado de él. Los sentimientos eran recíprocos, pero el miedo hace tambalear todo. El miedo a ser juzgado, el miedo a no encajar, el miedo a decepcionar...

—El miedo nos hace débiles, chocho —interviene Emi.

—Puse de mi parte —prosigue Rodri—, para que realmente valiera la pena. »Probablemente si os quedáis con la primera impresión, un error muy común y muy humano a su vez, veríais que Emi es lo que se llama «una loca». El típico gay que es más chica que chico, pero nada más lejos de la realidad. Puede que la fachada muestre una imagen que no es la correcta.

—Muchas veces —toma la palabra Emi—, las personas nos escondemos tras una fachada, unas de chico malo, otros llenos de tatuajes, otros de ejecutivos, otros de loca, como yo, pero hay que conocer a las personas para saber lo que esconden.

—Salimos a cenar y tuvimos la mejor velada que se podía esperar; estuvimos pendientes uno del otro y logré sentirme en paz conmigo mismo, como hacía tiempo que no me sentía.

—Te sentiste libre —matizo yo volviendo a fijar mi vista en el cristal.

—Exacto. Esa es la palabra. Me sentí libre. Nos fuimos a su casa donde seguimos la velada.

Emi hace un movimiento repetitivo de cejas y aplaude emocionado mientras el resto reímos con sus locuras.

—A la mañana siguiente, salí de allí con una decisión tomada. A partir de ese momento no dejaría que nadie tomara las riendas de mi vida.

—¿Qué hiciste para ello? —pregunto curiosa.

—Fui yo mismo, no hubo máscara, no hubo ningún disfraz. Hablé con mi familia, la cual, para mi sorpresa, ya lo sabía, solo esperaban a que yo me sintiera con fuerza de contarlo abiertamente. Soy ejecutivo, por lo que en la empresa en la que trabajo sí hubo algún que otro comentario despectivo que decidí no tener en cuenta y no dejar que me afectara, mis amigos me animaron a ser feliz y el resto, poco me importa. Ahora mismo somos felices y el día de mañana, estemos juntos o no, le agradeceré a Emi el gran regalo que me hizo: la libertad.

—¡Ay, maricón! ¿Entiendes por qué te quiero tanto? ¿Lo puedes entender tú, Mar?

—Lo puedo entender perfectamente. Sois un poco como el yin y el yang y os complementáis. Sois esa simbiosis perfecta.

—Sin duda, lo somos —afirman mientras se dan un beso delicado que me hace enternecer.

Continuamos la entrevista, ellos siguen narrando cómo fue su vida antes de conocerse y después. Sin duda, lograrán que los oyentes se prenden de

ellos como yo misma lo he hecho.

—Desde el primer día que se ha emitido el programa, me he despedido con una moraleja de la historia, y creo que, aunque no esté escrito en ningún guion, lo seguiré haciendo, porque me nace contaros lo que yo he percibido de este manual. Creo que los estereotipos son malos y dañinos, soy una firme defensora de que lo que hay que valorar es a la persona. Tener tu cuerpo lleno de piercing no te hace más adicto a ninguna sustancia, ni un amor entre dos personas del mismo sexo te hace menos merecedor del respeto del resto de personas. Hasta ahora, nos ha parecido que lo correcto es que el amor nazca entre un hombre y una mujer, porque es lo habitual simplemente, pero, en realidad, el amor es entre dos personas y dos corazones, sin diferencia ni género. Os invito a todos a que améis con el corazón, a que no sea la razón quien decida y a que el miedo no se interponga entre nada que os haga sentir felices. Y por encima de todo, no juzguéis, porque los juicios de valor son brechas que se instalan en la sociedad y eso nos hace involucionar. Buenas noches a todos, gracias por escucharnos y, sin duda, gracias a Emi y Rodri, porque a partir de hoy, todos seremos un poquito mejores.

Se apaga la luz roja que me indicaba que estábamos en el aire y yo caigo en brazos de estos dos hombres que me han hecho sentir tan bien y que me han enseñado tanto.

Me estoy dando cuenta de que este programa me está aportando más a mí que yo a él.

<sup>14</sup> Nombre común que hace referencia a los habitantes que vivían en las Islas Canarias antes del siglo XV.

# Capítulo 12

Gerard, tal y como hizo el viernes pasado, entra y me hace un gesto de cabeza, yo le respondo al gesto, pero sin darle mayor importancia.

Puede que espere a que me plante en esa dirección esta noche, pero no voy a hacerlo. Me voy a mantener firme en mi decisión.

Recibo varios WhatsApp de mi comando, de Jaime y para mi sorpresa de Andrés.

Andrés:

El programa ha sido increíble.

Toda una lección, la que habéis dado.

Pongo la llave en el contacto y lo activo, comienza a sonar «Acabo de llegar», de Fito y Fitipaldis y decido contestarle.

Mar:

Muchísimas gracias por escucharme.

Nos vemos mañana, ¿verdad?

Veo que está en línea.

Andrés:

¿Acaso lo dudas? Tengo muchísimas ganas.

Mar:

Lo pasaremos bien.

Andrés:

¡Contigo, seguro!

Mar:

Buenas noches, me voy a casa.

Andrés:

Buenas noches, preciosa.

Tengo ganas, pero no me aletea el estómago.

Mar:

¿Por qué tengo una cita mañana y no me apetece ir?

Pongo el coche en marcha y me dirijo a casa con Fito y Fitipaldis de fondo, he lanzado ese mensaje al comando y espero que ellas sean capaces de esclarecer mis dudas.

Llego a casa, esta vez con mucho cuidado de que nadie se cuele en mi portal sin yo darme cuenta, subo las escaleras y veo que en mi rellano no hay nadie, entro en casa y me tiro en el sofá, saco el teléfono y abro el comando.

Érika:

Porque está claro que a ti quien te tiene

loca es el hombretón con esa barba y esas canas que nos revientan las bragas a todas las mujeres.

Alma:  
Primero que nada, amén, Érika. Segundo, pensaba que estarías en su casa. ¿Se te ha olvidado la dirección?

Mar:  
No, me la sé de memoria, pero me tengo que mantener fuerte en esto.

Érika:  
A ver cuánto te dura.

Alma:  
Una semana te doy.

Mar:  
Me siento halagada de ver cómo confiáis en mí.

Alma:  
Lucha todo lo que quieras, yo lo hice ¿Te acuerdas? ¿Y cómo acabé?

Érika:  
Hasta las trancas y preñada.

Alma:  
¡¡Qué bestia eres!!

Érika:  
Bestia sí, pero es la verdad.

Mar:  
Punto uno: Érika tiene razón.  
Punto dos: Yo puedo parar esto.

Alma:  
Poder puedes, sí, pero ¿quieres?

Mar:  
Joder, Alma...  
No, no quiero, pero debo, ¿verdad?

Érika:  
Debes.

Alma:  
No sé.

Mar:  
Os quiero, monas peludas.

Érika:  
¡¡Os quiero, chicas!!

Alma:  
¡¡Os quiero!!

Decido que meterme en la cama es lo mejor y dormir. Antes, pongo el teléfono en modo avión, no vaya a sonar a las once de la mañana de nuevo.

Entro en ese pequeño mundo donde lo bueno, es más que bueno y Morfeo

me lleva a sus brazos.

Ante mí se abre una vista preciosa, el sol reluce y el mar brilla. Me encuentro tirada en la arena de esta playa, que reconozco a la perfección. Llevo un bikini de flores y no tengo zapatos. No hay nadie a mi alrededor, me encuentro sola, a pesar de que el sol brilla en lo alto del cielo y que el mar no emite más que un leve sonido, incitándome a entrar y sumergirme en sus profundidades. Decido posponer ese encuentro y saborear el calor que me proporciona tumbarme en la arena. Me recuesto y cierro los ojos. Estiro los brazos e incluso me estremezco con el contacto de la arena en mi piel. Noto de repente una sombra cubriéndome, por lo que decido abrir los ojos. No soy capaz de distinguir quién es. La figura corresponde a un cuerpo masculino, alto y ancho, pero el sol, que se encuentra situado tras esa figura, me impide focalizar y ver claramente de quién se trata.

No me incorporo, porque no me da tiempo, el espacio que ocupaba la silueta, es cubierto por el sol, ya que comienza a descender hasta situarse encima de mí.

Ahora sí que soy consciente de quién es el dueño la figura, y, sobre todo, su olor. Gerard aparece frente a mí, su cuerpo se ajusta a la perfección al mío. Une nuestras frentes y me besa apasionadamente. Nuestros labios entran en contacto y la explosión de ese beso no tiene comparación, no hay rayos de sol que se asemejen al calor que me proporciona y al estremecimiento que me provoca. Uno de sus brazos me recorre el muslo derecho, situándose en la parte trasera del mismo y elevándolo, para invitarme a que encierre su cuerpo con mi pierna. No rompemos el beso. Me contoneo ante su contacto lo que provoca que emita un suave gruñido que muere en mi garganta. Me arqueo de manera involuntaria mientras separa nuestras bocas para llevar sus labios a mi cuello.

—Te he echado tanto de menos —me susurra.

Yo no soy capaz de responder, comienza a besarme y hacerme palpitar, estoy en ese punto en el que la pasión me desboca y que ya no tiene retorno. Sujeta uno de mis pechos entre su mano y lo masajea, provocándome oleadas de placer con ese gesto. Su enorme erección juguetea con mi zona más sensible. Coloca sus labios sobre los míos y vuelve a besarme de manera abrasadora, sin dejar de moverse.

—No puedo más —susurro agitada.

—Eso es, *piccola bionda*, córrete. *Vieni per me*.

Y simplemente estallo. Me dejo llevar por una oleada de placer inigualable, extraordinaria, que hace que me eleve y que arrasa con todo mi ser.

Abro los ojos. Soy consciente de que era un sueño, pero para mí, ha sido muy real. Tan real como que he sufrido un orgasmo durmiendo.

Cojo mi teléfono y veo que no es tan tarde, son las nueve de la mañana. Quito el modo avión y entro en el comando.

Mar:

Chicas, ¿desayunamos juntas?

Me levanto y me voy a la ducha, me hace verdadera falta, después de lo que he vivido en esa cama. Me lavo el pelo a conciencia y me enjabono el cuerpo. Salgo, me pongo crema hidratante y me voy a la habitación. Sin complicarme la vida, elijo la ropa interior y un vaquero con una camiseta sencilla. Me siento de nuevo en la cama y me conecto al WhatsApp. Veo que las chicas han contestado.

Alma:

Venid a casa.

Érika:

Voy en un rato.

Mar:

Ya voy.

Salgo en dirección a casa de Alma, toco en la puerta al llegar y me abre Jaime con una amplia sonrisa en la cara.

—Borra esa sonrisa, no estoy de humor.

—Buenos días, Mar. Yo también he descansado, gracias —responde jocoso.

—No te pega el sarcasmo.

—Ni a ti el mal humor. Alma, ha llegado tu amiga, parece que está avinagrada hoy.

Paso al salón y me encuentro a Alma en pijama frente al televisor.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando la veo así.

—Cansada, esto ya va pesando.

—Lo estás haciendo bien.

—Tienes mala cara, o buena, no sé, ¿qué pasa?

En ese momento llega Jaime con Érika y se sientan frente a nosotras.

—¿Me he perdido algo? —se apresura a preguntar Érika.

—Tranquila, acabo de llegar.

—¿Todo bien? —dice mirando a Alma y Jaime alternativamente.

—Todo bien —contesta Alma.

—Vale. —Allá voy—. ¿Alguna vez os habéis corrido en sueños?

Jaime escupe parte del café que se estaba bebiendo y la otra parte se le va por el camino equivocado. Comienza a toser y Érika le da palmaditas en la espalda.

—Sin ensañarte, joder, Érika, que ya habíamos hecho las paces —se queja Jaime.

—Soy muy rencorosa —argumenta Érika sonriendo malvada.

—Continúa —me pide Jaime.

—Pues eso, ¿alguna vez os habéis corrido en sueños?

—Yo no —se apresura a decir Jaime.

—Yo sí —afirma Érika.

—Yo no sé... —comenta Alma—. ¿Puedes dar detalles? Es decir, ¿en qué contexto?

—Tuve un sueño erótico con Gerard.

—¡Ajáááá! ¿Con Gerard? ¿Y por qué no con Andrés? —cuestiona Érika.

—Pues porque fue con Gerard. Me corrí con un par de besos y un restregón. Así, sin más.

—Lo cual, da veracidad a nuestra teoría de que, a ti, quien te pone mala es el Panini, no el médico —vuelve a la carga Érika.

—Mierda, estoy jodida. Ya me corro hasta en sueños.

—¿Por qué no dejas que las cosas simplemente fluyan? —me pregunta Jaime.

—Es complicado —le contesto.

—Habla con él. Es lo mejor. Dale la oportunidad de que te explique y se posicione. No hacer juicios de valor, ¿recuerdas? —matiza Jaime.

—Alma, ¿por qué tenías que enamorarte de este marisabidillo?

—Porque es todo lo que siempre he buscado —afirma Alma levantándose y sentándose en sus rodillas—. Te quiero tanto, Jaime...

—Hora de ir a la cocina, Mar. Estos dos van a empezar a restregarse en un segundo —finaliza Érika.

Me voy de casa de Alma para prepararme para la cita que tengo esta noche con Andrés, Érika se ha quedado con ellos argumentando que no tiene nada mejor que hacer y en realidad, es que le gusta estar sola tan poco como a mí.

Entro en mi portal y me voy al buzón a recoger el correo. Comienzo a

subir las escaleras mientras voy observando todos y cada uno de los sobres que había: facturas, recibos, publicidad... Un sobre rojo llama mi atención, no tiene remitente. Me paro en el segundo piso porque la curiosidad me puede y lo abro.

Sé que sabes cuál es mi dirección, pero por si la has olvidado te la recuerdo. Te estuve esperando anoche, pero no me siento ofendido por el plantón. Puedes venir cuando quieras o cuando lo necesites.

Un beso.

G.

Debo confesar que su caligrafía me encanta, ¿qué no me encanta de este hombre?

Ha estado aquí, ¿habrá subido?

Me estuvo esperando... ¡Música para mis oídos, señores! En realidad, estuve planteándome ir, pero la cordura me pudo y me fui a casa y fue lo mejor, aunque por dentro me muera por caer en sus brazos.

Creo que mi *look* es perfecto para una primera cita, probablemente Alma diría que voy con dos zapatos izquierdos, pero la comodidad es mi prioridad. El único delito que no he cometido ha sido el de no ponerme tacones, por el resto voy divina. Vaqueros negros, camisa lencera negra, chaqueta vaquera y unas manoleínas negras sencillas. El toque de color lo pone mi *gloss* de labios rosa.

Suena mi portero y me apresuro a bajar, no me gusta hacer esperar a nadie, doña Rosaura me enseñó modales. Hablando de Rosaura..., tengo que llamarla.

Salgo a la calle y allí me espera Andrés, debo admitir que está muy atractivo, en realidad, creo que nunca lo he negado, simplemente..., no es Gerard.

—Sencilla a la par que elegante —pronuncio mientras me acerco.

—Perfecta, tal como tú eres.

Una amplia sonrisa se forma en mi rostro en respuesta a su cumplido.

—Gracias. Estás muy guapo —me sincero.

—Vas a hacer que me ponga rojo, preciosa.

—¿Dónde me vas a llevar? —pregunto cambiando el tema.

—Iremos a un sitio que está en el centro, la carne es exquisita y los embutidos también.

—No se hable más, estoy famélica.

—Espero que hayas comido hoy y no estuvieras reservándote para la cena —bromea.

—Por supuesto, otra cosa no, ahora, ¡comer me encanta!

—¡Y a mí! —sentencia.

Pone primera y se incorpora a la vía. Por los altavoces de su coche salen los acordes de «Cosas que suenan a», de Maldita Nerea

—¿Te gusta Maldita Nerea? —pregunto.

—Me gusta.

—A Érika le encanta.

—¿Y a ti qué te gusta, Mar?

—A mí me gusta Alejandro Sanz.

—Alejandro Sanz mola, pero Maldita Nerea mola más.

—Definitivamente a Érika le caerías bien.

—Algún día espero conocerla.

—Creo que sabes quién es. Cuando Alma se puso enferma, ambas estábamos en la habitación.

—¿Es la morena de pelo corto?

—La misma.

—Tiene cara de buena niña.

—Las apariencias engañan, sin duda.

—¿Por qué dices eso?

—Porque la susodicha se gasta una mala leche que no veas.

—Eso os pasa a todas las mujeres y aun no entiendo por qué. Ya que estás, ¿me podrías explicar por qué siempre a las mujeres cuando os pasa algo y os preguntamos siempre contestáis «nada»?

—Porque queremos que sepáis qué nos pasa, que estéis tan atentos como estamos nosotras de vosotros, los detalles marcan la diferencia, Andrés.

Coloca su mano en mi pierna con un gesto muy tierno, típico de esa confianza que hay entre amigos, pero yo me siento incómoda, aunque no haya nada más allá que ese afecto o ternura propia del momento, no puedo evitar sentir desagrado.

Continuamos el trayecto hablando, pero, por suerte para mí, vuelve a llevar su mano al volante o como mucho, a la palanca de cambios.

Llegamos a un local decorado con piedra por fuera. Tiene techos de teja, muy rústico todo. La decoración de dentro acompaña mucho al exterior, las mesas son de madera roble oscura, en las paredes hay más piedra y en el centro de la estancia un antiguo horno de pan muy bien conservado.

—Buenas noches, señores, ¿tienen reserva? —pregunta un camarero que

se ha acercado a nosotros mientras yo hacía un barrido de la sala.

—Buenas noches —respondo.

—Buenas noches. Tengo una reserva a nombre de Andrés Gutiérrez.

El amable camarero coge el enorme libro que tiene en la barra y comprueba que efectivamente es así. Alza la vista y asiente.

—Acompañenme, por favor —nos pide.

Comenzamos a andar tras él y yo sigo observando el espacio. Los suelos son de parqué oscuro, casi del mismo tono que las mesas. En las paredes hay colgadas varias piezas de hierro forjado: veo una hoz, una pala, una azada, un rastrillo, un almocafre..., todos dando sintonía al espacio.

—Es un sitio muy rústico, demasiado para estar en la capital, ¿no crees? Yo diría que es más propio del norte.

—¿Lo dices por las herramientas que cuelgan de las paredes?

Asiento sonriendo.

—No me gustaría estar en este sitio si a alguien se le ocurre volverse loco.

—Yo te protegería.

Me ruborizo y esa incomodidad vuelve a hacer acto de presencia.

—La carne es muy buena, por lo que deberíamos pedir algo, además de embutidos, el jamón ibérico y el queso aquí son espectaculares.

—Y caros...

—Te invito yo, de eso no debes preocuparte.

—No es por la invitación —sonríó nuevamente—, es porque es la realidad, ¡fíjate en los precios! —Señalo su carta.

—¡Estás un poco loquita! —me dice suavemente.

—Un poco solo.

Cuando regresa el camarero, pedimos un secreto ibérico para compartir, una ensalada y una tabla de esos maravillosos embutidos.

—¿De beber, señores?

—Agua, por favor —pide Andrés—. Si bebes no conduzcas —dice guiñándome un ojo.

—Lo mismo. Gracias —confirmando.

—Quería volver a felicitarte por el magnífico programa de anoche, fue realmente bueno. El del viernes anterior, no pude oírlo porque tuve guardia en urgencias, pero oí a varias compañeras que decían que había sido increíble y muy emotivo.

—La verdad es que salí ayer pensando que, sin lugar a dudas, este

programa me está aportando mucho más a mí que yo a él. Es increíble las historias que he conocido, que son pocas, pero estoy convencida de que las demás serán igual de fantásticas.

—Hablas con mucha pasión de tu trabajo.

Asiento nuevamente mientras le doy un sorbo a mi copa de agua.

—Es lo que tiene trabajar en lo que te apasiona. A ti te pasará igual, ¿verdad?

—Lo mío es muy diferente, pero sí, me apasiona mi trabajo, es de esos que, o te gustan o los odias, y yo, por suerte, lo adoro.

—Es difícil —añado.

—Como todo, cada trabajo tiene su aquel. Yo no valdría para lo que tú haces, no podría ser así de extrovertido y espontáneo, tampoco valdría para aconsejar con tanto ímpetu y entrega. Es admirable.

Tiene todo eso que me gusta en un hombre, pero no es Gerard, ¡joder!

Suena mi teléfono y lo saco del bolso, por si fuera algo importante.

Gerard:

¿Te gusta el sitio?

¿Qué? ¿En serio? No me lo puedo creer, si es que parece mentira, ¿tengo puesto un localizador o es que el destino es un verdadero sinvergüenza que juega con nosotros como si fuésemos peones en una simple partida de ajedrez?

Alzo la vista recorriendo el local, lo diviso en la barra apoyado, con una copa en su mano derecha, la remueve cadenciosamente mientras me observa. Levanta la mano y alza la copa, brindando desde la distancia.

—Mierda —pronuncio sin querer.

—¿Qué sucede? —pregunta Andrés curioso.

—Nada, he visto a alguien.

Se gira y mira en la misma dirección en la que yo miraba antes y se encuentra con la imponente figura de Gerard, que, sin duda, ocupa la estancia con solo su presencia.

—Vaya —dice sin evitar la contrariedad que le produce haberlo visto en este lugar—, parece que estamos predestinados a encontrárnoslo en cualquier sitio al que vamos, o más bien, en cualquier sitio en el que estás tú.

¿Predestinados? ¡Anda ya! ¿O sí?

—Casualidades —aseguro intentando convencerme a mí misma.

—¿Qué hay entre vosotros? —pregunta directo al grano.

—¿Perdona? ¿Qué? ¡Nada! —respondo apresurada.

—Tu forma de responder dice mucho de ti, Mar, quizás sea mejor que seamos sinceros.

Gerard camina hasta nuestra mesa y yo me muero de los nervios mientras lo veo acercarse.

—Buenas noches, señores. Señorita. —Hace un gesto muy caballeroso al inclinarse—. ¿Todo a vuestro gusto?

—¿Qué? —vuelvo a repetir, pero esta vez a él.

—Este local es mío. Tengo varios negocios en hostelería, como ya te he dicho... —Y el muy perro lo deja en el aire, para molestar a Andrés, estoy segura.

—Todo a nuestro gusto —responde Andrés de una manera muy correcta, más educado de lo que yo lo haría estando en su lugar.

—Sería mejor que nos dejaras a solas, para terminar la cena que acabamos de empezar.

—Por supuesto. —Sonríe cortés y a mí se me queman las bragas solo con verlo.— Disfrutad de la cena. —Y vuelve a hacer esa sutil reverencia antes de darse la vuelta y regresar a la barra.

Se me acaba de cerrar el estómago, incluso siento náuseas. No ha dejado de mirarme desde que lo he visto, incluyendo en la mesa, me observaba a mí y solo a mí, con esa mirada tan profunda e intensa.

—¿Hablamos claro? —pregunta Andrés serio.

—Necesito ir al baño —me apresuro a añadir.

Me levanto y me encuentro con un camarero que, amablemente me indica dónde está. Entro en el servicio y me apoyo en el lavamanos. Me echo agua en la nuca y me refresco las manos.

—Mierda, Mar, ¿qué coño te pasa? —susurro para mí misma.

—Te pasa que no puedes seguir huyendo de mí. Sabes que lo has intentado y que has luchado contra el deseo y la atracción que sientes por mí, pero es inevitable. Sobre el corazón no se manda, *piccola bionda*.

Hijo de fruta. Ni siquiera lo he oído entrar.

—¿Y qué hay de ti? —pregunto haciéndome la digna.

Puede que tenga razón y que sobre el corazón no se mande, pero no es justo que sea yo la que caiga rendida a sus pies, alimentando su ego, ya de por sí enorme, mientras él actúa como si nada.

—Yo siento la misma atracción que sientes tú. Somos dos imanes que

necesitan encontrarse y que se encuentran. ¿Acaso no te das cuenta de que el destino nos pone a prueba constantemente?

Me muerdo el labio en respuesta. Efectivamente sé que tiene razón.

—Cuando te des cuenta y lo asumas, sabes dónde encontrarme.

Se da la vuelta y comienza a andar en dirección a la puerta, sujeta el pomo y antes de abrir, se gira. Suelta el tirador y se apresura a recorrer la distancia que nos separa. Yo, a su vez, comienzo a dar pasos hacia atrás, sin perder el contacto de su mirada, hasta que choco contra la pared. Como un verdadero tsunami, su cuerpo impacta contra el mío y me empuja con más fuerza contra el mármol. Sus labios se apresuran a tomar los míos y simplemente me posee en un beso nada delicado, cargado de mucha pasión y mucho deseo, el mismo que siento por él y que parece que siente por mí.

—No podía irme sin probarte, sin saborearte. Te necesito cada maldita hora de cada maldito día y ni yo mismo entiendo el motivo.

Y con esas últimas palabras se da la vuelta y esta vez sí sale de la estancia, dejándome las piernas de gelatina y con ganas de más.

¡Dios! Cómo me gusta que me diga estas cosas, que me haga sentir deseada y que me dé indicios de que él está tan perdido como lo estoy yo. Porque la realidad es esa, que Gerard no sabe qué sucede, pero Mar Villareal no encuentra los motivos para luchar contra lo que siente, para no caer rendida en sus brazos y para enseñar a este corazón a no latir con fuerza cuando lo tengo cerca, a no extrañarlo cuando está lejos.

Vuelvo a echarme agua por el cuello y me retoco el maquillaje, que en este momento es inexistente debido a su asalto. ¡Mmmmm, bendito asalto, por favor!

Regreso a la mesa y observo que Gerard sigue en la barra observándome, haciendo girar su copa, más sexi que antes, si cabe.

—Andrés —decido comenzar a hablar y hacer frente a la situación—. Antes de nada, quiero pedirte disculpas por la situación. En realidad, yo venía convencida para conocerte y dejarme llevar.

—¿Venías? —pregunta—. Entiendo...

—Déjame terminar, por favor —le ruego.— Mi pasado ha sido un poco complicado en cuanto al amor se refiere. Estuve casada y me divorcié porque me sentí muy engañada. —No es necesario darle más detalles, no a él—. A raíz de ahí me cerré en banda y no he dado la oportunidad a nadie a que me conozca más allá de lo necesario o a que me conquiste. Las cosas aparecen

sin más —y formulo esta frase a sabiendas de que él lo entenderá a la perfección—. Quiero pedirte disculpas. Eres joven y encontrarás a alguien que te complemente y que te quiera por encima de todo...

—Me gustas —me corta—. Me gustas con todo lo que te rodea. Me gustas incluso sabiendo que él ha ido tras de ti al baño y que ha podido pasar cualquier cosa en ese espacio de tiempo. —Me pongo roja como un tomate, lo sé, lo noto—. Puedo esperar a que seas capaz de darme todo lo que necesito. La edad no me importa, no me importa tener unos años menos que tú, eso me da igual, son números, lo importante es lo que tenemos aquí. — Señala su corazón—. Eso es lo que quiero conocer.

—Sería muy egoísta por mi parte pedirte que me esperes, porque quizás no llegaré nunca. Podemos ser buenos amigos, conocidos, personas que comparten momentos divertidos, pero en cuanto a sentimientos... eso no puedo prometértelo porque sería injusta contigo y no quiero serlo. Quiero que seamos nobles y que la verdad marque nuestro camino.

—Yo te lo agradezco, pero esta es mi decisión, Mar, no la tuya, y yo decido esperarte.

Es un niño muy tierno y en realidad, le deseo lo mejor.

Agarro su mano y esbozo una sonrisa tierna.

—No me sonrías así —me suplica—, no sonrías como si fueras una amiga y esto fuera una despedida.

—Soy tu amiga —matizo, de la despedida no digo nada.

—Por ahora —contrataca.

—Gracias por todo, Andrés —digo obviando su último comentario.

—Cena conmigo —me pide.

—Necesito irme —le digo con el bolso en la mano.

—¿Con él? —Alzo la vista y lo veo con sus ojos fijos en nuestra mesa y en nuestros movimientos.

Niego con la cabeza.

—Sola.

—¿Te llevo?

Vuelvo a negar.

—Mejor que no.

Me pongo la chaqueta y me voy directa a la salida.

Paso por su lado. Paro justo en la puerta y me giro. Gerard me observa y Andrés me observa. Ninguno dice nada y yo no formulo palabra. Es lo mejor.

Debo seguir a mi corazón.

# Capítulo 13

Decido coger un taxi e ir a casa de mi madre. Con ella me siento mucho más segura, en momentos como este, momentos en los que tengo la cabeza apabullada de ideas y de sentimientos indescifrables, ella siempre tiene la clave. Cuando Alma y Érika me decían que no sería capaz de evitar lo inevitable, tenían razón. Y es por eso, por el simple hecho de evitar un tiempo más lo que está escrito en el libro de la vida, por lo que voy a casa de mi madre, a buscar refugio, consuelo y consejo.

Entro en el portal y subo directa a su casa, toco la puerta a pesar de que tengo llave, porque siempre lo hago, de la misma manera que ella lo hace conmigo. Observo el reloj y veo que no es muy tarde para estar acostada y no creo que haya salido, normalmente hablamos por teléfono y me cuenta esas cosas; sus planes.

Cojo la llave con cierto miedo a que algo haya pasado. Mi madre ya tiene una edad y a pesar de que le he dicho que puede venir a vivir conmigo, siempre se ha mantenido firme en querer conservar su espacio. Se agobia cuando estamos juntas demasiado tiempo, cuando yo ocupo su espacio y viceversa. En eso nos parecemos. Juntas, pero no revueltas.

Coloco la llave en la cerradura y giro, en seguida me doy cuenta de que no tiene la llave pasada, por lo que deberá estar en la ducha.

—¿Mamá? —pregunto mientras voy recorriendo el pasillo que lleva hasta su habitación—. ¿Mamá? —repito.

Entro en su habitación y oigo risas bajo la manta.

—¿Mamá?

—¿Mar?

Mi madre saca la cabeza de debajo de la manta y yo me quedo en *shock*, literalmente, cuando su novio, Agustín, saca la cabeza también.

—Mierda. —Me tapo los ojos rápidamente—. ¡No me lo puedo creer!

Me doy la vuelta para salir de la habitación con tan mala suerte que me golpeo la frente contra el quicio de la puerta.

—¡Auuuu! —salgo gritando de allí.

—¡Mar, espera! —grita mi madre tras de mí.

Debo salir de aquí pitando.

—¡Espera, cielo!

Me paro y la observo mientras se anuda el albornoz.

—No te esperaba y vino Agustín a verme y bueno... —Deja en el aire.

—No quiero detalles. Gracias. Después de esto tendré que lavarme los ojos con lejía. ¿No podías haber dejado puestas las llaves en la puerta para que esto no sucediera?

—Ni que tú no hicieras esas cosas, cielo.

—Hacerlas, las hago, pero tú eres mi madre y tienes setenta y ocho años, ¿estás intentando causarme los traumas que de niña me evitabas? —Me vuelvo a tapar con las manos los ojos, pero esa maldita imagen no se borra.

Rosaura se ríe por mi respuesta.

—Espero que no te rías de mí porque ya eso sería el colmo de los colmos, madre.

—Odio que me llames madre —replica.

—Pues no me des motivos para ello.

—Cielo, soy tu madre y tengo setenta y ocho años, pero mi vida es mía y me gusta tal cual está, me lo paso bien con Agustín. Cuando me muera...

—Basta, no quiero ni pensar en eso —zanjo.

—Cuando me muera —prosigue a pesar de mi negativa—, habré vivido al cien por cien y eso será lo que me quede.

—No digo que no tengas razón, la tienes, sin duda, pero ¡entiéndelo! Eres mi madre, me dan arcadas de pensarlo.

Mi madre vuelve a reírse y Agustín llega en ese momento.

—Perdona, Mar, no era mi intención incomodarte —se disculpa.

Se acerca para cogerme las manos, pero lo paro en seco.

—¡Ni se te ocurra! ¡A saber dónde las has tenido metidas! —me burlo.

Se da la vuelta y se dirige al baño mientras se ríe.

—Deja que te vea ese chichón —me pide mi madre—. Tiene pinta de que se te vaya a hinchar.

—Por tu gracia.

—Haber llamado antes, cielo.

—Tienes razón, mamá, pero sinceramente es que lo último que pensaba encontrarme era a mi madre revolcándose con su novio.

—Pues nos lo estábamos pasando muy bien.

—¡Mamááá! Sin detalles, chica. Me voy para mi casa.

—Si quieres, quédate y hablamos —me ofrece mi madre amablemente.

—No, gracias, continuad por donde lo habéis dejado.

—No lo dudes.

—¡Mamáááá!

—Por cierto, ¿a qué has venido?

—Hablamos en otro momento, ¿vale?

—Sí, mejor.

Le doy un beso a mi madre y saludo a Agustín que está en el pasillo con cara de circunstancias, para él ha sido tan incómodo como para mí. Mi madre es harina de otro costal.

Regreso a casa intentando borrar la imagen de mi madre. El chichón me duele bastante, tendré que ponerme alguna crema para los morados y hielo en grandes cantidades.

Me despierta de nuevo el sonido del teléfono, pero esta vez es mi madre la que llama al fijo de casa.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, cielo. ¿Has descansado? ¿Qué tal el chichón de la frente?

Llevo la mano a la cabeza y percibo el dolor. Me voy directa al espejo del baño.

—Aún me duele —me quejo—. Jolín, tengo un morado en la frente, mamá.

Mi madre se descojona al otro lado de la línea.

—Mira que gracia me hace a mí.

Me quedo en silencio y ella también.

—No noto que te rías —me dice.

—Puede ser porque no me hace gracia ninguna. Las ironías te cuesta pillarlas, ¿eh!

—Ya ves, no se puede tener todo en esta vida. La belleza y la inteligencia la tengo asegurada.

Me llevo la mano a la frente como respuesta a su desparpajo con tan mala suerte que me doy en el chichón.

—¡Auuuuuuuu! —me vuelvo a quejar.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Me he dado por tu culpa, de nuevo.

—Ya lo que me faltaba. Yo te llamaba para saber si querías venir a casa a almorzar y hablamos un rato.

—De lo de anoche no quiero hablar. Voy, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Mejor con dos condiciones. Una, que cambies las sábanas y airees la casa, porque si huele a sexo me piro, y dos; que me prepares un *tupper* de algo —le digo mimosilla.

—Hecho —responde mi madre.

—En un rato voy, vieja verde.

Cuelgo mientras oigo a mi madre riéndose a carcajadas.

Saco el teléfono para ver qué tal está mi comando hoy, y de paso, ponerlas al día de las novedades, o sea, de mi chichón y el motivo del mismo.

Mar:

Buenos días, chicas, mirad lo que me ha pasado.

Les adjunto una foto de mi superchichón.

Érika:

¿Qué te has hecho, loca del moño?

Alma:

Ostras, ¿qué ha pasado?

Mar:

Anoche pillé a mi madre en la cama...  
con Agustín.

Se hace el silencio...

Alma:

¿¿Acostándose??

Érika:

¿¿Follando??

Mar:

Sí. Me asusté, me llevé las manos a la cara  
y, al intentar irme, me di con el marco de la  
puerta.

Alma:

¿Cuántos años dices que tiene Rosaura?

Mar:

Setenta y ocho.

Érika:

Hasta tu madre folla más que yo.  
Qué triste es mi vida, por Dios. Tengo  
que salir de caza. ¡¡Urgente!!

Mar:

Que folla es un hecho. Doy fe y mi chichón  
también. Voy a almorzar ahora con ella.

Alma:

¿Alguien necesita consejo?

Mar:

Supongo...

Érika:

Lo mejor es que te dejes llevar de una vez.  
Deja de luchar.

Mar:

¿No se suponía que tú me decías que lo correcto era parar?

Érika:

Sí, pero visto lo visto. Cambia de táctica. Esta no te funciona una mierda.

Alma:

Que fluya.

Érika:  
Amén.

Mar:

Y jode con el amén.  
Buen día, chicas.

Alma:

Buen día, mis amores.

Érika:

¡¡Buen día!!

Me dirijo a casa de mi madre, con la firme intención de dejar el tema de ayer de lado. Bastante tengo ya con no poder borrar esa idea nunca más de mi mente como para encima profundizar más en ella. Decidido. Chitón.

—Cariño, ¿qué tal el chichón?

—Pues igual que hace una hora, cuando me has preguntado. Esto —digo señalando el morado que luzco como insignia—, no te lo voy a perdonar jamás.

—No será para tanto..., eres una estrecha.

—Y tú no paras de soltar perlas.

—Es mi forma de ser. Además, la culpa es tuya por haber venido sin avisar.

Extiendo ambas manos con las palmas hacían arriba queriéndole decir que eso es lo que suelo hacer siempre.

—Desde luego, a partir de ahora no lo haré más. Eso te lo digo.

—¿Y qué te traía hasta aquí anoche? —Directa, como es ella.

—Necesitaba desahogo —le digo con carita de gatito abandonado. Pongo los ojillos llorosos y todo.

—Vaya. Pues esa cara va mejorando. Aun así, no te daría dinero si es lo que vienes pidiendo.

La miro mal y ella lo nota porque sonrío, pero no dice nada.

—Preparo café y hablamos, ¿vale?

—Vale. Pero de lo que desgraciadamente vi anoche no quiero hablar más.  
Tema enterrado.

Levanta el pulgar en señal de acuerdo.

—¿Desde cuándo levantas tú el pulgar?

—Lo hacen todos los jóvenes de hoy en día, me gusta y lo hago por eso.

—Sabes lo que quiere decir, ¿verdad?

—Es una señal de afirmación, ¿pero en qué mundo crees que vive tu madre?

—También es verdad. Ya solo me faltaría verte enviando WhatsApp.

—Pues no dudes que me ponga y lo use. Y el *fisbus* ese también.

—Se dice Facebook, mamá. —Ya eso sería lo máximo.

—Tú me has entendido.

Se va a la cocina y yo enciendo la tele.

—Cielo, encima de mi mesilla de noche están mis pastillas para la tensión, ¿podrías traérmelas?

—Claro.

Me levanto, dejo el mando en el sillón y me voy directa a su habitación a buscarlas. A simple vista no están, así que observo desde mi posición la mesilla del otro lado, pero nada, abro el cajón y...

—¡La madre que me parió! —pego un grito que probablemente haga que vengan las vecinas a preguntar e incluso puede que llamen a los bomberos—. ¡¡¡Mamáááá!!!! —Ya de perdidos al río.

Mi madre viene caminando con toda su calma, como es ella y se planta en la puerta.

—¿Me puedes decir qué es esto? —pregunto enseñándole la crema que tengo en las manos.

—¿No sabes leer?

—¡Claro que sé leer! ¿No entiendes la ironía?

—No.

—¡Mamá! ¡Por Dios! ¡Esto es peor de lo que yo pensaba!

Entre mis manos tengo un gel lubricante. Cuando me doy cuenta de que lo tengo agarrado lo suelto como si me quemara. La cara que tengo de asco debe ser monumental.

—Es porsiacá<sup>15</sup>.

—Vale. Ahora sí que se acabó. No quiero detalles.

—Te he dicho que miraras encima de la mesa de noche no dentro de mi

cajón.

—Te juro que como vaya al baño y me encuentre, en vez de un cepillo de dientes, un rabo, cojo el bolso y me voy.

Mi madre se parte de risa.

—No me hace puñetera gracia. Es en serio.

—Volverías mañana, fijo.

—Tienes razón, pero me voy. ¿Tienes un rabo en el baño? —Puestos a saberlo, mejor ahora, que luego.

—No, no tengo un rabo en el baño.

—¿En algún otro lugar?

Mi madre se queda callada, pensando.

—¡Mamááááá!

Comienzo a rezar todo lo que sé y todo lo que debería saber.

—No, no lo tengo. Pero no abras el armario.

Clavo mi mirada en las puertas que están frente a mí y me está dando hasta un retortijón.

—Ja ja, ¡has caído!

—Esto se cuenta y no se cree. —Suspiro.

—Soy una madre molona, siéntete orgullosa.

—¿Molona? ¿Se puede saber qué te enseñan los días que vas a bailar?

—Aprendo cosas de la calle, las lecciones de vida ya me las sé todas. Y a eso es a lo que vienes tú. Vamos al salón.

Ambas tomamos asiento mientras mi madre nos sirve un café con leche. Es un detalle muy estúpido, pero hasta eso me transporta a mi infancia. A esos momentos en los que nos sentábamos ambas a ver la tele, muchas veces, ella terminaba viendo lo que yo quería, normalmente, alguna serie de adolescentes o cosas por el estilo. Es una gran mujer, eso es innegable, porque antepuso siempre mis deseos a los suyos, mis caprichos y mi bienestar fueron su prioridad. No fui consciente de ello hasta que crecí, pero luego comencé a darme cuenta de que mientras yo tenía zapatillas nuevas y pantalones relucientes, ella andaba con los mismos zuecos todo el día, que su ropa estaba limpia pero desgastada y que en casa nunca faltaba algo que llevarnos a la boca, aunque para ello, tuviera que sacrificar sus gustos. Mi madre, y esta es la mayor verdad universal del mundo de Mar: mi madre es la mejor mujer que existe.

Nos sentamos en el sillón e inmediatamente vuelvo al mundo de Mar. Mi

madre coloca su mano sobre la mía y me insta a hablar.

—¿Y bien?

—Me gusta un hombre —suelto.

Mi madre se queda un momento en silencio, sopesando qué responder.

—No veo nada malo en eso. —Deja en el aire.

—Lo malo es que creo que está comprometido. —Destaco.

—Pues sí, eso no es bueno. Es ese hombre que te llamó estando en casa, ¿tu jefe?

—En realidad, no es mi jefe como tal. Es un inversor de la cadena, muy importante —explico—. Pero sí, me refiero a él.

—Vale. Dices que crees que está comprometido, ¿por qué dudas de si lo está?

—Porque no me lo ha dicho directamente y tampoco se lo he preguntado.

—Ajá. —Veo cómo valora la posible respuesta—. Pregúntaselo. Fácil.

—Ya, no eres la primera que me lo dice. Jaime, hace poco me dijo lo mismo, que hablara con él.

—¿Pero?

—Pero me da miedo a que sea verdad y a que esté comprometido. Ahora mismo me encuentro en esa situación en la que existen posibilidades, pero no hay afirmación alguna, aunque Marzizorra me dijo el otro día en la cafetería que dejara de mirar lo que es suyo. —Le hago un breve resumen de lo que sucedió en la cafetería para que entienda a que me refiero.

—¿Marzizorra?

—Es el mote que le he puesto recientemente a su supuesta novia. Es italiana como él. Estoy echa un lío, mamá.

—Dejando a la Marzizorra de lado..., hace mucho que no veo que tengas interés en hombres, por lo menos, hace mucho que no me lo cuentas. Ricardo te dejó bien jodida, aunque te empeñes en negarlo.

—Me dolió la traición.

—No estabas enamorada de él, Mar. Nunca lo estuviste. Te casaste porque creías que con él encontrabas una estabilidad y que te sentirías protegida. Tengo setenta y ocho años, pero no soy estúpida y sé que todo el tema de tu padre y esa carencia te ha afectado y te ha llevado por caminos erróneos, pero eres joven e inteligente y seguro que sabrás encontrar tu lugar en esta vida.

—No te sientas culpable por nada, mamá —la consuelo.

—Hice todo lo que pude.

—Hiciste todo por mí y ya con eso es suficiente —finalizo con sinceridad.

—Yo te diría que pararas, que lo mejor es que te hagas a un lado.

—Lo he intentado, mamá, no creas que no he luchado contra lo que siento, pero no sé qué me sucede que siempre vuelvo a él y encima el destino juega en mi contra, porque me lo encuentro en cada lugar al que voy.

—El destino es muy puñetero cuando quiere. Es un maldito sinvergüenza.

—Lo es —afirmo con rotundidad.

—Mar, date una oportunidad. Habla con él, deja que las cosas simplemente tomen el camino que deben tomar y no estés pensando constantemente en qué pasará o cómo terminará. Disfruta del camino. El fin no siempre es lo divertido, lo verdaderamente ameno es el recorrido.

—Deberías haber estudiado psicología —bromeo.

—¿Y tener que atender a psicópatas y pirados? No, gracias.

—Gracias por todo, mamá, por estar y por ser.

—Gracias a ti, cielo, sin ti mi vida no sería igual.

Me recuesto encima de sus muslos y dejo que me acaricie el pelo, que me mime como cuando era niña y me hacía trenzas, ella sentada en el sillón y yo en el suelo, entre sus piernas.

—Creo que es mejor que me vaya —le digo cuando ha comenzado a anochecer.

—Puedes quedarte todo lo que necesites —susurra.

—Suficiente por hoy. Volveré en unos días —me despido en la puerta.

—Pero llama antes, no te olvides.

—¡Guarrona! —exclamo mientras recorro el rellano—. ¿Mamá?

—¿Sí, cielo?

—Te quiero. —Afirmo con la cabeza—. Te quiero muchísimo.

—Yo sí que te quiero. —Me mira con la cabeza ladeada y me lanza un beso.

Me voy con una gran sonrisa en la cara. Venir a ver a mi madre es música para el alma.

Vuelvo a casa y dejo pasar las horas vagueando, mañana será otro día.

Lunes, esos días tan estupendos a los que te enfrentas con gran vitalidad y deseo. Es irónico, por si no lo habéis pillado. Lunes, odio los lunes, pagaría por volver a la cama y no levantarme hasta... ¿hasta las vacaciones? Mmmmm, vacaciones, esa palabra sí que me gusta. Estamos a mitad de junio,

así que realmente no queda tanto para disfrutar de ellas.

Antes de ir para las oficinas, paso por una cafetería, con un café los lunes tienen mejor aspecto. Pido dos cafés con leche, uno para mí y otro para Dilaila, que debe estar en el despacho ya. Con ellos en la mano, me apresuro a coger el ascensor.

—Buenos días, Dilaila.

—Buenos días, Mar, ¿qué tal el fin de semana? —Me mira sonriente, pero se le borra la sonrisa en un segundo cuando ve mi frente—. ¿Y eso?

—Pues un chichón, me di un golpe con el quicio de la puerta.

—Eso tiene pinta de haber dolido.

—Un poco —me quejo mientras hago un mohín.

Dilaila se levanta y se acerca a mí para abrazarme.

—¿Mejor? —me dice mientras me encuentro entre sus brazos.

Tocan en la puerta y acto seguido entra el hombre por excelencia, el *rompecuellos* y *revientabragas*.

—¿Mar? —pregunta confundido.

—Presente —respondo deshaciéndome del abrazo.

—¿Qué pasa? —Noto la preocupación en su voz.

—Se dio un golpe en la frente —se apresura a contestar Dilaila por mí.

Se acerca con paso firme y coge mi barbilla entre sus manos, alzándola para mirar detenidamente el lugar donde se encuentra el morado.

—¿Nos dejas solos, Dilaila?

Asiente cogiendo su vaso de café con leche.

—Esto me lo llevo. —Sonríe mientras me saca la lengua.

—¿Está un poco loca!, ¿verdad?

—¿Un poco? Está chiflada.

Su mano sujeta la mía y me lleva hasta la mesa, apoya mis caderas en ella y me sienta.

—¿Esto es un accidente de verdad o...?

—No. No —me apresuro a decir—, es un accidente, fui el sábado por la noche a ver a mi madre y estaba con su novio. En la cama.

Gerard da un paso hacia atrás y me mira aguantando la risa.

—¿Me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo?

—*Sip*. Así es. Y antes de que lo preguntes, tiene setenta y ocho años.

—*Cazzo!*... Yo pensaba que a esas edades, la cosa ya no estaba para eso. Tengo esperanzas... —se burla.

—Mi madre es así. Es un caso.

—¿Te pareces tú a tu madre?

—¿Perdona?

De un salto, bajo al suelo y me pongo de pie.

—Estaba bromeando. *Non essere arrabbiato.*

—¿Qué?

—No te enfades, *piccola bionda.*

Os juro que me tiemblan las piernas estando aquí con él, su olor, su cercanía, cómo me habla en italiano...

—Para saber si soy igual que ella, quizás deberías descubrirlo —le suelto sin ningún tipo de pudor.

—¿Qué me pasa contigo, Mar? ¿Qué me haces?

Me pongo rígida al momento. No sé si tomarme eso como un cumplido o como algo malo.

—Es un halago, Mar, no desentierres el hacha. Es simplemente que cuando estoy cerca de ti necesito tocarte, besarte, olerte, poseerte, necesito que me mires a mí y solo a mí. Que seas mía.

—No me digas esas cosas, Gerard, no es bueno.

—¿Por qué no?

En ese preciso instante entra Óscar en el despacho.

—Perdón, pensé que encontraría a Dilaila aquí. Necesito que me ayude con unas cosas —me dice.

Yo sonrío malvada y Óscar entiende mi cara porque me mira a mí y luego clava sus ojos en Gerard. Buena jugada.

—¿Qué te ha pasado en la frente?

—Una larga historia —respondo.

—Se dio un golpe con una puerta.

—¿Vas a ser la encargada tú de contárselo a todo el mundo? —le suelto mosqueada a Dilaila que acaba de entrar.

—Solo a los que pregunten —contesta.

—Bueno, todo el mundo a trabajar, tenemos que preparar el cuarto programa de *El Manual...*

—Hemos recibido muchas cartas y correos, está siendo un éxito. —Aplaude Dilaila.

—Sois muy buenas trabajando —afirma Óscar.

—Muy buenas —corroborra Gerard—. Me voy, tengo varias reuniones

hoy.

—Gerard, si tienes un momento me gustaría comentar contigo varias cosas sobre el programa de Marzia.

El asiente y le cede el paso.

—¿Por qué se tienen que ir justo ahora?

—Para que te muerdas las uñas de la curiosidad.

—¿Te estás riendo de mí, Dilaila? Puedo ser una jefa chungu si te pasas —bromeo.

—¿Yoooo? Reírme de ti, por favor, ¡eso jamás! —exclama risueña.

—¿Has escuchado el programa de Marzizorra?

—¿Marzizorra?

—Una larga historia.

—¿Te refieres a Marzia? —Asiento—. He escuchado alguno, sí, pero no me gustan nada, no me motivan y según he oído, no está dando muy buenos resultados. O por lo menos, no, si comparan las cifras con las que tú tenías antes.

—Es que la tía es un asco —suelto sin más.

—Lo es, y lo sabemos todos, aunque a ti lo que más te jode es que está con Gerard y debes reconocer, amiga, que te trae loca ese hombre.

—¿Serás? ¿Pero? —Me quedo bloqueada ante sus comentarios—. De la misma manera que a ti Óscar.

—Perra —escupe.

—Donde las dan... —le suelto.

—Las toman —finaliza.

Y dicho esto, nos ponemos manos a la obra porque nos espera una larga semana de trabajo por delante.

<sup>15</sup> Contracción coloquial de las palabras «por si acaso».

# Capítulo 14

Hoy es viernes. Ha sido una semana muy intensa, hemos trabajado en una historia demasiado real y muy dura. No es fácil abordar temas como el que traemos hoy; con una fuerte carga de dolor y una realidad muy distinta, porque para alguien, esta historia supuso un antes y un después en su vida.

—Buenas noches, Laura, ¿estás lista?

—Sí, lo estoy.

Saludo a mi invitada de esta noche. Es una joven encantadora, con un gran corazón y muy valiente.

—Cualquier cosa que necesites, ya sabes, paramos, ¿vale?

—Tranquila.

Digo esto, porque ayer, como cada jueves, visitamos a nuestros protagonistas y creo que Laura volvió a revivir sus fantasmas y volvió a renacer al mismo tiempo. Lloramos mucho, las tres. Dilaila no iba a ser menos, fueron lágrimas de dolor, de resentimiento, de impotencia, de lucha y de victoria. Fueron las lágrimas que más curan de todas. Las del pasado, pisado.

Entramos en el estudio, nos sentamos y observo a Julián preparando todo, profesional como él solo.

Gerard, como cada viernes, está aquí para conocer de primera mano nuestra historia. Él no suele intervenir en nada, no opina sobre la elección, ya que muchas veces nosotras nos encargamos de todo. Óscar supervisa y si fuera necesario hacemos cambios. Gerard siempre se ha mantenido al margen en esto, quizás debería preguntarle el motivo, ¿será porque confía lo suficiente en mí? ¿O porque es consciente de que Óscar es un hombre que sabe lo que hace y se fía de sus decisiones?

—Cuando se encienda la luz roja —le explico a Laura—, tomaré la palabra. Como te dije ayer, leeré tu carta y luego te haré unas preguntas, si ves que por cualquier motivo no quieres seguir o no quieres hablar, me lo dices.

—¿Las preguntas son las que me comentaste?

—Exacto. Son esas, pero debes saber que a veces, mientras hablamos y profundizamos en el tema, me surgen otras cosas y muchas veces

espontáneamente me salen y las lanzo, pero no estás obligada a responder nada, no quiero que te sientas incómoda y mucho menos que sufras por mi culpa.

—Mar —pone su mano sobre la mía—, confío en ti y en tu criterio, ¿vale?

—Me dejas más tranquila.

—Chicas, es la hora —interviene Dilaila.

Gerard sale del estudio sin mediar una palabra, ha estado presente en nuestra conversación y ha sido muy respetuoso. Además de un *quemabragas*, es un señor.

—Buenas noches, queridos oyentes. Soy Mar Villareal y una semana más nos encontramos en antena para dejarnos llevar por una historia nueva. La de esta noche, no es una historia cualquiera y no nos dejará indiferentes, es un relato con una fuerte carga emocional. A mí, y debo confesarlo, me ha costado mucho no llegar a sentir las propias sensaciones que nos narra Laura, nuestra invitada. Procedo a leer la carta y luego comentaremos con la protagonista la misma.

Querida Mar:

Mi nombre es Laura Macillas y te escribo desde un pequeño pueblo en el norte de la isla. Mi historia, a ojos de cualquiera, podría ser muy habitual y es evidente que está a la orden del día. Crecí en un ambiente familiar muy bueno, mis hermanas eran fantásticas y perfectas y mi mejor amiga era adorable. Yo, en cambio, era una chica normal, con una vida normal y con una forma de ser corriente. ¿Sabes eso que suelen decir de que los niños son sinceros y crueles? Pues eso es completamente cierto. Mi cuerpo, como cualquier otro, llegó a una edad en la que comenzó a experimentar cambios, empezaron a crecer partes que debían hacerlo, pero a su vez, también lo hicieron otras que no debían. Pasé a ser Laura, pero no Laura la chica alegre, divertida y feliz que había sido años atrás, no. Pasé a ser Laura la gorda, Laura la bola o Laura la asquerosa. Hoy por hoy, soy consciente de mi físico y he superado determinadas cosas. Lo que no te mata te hace más fuerte, y a mí, a priori, me hundió y me destrozó, pero hoy lo tengo superado. Hoy. Años atrás lo pasé realmente mal.

En mi época, no existía la palabra *bullying*, como hoy en día, y si existía, no se mencionaba. En mi época, mi día a día, se basaba en insultos, golpes, desprecios e incluso en más de una ocasión, me escupían. Aún recuerdo cómo me meaba encima por no ir al baño, porque sabía que si iba, me cogerían allí y me meterían la cabeza bajo el grifo, en el váter o me pegarían puñetazos. Tenía miedo, verdadero miedo. Un día, las chicas que iban a clase conmigo se pusieron todas de acuerdo, incluso algunas que años atrás habían jugado a mi lado al tejo o al elástico. Esas personas, me cogieron en el pasillo, cuando salía al recreo, me agarraron por la coleta y me metieron en el baño. Mojaron mi cabeza con agua sucia, me rompieron la camiseta y me pegaron en el estómago con sus libros. «Gorda», «Gorda de mierda», me decían mientras me golpeaban, una tras otra. Yo simplemente lloraba, lloraba sin poder hacer nada, porque no sabía defenderme o quizás sí sabía, pero no podía, me paralizaba y me bloqueaba. Lo que más me dolió, lejos de ser todos los golpes que me propiciaron, fue que había otras compañeras mirando, unas calladas y otras animando. Una vez terminaron de insultarme y pegarme, rompieron todos mis apuntes, sacaron unas tijeras y me cortaron varios mechones de pelo. «Como cuentas algo de

esto, gorda de mierda, te cogemos de nuevo y lo que te haremos será peor aún», y con esa frase, me dejaron tirada en el suelo, sola y rota en pedazos.

No dije nada, simplemente me fui a casa, me metí en la habitación y busqué la mejor manera de huir, que no fue otra que tomarme unas pastillas que mi madre tenía en el baño de su habitación. Yo tenía catorce años, era perfectamente consciente de lo que estaba haciendo, pero necesitaba salir corriendo, el miedo se apoderó de mí y tomó el mando de mis acciones. Me las tomé, tragué sin más y esperé a que el sueño me venciera y me calmara. Que me hiciera feliz. Quería dejar de sufrir, no quería sentir nunca más ese miedo que había sentido ese día y que aún me paralizaba.

Mis padres llegaron a tiempo, el suficiente para poder estar hoy contándote mi historia, una historia muy dura. Hay noches en las que aún hoy, quince años después, sueño que me pegan, me insultan y me menosprecian y eso, eso es difícil de superar, para mí lo fue y para esas personas que hoy lo viven, debe serlo también. ¿Qué pretendo con esto? ¿Qué pretendo contando mi historia? Pues que se sepa, que se sienta y que se empatice. Piensa algo: ¿qué pasaría si eso le sucediera a tu hijo/a? Creo que es hora de dejar de girar la cara e interceder. El mundo se rompe y yo solo quiero bajarme.

Gracias.

Suspiro con fuerza tras terminar la última frase.

—El mundo se rompe y yo solo quiero bajarme —repito mientras cojo un *kleenex* y limpio una solitaria lágrima que recorre mi mejilla—. Solo tenías catorce años, eras una niña, no tenías que haber vivido eso, jamás.

—No, no tenía que haberlo vivido, de la misma manera que nadie debe vivirlo. La infancia y la juventud son épocas que te marcan de por vida, lo que vives y sientes hará de ti el adulto que serás. Yo sufrí muchísimo, pero finalmente sigo aquí, pese a todo.

—¿Cuánto tiempo duró todo esto? —pregunto siguiendo el guion.

—Fueron varios años. Comenzaron por los insultos, me hacían sentir mal, pero no me destrozaban. Poco a poco, fueron ganando terreno hasta llegar a ese último episodio, que fue el peor. No solo por los golpes, como dije en la carta, sino porque yo sentí miedo. Me perdí por el camino, perdía mi fuerza y mi valor, me hice pequeñita, a pesar del volumen que ocupaba, ¡qué ironía!, ¿no?

—Háblame de tu familia.

—Mi familia se mantuvo al margen de todo esto. Mi hermana era mayor y ese año en que sucedió todo, ella estaba en la universidad, por lo que no se enteraba de nada de lo que ocurría. El resto lo sabían, era un secreto a voces, que Laura, la gorda, recibía palizas y golpes por varios rincones.

—¿Cómo es que nadie decía nada? ¿Tus amigas?

—El miedo tiene un poder de represión enorme. ¿Cómo dices algo si sabes que las consecuencias de ello pueden ser catastróficas? Es mejor ver los toros desde la barrera. Muchas de las personas que habían compartido

momentos conmigo años atrás, animaban ese día en el baño, digamos que era la forma de sentirse parte del grupo que molaba.

¿Molaba?

—¿A quién le puede «molar» formar parte de un grupo sucio y rastroso?

—Te sorprendería la de gente a la que le gusta. Es un «sálvese quien pueda» y sabes que si focalizan la atención en alguien tú te salvas, así que... tema resuelto.

—No creo que yo pudiera permitir eso. —Ya mi Mar más espontánea sale a la luz.

—Podrías, estoy segura. ¿Serías capaz de interceder por alguien y llevarte tú los golpes, que supuestamente le corresponden a otro?

Me quedo pensando momentáneamente en su planteamiento, ¿podría?

—Mar, la cobardía es una característica muy humana. Todos la tenemos y en algún momento de nuestra vida toma el control, y es así.

—Te admiro, de verdad, con el corazón en la mano te lo digo.

Dejo de lado los papeles que teníamos preparados, hace rato ya que ni siquiera los miro. Dilaila, que se sienta frente a mí en esta ocasión, hace ese gesto tan típico suyo de llevarse la palma de la mano a la frente y negar. Sé lo que está pensando «todas las semanas preparamos una lista de preguntas y al final tú haces lo que quieres y lo peor es que funciona». Le saco la lengua y continúo:

—¿Por qué las pastillas?

—Necesitaba huir, tenía miedo, me estaba perdiendo por el camino. Estaba gorda, sí, pero ¿y qué? ¿No hay sentimientos bajo un pantalón de talla 52 o una camiseta XXL? Sí que los hay.

—Los hay.

—Fue muy duro para mí tomar esa decisión, dejar que me ganaran del todo, pero solo quería soñar y ser feliz. Con esa edad y con ese miedo recorriendo tu cuerpo, no encuentras salidas, la salida más fácil es la de apartarse del camino.

—¿Qué pasó entonces? —Esta sí es de las preparadas. Dilaila respira.

—Pues me encontraron a tiempo. Todo estalló por completo, me hicieron un lavado de estómago. Estuve un tiempo ingresada, hasta que me recuperé, no solo de lo que había ingerido, sino de los golpes. Tenía varias fisuras en las costillas y moratones repartidos por el cuerpo, en la cara no tenía nada, eran listas para eso. Salí de allí y me pusieron en manos de una psicóloga, me

costó, pero pude abrirme y soltar la carga que tanto me pesaba. Dejé la mochila en el camino y con el paso del tiempo volví a sonreír.

—¿Las clases?

—Cuando conté todo lo que me había pasado, mis padres denunciaron. El colegio, por supuesto, se lavó las manos ante todo y al tratar con menores, no fue fácil tampoco demostrarlo, porque nadie hablaba.

—Volvemos a lo mismo, el miedo a hablar es superior al bien que se hace.

—Exacto. No volví a ese colegio, ya no solo porque no quería, sino porque mis padres así lo decidieron, querían evitarme que sufriera y yo lo agradezco aún hoy en día.

—¿Has vuelto a ver a alguna?

—Por supuesto, es un pueblo y en los pueblos nos cruzamos. No sé nada y no quiero, ¿pero sabes qué?

—¿Qué? —pregunto.

—Que estoy convencida de que el tiempo pone a cada cual en su lugar.

—Sí, «a cada cerdo le llega su San Martín».

—Eso mismo. Es el karma. Solo quiero que nadie pase por esto, que la gente entienda y sea empática, que no lo dejen pasar, porque normalmente, si un problema no se soluciona se hace más grande. Las cosas no se resuelven solas, los problemas hay que afrontarlos.

Continuamos un rato más con la entrevista. Laura es increíble.

—Como he dicho antes, Laura es una persona digna de admirar. Hoy por hoy, eres fuerte, valiente, madura y nadie ha apagado tu luz, brillas por ti misma. La vida no es cuestión de tallas, de color del pelo, de firmas de ropa, de poder adquisitivo; la vida está llena de matices, de valores, de sentimientos, de necesidades y de carencias, la vida es para disfrutarla y vivirla y nadie merece desprecios o agresiones. Es hora de educar en valores, porque lo que enseñamos hoy es lo que serán mañana. La empatía y la reciprocidad es un valor añadido, es una inversión de futuro. Seamos libres y seamos humildes. Dejemos de evitar problemas y simplemente busquemos soluciones, porque lo que sembramos hoy, cosecharemos mañana. Veamos porque nunca se apaguen las sonrisas, sonreír es gratis. Regalemos sonrisas.

»Buenas noches y hasta el próximo viernes.

Intenso. Es la palabra exacta para el programa de esta noche. Cada programa tiene su esencia, su moraleja y su característica, hemos tocado

temas distintos estas cuatro semanas, pero la intensidad con la que nos hemos adentrado en este mar de sentimientos es extraordinaria.

—Felicidades a ambas, ha sido un programa magnífico —nos dice Dilaila con una sonrisa muy franca en su cara.

—Gracias a vosotras. Ojalá esta historia nos haga un poquito mejor persona a todos.

—Ojalá —finaliza Laura antes de irse.

Me desplomo en la silla. Esa intensidad de la que hablaba hace un momento merma mis energías.

—Buen trabajo —nos felicita Gerard cuando entra en el estudio.

Me observa detenidamente. Me he dejado caer sobre la silla y tengo ambos brazos apoyados en la mesa, con la cabeza enterrada entre ellos.

—Gracias —contesto sin levantar la cabeza.

—¿Estás bien? —me dice pronunciando cada palabra con una dulzura increíble.

—Esta historia me ha hecho pensar... ¿y si me hubiera pasado a mí? ¿Y si le pasara a mi hijo?

—¿Quieres tener hijos?

Alzo la cabeza cuando finaliza la pregunta.

—¿Te planteo una situación y te quedas con lo superficial?

—Mar. Este tipo de cosas suceden. No son justas, son inhumanas, pero es la ley del más fuerte. Si esto le sucediera a —carraspea— mi hijo, le arrancaría la cabeza a quien fuera por protegerlo y salvarlo. Mi familia es mía y los protegería con todo mi ser. No permitiría que nada les pasase y si así fuera, por el motivo que fuese, no descansaría hasta que se hiciera justicia. Lo que quiero, no se toca —finaliza.

La manera en la que ha hablado, con esa pasión y esa fuerza me hace... ¿estremecer? En realidad, me hace volar. Es superior a mí, debo asumir la situación. Estoy loca por este hombre. Me estoy enamorando. Me estoy enamorando sin querer.

—¿Quieres tener hijos? —pregunto yo ahora.

Se queda en silencio, pensando.

—Sí, quiero tener hijos. ¿Y tú?

Ahora soy yo la que se queda pensando.

—Me gustaría, pero es cierto que tengo treinta y ocho años. Mi reloj biológico se para.

—Aún eres joven —me corta.

—Aún lo soy.

Y no es mentira, es cierto que lo soy. Pero la realidad es que ahora mismo no me puedo plantear esas cosas, principalmente, porque no tengo pareja.

—Cuando me separé de Ricardo, estábamos buscando un bebé. Ambos queríamos ser padres. —Me quedo momentáneamente en silencio, midiendo mis palabras y meditando sobre ellas—. El destino no quiso que me quedara embarazada. Lo hubiera tenido, si se hubiera dado el caso, pero me hubiera mantenido unida a una persona con la que no quiero mantener ningún tipo de relación.

Cuando me giro, soy consciente de que Dilaila ha desaparecido, estamos solos. Gerard se acerca, me agarra por los brazos y me alza. Me pongo de pie mientras conectamos nuestras miradas, la suya negra como el azabache. La mía, marrón como la miel. Ambas brillantes por el momento que nos embriaga.

—La naturaleza, en ocasiones, es sabia —me consuela.

Tira de mí, con la fuerza justa para atraerme contra su pecho, colocando una mano en la parte baja de mi espalda y la otra en mi pelo, acariciándome suavemente. Me envuelve entre sus brazos de la manera más dulce que jamás haya podido imaginar. Coloca su barbilla en mi cabeza y exhala el aire, para posteriormente colocar su nariz en mi pelo e inhalar y absorber mi olor. Es un simple abrazo, pero para mí es mucho más que eso, es seguridad, confianza, necesidad, cariño... amor. Y sí, por primera vez, hablo de amor, de ese capaz de elevarte al cielo y bajarte al mismo infierno. No quería, he luchado, pero hay cosas que por más que luches, no controlas, y este sentimiento, el amor, es así, indomable e indómito, desbocado, descontrolado. Es profundo e intenso. Creo que es el sentimiento con mayor potencia. Porque por amor se es capaz de hacer lo imposible.

Se separa de mi abrazo y me mira con intensidad. Siempre me mira profundamente, como buscando que lea en su interior, que descubra qué hay tras esos muros que tiene alzados.

—Buenas noches, Mar —se despide al separarse de mí.

«No te vayas...», me gustaría decirle.

—Buenas noches, Gerard —termino diciendo.

Sale del estudio y yo vuelvo a dejarme caer sobre la silla. Este momento ha sido muy intenso, como todo lo que he vivido desde que he llegado esta

noche al estudio.

Pierdo la conciencia del espacio y del tiempo, mientras recuerdo una y otra vez nuestros encuentros: Ibiza, el primero, donde comenzó todo. Una reunión en un despacho, donde me dijo que había estado siguiendo mis pasos. Un encuentro en el Au Revoir, mi carácter y contestaciones, su descaro y sus desfachateces. El karaoke y su visita a mi casa, donde fuimos solo uno. Los encuentros en Radio Station, la cena que me preparó y mi pasado en sus manos, su dirección... Es complicado. Toda esta situación es sumamente compleja, porque yo tengo unos sentimientos que están comenzando a superar a la razón.

Es un hombre complicado, rodeado de murallas y de muros que alzados conforman una zona restringida. Pero la verdad es que todas las personas tenemos ese punto infranqueable, esa zona que guardamos en lo más profundo de nosotros, esperando que alguien la descubra y que nos quiera con más fuerza e intensidad, porque el verdadero amor es aquel que, a pesar de los defectos, los secretos y las carencias, se hace más intenso y más fuerte, como un buen café, que puede quemar en la boca al primer sorbo, dejar un amargo sabor al paladearlo, pero finalmente quieres más porque te das cuenta de que de verdad vale la pena su sabor. Y yo, Mar Villareal Castro, estoy dispuesta a saborear ese café, a derribar esos muros y a luchar por lo que quiero, aunque pueda volver a perderme, pero solo se cae quien tiene el valor de emprender el camino.

Subo en mi coche y conecto la radio, suena en ese momento «Todo no es casualidad», de India Martínez.

Me arrepentiré

Pero esta vez prefiero equivocarme sola.

Quiero rendirme en sus brazos

Quiero conocerle y abrir un camino de nuevo

Es que cuando me roza, prendo fuego al mar, ¡te digo!

Quiero encontrarme en sus ojos y volver a amar

Ya lo sé, es cruel, perdóname

Todo no es casualidad.

Más señales, sí. Porque hace un momento he decidido dejarme llevar por lo que siento y enfrentarme al destino. Quizás no llegue a empezar, quizás termine antes, pero definitivamente, mi corazón marca el camino que quiero seguir y en este preciso instante voy hacia allí.

Es una villa preciosa. El porche donde he dejado el coche está completamente cubierto de piedra caliza, al final de ella observo que hay un

jardín verde. Huele a hierba recién cortada. A ambos lados de la puerta hay dos maceteros enormes con dos cactus redondos, rodeados de piedras blancas, que permiten que la humedad no se escape. En los laterales del porche hay dos jardineras, muy bien cuidadas, en ellas hay plantadas varios tipos de flores ornamentales de color rojo. Se encuentran iluminadas con unos focos preciosos, cuya luz sale desde la parte baja, emitiendo el brillo perfecto, haciendo ese jardín más majestuoso. En esa misma pared, observo un cactus enorme, mide aproximadamente un metro y medio, se encuentra sujeto con un soporte, entiendo que para que no se caiga por el peso. Las púas brillan con el rocío de la noche.

Me bajo del coche y me acerco a la puerta. En el suelo hay dibujado un felpudo con trozos de piedras calizas, muy pequeñas y redondas. El dibujo está hecho a mano, se compone por círculos perfectos y dos semicírculos en la parte superior e inferior del rectángulo que hace las veces de felpudo. Sin duda, no me limpiaría los pies en él, porque es precioso y elegante.

La villa es impresionante, desde fuera se ve que está perfectamente cuidada. Las expectativas por lo que puedo encontrar tras esa puerta se intensifican. El portón es espectacular, debe pesar muchísimo, parece de madera maciza, probablemente sea nogal, por el color oscuro de la misma. No entiendo de carpintería ni de gustos caros, pero esto que tengo frente a mí debe costar lo mismo que mi coche. Es antigua, formada por dos cuadrados decorativos en su interior, el de la parte inferior está lleno de pequeños rombos de hierro forjado que sobresalen de ella y en la parte superior, tiene tallado varios dibujos, de la aldaba, salen dos semicírculos. A su vez, del final de cada línea, salen otras más finas y delicadas que se dividen, parecen letras «v» cursivas, superpuestas en horizontal, ligeramente inclinadas. La aldaba es sencilla, del mismo tono que la puerta, ovalada. Es una puerta perfecta. Como quien se esconde detrás.

Sujeto la aldaba entre mis manos y toco con ella, saboreando su tacto. Oigo pasos acercarse y comienza a nacer en mí un miedo inconfundible. Miedo a haber tomado una decisión equivocada al haber venido hasta aquí.

La puerta se abre y tras ella, aparece Gerard, descalzo y sin camisa, con una copa en su mano. Se me seca la boca con la imagen que tengo frente a mí.

—Dijiste que viniera cuando me sintiera preparada, que estarías esperando por mí —no sé siquiera cómo logro soltar la frase sin tartamudear.

El brazo izquierdo lo tiene completamente apoyado en el filo de la puerta y el peso de su cuerpo sobre esa misma pierna, mientras la otra la tiene ligeramente doblada. Es una pose sumamente sexi y arrogante, como es él mismo, en todo su esplendor.

—Te esperaba —susurra—. Hace tiempo que te espero.

Su vaso resbala entre sus dedos y cae al suelo, vertiendo todo el contenido, pero sorprendentemente, sin hacerse añicos el cristal.

Da un paso hacia mí, mientras tiende una de sus manos para que lleve la mía a su encuentro y sea cobijada por él. Inconscientemente, muevo mi mano, como arrastrada por un imán. Su mano y la mía se entrelazan y un nuevo escalofrío me sacude, pero esta vez, es recíproco, lo noto.

—¿Qué estás haciendo conmigo, Mar? ¿Cómo logras que deje de ser el mismo de siempre?

—No tengo respuestas para esas preguntas. Solo déjame entrar —y lo digo con todos los matices que conlleva esa palabra.

—Hace tiempo que te he dejado entrar —finaliza mientras yo espero que lo que conlleva esa frase tenga tantos matices como la mía.

Observo nuestras manos, unidas. Gerard baja la vista hacia ellas, siguiendo el recorrido de mi mirada.

—Así es como mejor quedan.

No puedo articular palabra, me quedo mirando nuestra piel, nuestros dedos, cómo su dedo pulgar recorre mi mano, la acaricia con delicadeza, con una exquisita ternura.

—Debajo de este muro que tienes constantemente alzado late fuerte un corazón. —Pongo mi mano sobre su pecho reafirmando mis palabras. Su latido fuerte, intenso y enérgico lo confirman.

—No siempre ha sido así.

—Creo, Gerard Gaboardi, que eres un diamante en bruto y que no dejas indiferente a quien tiene el valor de conocerte.

Su gesto se oscurece y decido dejar de indagar. Soy una luchadora, Gerard, no dudes de que sabré derribar los muros y que, además, ninguno de los dos saldrá inmune de esto. Con esta firme convicción, empujo su pecho, desnudo bajo la palma de mi mano, y entro.

Es el primer paso hacia el futuro. Hacia la aventura. Quizás, no pude encontrarme en Ibiza, pero sin duda, estoy empezando a encontrarme aquí, justo en el lugar en el que quiero estar. Sin consecuencias y sin reacciones,

simplemente siendo yo y actuando como tal.

Como predije, la casa es espectacular. Accedo a una entrada pequeña, con suelos de mármol, a simple vista, toda la vivienda tiene el mismo pavimento. Sin soltar su mano, observo que a mi derecha hay una silla victoriana, con una exquisita tela morada con hilos dorados. A su lado, entre una columna y una pared, encajadas, hay una estantería de cristal, con libros varios. Mis pies se mueven solos hasta allí, acariciando con la yema de mis dedos todos y cada uno de los títulos, me paro frente a uno en particular.

—¿Orgullo y prejuicio?

Gerard sonríe de lado, esa sonrisa de *quemabragas* que solo en su cara queda como tal, y es capaz de obnubilar a su presa.

—Jane Austen. Es la primera comedia romántica de la historia de las novelas. Es un clásico.

—No te veía a ti leyendo a Jane Austen.

—¿No?

—No —afirmo rotunda.

—¿Por qué?

—Porque no te considero un hombre especialmente romántico. Te pega más la novela negra, tipo *El Sabueso de los Baskerville*.

—Si continúas observando la verás. —Sonríe ante mi afirmación.

—Sabía que Sherlock Holmes sería perfecto para ti.

—Y Jane Austen también —contrataca.

—¿Sabes cómo empieza el libro? —pregunto curiosa, en realidad, intentando buscarle las cosquillas.

Se coloca detrás de mí y pasa ambas manos a mis lados, empujándome suavemente para llegar hasta el libro y cogerlo.

—¿Crees que no lo he leído? —Sueno arrogante.

Sonrío afirmando.

—Me parece, *piccola bionda* —paladea cada palabra mientras pasa su nariz por mi pelo, aspirando mi olor—, que tienes mucho que descubrir.

Tres, dos, uno..., calcinación activada.

Sin abrir el libro comienza a decir:

—«Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa».

—¿Y?

—Es una verdad mundialmente reconocida, sí.

—¿Y cómo usted, señor Darcy, no la tiene?

—Porque no ha aparecido mi Elizabeth Bennet.

Trago nudos, ¿por qué es tan sumamente adorable? ¿Por qué tiene todas las características que me vuelven loca en un hombre y que hasta ahora no sabía? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Me giro, dejando los libros atrás y observo un pequeño salón, sencillo, dos sofás biplaza marrón chocolate lo decoran, ambos, con cojines que a simple vista parecen muy mullidos. Los dos están colocados sobre una alfombra en los mismos tonos. En la pared hay un espejo rectangular, cuyo marco color oro no deja indiferente a quien lo observe, como yo en este momento. Pero lo más espectacular son las vistas que hay desde ese sillón. Un amplio ventanal de cristal, cuyo principio es el techo y final el suelo, te transportan directamente a la piscina que se vislumbra desde él. Parece como si estuvieras dentro de ella, rodeada de césped verde, minuciosamente cuidado. Hay flores al fondo, imagino que para evitar que se vean las paredes y que desde dentro del agua parezca que estás en un verdadero paraíso.

—Tu casa es...

No puedo terminar, pero quiero decirle que es sublime.

En la misma pared en la que se encuentra la silla y el sofá hay una puerta de madera antigua, como la puerta principal, salvo que esta es corredera. Perpendicular a ella, hay otra en la pared de enfrente. Ante eso, mi vista se detiene en el comedor que hay de cara a los sillones, es sencillo, una mesa de nogal y cuatro sillas. En ella hay un ramo de flores blancas; rosas, tulipanes, lirios, narcisos, peonías...

—Son las mismas que había en Ibiza —afirmo mientras me giro para observarlo sentado en el sofá.

Me mira divertido.

—Desde ese día, solo quiero esas, su olor me recuerda a ti. Me transportan a ese momento en el que te conocí y fuiste libre para ser mía.

Es perfecto. En toda su esencia, lo es.

La misma cristalera infinita que hay en el salón, está en el comedor, pero en este caso, se observa el jardín. La estancia no está dividida, es una prolongación, todo se encuentra en el mismo espacio.

Entre la puerta corredera y el comedor hay una pequeña cocina, con una isla central, de mármol claro, haciendo contraste con las puertas color oscuro que tiene la cocina. No hay azulejos, simplemente hay una cerámica muy

pequeña, cuadraditos enanos de color chocolate, con un revestimiento beis, del mismo tono del mármol.

—Todos los detalles cuidados. Eres minucioso.

—Así soy yo, pequeña.

Veo cómo se levanta tras pronunciar esta palabra y se dirige al equipo de música que tiene en una repisa del salón y en la cual no había reparado.

—¿Puedo? —pido permiso antes de abrir la puerta que hay justo al lado de la cocina.

—Puedes —afirma sin siquiera mirarme.

Abro la puerta pensando que será una despensa, pero no, es un cuarto de lavar, completamente equipado. No podría ser de otra manera. Hay varias repisas con productos y una plancha. Al girar observo una puerta que da a un pequeño patio muy luminoso. La claridad que penetra es espectacular, tiene una claraboya, por la cual entra el aire si se desea abrir. Es un espacio perfecto. Hay una jardinera, con más cactus con piedras blancas.

—Hasta el cuarto de lavar tiene jardín. ¡Estoy impresionada! Esto debe ser carísimo de mantener.

No me responde. Simplemente viene a mi encuentro y observo cómo me tiende la mano que tiene libre.

—El otro día escuché esta canción y no pude dejar de reproducirla una y otra vez. Sabía que llegaría el momento en el que la podría escuchar a tu lado.

Le da al botón del *play* del mando que tiene en su otra mano y comienza a sonar unos acordes de una canción que conozco a la perfección. «Pequeña», de Efecto Pasillo ft. Juan Magan, nos envuelve.

—Pequeña... —Suspiro.

—*Sei il mio piccola*<sup>16</sup> —me dice al oído haciéndome estremecer.

Si tu corazón está por mí  
Lo juro voy a hacerte tan feliz  
Siente mi latido sincero  
Oye to'lo bueno para ti  
Si tu corazón está por mí  
Solo tendré ojitos para ti  
Tú serás pa mí lo primero  
Pequeña quiéreme así.

Hemos terminado abrazados mientras Gerard me canta al oído muy bajito esta estrofa. Mi cabeza estaba apoyada en su pecho desnudo y siento a la perfección el latido de su corazón. Acelerado, como el mío. Bailando al mismo compás. Hablándose en susurros.

Levanto mi cabeza de su pecho y la alzo para mirarlo. Sin separar mis brazos de su espalda. Agacha su cabeza y lleva sus labios a los míos, en un beso delicado y tierno. Quiero que con este contacto sienta lo que tengo dentro, lo que soy capaz de darle, me rindo ante él.

—Me rindo —pronuncio ahora en voz alta.

—¿Te rindes? —pregunta confuso.

—Sí. No quiero luchar más. Que el destino sea el que decida a dónde nos lleva.

Vuelve a abrazarme y sigue cantándome suavemente. Es tu turno, Gerard, no me destroces. No lo soportaría.

<sup>16</sup> Eres mi pequeña.

# Capítulo 15

## Gerard

¿Soy yo realmente capaz de darle lo que ella necesita? Constantemente me repito la frase que me dijo: «Yo quiero un todo», ¿soy capaz de darle ese todo que ella necesita? No tengo la respuesta y menos, la certeza. Ahora bien; ¿quiero intentarlo? En eso, no me asaltan las dudas. Sí. Firme y rotundo. ¿Qué haré para solucionar la encrucijada en la que me encuentro con Marzia y mi padre? No lo sé. No quiero rebanarme los sesos pensando ahora mismo en eso. Esto puede ser cuestión de días o semanas, puede ser eterno o no serlo. Todo a su debido tiempo.

No estoy enamorado. No. ¿Puedo estarlo? No sé exactamente lo que se siente cuando ese sentimiento como es el amor, se apodera de ti, pero, sin duda alguna, la persona indicada para que me haga descubrirlo es ella.

Cuando la tengo entre mis brazos me siento completo, me embriaga una sensación de plenitud y ternura que no puedo controlar. No pensé que viniera a casa esta noche, no pensé que se rindiera. Es muy normal el miedo que ella siente. Es evidente que todas las experiencias que han formado parte de su vida le han pasado factura y han hecho que se convierta en quien es hoy.

Yo, por mi parte, no quiero más que hacerla sentir tan completa como ella me hace sentir a mí.

Me gusta su manera de mirar embobada todas las cosas que la rodean, sean simples o más complejas, pero las observa y analiza, buscando los pequeños matices.

Le gusta mi casa, le gusta lo que ve y a mí me gusta ahora que ella forme parte del espacio. Le da ese aspecto mágico. Me sorprende pensar que ahora que ella está aquí, está completa, que ella lo hace un verdadero hogar y que no quiero que se vaya jamás.

—*Piccola bionda*, vas a ser mi perdición.

Alza la cabeza, que seguía apoyada en mi pecho, y me mira con ojos inquisidores. La guerrera sigue ahí, bajo esa capa fina de calma con la que ha llegado.

—Si te molesta, me voy. —Se separa de mí furiosa para encaminarse a la

puerta. Giro sobre mis pasos y voy en su busca.

La sujeto por el brazo, pero ella se zafa y continúa su camino hacia la puerta. No creerá que la pienso dejar marchar así como así. Doy una zancada mucho más grande que la de antes y la vuelvo a sujetar por el brazo, pero esta vez, tiro de ella y hago que choque contra mi pecho.

—Eres una fiera, ¿te lo había dicho alguna vez?

La voy empujando lentamente, mientras ella va retrocediendo en sus pasos, sin separarse de mí.

—Al... algu... alguna —tartamudea.

Y esto a mí me parece enternecedor y me pone cachondo, a partes iguales.

—¿Estás nerviosa? —Le formulo la pregunta siendo perfectamente consciente de su respuesta sin ella decirla.

—No.

¡Mentira!

Terminamos chocando contra la pared, la tengo completamente acorralada y a mi merced, aunque ella se niegue a reconocerlo. Aunque su orgullo no se lo permita. Y ella a mí también, aunque ese secreto, me lo voy a seguir guardando.

—*Piccola bionda* —pronuncio acariciándole la mejilla con el dorso de mi mano.

Su cabeza se mueve siguiendo el paso de mi piel.

—No quiero hacerte daño, Mar —confieso.

Alza la mirada y me reta con ella.

—No me lo hagas —finaliza.

De un salto, enreda sus piernas en torno a mi cintura, como hizo hace siete meses en aquella playa, dentro de esas aguas que nos unieron. Me besa sin dudarle, sin pensarlo dos veces. Es perfecta para mí, ¡joder!

—Llévame a tu habitación.

Vuelvo a unir nuestros labios en un beso fogoso y ardiente, que sienta cómo me quemo por ella, por su piel, por sus labios, por sus besos, cómo me quema estar sin ella.

—¡Ya! —me exige, tras separar por un momento sus labios de los míos.

Pongo ambas manos alrededor de sus nalgas y me encamino hacia mi habitación. Nos estamos devorando, como si estuviéramos hambrientos uno del otro, y no puede haber ningún tipo de explicación más real que esa, puesto que, efectivamente, lo que sentimos va mucho más allá del deseo, es

pura necesidad. A mí me sucede cada vez que la tengo cerca, me queman los dedos por tocarla, por abrazarla y llevarla lejos, donde estemos solo ella y yo.

Mi habitación es especial para mí, está decorada con los mismos muebles y elementos decorativos que mi madre tenía en su habitación, antes de morir. Mi padre decidió cambiar el mobiliario tras su ausencia, supongo que es lógico. En eso nos parecemos, él a su manera, tras esa fachada de hombre duro y arrogante, escondía unos sentimientos muy profundos. Exactamente como yo.

Somos pura fachada.

No se deshizo de él, sino que lo guardó en una habitación, y yo, muchos años más tarde decidí traer conmigo esas piezas para poder sentirme en casa. Ahora, con Mar aquí, me siento más en casa que nunca.

Dicen que el verdadero hogar es ese en el que te sientes completo, independientemente del lugar en el que te encuentres. He vivido en muchos sitios, a veces por períodos más largos y otros, por temporadas más cortas, y en todos ellos, me he ido llevando alguna cosa que me hiciera sentirme bien, que llenara el espacio y eso, hasta ahora, solo lo ha conseguido mi madre con sus detalles.

Estoy seguro de que mi hermana Bárbara estaría encantada con Mar. Ambas tienen ese carácter guerrero. Bárbara lo heredó de mi madre. Cada vez que la veo, me asaltan los recuerdos.

—¡Joder, Gerard!, ¡esto parece un palacio! —exclama Mar cuando entramos en mi habitación.

No es una estancia muy grande. La pared que se encuentra a la derecha de la puerta de la entrada, es un enorme ventanal de cristal, y las vistas dan a la piscina. Es de noche, pero se ve perfectamente, gracias a la iluminación del exterior. No me molestó en encender la luz.

—Después quiero probar esa piscina, me llama desde aquí —me susurra coqueta.

—Ahora lo que vas a probar es otra cosa, *piccola bionda*.

Se ríe a carcajadas con mi comentario, y su simple risa me enloquece aún más, es especial. Tiene luz. Esa luz que necesito para salir de la oscuridad en la que he estado inmerso estos años.

—¡Eres un guarro! —Se ríe.

—No lo sabes tú bien —le contesto.

La dejo caer en la cama suavemente, mientras ella inclina la cabeza hacia

atrás para ver la pared donde se encuentra el cabecero de la cama. No hay cabecero, no exactamente. En esa pared, al igual que en la puerta principal, hay varios círculos y semicírculos de madera, divididos en dos filas, tres en la parte superior con mayor dimensión y tres en la parte inferior, que son mucho más pequeños. Digamos que son mitades de los superiores. Es un diseño de mi madre, por eso lo hice tallar en la puerta principal, es un pequeño homenaje.

Mi madre diseñó estas figuras de madera y mandó que se las hicieran tal cual ella había diseñado. Cada estructura está enmarcada por dos semicírculos que terminan a su vez, en la parte superior, como en la inferior, en círculos sin cerrar. Los semicírculos a su vez están unidos entre ellos por un rectángulo central, los cuales tienen tres círculos en la parte superior y tres en la inferior de forma piramidal. Y cada uno está unido a otra figura exactamente igual. En la parte inferior hay tres iguales, pero que se corresponden solo a una mitad superior. Las líneas externas de cada estructura están decoradas en color oro y el centro en madera de nogal. Mi habitación, siempre, estará decorada con estos elementos.

—Me encantan esas figuras —y cuando pronuncia estas palabras a mí me hace... ¿qué me hace?

—Es un diseño de mi madre —explico.

Mar asiente mientras se incorpora y se apoya sobre las rodillas. Coloca ambas manos sobre mi pecho desnudo y comienza a recorrerlo, no puedo evitar el escalofrío que siento al contacto de sus dedos en mi piel. Es maravilloso lo que me hace sentir. Me libera y las emociones fluyen por sí solas. Alza la cabeza y me sonrío al terminar de grabarme en su retina. Yo coloco mis manos sobre el bajo de su camisa y tiro hacia arriba. Esta intimidad tan absoluta es nueva para mí. Con Mar, todo está siendo nuevo para mí.

Una vez saco su camiseta, observo detenidamente su sujetador de encaje color borgoña. Resalta con su piel blanca, es increíble. Es perfecta, no me cansaré de repetirlo.

Ahora, coloca su mano en mi pantalón, estamos yendo despacio, alargando la dulce espera y convirtiendo en agonía la necesidad del contacto más extremo. Primero el botón, luego la cremallera y finalmente deja que mi pantalón caiga al suelo, dejándome solo con un *slip* Gucci de color negro.

Alza una ceja, entiendo que cuando se da cuenta de que mi ropa interior

es de marca.

—¡Eres pijo hasta para eso!

—Digamos... que me gusta vestir bien.

Vuelve a sonreír y yo le devuelvo la sonrisa. Mi turno. Tal y como ha hecho ella, me deshago de su pantalón vaquero y doy varios pasos hacia atrás para grabar en mi mente la imagen que tengo frente a mí. La imagen de esta diosa que me vuelve loco y por la cual sería capaz de romper mi mundo, con la única intención de que ella sea feliz y tenga ese todo que tanto se merece.

—Acércate —susurra con falsa inocencia—. Es mi turno —me dice.

Yo me muevo hacia donde ella me pide. Coloca un dedo alrededor del elástico de mi *slip* y comienza a moverlo de izquierda a derecha, y viceversa, rozando suavemente mi miembro en su recorrido. Lo hace aposta, lo sé. Su mirada cándida me hace estremecer y ella sonríe satisfecha cuando se da cuenta de que obtiene los resultados que esperaba. Baja la última prenda que me queda, y se incorpora para someterme ahora ella a mí a su escrutinio. Tiene las mejillas ligeramente sonrosadas y los ojos brillantes, estamos en el mismo punto, *piccola bionda*.

—Mi turno —repito sus palabras, pero casi no reconozco mi propia voz cuando sale de mi garganta, es el efecto Mar Villareal.

Ella se queda parada, observando mis movimientos. Me coloco muy muy cerca de ella, con la intención de ponerla tan nerviosa como me pone ella a mí. Sitúo mis manos en su espalda y me deshago del enganche del sujetador con maestría.

—Vaya, eres todo un experto. —Noto el punto de celos en sus palabras. No puedo estar más encantado con ese sentimiento de posesividad que tiene, puesto que es el mismo que he experimentado yo. Y una vez más siento que me pertenece, que es mía.

—Contigo, cada cosa se convierte en mi primera vez, *piccola bionda*. No te pongas celosa.

No me responde, no con palabras. Simplemente coloca su mano extendida sobre mi pecho, y cierra los ojos, para notar el latido acelerado de mi corazón. Siento el impulso de decirle que es suyo, que late así por ella, pero no me salen las palabras. No estoy acostumbrado a mostrar sentimientos.

Con su mano en mi pecho me deshago de sus braguitas y coloco mi mano extendida entre sus senos, observo cómo tiene los ojos cerrados, así que imito su gesto, sintiendo solamente nuestros latidos. Con los ojos aún cerrados,

pone su mano encima de la mía, haciendo que abra los ojos. La noto dudando, pensativa e insegura.

—*Che cosa succede?*

Parece entenderme a la perfección. Baja la cabeza y expulsa todo el aire por la boca, desinflándose ante mí.

—Gerard... —hace una pausa mientras clava sus ojos sobre los míos—, creo... creo que me estoy enamorando de ti.

¡Qué sensación esta! No deja de fascinarme con cada cosa que hace o que dice. Me sobrecoge el alma, pero... ¿qué le digo? ¿Qué hago? Simplemente la tumbo en la cama y me coloco encima de ella. Acomodo los brazos a ambos lados de la cama y la miro desde arriba. Sitúo mi pene en su entrada y la penetro lentamente, sin retirar la mirada, sin romper la conexión que estamos teniendo. Mi piel arde por completo ante su contacto. Mar hace lo mismo que yo, me mira con la misma ternura que intento transmitirle, no me salen las palabras, no sé qué decirle, simplemente demuestro lo que siento a mi manera. Espero que sepa entenderlo.

Nos fundimos en uno y nos dejamos llevar por el placer más intenso y devastador que existe. ¿La única diferencia? Que esta vez no es solo sexo. Esta vez hay sentimientos, hay necesidad, hay piel y hay amor. Amor del bueno. Esto es lo que se siente, ¿verdad?

# Capítulo 16

No me atrevo a preguntar qué ha sucedido entre nosotros, pero mentiría si dijera que ha sido sexo. Entre nosotros ya no es solo eso.

Le he confesado que me estoy enamorando de él, en realidad, creo que es estúpido no admitir que ya lo estoy, pero no quería asustarlo. No esperaba que respondiera. No todas las personas sienten de la misma manera y con la misma intensidad, ni en el mismo espacio de tiempo. Gerard tiene muros infranqueables, lo sabemos, pero, aunque no me lo dijera con palabras, yo sentí que había mucho más que una simple unión carnal.

Ahora mismo, nos encontramos abrazados en esta cama, yo estoy de lado, observando fascinada esa piscina y sus suaves movimientos, Gerard se encuentra tras de mí, recorriendo con su dedo mi brazo y depositando, aleatoriamente, besos en él.

—Quiero meterme en el agua. —Mi voz suena a súplica.

Gerard ríe tras de mí y me coloca boca arriba. Aprisiona mis manos y empuja con su pelvis en mi centro.

—*Sei una donna molto persistente*<sup>17</sup>.

—Eso no hace falta que me lo traduzcas —me burlo—. Y sí, suelo luchar por lo que quiero.

—Se nota.

—¿El qué se nota? —pregunto curiosa.

Sigue encima de mí, moviendo sus caderas, encendiéndome.

—Que eres una luchadora.

Y no deja de ser cierto.

—Estas cosas te las enseñan los golpes...

—Te las enseña la vida —añade Gerard.

—Tú también sabes de lo que hablo, ¿verdad?

Se limita a asentir.

—Vamos a darnos ese chapuzón —me propone.

Giro la cabeza y en el mueble de la cama veo un pequeño reloj de mesa. Son las dos de la mañana.

Se levanta y me tiende la mano para que me incorpore, extendiendo la mía y la sujeta con firmeza. Tira de mí y choco contra su firme pecho, ¡este hombre

está hecho para volverse loca de remate! Me pone de lado, coloca sus manos en la parte trasera de mis rodillas y me levanta.

—Demasiado caballeroso, ¿no crees?

—Nunca se es demasiado caballeroso con una mujer.

—Suenas a galán de telenovela.

Su sonora carcajada retumba en mi pecho.

Comienza a caminar y salimos de la habitación, la puerta corredera del salón está abierta y conecta directamente con la piscina. En cuanto salimos noto el fresco de la noche sobre mi piel.

—Sabes que estamos desnudos, ¿verdad?

—Lo sé —me responde escueto.

—Sabes que podría vernos cualquiera, ¿verdad?

—Olvídate, eso no sucederá. La verja está cerrada y hay suficiente intimidad como para poder hacer este tipo de cosas.

—Vale —respondo tranquila—. Puedes bajarme.

—¿Qué has dicho?

—Que puedes bajarme, ya hemos llegado a la piscina.

No hace ningún amago de bajarme y comienzo a ponerme tensa.

—¡Ni se te ocurra! —exclamo mientras comienzo a moverme y patalear—. Gerard, ¡noooooo! Retiro lo de galán de telenovela...

Es lo único que me da tiempo de gritar antes de darme cuenta de que ya me ha soltado y que voy directa al agua.

—Serás... —escupo nada más salir del agua.

Gerard se está riendo a mandíbula batiente.

—¿Te hace gracia, desgraciado? —continúo mi repertorio con un par de improperios más.

Me mira desde el borde de la piscina, mientras intento salpicarlo, con poco éxito, además. Se queda plantado, sin reírse, solo analizando la escena y a mí.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada.

No me responde, simplemente, se zambulle en el agua de manera perfecta, digno de un nadador olímpico.

—¿Por qué haces todo tan bien? —pregunto cuando emerge.

Arquea una ceja interrogante mientras me sujeta por la cintura.

—¿Estás insinuando que hago todo bien?

Cazada.

—Sabes de sobra que haces todo bien. —Y lo debo admitir a sabiendas de que su ego se alimenta y crece.

—En realidad, solo quiero hacer bien las cosas contigo.

¡Se acabó! Ante esto no tengo nada que decir, no hay rebatida posible. Me tiene en el bote, por completo.

Acerco mis labios a los suyos y nos fundimos en un beso muy dulce.

—Cuando quieres, eres muy tierno.

—Igual que tú, *piccola bionda*. Pero otras veces eres muy, ¿cómo se dice?

—¿Puñetera? —finalizo yo.

—Iba a decir guerrera. Porque hace siete u ocho semanas, me tratabas fatal.

Me separo de él para poder responder a su comentario. Nado hacia la escalera de la piscina y me siento en el tercer escalón, donde el agua me cubre por completo. Gerard nada hacia mí y toma asiento a mi lado.

—Estaba muy ofendida y cuando me enfado me sale la Érika que llevo dentro.

—¿Érika? —pregunta Gerard.

—Érika es mi amiga, la morena, estaba conmigo el día que nos encontramos en Candelaria.

—Vale, ya sé quién es. Soy malo para los nombres. Max dice que es insoportable.

—Pues anda que si te cuento las cosas que dice Érika de él, te quedas en shock. Para empezar, lo llama el Carachancla.

—¿Carachancla?

—Las chanclas son las zapatillas que se usan para ir a la piscina. Es una palabra muy de nuestra tierra, muy canaria.

—Vale, entiendo, es despectivo.

—Lo es. La incomoda todo el día.

—Perdona, pero Max me dice exactamente lo mismo de ella, que está todo el día buscándole las cosquillas.

—Será recíproco.

—Yo creo que los que se pelean se desean —puntualiza Gerard.

Me quedo en silencio sopesando la opción.

—No creo. Bueno, no sé. Se lo preguntaré cuando la vea.

—Pero no le digas que yo lo he dicho, no vaya a ser que me ataque. Si me dices que a ti cuando te enfadas te sale la Érika que llevas dentro, no quiero

imaginar a Érika enfadada.

—No, mejor no. Es muy perra, pero en el fondo es buena niña. Simplemente, no lo ha pasado bien en la vida.

—¿Y quién lo ha pasado bien? —acabas de hacer la pregunta del millón, Gerard.

—Quizás me pasé, lo siento. Pero en realidad es tu culpa, por haberme hecho eso.

—De «eso» tenemos que hablar.

—Hablaremos. Luego. Ahora, estrenemos esta piscina como Dios manda. Gerard arquea una ceja y sonrío burlón.

—Sus deseos son órdenes, *piccola bionda*.

Y volvemos a tener de testigo el cielo estrellado, mientras Gerard y yo, nos devoramos con locura y nos adoramos con pasión.

Magnífica. Ese es el adjetivo que mejor define la noche que hemos pasado. Es de día, la claridad entra por la inmensa pared de cristal que hay frente a mí. Me giro y veo a Gerard durmiendo profundamente, su brazo está apoyado encima de mi muslo. Intento levantarme para ir al baño. Necesito ir al baño. Me incorporo, sigo desnuda; contemplo la piscina que está situada frente a mí y un estremecimiento me recorre entera al recordar lo que pasó la noche anterior dentro de esa agua. Jamás había experimentado una sensación más placentera que Gerard poseyéndome en cuerpo y alma mientras el agua nos envolvía a ambos.

—¿Dónde vas, pequeña?

—Necesito ir al lavabo —respondo.

Me doy la vuelta y lo veo ahí, mirándome fijamente. Parece una tontería, pero esta sensación de vernos así, en algo tan cotidiano, como amanecer juntos después de haber compartido la misma cama, me emociona.

Es un gran paso, Mar.

En la habitación hay una puerta corredera. Entro y observo un baño completo. Lavabo, váter y un armario donde debe haber toallas y productos de higiene. A mano derecha veo un plato de ducha enorme, con una mampara de cristal. Impresionante es quedarse corta, da a la piscina, ¿y si...?

—No nos ven desde fuera, es un cristal que permite observar lo que sucede fuera, pero no al revés.

—¡Vaya! ¿Ahora me lees el pensamiento? —me burlo.

—Eres un libro abierto para mí, Mar.

—Espero que algún día sea al revés —y lo digo con toda la conciencia de las palabras que salen por mi boca. Es una súplica para que esto que está naciendo y creciendo, se materialice y se convierta en futuro.

Entro en la ducha y abro los grifos.

—¿Para usar esto hay que hacer un máster?

—Es una columna de hidromasaje, mira, funciona así. —Y comienza a explicarme el funcionamiento del *aparatejo* este.

—Mi casa es mucho más sencilla que esta —pronuncio avergonzada.

—Tu casa es sencilla, como tú, no necesitas más, y yo tampoco si estás en ella.

—Vaya, vaya, pero si eres todo un Romeo —vuelvo a burlarme, para romper un poco el momento tan profundo que tenemos.

—Pero no se lo cuentes a nadie —dice en mi oído—, tengo una reputación que mantener. —Me guiña el ojo—. Te dejo, para que disfrutes de las vistas y de la ducha.

—De las vistas disfrutaría más si te quedaras conmigo. —Y hago un barrido a su cuerpo desnudo.

—*Non mi dire due volte*<sup>18</sup>...

Salgo de la ducha, después de un baño de todo, menos relajante, y saco el teléfono. He estado tan concentrada en otras cosas que no le he prestado nada de atención a lo que sucedía.

Tengo varias conversaciones, Andrés de nuevo, que me felicita por el programa, es un solete, en serio que le deseo lo mejor. Dilaila, que me cuenta que hemos recibido una carta buenísima... ¿Qué hace esta chica trabajando hoy sábado? No me lo explico. Veo que mis «perras satas» han estado dándole al pico porque tengo ciento tres mensajes sin leer.

Alma:

¡¡Felicidades por el programa, Mar!!

Érika:

Sííí, muchas felicidades. Un tema serio el de esta semana.

Alma:

¿Dónde estará metida que no contesta?

Érika:

No se conecta desde hace mucho, seguro que está con el *Panini*.

Alma:

¿Tú crees? ¿Se habrá rendido ya?

Érika:

Hasta mucho ha tardado, no jodas, si es que ese hombre solo con una sonrisa te quema las bragas.

Alma:  
En realidad, yo tampoco creía que fuera a aguantar mucho, se nota que está coladita por él.

Érika:  
Se nota a leguas. Es que hasta yo besaría el suelo por el que pisa.

Alma:  
Qué exagerada eres.

Érika:  
Llevo mucho sin catar carne, estoy fatal.

Alma:  
Resuelve, chica.

Érika:  
No tengo con quién.

Alma:  
¿¿Con el juez??

Érika:  
¿Estás pimplada<sup>19</sup> o qué?

Alma:  
Es broma.

Érika:  
No vaciles con eso, tía. ¿Nos echamos un karaoke mañana o qué?  
Dile a Jaime que prometo no pedir «Picky» muchas veces, ja, ja.

Alma:  
Soy Jaime, bruja. Y sí, OK, al karaoke. Al final me va a gustar y todo.

Érika:  
Te estamos llevando por el mal camino.

Alma:  
Este es el camino verdadero.

Érika:  
Piiiiiiii, pastel al canto, paso. Maaaaaaarrrrr  
deja de follar, so guarra, y haznos caso.  
¡¡Mañana no vas a poder caminar, asquerosa!!

Alma:  
Déjala, que disfrute.

Érika:  
Eso lo dices porque tú también estás servida.

Madre mía, si es que no termino.  
—¿Qué haces?

Levanto la cabeza y veo a Gerard frente a mí, con un pantalón de pijama suelto y sin camisa, pecado, eso es lo que es este hombre.

—Estoy leyendo todos los WhatsApp que tengo de mi comando. Me faltan aún ochenta y uno por leer, pero al verte así he perdido hasta el raciocinio. Creo que esta noche nos vamos de karaoke.

—Yo esta noche tengo una reunión de negocios, así que llegaré a casa tarde. Si quieres nos podemos ver cuando termines.

¿Negocios? ¿Pregunto? Mejor que no.

—No te preocupes, las noches de chicas son así, siempre decimos que «salimos de tranquis<sup>20</sup>» y terminamos a las seis de la mañana medio pedo. Alma ahora está embarazada, así que es la cuerda del grupo.

—Estáis medio locas, ¿no?

—Enteras. —Me río.

Después del almuerzo y un orgasmo más, me vuelvo a casa. Necesito descansar un poco antes de salir, por mí, me habría quedado en casa de Gerard, pero él tiene una reunión y yo prefiero estar en casa y prepararme con calma.

Mar:

Esta noche cena en casa de Alma y luego  
karaoke. Me apunto.

Me meto de nuevo en la ducha y me lavo el pelo a conciencia. Con el ejercicio que he hecho, creo que cubro la dosis de un mes. Salgo envuelta en una toalla, mientras se seca la crema corporal que me he puesto y cojo el teléfono.

Érika:

¡¡Parece que estás viva!! ¿Puedes caminar?

Alma:

OK a la cena. Eso, eso, ¿puedes caminar?

Mar:

Sois unas envidiosas y sí, puedo caminar  
Aunque... bien podría no hacerlo.

Ambas están en línea porque veo cómo escriben.

Érika:

Se te va a caer, pendeja.

Alma:

¿Y bien?

Mar:

No pienso contar nada hasta esta noche.

Alma:

Jaime dice que está preparando la cena, pero

que a cambio espera un buen chisme.

Mar:

Ja, ja ja, dile que hay novedades.

Érika:

Deberíamos incluir a Jaime en el grupo,  
Visto lo visto...

Alma:

No, creamos uno con él, mejor. Este  
que sirva de desahogo.

Mar:

Tú no tienes que desahogarte, eres feliz  
como una perdiz. Estás enamorada hasta  
las trancas...

Érika:

Amén.

Alma:

Amén.

Mar:

Y jode con el amén de las narices.  
Nos vemos esta noche. Os quiero.

Érika:

Te queremos, aunque no puedas  
sentarte en una semana, ja, ja.

Alma:

Ja, ja, os quiero.

En ocasiones, muchas ocasiones, he echado de menos en mi vida una hermana. Una persona con la que ir de rebajas, a la que llamar cuando me encuentro triste, con la que poder contar para cualquier cosa o simplemente, no sentirme sola. Pero hace tiempo que ya no tengo esa carencia, hace tiempo que sé que no necesito unos lazos sanguíneos para ser consciente de que tengo dos hermanas. No, en mi vida no falta esa figura, es más, me han bendecido con dos, no con una. Cada una con su particular carácter; Alma, la defensora de las causas perdidas, la que apuesta por la bondad de las personas, la que confía ciegamente en la gente y busca finales felices, persistente como ella misma, luchadora como una guerrera. Érika, juiciosa en la vida tanto como en su profesión, estricta, directa y mordaz, cariñosa, aunque no lo parezca, recta y mal hablada, borde, pero con un corazón enorme, con mucho que dar. Por otra parte, está Jaime, que es nuestro hermano mayor, que ha apostado por la valentía a pesar de los miedos y las dudas, que ha luchado por lo que quiere por encima de todo, y que hoy, es uno más del comando, uno más de la familia, al que proteger y para protegernos, con sentimientos infinitos hacia nosotras y hacia Alma. En

breve, Candela abrirá el camino a las nuevas generaciones, que espero, de corazón, que no se quede en un único retoño. Ahora bien, ¿qué me estoy planteando? ¿Ser madre? ¿Quiero ser madre? En realidad, lo que quiero es centrarme, encontrar mi sitio y vivir. Sí, por supuesto que quiero ser madre, ya se lo dije a Gerard el viernes, quiero un futuro con pequeños corriendo a mi alrededor, con Navidades de ilusiones, de regalos, de inocencia. Con veranos de viajes, playa, cubos y arena. Carnavales con disfraces de Avengers o Frozen. Vivir todas las etapas, todas y cada una, como madre, como mujer y como compañera. Que me quieran y querer. Que me mimen y mimar. Que me endulcen y endulzar. Que me necesiten y necesitar. Que nos consuma la pasión y consumir las horas en la cama, desbordados por la locura. Y en todo esto, Gerard es quien aparece en mis visiones. Porque quiero que mi futuro huela a él; a amor, pasión y vida. Porque una vida no me basta si él está en ella, y esto, es una declaración en toda regla. Estoy completa, absoluta e irrevocablemente enamorada de Gerard. Dejaré de luchar contra él y comenzaré a luchar por él.

Toco en la puerta al llegar a casa de Alma y es ella la que me abre.

—¡Cada día estás más guapa! —exclamo nada más verla.

—Cada día estoy más redonda —me contesta cabizbaja.

—¡Estás preciosa! —susurra Jaime que se ha acercado por detrás y la abraza con ambas manos puestas en su hermosa barriga.

—Ya falta menos —susurra colocando sus manos sobre las de Jaime.

Cuánta ternura se respira en este hogar.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Érika que acaba de hacer acto de presencia.

—¿Has vuelto a saltar la valla de la entrada? —inquire Jaime con fingido enfado.

—Esa valla es una mierda, mide medio metro, ¿esperas evitar un robo con ella?

—Quizás no, pero podrías esforzarte y tocar el portero, avisar de que llegas, esas cosas que son normales.

—Paso —finaliza Érika mientras entra en la casa como un vendaval riéndose de Jaime.

—Encima se ríe de mí, ¡es de lo que no hay! —nos susurra Jaime bajito para que Érika no lo oiga.

—Te estoy oyendo, señor Paella —grita desde el salón.

—Serás...

—Pero me quieres —responde sin dejarlo terminar.

—Te salva eso, ¡bruja!

—Bruja tú p...

—Haya paz, por favor —interviene Alma—. Tengo que poner paz siempre entre todos, parecéis cerillas.

—Ha empezado ella —apunta Jaime.

—Ha empezado él —se defiende Érika.

—Da gracias a que se nos pasan rápido los enfados —intervengo yo.

—Doy gracias constantemente. —Se ríe Alma.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Érika cuando nos sentamos todos en el salón.

—Pues bien, cansada, pero bien.

—¿Tienes ganas de que salga ya? —pregunto.

—Un poco sí. —Sonríe mientras mira a Jaime y le dedica una candorosa sonrisa.

—Que Candela decida cuándo quiere salir. —Y este a su vez le devuelve la sonrisa.

—¿Cómo va lo de tu divorcio, Jaime?

—Muy bien, Érika, al ser un divorcio de mutuo acuerdo y sin hijos, creo que la sentencia saldrá en breve. Tendré que ir a Valencia a firmar llegado el momento y poco más.

—¿Y el trabajo? —pregunto llevándome un trozo de queso a la boca.

Hemos salido a la terraza a cenar, porque la noche está como para eso, despejada y cálida.

—El tema del trabajo está controlado, me han reubicado y he rechazado el puesto de auditor.

Érika y yo giramos la cara y lo observamos detenidamente, con cara de sorpresa, por lo que acaba de decir.

—¿Qué? —Flipar es poco.

—¿Y eso? —añade Érika.

Creo que no hace falta que nos dé muchas explicaciones.

—Porque todo lo que necesito está aquí. No quiero perder más tiempo, no quiero alejarme de ellas —dice posando su mano de nuevo en la barriga de Alma—, porque ellas son mi ahora y mi después.

—*Mecagüentodo*, Jaime.

Erika se levanta, se coloca sobre las rodillas y se abraza a las piernas de Alma, con su mano y la de Jaime unidas. Me sumo a esa iniciativa y me levanto yo también, me abrazo a ellos y me emociono muchísimo.

—Mi rímel no es *waterproof* —suelta Alma, con los churretones negros en las mejillas.

—¿*Water* qué? —Me río entre lágrimas yo también.

—*Waterproof*, resistente al agua, o a las lágrimas —nos explica Érika.

—Yo no tengo de eso, ni siquiera sabía qué era.

Las caras de asombro de Alma y Érika me hacen más gracia aún.

—Voy a tener que comprarme uno —añado.

—Yo solo conozco los relojes *water resistant*. —Se ríe Jaime y nosotras nos sumamos a su broma.

—Hasta feo estaría que supieras tú de rímel —se burla Érika.

¿Qué sería de nosotros sin estos ratitos? ¿Qué sería de la vida sin la amistad? ¿Sin el amor? ¿Sin las sensaciones de vivir plenamente? ¿De afrontar miedos? ¿De superar fracasos? ¿De luchar contra la cobardía? Y, sobre todo, ¿qué sería de nosotros sin caer y tener la suerte de poder levantarnos?

Llegamos al karaoke después de terminar de picotear. Yo me he reservado «la bomba» para cuando tenga un par de copas encima, más que nada, porque ni yo misma sé cómo enfrentarme a todo esto. Exactamente no sé qué me dirán o cuál será su opinión, lo que tengo claro es que se lo debo contar y desahogarme, decir lo que siento. Se supone que en eso se basa nuestra amistad, en decir las cosas tal cual surgen, pudiéndonos gustar más o menos lo que ellas opinen, pero aceptándolo de igual manera.

—Jaime, vamos a pedir. —Érika agarra a Jaime de la mano para que se levante del sillón en el que nos hemos colocado—. ¿Tú qué vas a tomar, Alma?

—Una Fanta de naranja —dice poniendo carita de conejita indefensa.

Jaime le sonrío y le da un beso en la sien, después de susurrarle algo al oído, acto seguido se van a la barra.

—Bien, estamos solas, ¿qué pasa?

—¿Cómo puede ser que me conozcas tan bien? —inquiero.

—La amistad es así...

Suspiro con fuerza antes de responder.

—En realidad, no pasa nada, simplemente, he tomado una decisión.

—¿Y es?

Jaime y Érika llegan en ese momento. Érika me da mi Arehucas cola y se sienta a mi lado, en las pequeñas butacas que están en la mesa, cediéndole el sitio en el sofá a Jaime para que se siente al lado de Alma.

—Parece que llegamos a tiempo, porque vuestras caras son un poema.

—¿Ahora eres médium, Érika? —bromeo.

—No, pero me lo pensaré para cuando no se me dé bien la abogacía, ¿qué pasa?

Contraigo el gesto en una mueca, porque en realidad, es increíble cómo me conocen ambas.

—Anoche estuve con Gerard. Pasé la noche con él.

—¿Y? —pregunta Jaime mientras se lleva a la boca su Martin Miller's.

—Eres un chismoso.

Me saca la lengua y continúa bebiendo.

—Soy uno más —sentencia.

—Eso sin duda —afirma Érika—. Ahora, sigue.

—No hay mucho que contar, simplemente decidí dejar que fluya, ver a dónde me lleva todo y bueno... esperar a que no termine cayendo por un precipicio. —Agacho la cabeza intentando que estas últimas palabras queden en una lejana hipótesis que no tenga por qué ser corroborada jamás por hechos.

—¿Y Marzia?

—¡Joder, Érika! ¿Tienes que nombrarla?

—Está en la ecuación, o bueno, no sabemos cómo de partícipe es, pero sabes que algo pasa.

—Ese tema tengo que hablarlo con él, pero anoche no quise, sinceramente, preferí disfrutar del momento, abstraerme de todo y que fuéramos nosotros solos.

—Ya, pero está ahí.

—¡Y jode, Érika! ¡Que ya lo sé!

—Haya paz —interviene Alma—. Marzia está ahí, sí, pero bueno, no sabemos cuál es su papel, como bien has dicho, Mar, así que lo que nos queda es descubrirlo.

—Descubrirlo lo descubriremos, porque hablaré con Gerard del tema —zanjo.

—Bueno, pues eso ya es un gran paso —puntualiza Jaime.

—Lo es —finalizo yo.

—Amén —suelta Érika.

—Odio los putos «amén». Les estoy cogiendo un asco que te cagas.

—Amén —añade Alma.

Las miro con cara de odio, pero es inevitable que sonría, no puedo con ellas, en serio.

—Hablando del rey de Roma —dice Érika.

Miro hacia donde ella lleva su mirada y le veo entrar. Se me seca la boca solo de verlo con su porte, tan masculino, tan varonil, es un pecado para los ojos.

Se queda parado en la entrada observando el local.

—Parece que no somos las únicas que nos hemos quedado mirando.

Analizo el local y veo que la mayor parte de las mujeres lo miran sin disimular un ápice su interés.

Instintivamente me levanto con la intención de dirigirme hacia donde está él.

—Parece una loba —se burla Érika.

—Cállate —escupo antes de irme a su encuentro.

Se da cuenta de mi presencia al momento de levantarme. Clava sus ojos en mí y me recorre, a pesar de la oscuridad, en ellos hay un fuego que me hace estremecer, solo por el simple hecho de mirarme.

—¿Qué haces aquí? ¿Y la reunión? —pregunto cuando llego a su encuentro.

—No podía sacarte de mi cabeza. Necesitaba verte, tocarte, sentirte y olerte. Necesitaba abrazarte —susurra mientras acorta la distancia que nos separa y me envuelve entre sus brazos, haciendo que una tremenda sensación de protección me embriague.

Me hace sentir tan bien, tan protegida, tan mujer.

—Este es el mejor sitio del mundo, Mar. Donde tú te encuentres siempre será el mejor sitio del mundo —añade sin romper el abrazo.

En este momento todo deja de importar, no me importan las miradas, las envidias, los celos, las dudas, las incertidumbres. Este abrazo, su contacto y su calor, es lo único que necesito para sentirme yo misma.

—Nunca dejes de abrazarme —ruego.

—No sé qué me haces, Mar. Dejo de ser yo y solo quiero ser esa persona que soy cuando estamos juntos.

Me siento incapaz de contestar, o de añadir algo a esa afirmación, simplemente sonrío, alzo la cabeza y deposito mis labios en los suyos. Dejo que la magia nos envuelva.

—Creo que deberíamos acercarnos a la mesa. Mis amigas nos observan y sería de mala educación no saludar.

—*Andiamo.*

Caminamos hacia la mesa donde se encuentran las chicas y Jaime. Me están estudiando. Han estado pendientes de lo que ha sucedido entre nosotros.

—Chicas, os acordáis de Gerard.

—¿Chicas? ¿Y yo qué?

—Jaime, tú eres una más —me burlo.

—Está bien saberlo, pero me niego a ir de compras con vosotras, sois cansinas —contraataca.

—Sí nos acordamos. Te vimos en Candelaria, pero no hemos tenido el placer de conocerte más profundamente.

—Hola, ¿cómo estás? —Se pone de pie muy pizpireta y le planta dos besos. No puedo evitar la mirada de advertencia que le echo—. Tranquila, Mar, cariño, que no voy a robártelo, ¿o sí? —pregunta risueña.

—Lo siento, Érika, pero soy hombre de una sola mujer.

—¿Seguro? —pregunta volviendo a la carga—. No sé qué pensará Marzizorra de eso.

—¿Marzi..., qué?

—Marzizorra, Gerard. Así es como ha bautizado Mar a la rubia pija de los cojones, pero vamos, que mis adjetivos también son válidos, puestos a elegir. Mierda. Será bocazas la tía.

—Perdona, Gerard, Érika es así, es un poco peculiar, como ya te dije.

—De peculiar nada, bonita, soy directa, simplemente he verbalizado lo que aquí todos pensamos y nadie dice.

*Lamadrequelaparió...*

—Se acabó el tema, eso es entre nosotros —finalizo.

Noto tensión en el ambiente. Cuando conocimos a Jaime, Érika actuó de la misma manera. Es cierto que ella simplemente pone nombre y apellidos a un fantasma que nos ronda, pero está claro que no es ni el momento ni el lugar, ni las personas con las que tengamos que hablar de esto. Es un tema pendiente, sí, pero entre Gerard y yo. Punto.

Érika, ahora se sienta al lado de Alma y Jaime y nosotros nos colocamos

en las pequeñas butacas.

—¿Qué bebes, Gerard? —pregunta Jaime.

—Macallan 1947. *Whisky*.

—¿Tendrán eso aquí? ¡Es una bebida cara! —exclama Jaime—. Vamos a pedir, dejemos espacio para que nos critiquen. En realidad, para que te critiquen a ti, yo ya pasé esa inquisición.

Se van riendo en dirección a la barra y nos quedamos las tres solas. Echamos los culos hacia adelante para juntarnos más y poder criticar un poco.

—Te derrites por él —afirma Alma.

—Sí. No lo puedo evitar, es verlo y temblar.

—Estás enamorada hasta las trancas —añade Érika.

—No sé.

—Parece que es mutuo —continúa Alma, como si no hubiera escuchado mi respuesta.

—Sí que lo parece —reafirma Érika.

—¿Vosotras creéis? Por cierto, Érika, te acabas de pasar tres pueblos y medio. ¡Córtate un poco, chica!

—Quizás no tenía que haberlo dicho, pero es que el tema ese me tiene en ascuas, el no saber. Perdona.

—Es un tema que tenemos que hablar nosotros. Saberlo, lo sabremos, a su debido tiempo.

—Mar —toma la palabra Érika y confieso que miedo me da—, yo soy una mera espectadora y es cierto que conozco lo que tú nos cuentas y observo los movimientos de él. Sí que parece que esté interesado por ti, pero no te fíes del todo hasta que sepas cuál es la situación y aclare lo que hay en medio, todo lo que confunde. No podemos obviar que puedas ser para él simplemente un polvo, un entretenimiento.

—Joder. Érika, ya lo sé.

—Lo sabes, pero no tomas precauciones. Las dos sois iguales, hasta que no os reventáis la boca no aprendéis.

—Yo quisiera verte en una situación de estas y ver hasta qué punto controlas y eres fría y calculadora.

—A mí, esas cosas que os pasan a vosotras no me van a suceder. Alma, a ti te salió bien, pero perfectamente podría haber no salido y ahora mismo serías un cadáver en la cuneta.

—Te juro que te quiero, pero a veces hace daño lo que dices. No tienes filtro, Érika —interviene Alma.

—Lo hago por vuestro bien. Y ahora, dejemos el tema que ya vienen.

—¿Ves? ¿Qué te dije? Estaban criticándote. Lo llevas claro, en este trío —y Jaime nos señala a las tres con el dedo índice— no crece la hierba.

Gerard se ríe a mandíbula batiente contagiándonos al resto. Choca el puño con Jaime antes de que este tome asiento junto a Alma de nuevo.

—Y dime, Gerard, ¿en qué trabajas exactamente? —vuelve a la carga Érika.

—Soy inversor de varias empresas de medios de comunicación, también tengo acciones de otras en hostelería y restauración y una cadena hotelera, que principalmente está repartida por Europa con mayor influencia en Italia.

—Es decir, y resumo, que vives un poco del cuento, ¿no?

—¿Eres así siempre?

—Es así siempre —intervengo.

Gerard fija su mirada de asombro en mí antes de volver a centrar la atención en Érika.

—No me extraña lo que dice Max de ti.

—Buenoooooooo, ya el conejo me arriscó a la perra. ¿Qué es lo que se supone que dice el Carachancla de mí?

—Te acabas de meter en un lío, chaval —le advierte Alma.

Gerard vuelve a sonreír antes de responder.

—Simplemente dice que eres una fiera.

—En eso no se equivoca.

—¿Por qué os lleváis tan mal? —insiste Gerard.

—¿Te ha dicho que nos llevamos mal? ¿Eso ha dicho?

—No, no me lo ha dicho exactamente. Pero no soy bobo, conozco a Max hace tiempo y eres la primera mujer que lo saca de sus casillas.

—Quizás soy la primera mujer de verdad que conoce.

Gerard vuelve a mirarme, más conmovido si cabe que antes.

—Sí, es así, tal cual. —Asiento con la cabeza en repetidas ocasiones para que lo asuma.

—Escucha. —Érika salta del asiento y se levanta emocionada cuando oye que suena «Picky», de Joey Montana—. ¡Es nuestra canción! —grita emocionada.

—Da gracias a la canción, porque te estabas metiendo en terreno

pantanosos.

—Los que se pelean se desean..., míranos a nosotros, *piccola bionda*.

—Odio esta canción —exclama Jaime.

—Y yo —se suma Gerard a lo dicho por Jaime.

—¡Cállate! Es la mejor canción del mundo —explica Alma.

Jaime y Gerard la miran con cara de «¿estás loca o qué?».

—Vale. Quizás no es la mejor canción del mundo, pero es nuestra canción y tiene mucho significado para nosotras.

—Eso lo entiendo, pero ¿de verdad se puede considerar a eso que suena «música»?

—Oye, *Panini*, que te estás jugando un patadón, eh, levanta ese culo —«hermoso», dice moviendo solo los labios y mirándome a mí— y baila como un campeón, que a tu chica le gusta.

—Suena bien eso de «mi chica» —susurra agarrándome por la cintura.

—Es lo que soy, ¿no? —y formulo esta pregunta con miedo y recelo a su respuesta.

—Es lo que eres. Ahora mismo eres mi chica, mi pequeña, *la mia piccola bionda*.

—Gerard —murmuro bajito—, no eres consciente de lo que me pone que me hables en italiano.

—*Dannazione!* ¿Y eso por qué no me lo has dicho antes? La de cosas que me habría ahorrado para seducirte.

—¿Seducirme? —Le doy con el puño en el pecho y él responde estrujándose más intensamente contra su cuerpo—. Yo me he dejado seducir porque he querido, no te lo creas tanto, *italianini*.

—Vaya, vaya, vaya. Mar —susurra él ahora bajito, lo miro fijamente, conectando de nuevo nuestras miradas, sin poder evitar las reacciones de mi cuerpo ante su cercanía—. No eres consciente de lo que me excita que te pongas guerrera conmigo. —Y esto lo termina con un movimiento de pelvis que me hace notar a la perfección la erección que tiene.

—Sinvergüenza —mascullo.

—Y a ti te encanta.

—Joder, sí, me encanta —le digo antes de posar mis labios sobre los suyos y dejarnos de rodeos.

—Te necesito —me dice interrumpiendo el beso.

—Nos vamos —me apresuro a añadir.

Me sonrío granuja y alza una ceja.

—Vale, yo también te necesito, no hace falta que vayas de digno.

Me giro para ir a despedirme de las chicas que están bailando y aprovecha para darme una nalgada.

—Me lo pienso cobrar todo —le grito para que me oiga entre el barullo.

—Espero que con intereses.

Y casi tropiezo al oírle decir esas palabras. No hay manera. Es irracional. No logro reprimir el gemido que sale de mi boca y del que Gerard es consciente.

Puede que gane una batalla, pero la guerra es mía, hombre desconocido.

<sup>17</sup> «Eres una mujer muy persistente»

<sup>18</sup> No me lo digas dos veces.

<sup>19</sup> Borracha.

<sup>20</sup> Tranquilas.

# Capítulo 17

Las semanas se suceden, una tras otra, hasta tal punto que nos encontramos a mitad de julio ya. Nos ha pillado el verano y el bochorno. Hemos tenido alguna que otra ola de calor, de esas que nos hacen sudar la gota, por la humedad del ambiente y las altas temperaturas.

Gerard y yo estamos flotando. Nuestra relación, o no relación, puesto que no hay nada definido; es maravillosa. Parece mentira que bajo esa coraza pueda esconderse un hombre tan cariñoso y atento. Hemos intentado pasar el mayor tiempo posible juntos, y, sobre todo, hemos intentado disfrutarlo. No he vuelto a tener ningún encontronazo con Marzizorra, es más, Gerard no habla del tema, pero tengo la ligera idea de que su programa no funciona y que están pensando en tomar medidas al respecto. Tampoco yo he querido sacar ese asunto y enturbiar nuestros días, entiendo que, si Gerard está conmigo, o por lo menos, está dejando que nuestra «no relación» fluya, será por algo. Sinceramente, no dejo de tener ciertos miedos a saber qué sucede, pero prefiero que sea él quien tome las riendas cuando crea oportuno y me cuente. Sería egoísta por mi parte someterlo a un tercer grado, más que nada porque si no está dispuesto a abrirse no lo hará, valoro mucho más que él decida cómo y cuándo hacerlo y que nos enfrentemos a ello juntos. En fin, algo así como que sea lo que tenga que ser... Y sí, lo sé, es raro en mí, porque yo nunca he sabido dejarme llevar, y me explico; a veces pienso en hacerlo, pero luego no llego a sentirme feliz del todo, digamos que me gustan las cosas bien atadas y cerradas, sin opciones a imprevistos a los cuales, no sepa enfrentarme y, por desgracia, Marzia es un imprevisto, y de los grandes. Pero aun así...

Faltan dos semanas para las vacaciones, no tengo planeado hacer nada especial, descansar, ir a la playa, leer, pasear, salir, beber cerveza y comer camarones, que la época incita a ello.

Esta noche es el octavo programa de nuestro querido *Manual de Instrucciones*, y digo «querido» con todo conocimiento de causa, puesto que sigo firme en mi afirmación de que él me da mucho más a mí y me aporta miles de cosas que quizás yo a él como presentadora.

Hemos elegido un tema un poco peculiar, pero sin duda, muy profundo, a

pesar de ser surrealista. Independientemente de ello, es un proceso más de las vivencias de una persona, por lo que merece el mismo respeto y los mismos derechos que los otros manuales que hemos tenido. En la radio de mi coche, comienza a sonar «Caos», de Malú y la letra de la canción me estalla en la cara, sin duda, son las dichas señales que me persiguen día sí y día también.

Tú entraste, aunque no te abrí la puerta

Y me dejé llevar

Tú borraste el mecanismo de defensa

Que nadie logró descifrar

Y es que, en realidad, mi vida ha sido un caos total. He evitado el pararme a pensar y profundizar en ello, pero mi vida amorosa lo ha sido. Hasta ahora, y lo digo con absoluta sinceridad, nadie había arrasado de esta manera conmigo. Mis sentimientos hacia Gerard son verdaderos e intensos, y cada día se vuelven mucho más. No he estado preparada jamás para sentir lo que siento, porque estas semanas o estos meses, han supuesto mucho para mí, han hecho que me reencuentre, que vuelva a suspirar y que crea que sí que existe un final feliz a pesar de todo. Y, ahora bien, es aquí, donde el miedo y los temores, las inseguridades y las desconfianzas, hacen acto de presencia para recordarme que todo en la vida puede ser duradero o puede ser fugaz. Yo puedo hablar por mí, hablar de mis sentimientos y de mis sensaciones. Me casé enamorada. No. Pensé que me casaba enamorada. Cuando mi madre me dijo hace tiempo, que simplemente me casé con Ricardo porque creía que era lo que debía hacer, no le faltaba razón. Pero la verdad no es solo una, no es simple y llana, yo pensaba que era lo que debía hacer, era lo que tenía que hacer para no estar sola y sentirme un poco más cerca de alguien y que formaba parte de algo. Estas reflexiones que hago, me muestran los caminos que he elegido, muchas veces erróneos, otras veces no tanto, y de las lecciones de las que se debe aprender. ¿Las conclusiones que saco? Pues sencillo: en esta vida, en nuestra vida, solo necesitamos aquello que nos haga sentir completos, solo hacen falta esas personas que sumen, que nos valoren, que nos apoyen, que nos animen y que nos hagan reír. La conformidad como tal, es innecesaria, no debemos conformarnos jamás, porque, como suelen decir nuestros mayores: para un roto, siempre hay un descosido. Debemos apostar por aquello que nos sitúe en lo más alto, nunca en la mitad. Porque las mitades, se dejan para las naranjas, no para las personas. Por lo tanto, yo no soy la segunda opción, solo me conformaré con ser la primera.

Y fue un remolino que me ahogó de tanto amor  
Fue un laberinto que me llevó a tu dirección

Y así es, porque sin duda, por más que he luchado, hay cosas contra las que no se puede batallar y el amor es una de ellas; porque llega sin esperarlo, se instala sin aceptarlo y te posee sin evitarlo.

—Buenos días, Mar —me saluda Dilaila cuando entro en el despacho.

—Buenos días, mariposilla —le devuelvo el saludo.

Dilaila arquea la ceja tras pronunciar la palabra mariposilla.

—¿Te parezco una mariposilla? —sisea sorprendida.

—Un poco sí, me recuerdas a esas niñas muy dulces que van dando pequeños saltitos mientras caminan.

—Vaya... y yo que pensaba que parecía una *femme fatale* —responde jocosa.

—¡Anda ya! —Me río—. Siento ser yo la que te lo diga, pero no, no das pinta de mujer fatal, más bien al contrario. Cambiando de tema, ¿todo listo?

—¿Acaso lo dudas? Todo listo, sí.

—Perfecto. Ahora bien, tema dos y superimportante, ¿qué vas a hacer en vacaciones?

Las risas de mi compañera me contagian.

—Vaya, sí que es una pregunta de vida o muerte, sí. ¿Tú vas a hacer algo?

—No, la verdad es que no, vaguear y poco más.

—Mi plan es más o menos el mismo que el tuyo.

Tocan en la puerta mientras nosotras charlamos sobre cosas banales.

—Adelante —respondo.

Gerard aparece tras esa puerta, todo un portento de hombre. Por más veces que lo vea, mi cuerpo y mi mente, siempre responden igual.

—Buenos días, señoritas —se dirige hasta donde nos encontramos sentadas y pone en la mesa un par de cafés, el olor inunda mis fosas nasales y cierro los ojos de puro placer—, hora de tomar café. Mar, veo que he llegado en el momento adecuado —dice guiñándome un ojo.

—Sin duda, siempre llegas en el momento indicado. —En este preciso instante me acuerdo de Alma y Jaime, porque suelen actuar de la misma manera que yo ahora.

—Si me disculpáis, os dejo, voy a tomarme el café en el *office*.

Ambos asentimos. Yo extendiendo la mano para agarrar mi café, mientras Dilaila se escabulle sin hacer ruido, pero Gerard intercepta mi mano llegando

al vaso antes que yo.

—No, no, no. —Choca varias veces la lengua contra el paladar haciendo un sonido de negación muy particular—. No hay café sin antes habértelo ganado.

Me levanto y coloco ambas manos en mi cintura mientras pongo el peso de mi cuerpo en una pierna, es una pose muy altanera y Gerard se da cuenta, me lo demuestra la manera en la que me observa y la sonrisa que se dibuja en su cara por ello.

—Y, ¿cuál se supone que es la forma de ganármelo? —pregunto chulesca, acompañando mi pose.

En realidad, me hace mucha gracia, me gusta mucho este juego del ratón y el gato que nos traemos, un juego pícaro y divertido.

Lleva su dedo índice a sus labios y los golpea varias veces mientras pone morritos de pato.

—¡Vaya! Interpreto con eso que lo que quieres es ¿un beso? —Me estoy haciendo la inocente aposta y él es perfectamente consciente de ello.

Gerard cabecea afirmando mientras se sienta en la butaca que hay frente a mi mesa, esa donde hace unos instantes estaba sentada Dilaila.

Me acerco despacio, siendo muy consciente de mis propias pisadas y una vez llego, coloco mi dedo índice en mis labios y lo beso suavemente. Gerard no pierde detalle de ninguno de mis movimientos, pero permanece quieto en su asiento, observándome como si fuera un dulce. Llevo el dedo que acabo de besar a sus labios y lo poso encima. Gerard besa mi dedo muy suavemente y yo tengo que cerrar los ojos y exhalar en respuesta a ese gesto, porque me embriaga y me estremece a partes iguales.

—¿Suficiente? —inquiero cuando logro recomponerme. Sé cuál será su respuesta.

Pero no me responde con palabras, se limita a negar con la cabeza, mientras me mira fijamente, con los ojos brillantes, y las pupilas dilatadas.

Su dedo índice se mueve, indicándome que me acerque con ese sutil gesto. Me dejo llevar de manera innata, acortando la distancia, simplemente dejando que mis labios se posicionen a la altura de los suyos, para posteriormente atraparlos y succionarlos, para besarlos con una mezcla de ternura y pasión, tal y como son todos nuestros contactos, que tienen la misma carga de ambas cosas y que hacen que se instalen muy profundamente, que te pille por sorpresa y te nuble la vista y el resto de

sentidos, porque cuando Gerard y yo nos besamos o nos tocamos, nada existe, solo somos él y yo, somos uno.

—Que sepas que lo hago solo por el café, no te lo creas tanto, chulito —matizo cuando me separo de él, intentado que el aire vuelva a mis pulmones y que vuelva a fluir la sangre por mis venas.

Esta vez, las carcajadas sinceras que se oyen son las de él, me quedo embobada mirándolo.

—Me encanta verte reír, hace que seas un poquito más humano y menos inalcanzable.

—Te lo vuelvo a repetir, *piccola bionda*, es el efecto Mar Villareal.

—Me gustaría saber en qué consiste ese efecto... —ronroneo.

—Ese efecto —y lo dice poniéndose en pie y caminando en mi dirección, reduciendo la distancia que nos separa —es única y exclusivamente para mí.

Se planta delante, sin romper el contacto visual, haciéndome sentir esas mariposas en el estómago de las que todo el mundo habla y que yo, hasta ahora, desconocía. Si siguen así, probablemente me harán despegar los pies del suelo, porque aletean con ímpetu.

—Cuidado, Gerard, porque te sale el cromañón que llevas dentro.

—En cuanto a ti se refiere, soy el mayor cromañón que existe, porque te quiero para mí, porque te necesito conmigo.

—Ten cuidado con lo que dices, porque quizás yo pueda pedir lo mismo, no es cuestión de dar y no recibir —contraataco.

—Puedes pedirme lo que quieras, porque a mí solo me interesas tú y eres tú la que ocupa mis pensamientos y mis sueños.

¡Madre mía! Con palabras así, ¿quién no cae rendida a sus pies?

Pienso en responder algo, pero no sé qué decirle y termino boqueando como un pez y él es perfectamente consciente de ello.

Sonríe a sabiendas del efecto que produce en mí y coloca ambas manos en mi cintura, sujetándola con fuerza, haciendo que mis pies se despeguen del suelo y envuelva sus caderas con ellos. Nuestras bocas vuelven a chocar y dan el pistoletazo de salida a un beso profundo y primario, a un beso, donde ambos luchamos por ganar la batalla en el que nuestras lenguas son las guerreras, dando todo por salir victoriosas.

Oímos un pequeño carraspeo y ambos nos separamos para mirar hacia la puerta, que se encuentra cerrada, pero ahora ya no estamos solos.

—Siento interrumpir —comienza Óscar con voz burlona.

Me bajo de un salto y me recompongo, o por lo menos lo intento.

—Gerard vino a traerme café —pronuncio de sopetón intentando justificarme.

—Ya veo, ya. Café del bueno, parece.

Me muero de vergüenza. Me tapo la cara con las manos para disimular lo colorada que debo estar.

Gerard simplemente se limita a reír.

—¿Te hace gracia? —pregunto ofendida sin terminar de apartar mis manos de la cara, solo lo suficiente para que entre él en mi campo de visión.

Pero no me contesta, sino que ríe más aún.

—No hace falta que te justifiques, Mar —dice Óscar. Parece que me haya leído el pensamiento—. Esto lo hablamos hace bastante —Gerard arquea una ceja de manera curiosa—, ahora simplemente se verbaliza lo que ya sabía.

Vuelvo a tapar por completo mi cara con las manos.

—Lo siento —me disculpo de nuevo—, sé que estoy en el trabajo, pero...

—Nos conocemos hace mucho, no tienes que decirme nada, Mar. Es mi deber decirte que os he pillado yo, pero podía haber sido otra persona, y no me gustan los escándalos.

—Ahora soy yo el que se disculpa, Óscar —interviene Gerard—, pero me resulta sumamente complicado tenerla cerca y no tocarla.

Óscar no dice nada, asiente y se va. Está todo dicho.

—¿Habéis hablado de mí? —me pregunta Gerard una vez sale Óscar por la puerta.

Desde que he visto su ceja arqueada, sabía que me preguntaría esto.

—Me preguntó qué pasaba entre nosotros. Óscar es muy buen amigo mío, nos conocemos hace mucho. Hubo una época en la que intentamos ser algo más, pero no funcionó. —Veo cómo tensa los hombros ante mi confesión—. No te pongas tenso, eso fue hace tiempo. No sabía yo que eras tan celosín —me burlo.

—Imaginate a ti con otro hombre me enfurece.

—Pues ya sabes lo que se siente. —Sí, golpe bajo, lo sé, peeroooo...

—¿Vienes esta noche a casa? —continúa tras besarme.

—No lo dudes —afirmo efusivamente.

Nos damos un último beso mientras deposita el café en mi mano.

—Toma, te lo has ganado.

—Espero que no esté frío —gruño medio enfadada.

—Si quieres algo caliente...

—¡Guarro! —exclamo haciéndome la inocente, pero en realidad nada me gustaría más.

Una vez se va, decido tomarme mi café tranquila. Cómo ha cambiado mi vida en menos de un año. En unos meses. Era impensable para mí verme así, enamorada de alguien de tal manera que pierdo la razón y vuelvo a ser adolescente por momentos. ¿Quién lo diría? Yo, una mujer de treinta y ocho años actuando como una jovencita de diecisiete. Sin duda, esto es digno de Iker Jiménez.

—¿Se ha ido ya el *machoman*? —Dilaila no entra, sino que asoma su cabeza y me pregunta sonriente.

Hago un mohín muy infantil y ella se burla más de mí aún.

—Acaba de irse.

Entra rápidamente y cierra.

—¿Qué ha pasado? He visto a Óscar salir riendo de tu despacho.

—Eres muy cotilla tú, ¿no crees?

—¡Cállate y cuenta!

Le saco la lengua y tomo asiento.

—Nos ha pillado in fraganti.

—¿Cómo de in fraganti? —pregunta asombrada.

—No, no es lo que estás pensando. Simplemente nos ha pillado besándonos.

—No es para tanto, mujer.

—No me gusta dar espectáculos. Tú sabes que yo evito todo ese tipo de cosas y más teniendo en cuenta que Marzia también trabaja para la cadena y que eso puede desencadenar la tercera guerra mundial.

—¡Bah! Tonterías. Ella hace tiempo que no viene por aquí, creo que está ofendida, porque según he escuchado sus niveles de audiencia no son nada buenos en comparación con los tuyos. Va diciendo por ahí que es culpa de Óscar porque te ha dado un mejor formato que a ella.

—¿En serio? Pero si fue Gerard quien lo propuso.

—Lo sabemos, pero eso ella no quiere reconocerlo.

—Imagino que es mejor echar mierda a otro que no sea Gerard.

—Efectivamente.

—Parece que, si la cosa no mejora, en septiembre se acabó lo que se daba.

—¿Le quitan el programa?

—Sí. No tendrá vacaciones en agosto por eso mismo, para ver cómo le va. Óscar dice que si, aun no estando nosotras en antena, no funciona, le demostraremos que el problema es ella. Por eso, se queda sin vacaciones.

—¡Que se joda! Es una bicha.

—Y de las buenas. Tengo que advertirte que la he visto por aquí hoy, así que no te garantizo que no te la cruces.

—Mierda —apoyo la frente en la madera de mi mesa de trabajo—, odio estas situaciones.

—¿Ella lo sabe?

Despego levemente mi frente y niego.

—Y quiero que siga así. No hemos hablado de darle seriedad de ningún tipo a lo que tenemos, simplemente estamos juntos, salimos, nos lo pasamos bien y ya está.

—Ándate con ojo, porque ella será lo que tú quieras, pero boba, te digo ya que no.

—Además de cotilla, trabajadora, minuciosa y mariposilla, eres observadora.

—Como yo sola —responde—. Al lío. Tenemos un programa que preparar.

Después de pormenorizar todos los detalles para el programa de esta noche, que debo decir que es bastante arriesgado, decido acercarme al despacho de Óscar, porque creo que merece una explicación con respecto a lo que sucedió esta mañana. Bajo a una cafetería que hay en la misma calle y pido dos cafés con leche para llevar.

Debo tener muy mala suerte o haberme portado muy mal en otras vidas, porque cuando estoy esperando a que me sirvan entra Marzia. Hace un barrido por el local y yo vuelvo a centrar mi atención en el periódico que tengo entre mis manos, rezando todo lo que sé para que obvie mi presencia y se siente en la punta más alejada.

—No esperaba encontrarte aquí —escupe nada más situarse a mi lado.

Mierda de karma.

—En realidad, es fácil, simplemente tomas asiento en otro lugar y feliz tú, feliz yo.

La oigo reír falsamente.

—¿Te hace gracia mi comentario? —escupo, molesta.

—Me haces gracia tú, zorra. ¿Crees que no sé lo que sucede?

—Y según tú, ¿qué sucede?

—Pues que intentas quitarme a mi hombre. Es de lo más graciosa esta situación, porque tú crees que tienes todo ganado y no sabes nada.

—¿Pero es que crees que esto es un juego? —pregunto asombrada, me deja perpleja con sus confesiones, no lo puedo negar.

—No será un juego, pero hay mucho que ganar y mucho que perder. Estás a tiempo de evitar que las consecuencias sean desastrosas.

—¿Intentas darme un consejo?

—Intento que entiendas que no tienes absolutamente nada que hacer ante mí. Yo cuento con mucho a mi favor, y tú no juegas con nada. Eres un capricho pasajero, Gerard nunca ha sido un hombre de una sola mujer. Él las usa, las vuelve a usar y las deja cuando se aburre y contigo, Mar, pasará lo mismo. Ahora eres la novedad, pero cuando se canse, volverá a mí como ha hecho siempre.

Espero que no se dé cuenta de que estas últimas palabras se me han clavado como dagas afiladas.

—Eso está por verse. —Sujeta mis manos entre las suyas y las aprieta con mucha fuerza. Es un gesto cargado de rabia.

—Te lo estoy advirtiendo por las buenas. —Intento zafarme, pero no puedo porque aprieta con más intensidad—. La próxima vez, no seré tan benévola.

Me suelta y se levanta de la butaca. Me echa una última mirada inquisitiva y se va como si nada de esto hubiera sucedido.

¿Y ahora qué? Consigue que afloren mis inseguridades.

Saco el teléfono. Necesito hablar.

Mar:

No sabéis lo que me acaba de pasar. Estaba en la cafetería y ha llegado Marzia y me ha puesto de vuelta y media.

Decido pedir una tila antes de subir a hablar con Óscar.

Érika:

Explica qué ha pasado.

Mar:

Me ha dicho que Gerard solo me está usando. Que se cansará de mí y volverá a ella. Que me aleje de él. Me lo advierte por las buenas, pero la próxima vez no será así.

Érika:

Ya le pueden dar por el puto culo a la

Marzizorra esa. Petarda.

Alma:  
¿Y tú la crees?  
¡¡Érika, eres una bruta!!!

Mar:  
No sé qué creer o qué no creer. Tengo miedo.

Alma:  
Tener miedo no es malo, es humano.

Érika:  
No dejes que afloren tus inseguridades. No le  
hagas caso. Habla la envidia y quiere  
conseguir justamente esto.

Alma.  
Érika tiene razón.

Érika:  
Menos mal que me das la razón en algo.

Alma:  
Razón tienes, solo que pierdes las formas.

Mar:  
Vosotras me conocéis bien, y sabéis que hace  
mucho tiempo que no siento algo tan fuerte  
por alguien. ¡Que parezco una maldita  
quinceañera! ¡Yo!

Alma:  
Pues como yo.

Mar:  
No te voy a negar eso.

Érika:  
Mar, disfruta y ya está. Ya se verá qué  
pasa en el futuro.

Alma:  
Esa es una frase hecha.

Érika:  
Hecha o no, es real.

Alma:  
Habla con él. Debes cerrar este asunto ya.

Érika:  
Debes.

Mar:  
Debo. Os quiero.

Alma:  
Buena suerte esta noche.

Érika:  
Os quiero. Suerte.

Me desconecto con un sabor agridulce. Tengo que hablar con él de este tema porque no me deja avanzar. No puedo seguir guardándolo bajo la alfombra, debo afrontarlo y que sea lo que tenga que ser.

Subo directa al despacho de Óscar. He tirado mi café con leche por el camino, no creo que la cafeína me venga bien en estos momentos.

Llamo a la puerta y la voz de Óscar me invita suavemente a que pase.

—Soy yo, la degenerada de tu empleada —murmullo tímidamente.

—Pasa —me invita mientras se levanta y se sienta en la mesa.

—He traído café, en señal de paz.

Tomo asiento en una de las sillas que hay frente a su mesa, la misma en la que me senté cuando unos meses atrás me hablaba de mi nuevo programa, cuando me reencontraba con Gerard.

—No estoy enfadado contigo, Mar. Solo me molesta un poco que tengamos la confianza que tenemos, que te preguntara en varias ocasiones y que no me contaras nada. Te dije que respetaba que no quisieras hacerlo, pero no tenía necesidad de enterarme así.

—Tienes razón, pero a mi favor debo decir que la última vez que hablamos no había nada que contar, o no por lo menos, que mereciera la pena contar. ¡Joder, Óscar! Que tú estás pillado por Dilaila y no me has contado nada tampoco. —Su cara de sorpresa no me pasa desapercibida.

—Yo no estoy pillado por Dilaila.

—A papá gorila, plátanos verdes.

—Ese no es el tema, Chita, el tema eres tú. —Sé que intenta desviar la atención, pero tampoco soy quién para hacerle un interrogatorio, y menos, teniendo en cuenta que he venido aquí para solucionar lo mío. ¡Que ya es bastante!

—Creo que le quiero.

Óscar se levanta y me observa detenidamente, escrutándome con la mirada.

—No lo crees. Lo sabes —sentencia—. Lo veo y me alegro.

—Tengo miedo —prosigo.

—No lo tengas. Tú estás apostando todo a una carta, puedes salir victoriosa o puede que pierdas la partida. Pero, a pesar de todo, hay muchas más partidas que jugar y no siempre se pierde, a veces también se gana. No dejes que tu negatividad tome el mando, porque, entonces, ya habrás perdido sin siquiera haber lanzado tu último naipe.

—Debo hablar con él, ¿verdad?

—Debes enfrentarte a las cosas. Debes tomar el mando de tu vida, de la misma manera que lo hiciste hace tiempo. Se suele decir que debemos

arrepentirnos de lo que hacemos y no de lo que dejamos de hacer. Aventúrate con todas las consecuencias.

—Gracias —finalizo—. Gracias por todo.

—De nada.

Me levanto y me dirijo a la puerta con miles de ideas burbujeando en mi cabeza.

—¿Mar? —Su voz suena más a un ruego que a una interrogación.

—¿Sí?

—Que no vuelva a suceder lo de esta mañana. —Me río ante su orden, porque me resulta chistosa la manera en la que se pone serio conmigo.

Me giro de nuevo para salir, pero me doy cuenta de que yo también tengo algo que decirle.

—¿Óscar?

Se para a mitad de camino, en dirección a su sillón de jefe.

—¿Sí? —dice tal cual lo he hecho yo.

—Consejos vendo y para mí no tengo —y lo formulo con todas las consecuencias, porque sé que no es solo una frase hecha, es un himno a la vida.

Salgo del despacho sin dar la mínima opción a réplica. Ahora le toca reflexionar a él.

A las siete de la tarde vuelvo a estar como un clavo en el estudio. Cuando llego, veo a Dilaila allí esperándome, hablando con Julián, imagino que ultimando detalles.

—Julián acaba de invitarme a salir —confiesa cuando llega a mi lado.

—¿Y qué le has dicho? —pregunto estupefacta.

—Que sí.

—Cuando se entere Óscar...

Me sale innato ese comentario, pero la cara de asombro de Dilaila lo dice todo.

—Óscar no tiene nada que decir al respecto.

Algo ha pasado, porque el cambio en Dilaila es brutal.

—¿Qué pasa?

—Nada, ¿debería pasar algo?

—Te voy conociendo y tus respuestas tienen un cariz un tanto afligido.

—No pasa nada, Mar. En serio. Hora de trabajar. —Y de esta manera da por zanjada la conversación.

Pasan las horas hasta que llega la del programa. Tomamos asiento, cada una en su posición. A mi lado se encuentra la protagonista de hoy. Creo que ningún oyente está preparado para la historia que le traemos esta noche.

Gerard entra y me guiña un ojo.

—Mucha suerte esta noche —pronuncia antes de abandonar el estudio para ir a la zona de sonido, como todos los viernes.

Yo simplemente me limito a asentir.

La luz roja se enciende y arranco el programa.

—Buenas noches, queridos oyentes. Una semana más, ya con esta son ocho, nos encontramos aquí para contar una historia. En esta ocasión, Manuela, nos acompaña. Quisiera pedirlos que abráis la mente ante el tema que nos atañe, puesto que, para las personas que son bastante escépticas, una historia como esta, se sale de lo empírico.

Hola, Mar:

No sé si en algún momento estas líneas que escribo llegarán a tus manos. Pero, aunque así no sea, por lo menos habré escrito en este papel mi historia. Me llamo Manuela, tengo cincuenta y cuatro años y vivo en un pequeño pueblo del sur de la isla. En la zona en la que yo vivo, no suelen haber muchos habitantes, las casas se encuentran muy alejadas unas de otras y los vecinos van cada uno a lo suyo. Nos vemos en el supermercado, en la huerta o en alguna excursión que organiza la Asociación de Vecinos de vez en cuando. No tengo una carrera universitaria, pero terminé mis estudios en el pequeño colegio del pueblo, a partir de ahí, mi madre y mi padre intentaron alimentar mis inquietudes con libros y ahora mismo soy una gran lectora, por lo que me considero una persona sana mentalmente, aunque no lo pueda parecer. No me he casado, no tengo hijos, pero no me siento sola. ¿Conoces la canción de Alaska «Mi novio es un zombi»? Pues con esto se podría definir mi historia. No es exactamente un zombi, es un espíritu, y sí, sé que es difícil de entender, y que muchos me tacharán de loca, pero siempre me he considerado una persona que siente mucho las energías y cosas que, para otros, pasan desapercibidas. Y un poco así, es como llega a mi vida esta historia.

Esto me sucedió hace aproximadamente cinco años, tras la muerte de mi padre. Supongo que cuando pasas por un proceso de duelo, como el que yo sufrí, estás mucho más sensible ante determinadas cosas y simplemente lo vi. En un principio, me asusté mucho. Mi madre decía: «Tenle miedo a los vivos, no a los muertos», pero, a ver ¿se te aparece un espíritu ante ti, tú lo invitás a tomar café? No, yo me cagué viva. Por muy sensible que seas, la primera vez que ves algo que se escapa de tu entendimiento, simplemente te acojonas. Yo había comenzado a notar, muchos años atrás, sensaciones. Me despertaba de madrugada con la percepción de que alguien me había tocado la cara, normalmente a las tres de la mañana. Otras veces dejaba cosas en un lugar y luego las encontraba en otro, fruto de los despistes, pensaba; aunque, hoy en día, creo que no era así, sino que estaba ahí, pero no era capaz de verlo.

Al pasar por la muerte de mi padre y tener todo más a flor de piel, lo vi. Sentado en una butaca frente a mí, cuando alcé la cabeza en un momento determinado para intentar coger aire, después de haber llorado intensamente. Estaba ahí, delante de mí, con una mirada penetrante. Y sentí paz. Sentí calma y sosiego. Dejé de llorar. Supuse que eso sucedía debido a mi estado. Así que me levanté, me metí en la cama y me dejé llevar por Morfeo.

Al levantarme, seguía ahí, esta vez a mi lado. Y así, un día, y otro, y otro. Hasta hoy. No me habla,

o por lo menos, no verbaliza. Yo sí le hablo a él. No sé su nombre, pero tampoco me hace falta saberlo para sentirme a gusto.

Es difícil de explicar, y más difícil de entender, pero ya no me siento sola. A veces pienso que mi padre me envió a este ángel protector, para que, en su ausencia, tuviera a alguien a mi lado. Es ley de vida, la muerte lo es, pero te sientes tremendamente sola cuando todas las personas importantes van marcando con una raya en tu corazón su ausencia, como el preso que marca los días en su celda.

Puede que sean ideas mías, puede que sean imaginaciones, puede que esté loca. Sí, puede. Pero sé que, a pesar de todo, ahora mismo soy feliz, feliz con su presencia y con eso, Mar, con eso me basta.

Gracias.

—Manuela, no estás loca —afirmo nada más terminar de leer la carta.

Probablemente no era lo que esperaban que dijera, puesto que no es lo que aparece en el guion, pero es que me provoca mucha angustia que ella se sienta así y se catalogue como loca, simplemente por sentirse completa de una manera un poco particular.

—La historia es muy surrealista e incluso difícil de entender, no cabe duda, pero contada de la manera en la que tú lo haces, suena tierna y emotiva.

—Agradezco tus palabras, Mar, sin duda, estaba segura de que no me juzgarías. Nunca juzgas.

—No se puede juzgar a las personas, Manuela. Cada persona, con cada minuto de su vida, con cada vivencia, con cada historia, forman un gran libro y cada libro es sabiduría, como la vida misma.

—Como la vida misma —susurra.

—Y dime, ¿va contigo a todos lados?

—Depende, yo quiero pensar que lee en mí, que conoce mis miedos y mis estados de ánimo, que sabe lo que necesito y que en base a ello me acompaña cuando lo necesito. —Mira a su izquierda y sonrío.

Dilaila a su vez fija sus ojos en la silla vacía al lado de ella y se estremece.

—¿Está aquí? —Supongo que es lo que se pregunta todo el mundo que nos oye, hasta yo misma.

—Está aquí —afirma contundente.

Me limito a asentir.

—Dices que te consideras una persona sensible a las energías de las personas, ¿por qué?

—Porque no me hace falta que la gente hable para yo saber qué les sucede. Por ejemplo, y permíteme el atrevimiento. A ti, te preocupa algo, algo relacionado con el amor. Estás enamorada y tienes miedo a que tus inseguridades y las de él hagan mella entre vosotros y haga que todo termine.

Mi cara de póker debe ser pequeña, seguro.

—Y todo eso, solo con mirarme. Porque no me conoces, no somos amigas ni hemos hablado de mi vida privada. ¿Te consideras algo así como una bruja? —continúo tras recomponerme.

—No —ríe de manera sincera—, no soy ninguna bruja. Son simplemente las energías, las absorbo y las entiendo. ¿Tú crees que hay vida más allá? ¿Crees que existe algo más?

—No. Como tal no. Creo en las energías, pero, sinceramente, no creo que exista vida después de la muerte.

—Como tú bien dices, la energía en su más amplio significado, se crea y se transforma. Y hay muchas maneras de transformarse.

—Sí, estoy de acuerdo —declaro—, pero no creo que la energía de una persona se transforme en un ente. Pero es cierto que a mí no me ha sucedido lo que a ti, por lo tanto, no creo en ella, pero sí creo en ti.

—Es bueno conservar un poco de la esencia, pero abrir la mente a lo que pueda envolver a otros. Tienes esa capacidad, la capacidad de que, a pesar de tener tus principios, eres capaz de entender los de los demás.

Terminamos la entrevista, esta vez, siguiendo el guion marcado.

—La locura es subjetiva. Lo que para mí es un disparate, para ti es sensatez. Yo abogo porque cada persona debe tener un punto de locura, un punto de enajenación dentro de la prudencia. Simplemente, perseguir aquello que nos haga ser felices y que nos aporte algo que merezca la pena sentir. Ya bastantes baches encontramos en el camino como para que seamos nosotros mismos los que provoquemos más. Con esta historia, pretendíamos que nos diéramos cuenta de que no es correcto que juzguemos a las personas, que no es justo que hagamos juicios de valor sin conocer el fondo de las cosas y que los primeros impulsos, no siempre son símbolo de realidad. Porque las personas, con toda el aura que las rodea, son capaces de sentir y de querer. Porque de la misma manera que queremos lo que es tangible, podemos querer lo que no. Porque yo sigo queriendo a mi padre, aunque me haya dejado hace muchos años. Las oportunidades, nos las debemos dar, primero a nosotros y después a los demás. Con esta reflexión, les deseo una feliz noche y nos vemos la próxima semana, la cual será la última antes de nuestras vacaciones. Muchísimas gracias por escucharnos y por ser cada día uno más.

Y así, se apaga la luz roja, dando paso, una vez más, a una canción, como todos los viernes, en este caso, oigo cómo suena «Cheerleader», de OMI. Nos

abrazamos y nos despedimos. Gerard entra mientras ultimo unos detalles con Dilaila y me guiña un ojo. Le devuelvo el gesto.

—Manuela, te llevo a casa, espérame —le indico dónde se encuentra la máquina de las bebidas calientes para que me espere allí y ella muy amablemente va en esa dirección.

—¿En serio crees que no está un poco loca? —me apremia Dilaila nada más sale Manuela del estudio.

—En serio lo creo. Y si llegara a estarlo, yo quiero estarlo también si me sucediera algo como a ella, si me viera sola, me gustaría poder agarrarme a un suspiro si hiciera falta.

—Eres especial.

—No hace falta que me halagues, cada uno es como es.

—Precisamente, por cómo tú eres, es por lo que la gente confía en ti, para contar su historia y para escucharlas. Eres muy empática y reflexiva.

—Sí, y eso tiene su punto bueno y su punto malo. Como todo.

—Como todo. Buen fin de semana —finaliza antes de marcharse—. El lunes comienza nuestra última semana. Será genial.

—Seguro que sí. —Me contagia su entusiasmo.

Las vacaciones me vendrán muy bien, una desconexión absoluta es lo que necesito.

—Vamos, Manuela, te llevo a casa.

—En realidad, no hace falta que me lleves, pero te lo agradezco, así me ahorro el taxi.

—Para mí no es molestia, lo digo en serio.

El trayecto es ameno con ella como acompañante, me cuenta historias de su infancia, en el pueblo, con su padre; cómo él se dedicaba a cultivar y ella aprendía las técnicas necesarias para hacerlo en un futuro.

—En ese momento, no lo valoré como debí, pero ahora, estoy agradecida de que me enseñara a valerme por mí misma y a obtener de la tierra lo necesario para vivir —me cuenta.

—Yo nunca he sido muy amiga de la huerta, a mí lo que mejor se me da es comer lo que me ofrece —bromeo.

—Y a mí —me dice.

—Ya estamos llegando —le indico mientras comienzo a circular por la carretera secundaria.

—¿Mar?

—¿Sí?

—Habla con él, dile lo que te preocupa, suelta todo eso que llevas dentro, es la mejor manera de liberarte.

¿En qué momento he pasado yo a ser protagonista?

—¿Cómo sabes que hay algo que me preocupa? ¿Cómo sabes que hay un «él»?

—Lo noto. Lo siento. Lo percibo. No me digas cómo, pero es así. Tu energía me lo muestra.

En realidad, sé que tiene razón. He dejado que pase el tiempo, escondiendo bajo la alfombra eso que me preocupa, que me inquieta, he preferido no preguntar. El miedo a que la verdad sea algo doloroso me paraliza.

—Lo haré, Manuela. Gracias.

—A ti.

La dejo en su casa y allí nos despedimos.

—Espero volver a verte. O a veros. —Sonrío.

—Nosotros también lo esperamos.

Sin más, continúo mi trayecto.

Voy a ver a Gerard.

# Capítulo 18

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto. —Se retira, dejándome paso para que pueda entrar a su casa.

He venido todo el camino pensando qué le diría y cómo se lo plantearía, pero realmente, lo que más he cavilado, son sus posibles respuestas y lo condicionante de ellas.

—¿Quieres tomar algo?

Me giro y me pongo frente a él.

—Para lo que tengo pensado, creo que lo mejor será que tomemos algo *fuertito*.

Alza la ceja cuando concluyo la frase.

—Eres demasiado presuntuoso —sonríe—, no van por ahí los tiros.

—Ah, ¿no?

—No.

—Sabes que si quiero, puedo hacerte cambiar de opinión —replica.

—No lo dudo. Pero tengo que preguntarte algo, y quiero que seas sincero conmigo. Así que prepara algo que esté a la altura de la situación.

Lo veo irse hasta la cocina. A pesar de haber venido ya varias veces, me sigue resultando espectacular la casa, no es grande, pero es sublime.

—¿Crees que un ron con Coca-Cola es lo suficientemente «*fuertito*» para lo que quiera que tengas que preguntarme?

—Lo creo. ¿Qué te has servido tú?

—Macallan.

—¿Solo?

—Solo. Este *whisky* no se mezcla, estropea el sabor. ¿Quieres que ponga música?

—¿La necesitamos?

—No lo sé —responde—, no sé qué quieres saber, pero es una verdad mundialmente conocida que la música suaviza a las fieras.

Giro la cabeza buscando el libro de Jane Austen, porque su manera de hablar me ha recordado a él. Gerard sigue mi mirada y sonrío. Pone la radio, dejando que el azar decida qué música será la que amenice nuestra noche.

—Tú dirás.

Le doy un largo trago a la copa y, posteriormente, dejo el vaso encima de la mesa. Las manos me sudan y el corazón late acelerado. Gerard se ha sentado frente a mí y debe notar que estoy nerviosa, porque se levanta y se coloca a mi lado, me agarra las manos y me insta a que hable.

—Sea lo que sea lo que tienes que decirme, no debes estar nerviosa, somos una pareja, ¿no?

—¿Lo somos? —pregunto sorprendida.

—¿Acaso debes preguntarlo? —inquire él.

—No hemos definido los términos de nuestra relación, por lo tanto, permite que me sorprenda.

—Los definiremos luego, si quieres, pero antes debemos hablar sobre lo que te preocupa. Porque te preocupa, si no, no estarías nerviosa.

En realidad, ahora que me dice que somos una pareja, me siento mucho mejor, así que... allá vamos.

—Marzia. Me preocupa Marzia y el papel que juega ella en tu vida, o el papel que ha jugado, quiero que hablemos sobre eso.

Ahora el nervioso es él. Se levanta y yo lo observo con las manos en las rodillas. Ahora que las suyas no envuelven las mías, me invade una sensación de desasosiego increíble. Camina por la habitación con su vaso en la mano, moviendo el contenido. Finalmente se para y se gira, hasta que su mirada y la mía se encuentran. En este momento me siento tan pequeña...

—Sé que no eres una persona especialmente abierta... —Mi voz suena a ruego.

—No...

—Déjame terminar —lo interrumpo—. Sé que no eres una persona especialmente abierta, pero entiende que yo necesito respuestas. En Ibiza, después de una noche maravillosa para los dos, y corrígeme si me equivoco cuando la defino como maravillosa.

—No te equivocas —responde seguro.

—Después de esa noche, apareces al día siguiente con ella. Es normal que me sienta utilizada, ¿verdad? —me callo para que conteste y su cabeceo afirmando lo corrobora—. ¿Qué sentirías tú si la cosa hubiera sido al revés? ¿Si yo hubiera aparecido con otro tío después de haberme acostado contigo esa noche?

—¿Pretendes que responda a eso?

—Lo pretendo —declaro.

Es la única manera de que sea empático, de que sepa lo que siento.

—Lo habría matado con mis propias manos.

—Perfecto. —Sonrió triunfal—. Entonces, ¿cómo crees que me sentí yo? ¿Entiendes mi actitud? Creo que está más que justificada mi huida y mi comportamiento al principio. Lo cual no quiere decir que ahora no te adore, pero ese es otro tema.

—¿Me adoras? —pregunta sonriendo.

—Ese es otro tema —zanjo devolviéndole la sonrisa—. He tenido varios encontronazos con ella y el último es el que más nerviosa me ha puesto. Me ha hecho sentir insegura y no quiero volver a sentirme así, no quiero suplicar que me des amor, ni cariño, ni sexo, no quiero mendigar nada. Quiero que estemos juntos porque ambos queramos y que seamos claros, que cuando no quieras nada más conmigo, cuando te canses, simplemente me lo digas. No quiero ser la estúpida de esta historia. Bastante estúpida me he sentido a lo largo de mi vida como para volver a darle ese poder a alguien. —Cojo la copa y la llevo a mis labios, para dar un largo trago. Por el borde veo a Gerard que me mira intensamente, como siempre, y tiene una lucha interna. Finalmente, claudica y, tras darle un sorbo a su whisky, comienza a hablar:

—Iremos por partes, ¿vale?

—Vale.

—Punto uno: ¿qué clase de encontronazos has tenido con Marzia?

—Pues los típicos de una novia enfadada. Y en este caso, la novia es ella. Sin ir más lejos, hoy, me la he encontrado en la cafetería frente a nuestras oficinas y me ha dicho que te cansarás de mí y que volverás a ella, que eres la clase de hombre que usa a las mujeres y que cuando se cansa, simplemente se va.

—Ella no me conoce. ¡Que piense lo que quiera! —escupe con rabia.

—Eso me parece perfecto, pero no quiere decir que no tenga miedo, que no abra heridas y que no me cree inseguridades.

—Para eso estamos aquí, ¿no? Para resolver tus dudas.

Asiento.

—Punto dos: tú no mendigas nada, no mendigas cariño, ni amor, ni sexo.

—Ni quiero sentir que lo hago —le corto.

—Ni te sentirás así jamás. Punto tres: no eres estúpida y no vuelvas a hablar de ti así, un respeto a mi novia.

Sonrío embobada.

—¿Soy tu novia?

Asiente con una amplia sonrisa en la cara, de esas que me hacen temblar y que se me caiga la baba a partes iguales. Sonrisa de *quemabragas*.

—Hace mucho tiempo, años para ser más exactos, que mis padres y los padres de Marzia son amigos. Yo tengo recuerdos de pequeño, en casa de ella o viceversa, veranos en la playa, vacaciones, esas cosas. Su padre es un importante empresario vinícola de Italia, tiene muchísimos viñedos y es un gran exportador de vino, de uno de los mejores de Italia. Mi padre, por su parte, tiene sus negocios y tampoco se queda atrás y, ahora, yo sigo sus pasos, tengo varias empresas y proyectos importantes, con lo cual, nuestra posición es inmejorable. Y un matrimonio entre ambas familias sería dar el pistoletazo de salida a una unión sólida. Gaetano Gaboardi, mi padre, hace años que firmó un contrato con Luca, el padre de Marzia, donde se comprometían ambos a que este matrimonio se produjera y que nuestra unión se consolidara. —Yo no puedo estar más nerviosa con lo que está narrando—. Supuestamente, en un mes debemos anunciar nuestro compromiso, tal y como estipula el contrato.

—Pero... ¿tú has firmado ese contrato? —pregunto conmovida.

—Sí, está firmado.

—Entonces... —Ahogo el llanto que pugna por salir sin remedio.

—Hace unas semanas que hablé con mi padre y le dije que no pensaba continuar adelante con ese matrimonio de conveniencia. Supongo que Marzia se habrá enterado, porque mis abogados así se lo habrán comunicado a los suyos. Lo que está claro es que yo no pienso continuar adelante después de haberte encontrado. Para mi padre, este matrimonio es importante, porque él también saca tajada de ello.

—¿Hace mucho que firmaste ese acuerdo? —cuestiono.

—Hace tiempo. Tengo cuarenta y tres años, Mar. El amor, no era algo que estuviera entre mis planes, nunca me había dado la oportunidad, nunca había pensado en ello ni siquiera había aparecido alguien que me hiciera contemplar la idea. Por lo que, decidí que lo mejor era firmarlo y llegado el momento, casarme y tener una familia, quizás no basada en votos sagrados, pero, por lo menos, no estaría solo y ese matrimonio sería una gran inyección para mis negocios. Los viñedos de Luca, pasarían a formar parte de Marzia y, por consiguiente, de mí. Ahora, la cosa ha cambiado.

—¿En qué ha cambiado? —y dudo al formular la pregunta. Agacho la cabeza y una tímida lágrima cae sobre mis manos, que siguen en mis rodillas.

—Ha cambiado en todo. —Pone sus dedos en mi barbilla y la alza para poder leer en mí y yo leer en él. A pesar de las lágrimas que brotan sin descanso, veo brillo, veo intensidad—. Cambia en que estás tú, Mar. Probablemente quisiera haberte conocido antes. Sí. Diez años antes, quizás más, pero ¿sabes qué? —sus dedos limpian mis lágrimas, que surcan sin descanso mis mejillas—, que llegaste justo en ese momento en el que te necesitaba, en el que necesitaba encontrarme. Llegaste para salvarme, llegaste para quedarte, y eso, Mar, eso es lo que importa, porque llegaste justo a tiempo.

No puedo respirar. Me lanzo a sus brazos, mi cuerpo me pide que sea Gerard quien me envuelva en ellos, soy consciente de que sus caricias son las únicas necesarias para mitigar el dolor y aminorar las inseguridades, porque es cierto que en sus brazos es como más segura estoy, en sus brazos estoy en casa. Cierro los ojos, saboreando el momento, perdiendo la cabeza envuelta en ellos, hablando sin palabras. Porque por fin, puedo respirar, porque por fin, he encontrado mi sitio.

—Escucha —me pide.

Alzo la cabeza cuando comienza a sonar «Yo quiero vivir», de Manuel Carrasco.

—Me voy a quedar sin lágrimas.

—Espero que las únicas lágrimas que existan entre nosotros sean las de felicidad.

Si estoy contigo no dudes de mí, solo contigo

No tengas miedo eres mi sin vivir

Si tú quieres yo quiero soñar

Llévate conmigo hacia nunca jamás

Contigo vivir, yo quiero vivir

—En cuanto a definir nuestra relación —dice para retomar la conversación principal—, creo que está bastante claro que lo que hay entre nosotros es más que sexo, que está muy bien, todo hay que decirlo —me guiña el ojo para darle más intensidad a su afirmación—, pero lo nuestro va más allá. Yo no he tenido nunca una novia como tal, tampoco me he sentido nunca como me siento cuando estoy contigo.

—¿Cómo te sientes cuando estás conmigo? —lo pico.

—Pues me dan ganas de matarte, pero me pueden las ganas de comerte a

besos.

Mi cara de lela debe ser enorme, pero no puedo evitar sentirme tan bien cuando me dice esas cosas tan románticas, y lo mejor es que le salen de manera natural, así es como me gusta a mí, que sea él mismo y que yo entre dentro de sus planes.

—Te estás volviendo todo un Romeo, hombre misterioso. —Le quito el vaso de las manos y lo coloco en la mesa, donde está el mío también. Me muevo y me siento a horcajadas sobre él—. Yo que pensaba que eras un hombre serio —lo beso en la mejilla izquierda—, borde —lo beso en la mejilla derecha—, autoritario —lo beso en la frente—, sensual. —Lo beso en la nariz.

Gerard me sujeta la cara entre sus manos, acercando sus labios a los míos, sin llegar a tocarlos. Puedo notar el suave aliento a *whisky* mezclándose con el mío, que debe oler a ron y Coca-Cola.

—Te olvidas de lo mejor —susurra.

—Ah, ¿sí? —pregunto haciéndome la inocente.

—Sí.

—Ilumíname.

—Soy un hombre extremadamente sexi y te mueres por mis huesos.

Una carcajada de lo más sincera hace que nuestro contacto visual se rompa. No sé por qué me sorprende, cuando él es así, presuntuoso.

—En realidad, no puedo negarte lo evidente. Es cierto, eres extremadamente sexi, si me apuras, puedo decir que eres excesivamente sexi, pero no me muero por tus huesos, siento decirte que eres tú quien se muere por los míos.

—¡Joder! No puedo quitarte la razón.

Y sin previo aviso me sujeta por las nalgas y me presiona fuertemente contra su erección, haciendo que sea consciente de lo que esconde debajo del pantalón y de la intensidad de la excitación. Mis ojos se clavan en los suyos y nuestras miradas se vuelven mucho más intensas. Mi boca sale al encuentro de la suya y se funden en un beso digno del mayor espectáculo erótico que jamás se haya visto; hay desesperación, necesidad, pasión, delirio y frenesí. Nuestras lenguas danzan juntas, luchando por salir victoriosas. Es innegable el delirio al que estamos sometidos. Mis caderas se mueven sin parar y reprimo un gemido.

—Te necesito —imploro.

—No más que yo a ti —me responde, con una voz cargada de ansia.

Se levanta del sillón, conmigo en brazos y me deposita en el suelo. Y como se suele decir, la noche es testigo de nuestra íntima unión y no solo una, sino varias veces.

La tranquilidad me invade. Estoy tumbada en la cama, viendo dormir a Gerard. Ese hombre inalcanzable, seguro de sí mismo, un hombre hecho a sí mismo y que tiene la capacidad de que mi mundo se tambalee cuando estamos juntos, cuando me toca. Duerme plácidamente, al contrario que yo, que después de tantas emociones, de poner las cartas sobre la mesa, sigo reflexionando. El asunto está bastante claro, pero ¿un matrimonio de conveniencia? ¿En serio? ¿Existe eso aún? Entiendo a la perfección la situación, más aún, teniendo en cuenta los factores que la envuelven. Es perfectamente normal que un hombre —y una mujer, que no quiero caer en estereotipos—, llegado el momento, quiera sentar cabeza y tener una familia. Lo que no me cuadra es el papel del padre de Gerard en este asunto. ¿Un padre no es ese que quiere lo mejor para su hijo? Yo estoy convencida de que mi padre actuaría como tal y velaría por mi felicidad, no por mi posición o los beneficios de determinadas uniones y la tajada que él pudiera sacar. Es cierto que tampoco lo conozco, por lo que no me atrevo a juzgar a la ligera sin conocer bien el fondo del asunto.

Está amaneciendo y los primeros rayos de sol entran por el enorme ventanal que hay en la habitación de Gerard, el agua de la piscina brilla y me llama como la luz a una polilla. Decido levantarme y salir fuera. Cojo una camiseta del vestidor de Gerard y mi móvil y salgo. Echo una mirada a la cama, antes de irme, y no puedo evitar que un sentimiento de amor me embriague. Es real, más real que ningún otro sentimiento y es que le quiero. No estoy preparada para decírselo, pero no por ello dejo de sentirlo.

Me siento al borde de la piscina, sujeto mi teléfono entre los dedos y marco.

—¿Estás bien? —La voz de Alma al otro lado del teléfono me hace sonreír.

—Le quiero —afirmo rotunda.

—Vaya, ¿por fin te has dado cuenta?

—Lo sé hace tiempo —confieso.

—Lo sé. Lo sabemos las tres —puntualiza.

—Tengo miedo.

—Eso también lo sabemos, cariño mío.

—¿Qué haces despierta tan temprano? ¿Te encuentras bien?

—He cogido la baja, parece que Candela quiere salir antes de tiempo y últimamente me encuentro más cansada de lo habitual. Necesito guardar reposo, Candela debe esperar, aunque sea dos meses más, ocho semanas.

—Quiere salir ya, porque intuye que aquí fuera la estamos esperando con ansias. Es muy lista, porque sabe que va a tener la mejor familia del mundo, los mejores padres del mundo.

—Y las mejores tías del mundo —puntualiza Alma.

—Eso por supuesto. Yo le enseñaré a ser reflexiva y Érika...

—Érika le enseñará a patear culos y a tener a raya a todo el mundo —finaliza Alma.

—Eso mismo. Hablando de Érika...

—La notas rara, ¿verdad? —me interrumpe Alma.

—Definitivamente, sí. Algo le pasa.

—Estoy de acuerdo, yo creo que es por el juez —continúa Alma.

—¿Tú crees? —pregunto sorprendida—, ¿por un tío?

—¿Sabes lo que opino?

—Ilumíname —suelto jocosa.

—Creo que el simple hecho de que este hombre le plante cara, la hace sentir insegura. Ella está muy acostumbrada a tener todo bajo control, a marcar ella las pautas y que el resto siga sus órdenes, y este chico, por lo poco que ella ha contado y por lo que vimos en Candelaria, está claro que no es un tío cualquiera, es un hombre que está a su altura.

—En eso no tengo dudas, pero me cuesta pensar que Érika se sienta insegura ante él.

—El tiempo nos dará o nos quitará la razón —concluye Alma.

—Deberíamos vernos esta tarde —propongo.

—En mi casa, ¿vale? Aviso a Jaime para que prepare algo de picar.

—¿Dónde está Jaime?

—Salió con la bici hace rato. Hay cosas que no cambian. —La oigo reír al otro lado.

—Tiene que desfogarse con algo, ¿no?

—No creas, últimamente hemos reducido la fogosidad, pero hasta ahora, a la mínima de cambio, me empotraba.

—Vale, vale, vale, no quiero más información —me mofo.

—Has empezado tú. —Se carcajea Alma.

—Es verdad. Pero ha sido suficiente.

—Nos vemos esta tarde, cariño —se despide Alma.

—Hasta después, mona peluda.

—¿Mar?

—¿Sí, Alma?

—Díselo, no tengas miedo.

—Cuando esté preparada, ¿vale? —Por el rabillo del ojo veo a Gerard acercarse hasta mí, ataviado únicamente con unos calzoncillos negros.

—Ya lo estás, pero no quieres reconocerlo —finaliza—. Te quiero.

—Yo también te quiero —susurro—. Nos vemos luego.

Gerard se ha sentado a mi lado, con los pies dentro del agua. Comienza a moverlos de manera horizontal, chocando con los míos. Los muevo al compás de los suyos. Levanto la cabeza y nos contemplamos, sus ojos negros brillan intensamente, logrando que me sumerja en ellos. No decimos nada, no pronunciamos palabra, pero sabemos que lo que sentimos es superior a las palabras. Alarga su brazo y me acerca a él, envolviéndome en un cálido abrazo. De manera inconsciente coloco mi cabeza en su hombro y suspiro.

—¿Estás preocupada? —pregunta.

¿Lo estoy?

—Ya no. Ahora simplemente soy feliz.

Un tierno beso en mi pelo me estremece.

—Esta tarde voy a ir a casa de las chicas, ¿te apetece venir?

—¿Me estás invitando a una tarde con ellas?

—Con ellas y con Jaime.

—Jaime me cae bien —se apresura a añadir.

—¿Y ellas no? —pregunto haciéndome la ofendida.

—Ellas también, pero aún estoy decidiendo si quererlas o tenerles miedo.

—Tenles miedo, es más prudente.

—En otra ocasión mejor, *piccola bionda*, tengo trabajo que hacer y quiero preparar unas cosas para las vacaciones.

—¿Te vas de vacaciones? —La decepción en mi voz debe ser palpable.

—Me voy quince días en agosto a Italia, quiero ver a mi hermana.

—Volver a casa... —finalizo.

—Exacto —concluye él—. Vamos, rubia, desayunemos, tienes que recuperar fuerzas para lo que quiero hacer contigo lo que queda de mañana.

—¡Me estás asustando! —exclamo con fingida inocencia.

—Deberías tenerme miedo.

Nos dirigimos a la cocina. El olor a café es lo primero que me invade.

—Vas por buen camino, hombre desconocido.

Tira de mi mano y me abraza, fuerte. Soy feliz de verdad, de verdad de la buena.

Paso por casa antes de ir a ver a Alma, necesito una buena ducha y ropa limpia. Poco después de las cinco, llamo a la puerta. Jaime me abre.

—¿Qué pasa, rubia?

—¿Y a ti? ¿Cómo está Alma?

—Bien, entra, estamos en la cocina.

—¿Estamos?

—Érika y yo. Alma está durmiendo.

Paso a la cocina y veo a Érika con una taza de café con leche, apoyada en la encimera.

—¿Reunión de pastores? Yo también quiero uno de esos, Jaime. ¿Qué pasa?

—Estamos hablando de Alma. Está hecha polvo —responde Érika.

—Ponerme al día —les pido.

Jaime me alcanza el café con leche y se sienta al lado de Érika. Parecen hermanos, desde que Jaime ha vuelto, incluso antes, he notado que Érika se siente muy unida a él.

—Tengo la ligera sensación de que Candela llegará antes de lo previsto —suelta Jaime.

—Creo que Alma también lo piensa —añado.

—Lo creemos todos —agrega Érika.

—Ha cogido la baja porque ya se encuentra cansada y, además, últimamente ha estado con contracciones leves. La obstetra nos ha recomendado reposo, porque aún es pronto para el parto, considera que lo mejor es esperar mínimo, ocho semanas más.

—Algo de eso me ha comentado Alma esta mañana cuando he hablado con ella por teléfono —les explico.

—También les dijo que nada de sexo, ¿verdad, Jaime? —se burla Érika.

—Bicho —le dice a Érika.

—Es normal —les digo.

—Así que ahora estáis a secas, bien que te van a doler los huevos, señor

Paella —continúa Érika burlándose.

—No te rías de las penas ajenas —pronuncia un ofendido Jaime.

—Más has aguantado, verás que esto es fácil —intento consolarlo.

—Me cuesta mantener las manos lejos de Alma. Me resulta un tanto incómodo hablar con vosotras de mi vida íntima.

—No deberías, ya Alma nos ha dicho que la tienes grande y que eres un empotrador, incluso que la tienes rosad...

—¡Basta! —suplico mientras me tapo la cara muerta de vergüenza.

Érika se mea de risa y Jaime está colorado, tan avergonzado como yo, para ser más exactos.

—Cuando todo pase, prometemos cuidar a Candela para que tengáis un poco de tiempo para vosotros y para recuperar vuestra intimidad —le propongo.

—Folleteo todo el que quieras, Jaime, pero no me la preñes más, por favor —añade Érika.

—¡Qué bruta eres! —exclamo.

—Directa. Soy directa —explica Érika.

—Es su esencia —especifica Jaime—. Menos mal que te queremos, que si no...

Terminamos nuestros cafés con leche y comenzamos con el refresco. La tarde da paso a la noche, y las risas y confesiones amenizan nuestras horas juntas.

El resto del fin de semana lo paso con Gerard, y las noches de la semana también.

El viernes llega en un suspiro. Esta semana es la última antes de irnos de vacaciones. No he vuelto a cruzarme a Marzia, ni ganas tengo tampoco. Aunque ahora que tengo la información necesaria, no permitiré que me falte al respeto o me diga cosas que no son de su incumbencia.

Hemos trabajado muchísimo esta semana para dejar un buen sabor de boca a nuestros oyentes. Esta semana, nuestro manual va en torno a una enfermedad. Nos llegó casi por casualidad y decidimos que sería el elegido, es un tema que no hemos tocado y es importante ir cambiando de contenido.

—Buenos días —me saluda Dilaila cuando entra en la oficina—. ¿Lista para esta noche?

—Más que lista —respondo—. Y buenos días para ti también.

—¡Qué ganas de vacaciones tengo! —exclama Dilaila.

—¿Tienes ganas de vacaciones o de perderme de vista? —pregunto.

—De lo primero. De hecho, espero que nos veamos en vacaciones, como no tienes plan...

—Gerard se va mañana para Italia y vuelve dentro de quince días —susurro triste.

—Ohhh, se va tu amorcito...

—¿Te estás burlando de mí? —pregunto ofendida.

—¿Yo? ¡Para nada! ¿Por qué dices eso? Debería, tienes a un adonis para ti solita y los celos son muy malos.

—¡Cállate! Si tú quisieras tendrías a uno también —murmullo.

—¡No sigas por ahí! Ya te he explicado el tema —finaliza Dilaila.

—¿Te has dado cuenta? Yo he dicho el pecado, pero no el pecador y tú solita has sacado conclusiones, así que...

—Fin del tema —me suelta.

—Por ahora —digo bajito.

Dilaila me echa una mirada cargada de frío desdén. Sin duda, este asunto la molesta y no la deja indiferente. Una señal clara de que algo pasa.

A las siete de la tarde, de nuevo estamos preparadas para emitir nuestro último programa.

—¿Preparada? —pregunto a Maite, nuestra invitada de esta semana.

—¡Preparada! —afirma rotunda.

Ayer tuve el placer de conocerla, y debo decir que me he declarado su fan número uno. Es una persona con una fuerza de voluntad admirable.

—Cuando la luz roja se encienda, presentaré el programa y a continuación, leeré tu carta y de ahí empezaremos con lo que hemos preparado juntas, ¿vale?

—Hecho —finaliza.

Nos sentamos una al lado de la otra. Dilaila como siempre, frente a mí. Gerard entra en ese momento y se acerca, pone sus labios sobre los míos y me da un beso tierno. Hasta esta noche, nunca lo había hecho. No puedo evitar la sonrisa de lela que debo tener.

—Suerte, aunque a ti no te hace falta.

—Gracias. —Y sonrío aún más, de esas sonrisas tan amplias que te duelen las mejillas.

Giro la cabeza hasta donde se encuentra Dilaila que simula un par de arcadas.

—Perra canela —le suelto.

—Pastelosa —contraataca.

—Trabajar con vosotros debe ser divertidísimo. ¿Ese hombre tan apuesto quién era?

—Su novio —responde Dilaila.

No me da tiempo, porque Julián me hace un gesto desde detrás del cristal para decirme que en diez segundos entramos en antena.

—Esta me la pagas —le susurro a Dilaila.

Ella me saca la lengua justo antes de que la luz roja se encienda.

—Buenas noches, queridos oyentes. Hoy nos acompaña Maite. Viene a contarnos su historia. Muy dura. Una carrera de fondo. Voy a proceder a leer la misma para que puedan juzgar ustedes mismos.

Hola, Mar:

Mi nombre es Maite. Te escribo para contarte mi periplo médico, con mi querida espalda, desde los dieciocho años hasta mis cincuenta y cuatro actuales. Para entender esto, hay que saber que siempre he sido una persona muy positiva, muy independiente y tenaz hasta el infinito.

Todo empezó después de cumplir la mayoría de edad. Un día comencé a tener dolores en mis piernas y tras visitar al médico de cabecera, varios traumatólogos, fisioterapeutas, acupuntores y someterme a todo tipo de tratamientos, «sonó la flauta» y averiguaron que lo que tenía era dos hernias discales. Este proceso duró cinco años, en los que llegué a pensar de todo, porque mi mente se negaba a entender que después de haber visitado a tanto galeno, ninguno diera con lo que me ocurría y me diera una solución. Busqué especialista y decidí operarme, después llegó la rehabilitación y la vuelta a la vida sin dolores ni preocupaciones. Esto duró tres años, transcurridos los cuales volvió a repetirse el problema, pero como ya sabía cuál era el veredicto, fui directa al escáner, al quirófano y a la rehabilitación. A partir de ahí la cosa duró un poco más, aunque siempre tenía que cuidar de mi espalda la cosa funcionaba, tres años después decidí ser madre, eso fue más fácil, solo tenía que pasar hambre para no pasar de ocho kilos antes del momento del parto.

A estas alturas ya había aprendido que lo de mi espalda iba a ser para siempre y que debía mimarla mucho, el resto de mi vida iba divinamente, me había independizado desde los veinte años, laboralmente todo iba sobre ruedas, había encontrado a mi media naranja y tenía una hija sana y feliz, ¿qué más podía pedir? Fueron años sin preocupaciones, de muchos viajes, amigos, diversión, etc., en los que mi espalda se sobrecargaba de tanto en tanto, pero nada que no pudiera solucionar el fisio y un buen antiinflamatorio.

Por esa época descubrí el Pilates, como soy curiosa, de culo inquieto y mi espalda no la iba a poner en manos de nadie, me pasé tres años yendo a Madrid, fin de semana sí, fin de semana no, a formarme como instructora, con el tiempo hasta pasé el examen de certificación, desde entonces, afortunadamente, nunca he dejado de practicarlo.

Después de los cuarenta volvió el dolor y otra vez escáner, quirófano y rehabilitación. Ya era mi tercera intervención y mi cuarta hernia discal, para entonces ya había aprendido que el dolor físico se puede sobrellevar dignamente, nunca monté numeritos ni pretendí que estuvieran al pie de mi cama, me daba pavor que me compadecieran o que ve vieran como una heroína. Después de todo era un problema físico, que de tanto en tanto daba el coñazo y con el que había aprendido a convivir.

Hace algo más de cinco años empezaron a aparecer los Duendecillos Burlones y eso cambió el discurrir de mis días durante un tiempo. Como si de una pedrada en la cabeza se tratara, de pronto me

vi sitiada por la maldad, la envidia, la mentira, el engaño, el abandono y otras muchas «virtudes» que como por arte de magia habían aparecido en muchas personas de mi entorno. Al principio me vi desbordada, sobrepasada y hasta asustada diría yo, todo ocurrió en solo cuatro meses, ¡pero qué cuatro meses!, para acompañar a los Duendecillos Burlones, un día volvió mi espalda a dar la lata, ilusa de mí me hice el escáner, se lo mandé a mi médico y me mentalicé para ir al quirófano, en lo que esperaba su llamada. La llamada no fue como las anteriores. «Tengo malas noticias, las cicatrices internas de las operaciones se han vuelto fibrosas, eso es lo que afecta al nervio y no tiene solución», me dijo después de que le pidiera que no se andara por las ramas.

A todas estas, mi hija estaba a punto de examinarse de la PAU, para irse a Barcelona a hacerse médico y mi pareja, que tiene negocio de hostelería, en plena crisis económica. Opté por no desahogarme, para no agobiarles más de lo que ya estaban. Esa situación me llevó a urgencias con un ataque de ansiedad, después de doparme, un médico vino a hablar conmigo, le conté a *grosso modo* lo que me había llevado allí y me dijo: «Cuando se llena mucho el vaso, siempre hay una gota que rebosa».

Volví a casa y cuando vi la cara de asustada de mi hija, me dije: «Se acabó».

No fue fácil, pero a partir de ese día me dije que mi vaso lo lleno yo con mis gotas —que no son pocas—, pero no voy a dar cabida ni a una sola de un problema que no haya ocasionado o que corresponda a otro solucionarlo.

¿Cuál es mi problema?, ¿mi espalda? Pues a buscar solución, no puedo estar todo el día en una cama y hasta el culo de calmantes. Necesito toda la energía que soy capaz de generar para solucionar esto. De repente, los Duendecillos Burlones, pasaron a un segundo plano, decidí ayudar solo a quien quisiera mi ayuda y mi apoyo, a alejarme de personas negativas, tóxicas, desleales, etc., y las «virtudes» de otros que fueran de ellos, para que aceptaran sus consecuencias y no tenerlas que cargar yo.

Así que empecé a ir a todos los especialistas de prestigio de los que iba teniendo conocimiento. Todos me daban el mismo diagnóstico y ninguna solución válida o duradera. Comenzó mi batalla con la seguridad social para que reconocieran mi incapacidad y después de cuatro años ¡eureka!, casi por casualidad conocí al doctor que fue mi salvación. En un principio no me dio garantías, pero sí me dijo que había posibilidades... ¡y vaya si las hubo! Ahora tengo limitaciones, evidentemente, como no poder trabajar, no poder conducir, no coger peso, no hacer determinados movimientos, permanecer quince horas diarias en horizontal y cada dos meses ir a visitarle para que me infiltre, pero soy feliz con mi vida.

Mientras yo buscaba solución a mi problema, mi padre me dejó, sé que se marchó con la pena de que mi espalda estaba muy mal, pero también sé que desde donde está no ha dejado de apoyarme en mi lucha y que gracias a él nunca me rendí.

En resumen, no hagas caso a los Duendecillos Burlones y llena tu vaso solo con tus gotas, lo demás es muy fácil.

Un beso.

—No cabe duda de que es una historia muy dura, ¿de dónde has sacado las fuerzas para levantarte cada día?

—La vida es eso que ves pasar ante tus ojos, es como un tren, la diferencia es que es el único que existe, y, o bien te subes o te quedas en las vías de la estación. Hay una única oportunidad, y tú decides qué quieres. Pues bien, yo decidí que lo que quería era subirme al tren y vivir lo mejor que pudiera dentro de mis limitaciones. No importa que tenga que estar quince

horas al día acostada, porque soy consciente de que las nueve restantes, seré todo lo feliz que pueda y disfrutaré de ese tiempo como si no hubiera un mañana.

—Se nota que eres una persona con mucha energía, ¿qué ha supuesto para ti estas limitaciones? —continúo indagando.

—Efectivamente, siempre he sido un culo inquieto, y cuando comenzó toda esta historia, no sabía cómo iba a terminar. Hoy en día, sé que cada vez iré reduciendo mucho más la movilidad y que terminaré en una silla de ruedas, pero ¿cuál es mi planteamiento? Sencillo: disfrutaré de cada momento y cuando no pueda caminar, disfrutaré de cada momento también, porque la vida es una, como te he dicho antes, y hay que vivirla.

—Te admiro, te lo digo en serio —muy en serio—, eres una persona con una fuerza y unos propósitos que muchos quisieran tener.

—Pueden tenerlos, simplemente hay que cambiar la perspectiva. Dejar de ser derrotista y negativos y pasar a valorar las pequeñas cosas.

—¿Qué supuso para ti la muerte de tu padre?

—Pregunta clave donde las haya. Mi padre era una figura de referencia para mí, era mi amigo, mi consejero, mi compañero, era mucho más que un padre. Era el mejor de los padres. Perderlo fue... perderlo fue terrible. El sentimiento de vacío y desolación que me rodeó en aquel momento fue indescriptible. Fue saber que no habría otros cumpleaños, juntos, que no habría más conversaciones en el balcón o que las próximas Navidades no nos abrazaríamos tras brindar por las ilusiones que habían venido y que vendrían.

—Pero él está ahí, observándote y asintiendo con la cabeza por la fuerza y la valentía que tienes —añado.

—Y yo seguiré brindando por él cada Navidad —finaliza Maite.

Hemos terminado charlando, más como amigas que comparten una café una tarde que como periodista e invitada. Es la capacidad que tiene Maite de hablarte y conmoverte.

—Para finalizar la entrevista, quiero agradecer a Maite por habernos escrito y contarnos su historia, porque la fuerza y la vitalidad que tiene, a pesar de todo lo negativo, es digna de admiración. Mi reflexión esta noche es sobre la vida; porque la vida es para los valientes, para esas personas que de un problema hacen una solución. La vida es para las personas que son fieles a sus principios. La vida es para esas personas que se arriesgan a pesar de poder caer, para los aventureros e intrépidos. Para esos que simplemente son

ellos mismos, que no importa cuán pequeño sea el detalle porque ven lo grande del gesto. La vida es para esos que a pesar de las inclemencias no dudan en continuar. La vida es para lucharla. La vida es para vivirla.

»Quiero despedirme y agradecer la confianza que depositáis en mí y en todo el equipo que hace posible *El Manual de Instrucciones...*, que luchan y se esfuerzan porque sea mejor cada semana, agradecer a esas personas que nos escriben, que quieren contarnos su historia y participar, que depositan su confianza en nosotros y que, sin ellos, no seríamos nada.

»Nos vamos de vacaciones, sí, estaremos tres semanas sin oírnos, pero volveremos con las pilas cargadas y con más energía. Volvemos el veintiséis de agosto. ¡Feliz verano!

La luz roja se apaga, indicándome que ya no estamos en antena. Nos quitamos los cascos y los colocamos encima de la mesa.

—Cuando te he dicho que te admiro, Maite, lo decía de verdad.

—Gracias. Me ha encantado participar.

—Más nos ha encantado a nosotros que nos des una lección de vida.

—La vida me ha dado una lección a mí, y ahora, yo os la doy a vosotros.

Nos damos un abrazo antes de separarnos. Ella ha venido acompañada de su marido y de su hija. Les agradezco a ellos también su ayuda.

Dilaila también se va pronto, porque ha quedado con Julián para cenar esta noche. No sé cómo terminará esto, ahora, cuando Óscar se entere se va a liar gorda. No quiere admitirlo, pero está loco por los huesos de esta chica y ella por los de él.

Veo entrar a Gerard cuanto estoy terminando de cerrar la carpeta con la documentación de esta noche.

—La dejo archivada y nos vamos —le pido.

—No, *piccola bionda*, esta noche no puedo, mañana cojo un vuelo a primera hora a Italia. Llegaré a Pisa casi cinco horas después, con lo que te llamaré cuando aterrice.

La decepción me inunda.

—¿No podemos pasar la noche juntos? —pregunto desilusionada.

—Lo siento. Tengo muchas cosas que preparar antes de salir. Prometo ser tuyo a la vuelta.

# Capítulo 19

Me da un dulce beso en los labios antes de marcharse. Me dejo caer sobre el sillón y el sentimiento de angustia me oprime el pecho. Saco el teléfono del bolso y abro el comando. Necesito desahogo.

Mar:  
Gerard se va mañana a Italia y no ha querido pasar la noche conmigo.

Recojo mis cosas y salgo del estudio. Me voy a casa, a comerme un paquete de nachos con guacamole, por eso de matar las penas con comida, nada más.

El teléfono no para de sonar en el trayecto. Y sé que son las chicas las que escriben. En cuanto llego a casa, me descalzo y me tumbo en la cama, para hablar con ellas.

Alma:  
¿Cómo que no ha querido pasar la noche contigo?  
¿Te ha dicho que no?

Érika:  
Bueno, mujer, quince días pasan rápido.  
¡¡No dramáticas!!

Alma:  
No seas bruta, Érika, sé un poco más suave, chica.

Érika:  
Quien la oiga va a pensar que el chico se va a la guerra.

Mar:  
No se va a la guerra, pero ¡¡joder!! ¿La última noche y se va? ¿Así, sin más? Alma, no me dijo que no, solo me explicó que tenía cosas que hacer antes de irse mañana.

Alma:  
Quizás te llame luego.

Mar:  
No. No me va a llamar. Es un imbécil.

Érika:  
Relájate, no te enfades. Deberías dormirte  
Y descansar.

Mar:  
¿¿Dormir?? ¿¿Me estás diciendo que duerma con la decepción que tengo??

Ya no estoy triste, ahora estoy enfadada.

Érika:

Paso de discutir.

Alma:

Haya paz. Mar, mañana las cosas se verán de otra manera. Ahora estás enfadada y ya no razones.

Mar:

Que le den por el culo. Si se piensa que voy a estar esperándolo como una tonta cuando vuelva, lo lleva claro. Hablamos mañana.

Érika:

Buenas noches.

Alma:

Buenas noches.

No puedo conciliar el sueño, doy vueltas y vueltas en la cama, pensando qué ha podido pasar para que se haya despedido así. Quizás el problema radica en las expectativas, en lo que esperas de alguien. Di por sentado que esta última noche la pasaríamos juntos, básicamente, porque se va quince días de vacaciones. Y sí, mis inseguridades vuelven a hacer acto de presencia y sí, vuelvo a ser consciente de que no todo es perfecto, de que la perfección no existe y de que yo misma he creado una historia en mi cabeza, mía, no de nadie más, porque Gerard, está claro, que lo ve de otra manera. Quizás porque está muy seguro de sí mismo y de mí, de mis reacciones, de mis movimientos, y eso... eso me hace enfadar mucho más.

Me levanto cuando aún veo la luna en lo alto del cielo. No ha amanecido, pero es inútil esperar a que lo haga mientras sigo removiéndome en la cama y dándole vueltas al tema. Lo mejor será que me active y me organice. Iré a ver a mi madre y haré planes con las chicas, quizás me vaya a la playa a pasar el día o quizás me quede tumbada en el sofá. ¿A quién quiero engañar? El sofá nunca ha sido mi plato fuerte y con el humor que tengo, mataría a Érika si me suelta alguno de sus cuchillos.

Pongo la radio y que el destino sea quien marque lo que escuchar, suena «Con solo una sonrisa», de Melendi, mientras el olor a café recién hecho me anima, momentáneamente, pero mejor eso que nada. No he encendido el teléfono, si Gerard me llama, que no creo que lo haga, pero si lo hiciera y encuentra mi teléfono apagado ¡que se joda! Aunque sea una mínima parte de lo que me he jodido yo pensando en su plantón.

Llaman a mi puerta y el ruido me sobresalta. No espero a nadie y es demasiado temprano para recibir visitas, ¿habrá pasado algo? Con mi camiseta vieja, roída y descalza, me acerco a la puerta a abrir. A punto he estado de que la taza se me escape de las manos al ver quién hay tras ella.

—Vístete.

—¿Qué? —respondo enfadada, ¡mucho más que enfadada!, ¡estoy encabronada!

—*Piccola bionda*, vístete.

Pasa por mi lado, mientras entra en casa y se dirige a la cocina, creo que el olor a café le ha hecho caminar hacia allí, como los ratones al escuchar al flautista de Hamelín.

—¿Pero tú quién te crees que eres para entrar en mi casa y pedirme que me vista? —Mi nivel de enfado va creciendo por momentos.

—Exigirte —puntualiza Gerard.

—¿Exigirme? —pregunto sin entender nada.

—Sí, exigirte que te vistas —lo dice sin mirarme, solo observa cómo el café cae en su taza. Le pone azúcar y le da un sorbo, cerrando los ojos para que el sabor profundice en su paladar.

—A mí tú no me exiges nada. —Ahora sí que es la guerra.

Deja la taza encima de la mesa y se acerca a mí, como un lobo. Yo, a su vez, voy retrocediendo, hechizada por su mirada y su forma de comerme con ella.

—Ahora que lo dices —me recorre todo el cuerpo con la mirada y me hace estremecer—, mejor te ayudo yo.

Choco contra la pared y él sonrío satisfecho, me tiene exactamente donde quiere. Coloca ambas manos al final de la camiseta y tira de ella, dejándome desnuda, salvo por unas braguitas verdes que tengo puestas.

—Porque no tenemos tiempo, si no, te iba a enseñar lo exigente que puedo llegar a ser cuando quiero.

Intento echarle una mirada cargada de desdén, pero se queda en eso, en un intento, porque yo soy tan consciente como él de que le recitaría la tabla periódica si ahora mismo me lo pidiera.

—Vístete, no hagas que te lo repita.

Me giro y me dirijo a mi habitación, Gerard sigue mis pasos y me contoneo más de lo que debo, a posta, por supuesto, para que sufra.

—¿Tú no tenías que coger un vuelo a primera hora? —pregunto de camino.

—Así es.

—Entonces, ¿para qué quieres que me vista?

—Porque te vienes conmigo —afirma rotundo.

Tropiezo y casi me choco contra la puerta de mi habitación.

—¿Perdona?

—Nos vamos. A Italia —puntualiza.

Coloco las palmas de las manos hacia arriba, en un gesto que indica claramente «¿qué me he perdido?».

—No he hecho la maleta. —La decepción vuelve a hacer acto de presencia.

—No hace falta. Tu maleta ya está en mi coche. Y ahora, vístete o tendré que follarte para enseñarte a obedecer, me estás tentando demasiado. Esas braguitas de niña buena me indican, en silencio, que quieren ser arrancadas y la piel que hay debajo, quiere ser devorada.

Uno mis piernas de manera brusca, buscando alivio para las expectativas que acaban de crearse con lo que he oído.

Abro el armario, bajo la atenta mirada de Gerard y, efectivamente, me doy cuenta de que falta ropa. Anoche llegué tan enfadada que simplemente me desnudé, cogí la camiseta que tenía bajo la almohada y me metí en la cama. Me apresuro a ponerme unos vaqueros, una camiseta y una rebeca. Me calzo unas bambas negras y me dirijo al baño, a cepillarme los dientes y hacerme un moño alto. Una vez termino, salgo.

—Lista.

—Nos vamos.

Me sujeta la mano y tira de mí, hasta que choco contra su duro pecho. Alzo la vista, me encuentro con sus brillantes ojos, y simplemente me besa. Me besa con pasión y con deseo.

—¿Pensabas que iba a irme quince días y dejarte aquí? —pregunta cuando nuestros labios se separan.

—Sí —afirmo convencida.

—No podría. Aunque quiera, no puedo irme quince días y no tocarte, no sentirte y no olerte. Siento decírtelo, *piccola bionda*, pero pienso disfrutar de estos quince días contigo, si tú quieres, claro.

—¡Quiero! —me apresuro a responder—. Claro que quiero —añado más tranquila, no deseo que note la desesperación que siento.

—Eso sí, estaremos unos días con Bárbara, necesito verla y quiero que la conozcas.

—Estaré encantada. —Por fin voy conociendo más de este hombre. Las barreras y los muros que en un principio levantó, parece que van cayendo y

que la artífice de ello he sido yo—. ¿Cómo...?

—¿Cómo lo he hecho? —me corta—. ¿Quieres saberlo?

—Por supuesto.

Salimos de casa, me aseguro de que llevo mi documentación encima y de que cierro bien antes de salir.

—Érika me ha ayudado —suelta.

—¿Érika? ¿La misma Érika que conozco yo? ¿Mi Érika? —Me pinchan y no sangro.

—La misma. ¿Sorprendida?

—¡Claro! ¿Cómo has dado con ella? —indago.

—Ella trabaja en el mismo edificio que Max, por lo que me fue muy fácil localizarla. Le expliqué lo que quería y me ayudó. Tiene llave de tu casa, no le fue difícil colarse mientras tú y yo estábamos en el estudio.

—¿Hizo ella mi maleta? —En este momento no sé si reír o llorar.

—Supongo. Ella simplemente me dijo que se encargaba. Tus datos para el billete los tengo yo en el trabajo, así que tampoco me supuso un gran impedimento.

—Pues entonces tendremos que pasar por una tienda de ropa interior, porque estoy segura de que me puso de todo menos bragas, la conozco bien y me espero cualquier cosa.

—¿Que no te ha puesto bragas? —pregunta divertido.

—Ajá. No sabes tú quién está ahí.

—Me está empezando a caer muy, pero que muy bien esa chica.

—Eso será hasta que te amenace con los rumanos o te quiera rajar —me burlo.

—Eso ya lo hizo.

—¿Lo ves? —me río—, así es Érika.

Nos subimos en el coche, en la parte trasera, delante va conduciendo alguien a quien no conozco.

—Es un conductor que tengo en plantilla —apunta Gerard tras ver mi expresión de sorpresa.

Emprendemos la marcha hacia el aeropuerto. No puedo evitar la alegría que me embarga. No me lo esperaba para nada. Saco el teléfono y escribo en el comando bajo la atenta mirada de Gerard.

Mar:  
Te voy a matar, Érika.

Es temprano, probablemente esté durmiendo aún.

—¿Qué habría pasado si te hubiera dicho que no?

—¿Que no, qué? —pregunta jocoso.

—Que no voy contigo, que me quedo, que paso de tu culo.

—*Piccola bionda*, es imposible que tú puedas pasar de mi culo. Es más, te mueres por mi culo.

—Y tú por el mío —mantengo la broma.

—De eso no hay duda —afirma.

—¿Qué habrías hecho? —continúo.

—Te habría obligado —finaliza.

—¿Cómo...?

No me deja terminar, me sujeta por las caderas, me gira y me sienta a horcajadas sobre él. Me aprieta fuerte contra su entrepierna y noto su excitación dándome los buenos días, la mía, lo saluda de la misma manera. Nuestras respiraciones están agitadas y simplemente me besa, me besa con lujuria. Un beso tórrido, de los que te dejan sin sentido y que hacen que explotes de pasión contenida, esa que siento solo con tenerlo cerca. A su vez, me presiona más y más contra su entrepierna y los fuegos artificiales comienzan a aparecer. Un breve carraspeo nos interrumpe y me hace resoplar. Gerard deposita de nuevo un tierno beso en mis labios, antes de volver a colocarme en el asiento.

—Es mejor que mantengamos las formas, por nuestra seguridad.

Una vez embarcamos, en *business class*, nos enfrascamos en conversaciones sobre el trabajo. Las conversaciones dan paso a besos, y una vez aterrizamos, cuatro horas y media después, estamos desesperados por culminar el juego que comenzó esta mañana. Y eso es lo que hacemos cuando llegamos a su casa.

Miro el teléfono, he estado más preocupada por el deseo irrefrenable que sentía que por avisar a mi madre de dónde estoy. Primero entro en el WhatsApp y veo que Érika me ha contestado.

Érika:

Mientras no sea a polvos...

Alma:

¿Qué me he perdido?

Veo cómo Érika pone al día a Alma, la cual, todo sea dicho, flipa en colores.

Alma:

¿Estás en Italia?

Érika:  
Tráeme un regalito.

Decido contestar, aunque han pasado unas cuantas horas desde que escribieron y desde que aterrizamos.

Mar:

Estamos en Italia. El vuelo bien.

Os diré que no sé en qué parte estoy.

Solo puedo decir que es precioso.

Erika me contesta al momento.

Érika:  
¿¿Has estado follando, guarrona??

Alma:

Por eso no escribía.

Érika:  
Cállate, que tú también eres una guarrona.  
Ahora porque no puedes, que sí no... juraría  
que Jaime te revienta la bolsa de un pollazo.

Alma:

¡¡¡¡Pero mira que eres brutaaaaaaa!!!!

Mar:  
Érika, te pasas.

Alma:

No quiero ser mala, pero en cuanto Candela salga  
no pienso dejarlo respirar.

Mar:  
A ver cómo lo haces, teniendo en cuenta lo que  
implica un bebé.

Alma:

¿Y para qué estáis vosotras?

Érika:  
Viciosa.

Alma:

Mucho. Jaime empotra divinamente.

Mar:  
Os dejo. Chao.

Les envío besos y me desconecto del comando. La conversación está muy interesante, pero debo hablar con mi madre y lo más importante, saber dónde estoy. Ahora toca llamar a doña Rosaura.

No soy consciente de la inmensidad y belleza de la casa hasta ahora, que salgo de la habitación. Nada tiene que ver con su vivienda en Tenerife. Deambulo por ella, intentando encontrar la cocina. El pasillo por el que camino es muy largo. A ambos lados veo puertas, todas cerradas. Los espacios están decorados con exquisitas obras de arte. No es que yo sepa

mucho de pintura, pero sí es cierto que lo que veo me gusta. También observo que hay flores frescas en distintos maceteros, pero, a pesar de ello, y de la fragancia que desprenden, el olor a café me embriaga y hace que mis pies caminen solos en su busca. Bajo las escaleras, descalza, y llego a un amplio recibidor, con techos altos y una gran lámpara de araña. Esto sí lo recuerdo, por aquí entramos. Voy hacia la izquierda y llego a la cocina. *Voilà*, lo he conseguido. Entro y doy un respingo. No estamos solos. La señora percibe mi presencia, básicamente, porque he hecho bastante ruido al entrar, se gira y me observa detenidamente. Llevo una camiseta de Gerard, de *la Università degli Studi di Roma La Sapienza*, no sé ni cómo se pronuncia esto, nota mental: aprender algo de italiano.

La señora se acerca a mí, con las manos llenas de harina, parece que la expresión «pillada con las manos en la masa», ahora es más real que nunca. Cuando llega hasta donde estoy, puesto que me he quedado clavada en el lugar, por la impresión de no estar solos en casa y el temor de que nos hayan oído la noche anterior —sí, soy muy vergonzosa para determinadas cosas, aunque en ocasiones no lo parezca—, me abraza muy fuerte, como si nos conociéramos de toda la vida. Mis brazos siguen a ambos lados, no he logrado moverlos, sigo impresionada por todo.

—La *signorina* Mar —ella lo afirma como si me conociera de toda la vida y yo no tengo ni la más remota idea de quién es.

Cabeceo afirmando.

—Vaya, veo que ya has conocido a Tata —suelta Gerard.

Tata. Ahora que la nombra, sí me suena haber hablado de ella, la noche que Gerard estuvo en casa y me hizo la cena.

Ahora es él quien se planta delante de mí y me da un beso. Tata se gira y continúa con lo que estaba haciendo. La paz que se respira en esa cocina se transforma en una renovada energía para mí. Entiendo perfectamente que Gerard pasase tanto tiempo en esta cocina de pequeño.

Me da una nalgada y me guiña un ojo, mientras se acerca a Tata, la abraza y la llena de besos, ella le rehúye amenazándolo con llenarlo de harina, pero ni con esas Gerard deja de mostrarle su cariño; le besa los mofletes, el pelo, la nariz, los ojos e incluso, algún beso tierno en la boca le da. Me siento tan a gusto viéndolo así, cuando lo conocí, era un hombre un tanto hermético, evitaba situaciones en las que tuviera que hablar o contar cosas de su vida privada y de la primera persona que me habló fue de ella, de su Tata. Los

oigo hablar en italiano, pero no entiendo nada.

—Acércate, *piccola bionda*, vamos a desayunar. Tata es la mejor cocinera del mundo y hace la mejor *crostata* de toda Italia.

—No tengo ni idea de qué me hablas.

—La *crostata* es una tarta tradicional de masa de hojaldre, rellena de mermelada, la mejor es la de cereza, que es la especialidad de nuestra cocinera. Pero a veces la rellena de *crema pasticcera* y fruta fresca y está riquísima también.

—Suenan deliciosos —apunto convencida.

—Pues verás cuando la pruebes.

Tomamos asiento en la terraza que hay en la parte trasera de la casa, las ventanas de la cocina dan a un jardín infinito. Está lleno de árboles y flores muy cuidadas.

—Esto es perfecto.

—Contigo es perfecto —me susurra mientras me da un beso en los labios.

Me coge por la cintura y sus brazos me alzan, despegando mis pies del suelo, flotando en el aire. Cierro los ojos, disfrutando del momento. Suavemente, comienza a bajarme. Cuando nuestras bocas quedan a la altura, me besa. Simplemente me besa. Coloco mis manos en la nuca y me dejo llevar por las increíbles sensaciones que despierta en mí. Estoy completamente enamorada de él. Cada día lo tengo más claro y estoy más segura.

A lo lejos, oigo el ladrido de un perro que corre a toda velocidad en nuestra dirección. Enredo mis piernas en su cintura, y me agarro a él muy fuerte.

—Me vas a asfixiar —dice con voz entrecortada.

—¡Un perro! —exclamo asustada.

—Es Nerón —me explica—. Nuestro perro. Más bien el de Bárbara.

Hasta nosotros se acerca un precioso Golden Retriever dorado, y tras él, con la correa en la mano, una morena impresionante.

—Gerard estoy en camiseta y bragas. ¿Por qué no me has dicho que no estábamos solos?

—No tienes de qué preocuparte, eres una más de la familia. A Tata le da igual y a Bárbara también, estoy convencido.

La morena nos ve y echa a correr hasta nosotros, con una amplia sonrisa iluminando su cara. Gerard me deposita con sumo cuidado en el suelo, da un

paso hacia ella y abre los brazos, chocan con fuerza y Gerard cae al suelo amortiguando el golpe de la morena, que entiendo que es Bárbara. Ella le da suaves golpes y luego le abraza con fuerza.

—¡No me avisaste de que venías!

—Quería darte una sorpresa, *sorella*<sup>21</sup>!

Lejos de sentirme incómoda e incluso fuera de lugar, me siento tranquila y a gusto viéndolos así, pienso en mi madre y de nuevo me doy cuenta de que no la he llamado. Ambos se levantan y se alisan la ropa.

—Tú debes ser Mar, ¿verdad? —pregunta la morena.

—Y tú, Bárbara.

Ella asiente mientras se acerca hasta mí y me abraza, como si realmente fuera una más de la familia y me conociese de toda la vida. Es cierto, me hacen sentir así.

—Por fin llegaste —me susurra al oído.

Yo me sonrojo por su comentario.

—Gracias —murmullo bajito.

—Desayunemos —nos pide Gerard.

—Espera, necesito llamar a mi madre y explicarle dónde estoy. Por cierto, ¿dónde estoy? Aparte de lo evidente, claro...

—Estamos en Siena —apunta Bárbara.

—Siena..., vale. —A mí me suena a chino, pero mejor no digo nada.

—Estamos en la Toscana.

¡Ayyyyy! La Toscana, ¡qué bonito! Siempre he querido visitar la Toscana.

Me giro para entrar, pero dudo de hacia dónde dirigirme para llegar a la habitación; además de llamar a mi madre, quiero vestirme.

—En las escaleras, giras a la derecha y es la quinta habitación de la parte izquierda del pasillo.

Asiento y simplemente me adentro de nuevo en la casa, Tata me ve entrar y me sonrío. Es una mujer mayor y a pesar de sus arrugas y de su cabello blanco, debió de ser una mujer muy guapa, porque aún se nota su belleza.

Una vez salgo de la cocina, marco el teléfono de mi madre.

—¡Cariño! —exclama al otro lado del aparato—, ¿cómo estás?

—Bien, mamá, ¿y tú? —Continúo caminando y comienzo a subir la escalera que me lleva al pasillo.

—Muy bien, muerta de calor. Agustín y yo vamos a ir a la playa dentro de un rato, ¿te vienes?

—No puedo, mamá, lo tengo complicado —bromeo.

—¿Cómo que complicado? De todas maneras, casi que mejor, porque me quiere llevar a una de esas playas donde los hombres enseñan la chorra y las mujeres el chochete.

Me quedo sin aire, ¡os lo juro!

—¿Me estás diciendo que vas a ir a una playa nudista? —pregunto atónita.

—Cariño, en esta vida, no se le puede decir que no a nada.

—Mamá, que tienes una edad —bufo.

—¿Y qué? Tengo que hacer lo que me plazca, porque así, cuando me muera, habré disfrutado al máximo de mi vida.

—A ver, por partes, como diría Jack el Destripador; punto uno: no me gusta que saquemos el tema de la muerte, te lo he dicho por activa y por pasiva. Punto dos: lo de la playa nudista está bien, pero ¿en serio, tú, que eres una mujer bastante pudorosa, te lo estás planteando?

—En realidad, es Agustín, que se muere por mis carnes fofas.

Me río a carcajadas, no lo puedo evitar.

—De eso no tengo dudas —teniendo en cuenta lo que vi en su casa—, en realidad, mamá, haz lo que quieras o lo que te haga feliz.

—Eso mismo es lo que yo quiero que hagas tú, cariño. Lo que te haga feliz.

—Mamá, ahora mismo soy muy feliz, no te haces una idea de cuánto.

—¿Dónde estás?

—En Siena —respondo.

—¿En la sierra? ¿Qué sierra? ¿El Teide?

—Mamá, en Siena, Italia.

Se hace el silencio al otro lado del teléfono, incluso noto los engranajes de la cabeza de mi madre dando vueltas sin parar para intentar entender la bomba que le acabo de soltar.

—En Italia... —parece dudosa—, ¿has fumado algo raro?

—No, mamá. Gerard me sorprendió ayer por la mañana. Pensé que se venía solo a pasar sus vacaciones aquí y que yo me quedaría en la isla. Pero lo tenía todo planeado. Érika ha sido su cómplice en toda esta historia —sigo haciéndole un resumen de la historia mientras mi madre guarda silencio y me escucha atentamente.

—Quiero conocerlo —me suelta nada más terminar mi narración.

—Cuando volvamos, te lo presento.

—Perfecto —afirma contundente.

—Mamá, te dejo, me están esperando para desayunar. Esta casa es increíble. Tengo la sensación de que todo es increíble.

—Disfrútalo, cariño, ya era hora de que llegara.

Eso me recuerda a lo que me acaba de decir Bárbara antes de entrar en casa.

—Gracias, mamá.

—¿Cariño? —pregunta mi madre al otro lado.

—¿Sí?

—Tú que eres más moderna que yo... crees que tengo que depilarme la chocha, ¿verdad?

—¡Mamááááá! —grito.

Yo no estoy preparada para estas cosas, en serio.

—Mujer, ni que tú no tuvieras chocha. Es más, tú también te la rasuras, que te he visto.

—¡Por favor! ¡Señor! ¿Por qué a mí? ¿Por qué yo, señor?

Mi madre se parte de risa al otro lado.

—Sí, definitivamente sí, me voy a quitar esos pelos. Agustín se va a quedar loco y verás cómo...

—No quiero saber más. Fin. Te llamo pronto, mamá. Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

Tras colgar, me pongo un pantalón de chándal, una camiseta de mi talla, unas zapatillas y me dirijo a la terraza.

<sup>21</sup> Hermana.

# Capítulo 20

## Gerard

—¿Estás seguro de que papá te dejará tranquilo? —me pregunta Bárbara.

Mar sigue en la habitación, lo que nos ha dado algo de tiempo para hablar sobre Marzia y nuestro padre sin que ella esté presente y se sienta incómoda.

—Papá nunca me dejará tranquilo. Sus prioridades ya sabes cuáles son. — Y es verdad, aunque no me guste.

—Me refiero a tranquilo con Mar. Teníais un acuerdo.

Echo un vistazo a Bárbara. Nos llevamos seis años, por lo que ella es muy consciente de todos los problemas con nuestro padre. Digamos que es mi confidente en ese y en muchos otros aspectos.

—Teníamos un acuerdo, sí. —Doy un largo sorbo a mi leche, tomándome el tiempo necesario para darle la respuesta que espera—. Pero ese acuerdo era antes de que me enamorara de Mar.

La cara de asombro de mi hermana no me pasa desapercibida.

—Gerard Gaboardi Principi, el hombre más duro, chulo y arrogante que hay en la Tierra, ¿me habla de amor?

—Te hablo de amor, sí. Con cada letra.

—Ver para creer —añade incrédula mi hermana.

—No pienso firmar ese puto acuerdo. No me da la gana. Ahora no.

—¿Lo has hablado con él? —pregunta Bárbara.

—Sí.

—¿Y? —prosigue.

—No quiere entrar en razón. Me dice que es un acuerdo, un acuerdo beneficioso. Que estoy obnubilado por esta mujer y que no debo romper el contrato, que simplemente, haga como hasta ahora, que la use a mi antojo y cuando me canse, vuelva con Marzia.

—¡Qué sucio por su parte! —exclama Bárbara—. Parece mentira que sea nuestro padre.

—Lo es porque lo dice un papel, no porque realmente lo sintamos como tal.

—Gerard —suspira Bárbara antes de proseguir—, tú, tan bien como yo,

conoces a Gaetano Gaboardi y sabes que cuando tiene algo en la cabeza no para hasta que lo consigue, ándate con ojo.

—Lo sé —resoplo frustrado—, pero no voy a permitir que nadie me arrebatase lo único que me ha hecho revivir; ella me ha devuelto las ganas de existir, de querer ser mejor para alguien, de sonreír...: me ha enseñado a amar, Bárbara. —Mi voz suena acongojada y un nudo de emociones se agolpan en mi garganta—. Me ha enseñado lo que es el amor, el de verdad, el que te quema cuando estás lejos de esa persona, y no voy a alejarme de ella, por muy en desacuerdo que esté nuestro padre.

—Conmigo puedes contar, Gerard, para lo que sea. Esa chica me gusta. Por el simple hecho de haber conseguido despertar sentimientos en ti, me gusta.

—Cuando la conozcas, te gustará más —añado.

—Estoy convencida de ello.

Veo a Mar acercarse a nosotros, se ha puesto un pantalón y se ha cambiado de camiseta. Está muy guapa, ¿con qué no lo está ella?

—¿Te has quitado mi camiseta? —bromeo.

Me echa una mirada furiosa y mira a mi hermana, la cual sonrío.

—Tranquila, por mí no te cortes —la anima—, puedes decirle lo que quieras.

Mar expulsa todo el aire que retenía, parece que le han quitado un peso de encima, y ahora sé que será ella misma y actuará como tal.

—No me parece bien que tu hermana me vea con una camiseta y unas bragas —responde cruzando los brazos.

—A mí me gustaba mucho la camiseta, en realidad me gustaba cómo te quedaba. De las bragas mejor no hablemos. —Le guiño un ojo picarón.

—Lo que mi hermano quiere decir, Mar, es que le encantaba imaginar cómo te lo iba a quitar todo luego.

—*Touchée* —respondo.

—Hablas muy bien español para vivir en Italia. —Mar coge un trozo de *crostata* de la bandeja y lo lleva a su boca. Toma asiento a mi lado.

—Pasamos mucho tiempo en España —le cuenta mi hermana.

—Algo sé —dice—. Esto está muy bueno.

Tú sí que estás buena...

—Te he dicho que Tata es la mejor cocinera del mundo.

—El lunes empiezo la dieta —dice Mar.

—¿El lunes?

Se queda pensando un rato.

—Dentro de varios lunes —finaliza.

Terminamos de desayunar y subimos a la habitación.

—¿Qué te apetece que hagamos hoy?

—¿No tienes que trabajar? —me pregunta asombrada.

—No, estos quince días soy tuyo.

Mar parece que baraja las opciones y me observa lentamente, el brillo de sus ojos calienta mi piel a su paso.

—¿Quieres algo? —Decido quitarme la camiseta para seguirle el juego.

Clava la mirada en mi pecho y sé que la tengo justamente donde quiero. Mar me observa y se da cuenta de mi estrategia, coge el bajo de su camiseta y se la quita. La diferencia es que ahora soy yo el que está babeando a sus pies. No lleva sujetador, sus perfectos pechos quedan al aire y noto cómo se estremece, consiguiendo que sus pezones se yergan, juraría que me están llamando.

—Mis ojos están un poco más arriba.

Alzo la vista y la veo sonreír.

—Tus ojos son preciosos, pero tus tetas... tus tetas lo son más.

—Idiota. —Se carcajea—. Si puedo pedir, me gustaría que hiciéramos turismo, conocer la ciudad.

—Pues si quieres que salgamos pronto, deberías taparte. —No puedo soportarlo más.

—¿Debería? ¿En serio?

—¿Te estás burlando de mí? —Comienzo a recorrer la distancia que nos separa y Mar adopta una pose más chula si cabe.

—¿Yo? ¡Por favor! ¡Yo nunca jamás, me reiría de ti!

La veo retroceder. La habitación es amplia, pero esta vez, veo cómo bordea la enorme cama con dosel que corona la habitación.

—¿Estás jugando? Nunca se me ha dado bien perder, *piccola bionda*, te lo advierto.

—Pues ya somos dos. —Sigue bordeando la cama, sin separarse de ella—. Si quieres que me vista, primero tendrás que cogerme.

¡Lo sabía!

—No dudes de que te cogeré —afirmo antes de echar a correr.

Ella, por su parte, se sube a la cama, cruza al otro lado y comienza a

bordearla de nuevo. El dosel de la cama no me permite saltar por donde quiera, solo por los laterales de la misma.

Escucho las carcajadas de Mar mientras corre, pero ella no sabe que yo sé jugar bien mis cartas. Y que guardo varios ases en la manga.

—¡Ayyyyyyy! —grito de dolor fingiendo que me he golpeado la pierna con una de las patas de la cama.

La risa de Mar se borra de golpe, cuando me llevo la mano a la pierna y empiezo a aullar de dolor. Se acerca a mí, despacio, con cara de preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta una vez llega a mi lado.

—¡Te pillé! —exclamo cuando la sujeto entre mis brazos.

Mar comienza a gritar y a patalear, algún improperio escapa de su boca, mientras yo me río a mandíbula batiente por mi sublime victoria.

—¡Eres un tramposo! —Patalea intentando escapar.

—*Piccola bionda*, en el amor y en la guerra todo vale. Deja de resistirte.

Pero ella parece que le pone más ganas aún.

La dejo caer en la cama y me coloco entre sus piernas. No voy a darle opción a réplica. Me sitúo entre ellas y me muevo, rozando mi entrepierna contra la suya. Gime en respuesta y deja de patalear, para entregarse.

—Eres perfecta para mí. Estás echa a mi medida, pequeña. Me voy a levantar, prométeme que no te vas a mover.

Tiene las mejillas teñidas de un color rojo precioso, fruto del deseo.

—Prométemelo —exijo.

—Te lo prometo —me responde.

Me levanto y me dirijo hasta mi teléfono, entro en la lista de reproducción de Spotify que he titulado «Mar» y busco una canción en concreto. Le doy al *play* y dejo que inunde la habitación con sus acordes.

No sé qué es lo que hice en otras vidas

A quién tuve que salvar para que me salvaras tú

(...)

No sé si te encontré

O si me encontraste tú

No sé qué fue

Qué es lo que hice que no lo puedo creer

Podría jurar que es cosa de Dios

Cuando te miro solo puedo agradecer

Lo que sucedió para poderte merecer

Que aún no lo puedo creer

(...)

«Otras vidas», de Carlos Rivera, suena mientras me acerco a ella. Le tiendo la mano, para que se incorpore y simplemente la abrazo. La abrazo con mi cuerpo, sí, pero es más que un abrazo, mi corazón quiere fusionarse con el de ella. Solo necesita sus latidos para seguir vivo.

—Te quiero —susurro.

Ella se separa, lo justo para mirarme a la cara.

—¿Qué has dicho? —pregunta incrédula.

—Que te quiero, Mar, te quiero tanto que duele.

Veo cómo comienza a llorar.

—No llores, cariño. No llores.

—Lloro de felicidad, Gerard. Lloro porque yo también te quiero, porque lo eres todo para mí. Te quiero desde hace tanto...

Sus palabras mueren al salir de su boca.

—Lo sé, porque yo te quiero desde el mismo momento que tú. Somos uno, más que nunca, somos uno.

Y la beso para que este instante se quede con nosotros. Para sellar nuestro amor.

Mar baja su mano hasta la cintura de mis pantalones de deporte y tira de ellos. Llevo las manos a los suyos para actuar de la misma manera.

—¿No llevas bragas? —Me retiro sorprendido.

—Érika.

—¡Recuerda que le mande flores!

—No le gustan las flores —responde burlona.

—Recuerda que le compre bombones —insisto.

—Le gustan los bombones, pero no la vuelven loca.

—¿Entonces?

—Un viaje, eso le gustaría. Zapatos, eso también.

—Recuérdame comprarle zapatos.

—Zapatos car...

No la dejo seguir, la sujeto con fuerza por el culo y la presiono contra mí.

—Gerard, nos pueden oír, debemos intentar no hacer ruido.

—Tata está en la cocina y Bárbara está por ahí, en realidad, me da igual si nos oyen, ahora mismo lo que quiero es hacerte gritar... mucho, además.

Asalto de nuevo su boca y la beso profundo e intenso. Nuestras lenguas se enzarzan en una lucha para salir victoriosas. Me encanta su sabor. Mar gime y mi beso se traga su excitación. Recorro con mis manos sus pechos, firmes y

turgentes, perfectos para mí. Los aprieto con fuerza. No son excesivamente grandes, pero tienen el poder de pervertirme. Quizás es toda ella que me pervierte.

Abandono sus labios, para que mi boca ocupe el lugar donde mis dedos jugaban. Chupo ávidamente su pezón, él, por su parte, responde a mi lengua irguiéndose. Es tan perfecta, jodidamente perfecta. Veo cómo Mar echa la cabeza hacia atrás, perdida en las sensaciones de placer que la embriagan. Abandono el pezón, que está más que satisfecho, meto el otro en mi boca y continúo el juego. Noto cómo se estremece bajo mi cuerpo, su excitación se hace latente en la manera en la que se mueve, buscando mi contacto, necesitada de él. Me incorporo lentamente y la observo, continúo pellizcando sus pezones, enviando latigazos de placer a su entrepierna. Ella me observa desde abajo, en esa posición sumisa que me dice «haz conmigo lo que quieras» y eso es lo que tengo intención de hacer.

Separa sus piernas bajo mi atenta mirada, me limito a sonreír, porque sé lo que me ruega de manera silenciosa. Es tan hermosa... La sujeto por la parte trasera de sus rodillas y tiro de ella hasta que su precioso culo queda en el borde de la cama. Mar gime con anticipación, sabe lo que pienso hacer con ella, lo que no sabe es que pienso tomarme mi tiempo, que la haré sufrir y rogar, aunque ello me lleve la vida.

Me arrodillo y la contemplo. Intenta incorporarse, pero pongo mi mano en su pecho y la obligo a tumbarse de nuevo. Este es mi momento.

—Me gusta cómo responde tu cuerpo a mí.

Ladea la cabeza, esperando a que comience.

—Cómeme —me pide.

—Tus deseos son órdenes.

Poso mi boca en su entrepierna y paseo mi lengua por ella. Comienzo a hacerlo de manera suave, para que se acostumbre a mi contacto. Recorro sus labios, su clítoris e introduzco la lengua, haciéndola estremecer, gime desesperada. Me separo, rompo el contacto y noto su impaciencia. Estaba a punto, lo sé, pero me gusta jugar, me gusta hacerla estremecer, que se encienda de puro deseo, que arda por mis caricias y mi contacto.

—¿Qué quieres?

No me contesta, levanta el culo acercando su sexo a mi boca.

—¿Qué quieres? —Mi voz suena exigente.

Sigue sin responder, se limita a gemir y a arquear su cuerpo.

—Si no me dices qué quieres, no voy a continuar.

Mar despierta de su letargo y se incorpora rápidamente, su mirada es ardiente, está excitada y frustrada porque no le estoy dando lo que quiere, su cuerpo me lo demuestra, pero sus ojos me lo declaran abiertamente. Rápidamente, me agarra por la cabeza, tira de mi pelo y me lleva hasta su sexo.

—Cómeme y cállate.

Estoy a punto de correrme cuando pronuncia esas palabras. Su cuerpo responde al mío, pero ¿mi cuerpo?, el mío se pondría de rodillas y sería su siervo de por vida.

Comienzo a chupar mucho más rápido, rodeo su clítoris con mi lengua, imparable, implacable, llevo mi mano hasta su zona más caliente e introduzco un dedo dentro. Mar se arquea con mucha más fuerza y comienza a gemir, a exigir más, y yo, por supuesto, le doy más. Puedo percibir que está al borde del orgasmo. Ya no oigo lo que dice, simplemente me centro en darle placer, en volverla completamente loca, de la misma manera que ella sin siquiera tocarme lo hace conmigo. Introduzco un segundo dedo y lo muevo, lo muevo como si de mi polla se tratase. Mi lengua no para de recorrerla por completo, de jugar con su botón mágico, de chuparla sin descanso.

—¡Sigue! ¡No pares! —me ruega.

No pienso parar, por supuesto que no.

Llevo la otra mano a mi polla, me duele tanto, noto alivio cuando la sujeto con fuerza. Reclama su atención.

Sigo moviendo mis dedos con frenesí y mi lengua con fervor.

—¡Me corro! —grita.

Y así, explota. Simplemente se deja llevar. Continúo chupando, suavemente, mientras ella respira agitada. Me pongo en pie y me sitúo entre sus piernas.

Coloco mi mano en su barbilla y giro su cara, abre los ojos para ver qué sucede y cuando nuestras miradas se encuentran, la penetro, de una implacable embestida, logrando que se reactive y que sus ojos se conviertan de nuevo en fuego. Llevo mi boca hasta uno de sus pezones mientras las acometidas son cada vez más intensas. Bombeo sin piedad en su interior.

—No creo que pueda aguantar mucho, me has puesto demasiado cachondo.

Mi boca, de nuevo, cubre la suya, mientras mis dedos aprietan sus

pezones, que no han dejado de estar erguidos en ningún momento, aumento el ritmo de mis arremetidas y la profundidad de mi beso. Me trago los gemidos de Mar y ella se traga los míos. Y así, sin más, notando cómo ella se tensa a mi alrededor, me dejo ir, en un orgasmo atronador.

—Te quiero. Te quiero tanto... —pronuncio con la voz entrecortada.

—Yo también te quiero —responde.

Y sé que lo dice tan hechizada como lo estoy yo.

Después de una ducha interminable y mi intento, y por supuesto, mi logro, de volver a demostrarle que no puedo resistirme a su cuerpo, decidimos salir a recorrer la ciudad.

—Siempre he querido viajar a Italia, a la Toscana, para ser más exactos.

—La ilusión que percibo en su voz me embriaga, me encanta verla feliz y saber que es por mí.

—Te advierto que caminaremos mucho, ¿en serio estás dispuesta? —La estoy provocando, lo sé.

—No me provoques. —Parece que me lee la mente.

—Pillado. —Me río.

—¿Cuál será la primera parada?

—¿Estás nerviosa?

—Más bien ansiosa —responde.

—Nuestra primera parada será la Piazza del Campo, es una plaza enorme, que tiene forma de abanico. En el centro de la plaza se encuentra el Palazzo Pubblico. Vosotros lo llamáis ayuntamiento.

Nos dirigimos hacia allí.

—Me hace muchísima ilusión que conozcas mi ciudad y mis raíces.

—Y a mí que las compartas conmigo.

—Esta Piazza es el centro neurálgico de Siena. Como te he dicho, aquí se encuentra el Palazzo Pubblico y la Torre del Mangia. El Palazzo alberga el Museo Civico en su interior. Los orígenes de esta plaza se sitúan en el siglo XII y antiguamente se utilizaba como zona de mercado. El ayuntamiento data del siglo XIV y es uno de los ejemplos de arquitectura gótica más importantes del mundo. La Torre del Mangia es el campanario del Palazzo.

—Yo no tengo ni idea de italiano, pero *mangia* me recuerda a *mangiare* y eso sí que me suena —bromea.

—En realidad, no vas muy desencaminada, la traducción de La Torre del Mangia es «Torre del comer» y tiene ese nombre porque la persona que se

encargaba del cuidado de la misma era un amante de la comida y del despilfarro.

Después de visitar la Piazza, nos dirigimos a la Catedral di Siena, Il Duomo. Veo cómo Mar hace fotos de todos los monumentos, y sonrío emocionada, envía fotos a su comando, como ella lo llama, y del que me habla constantemente.

Entiendo que están muy unidas y me alegra muchísimo que así sea.

Visitamos La Basilica Di San Domenico, Fonte Gaia, El Palazzo Piccolomini, El Palazzo Chigi Saracini.

—Tenemos que parar —me pide casi en súplicas—. Tenías razón cuando decías que había que caminar mucho.

—Te lo advertí, *piccola bionda*.

Llevamos caminando desde temprano, casi seis horas ya. Hemos hecho una parada para almorzar, pero ha sido muy corta y continuamos recorriendo Siena.

—Tenemos muchos días para ver lo que queda, podemos tomárnoslo con calma.

—Me podía la curiosidad y quería adentrarme en la ciudad, pero es cierto que, por hoy, es suficiente. Me duelen los pies. —Me mira y me hace una mueca de dolor.

—Paremos a tomar un café y cojamos un taxi que nos lleve a casa. Prometo darte un masaje cuando lleguemos.

Los ojos le brillan de entusiasmo.

—No puede gustarme más tu plan.

Tomamos asiento en una cafetería cerca de La Basilica Di San Francesco.

—Es una de las mejores pastelerías que hay en Siena.

—Panetteria e Pasticceria Corsini.

Rompo a reír.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —pregunta ofendida.

—Definitivamente, tengo que enseñarte italiano.

—A ver, listillo, dime cómo se pronuncia.

Veo que clava sus ojos en mi boca mientras susurro el nombre de la cafetería. Termino de vocalizar y recorro mis labios con la lengua. Mar sigue mirándome fijamente. La tengo justo donde quiero.

—¡Tú juegas con ventaja! —exclama.

—Por supuesto.

La oigo refunfuñar por lo bajo sin lograr entender lo que dice, algo de irte a no sé dónde, capto.

Me levanto con intención de ponerme a su lado y tentarla para que me lo diga alto y claro. Mar me mira confusa, pero se da cuenta de lo que pretendo porque frunce el ceño y se prepara para atacar.

Un camarero se acerca a nuestra mesa, interrumpiendo mi propósito. Mar se burla y me saca la lengua. Cree que ha ganado.

—Capucchino —me pide aún con la victoria reflejada en su rostro.

El camarero toma nota de nuestras bebidas y le indico que nos traiga unos Cantuccini y Schiacciata Alla Fiorentina.

—¿Qué has pedido?

—Unos dulces típicos de la Toscana, sé que te gusta mucho el dulce y no quiero que te vayas sin probar unos típicos de aquí. El Schiacciata Alla Fiorentina, antes, solo se podía probar en febrero, época del carnaval, pero ahora se elabora todo el año, estoy seguro de que te va a enamorar. —Como yo, pienso para mí.

Regresamos a casa, después de un día increíble. Dispuestos a que el resto de la semana sea igual o mejor.

Los días han ido pasando, casi sin darnos cuenta. Llevamos una semana en Siena y esta experiencia, calificarla de espectacular es quedarse corto. Nos queda una semana más aquí. Mañana sábado, tengo intención de llevar a Mar a un sitio muy especial para mí.

—¿Tienes todo preparado, hermanito?

Bárbara y yo hemos salido a dar un paseo con Nerón. Mar se ha quedado en casa, está muy cansada y creo que se merece la mañana libre después de todo el turismo que hemos hecho estos días.

—Eso parece. Mañana nos vamos. Nos esperan un par de horas de coche hasta Piombino.

—Hace mucho tiempo que no vamos —susurra cabizbaja Bárbara.

—Quiero que Mar conozca la isla donde pasábamos interminables tardes jugando con mamá.

—Papá viene esta noche a cenar —añade Bárbara.

—No me habíais dicho nada, ¿por qué?

—Yo no quería fastidiarte las vacaciones —confiesa.

—¿Te ha dicho algo? —pregunto.

—En realidad, no. ¿Y Marzia? ¿Te ha dicho algo a ti?

Le lanzo la pelota a Nerón para que corra tras ella.

—No. No sé nada desde que me fui. Tampoco tengo ganas.

—¿Cómo le va en el programa?

He puesto al día a mi hermana de todos los acontecimientos.

—Mal. Francamente mal. Óscar quiere que la destituya y ganas no me faltan.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque, después de todo, no soy tan cabrón. Nuestras familias son amigas desde que mamá estaba viva. Los índices de audiencia son pésimos, no logra enganchar a la gente.

—Normal, es un asco de tía. —Le echo una mirada reprobatoria a Bárbara, pero ella hace como que no lo pilla y continúa—: Puede que sea amiga de la familia desde hace años, pero eso no es motivo suficiente para que tengamos que salvaguardarle el culo, si lo hace mal, lo hace mal y punto.

—No entiendo cómo no te dedicaste a los negocios y decidiste ser profesora de español —bromeo.

—Se me da mejor la enseñanza que la economía —finaliza satisfecha.

—Encima, me recrimina constantemente el puesto de Mar... —retomo la conversación.

—¿Por qué? —inquire.

—Cree que le di ese formato por favoritismo.

—¿Y es así? —pregunta confusa.

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! Mar se lo ha ganado a pulso. Cuando la conocí —carraspeo al recordar aquella noche hace ya tantos meses—. Cuando la conocí no tenía ni idea de quién era. Ya sabes que estos temas los llevaba papá, pero quise indagar e investigar más sobre ella. Tomé el mando...

—Y firmaste el acuerdo —me interrumpe Bárbara.

—Y firme el maldito acuerdo, sí. En fin, tomé el mando y me di cuenta de que Mar tenía un enganche magnífico. Los índices de audiencia eran excelentes, es increíble la capacidad que tiene para desenvolverse, es una excelente periodista, empática, alegre, reflexiva, curiosa, cariñosa... de cualquier tema, saca un programa magnífico y se supera constantemente.

—Me he dado cuenta de que es muy guerrera y que no tiene pelos en la lengua —apunta mi hermana.

—Exacto.

—Por eso te vuelve loco.

—Exacto. —Una vez más.

—Le tuve que ofrecer a Marzia ese hueco que dejaba Mar porque papá así me lo pidió. Ya tenía una audiencia fiel, pero poco a poco... la ha perdido. Óscar quiere que la sustituya y yo también quiero hacerlo, pero lo justo es que le dé una oportunidad. Este mes era su último intento, si no lo consigue, ahora que Mar no está y ya no tiene excusa. Buscaré a otra persona y ella tendrá que salir de la radio.

—Podría trabajar con su padre.

—Podría, sí, pero me da que no quiere.

—¡Claro que no! Porque lo que quiere es pillarte a ti por banda y tener su gallina de los huevos de oro.

Observo la franqueza con la que me habla mi hermana y me doy cuenta de que, efectivamente, ya no es una niña. Ya no somos aquellos pequeños indefensos que buscaban consuelo y nunca lo encontraban.

—Espero que sepas capear el temporal, hermanito, porque falta te va a hacer. —Me agarra del brazo y me guiña un ojo—. Volvamos, Mar debe estar despierta ya.

Cuando llegamos, entro por la puerta trasera, la de la cocina y allí la veo. Con su moño alto, en pantalones cortos, ayudando a amasar a Tata. Se da la vuelta y veo que está manchada de harina. Es tan preciosa. Tan perfecta. Tan mía.

Me acerco y la abrazo por la espalda. Apoya sus manos en las mías y me envuelve con ellas sin girarse.

—Me has manchado de harina —bromeo.

—Me has abrazado tú.

—No lo puedo evitar, *piccola bionda*.

Tata me pide que me vaya, me dice que están trabajando y que no es momento de coqueteo ni de engatusar a su mejor ayudante. Por lo que parece, en esta casa, están todas encantadas con mi rubia, hasta Nerón, que no es muy amigo de los extraños.

—Subiré a ducharme. Cuando termines sube, quiero contarte algo.

Le doy un tierno beso en el cuello y me dirijo a la habitación.

Llegando me suena el teléfono.

—¿Sí?

—¿Gerard?

—Hola, Óscar. —Cualquiera diría que me estaba leyendo la mente.

—Tenemos que hablar.

—Imagino de qué —puntualizo.

—Efectivamente. Es un desastre. No hay más que hacer. Hay que tomar una decisión. Pero a tu vuelta, se acabó, Marzia debe dejar el programa. Si quieres, lo hago yo. Por mí no hay problema, pero hay que hacerlo.

—Yo me encargo, pásame por *email* los resultados de julio y de agosto.

—Está bien, lo dejo en tus manos —finaliza—. ¿Cómo está Mar?

Frunzo el ceño, ¿por qué coño pregunta? ¿Acaso quiere algo con ella?

—Te oigo gruñir al otro lado del teléfono, cromañón —se burla—. Es mi amiga. No hay intenciones ocultas.

—Está perfecta —no pienso decirle nada más.

—Cuídala. Eres un cabrón con suerte.

—Lo soy. —Y es una verdad absoluta.

—Nos vemos a la vuelta —se despide.

—Hasta entonces.

Corto la comunicación y me dirijo a la ducha.

Va a ser un golpe duro para Marzia cuando la tenga que sustituir, más aún, cuando sepa que lo mío con Mar va en serio, y que no hay acuerdo posible.

Salgo de la ducha, envuelto en una toalla y Mar me espera en la terraza. Aún veo restos de harina en el pelo, se gira cuando oye mis pasos.

—Te sienta bien la toalla —me dice pícara.

Llevo una toalla enrollada en la cintura. Solo eso.

—Puedo quitármela...

—No empieces algo que no podemos terminar. Bárbara me ha dicho que tu padre viene a cenar esta noche.

—No estés nerviosa.

—Es inevitable —responde.

Me dirijo a la mesilla de la habitación, y abro de nuevo la lista de reproducción que tengo con su nombre, busco una canción y le doy al *play*. «Puede ser», de Conchita, comienza a sonar, envolviendo la habitación.

—Quiero que escuches esta canción y quiero que pienses, que, efectivamente, nos toca sentirnos bien.

Apoya su pequeña cabecita en mi pecho. Parece tan frágil así. Le quito el coletero y dejo que su rubia melena caiga, comienzo a jugar con su pelo

mientras Conchita sigue ofreciéndonos respuestas a nuestras silenciosas preguntas. A las de ambos.

—Ven, vamos a la ducha.

—La ducha no es lo mismo sin ti —respondo.

La sujeto por la mano y entramos al baño. Comienzo a desnudarla con suavidad, con extrema lentitud. No hay nada sexual en estos gestos, es puro sentimiento, pura energía que fluye entre nosotros sin querer. Porque, en la vida, las cosas suceden así, sin esperarlo, pero marcándote, guiándote al son del ritmo en el que danza tu corazón.

—Yo me encargaré de mi padre. No hay acuerdo posible. No me importa nada que no seas tú.

Mar me sonrío con infinita ternura y acaricia mi mejilla. Se pone de puntillas para besarme y yo agacho mi cabeza para facilitarle esa tarea. Profundizo en el beso, intentando demostrarle con hechos todo lo que quizás con palabras no sé. Ella me responde de la misma manera, y sí, lo es y lo siento. Es amor lo que nos envuelve. Es momento de fundirnos, fundir nuestros labios, nuestra piel y nuestros corazones.

Dedicamos la tarde a pasear por los jardines y merendar. Hemos llevado una cesta que nos ha preparado Tata. Parecemos adolescentes de quince años.

—Deberíamos volver —me pide cuando ya ha comenzado a anochecer.

—Tienes razón.

—No me sueltes —me pide, y entiendo lo que quiere decir.

—Jamás, *piccola bionda*. Jamás.

Volvemos a entrar por la cocina, y Tata me mira fijamente. No hace falta más para indicarme que Gaetano está aquí. Aprieto con fuerza la mano de Mar y la animo a que camine a mi lado.

Entramos en el salón, y lo encuentro con una copa en la mano. Mal empezamos. Bárbara me mira de soslayo y su mirada de advertencia me dice todo lo que necesito. No está de buen humor.

—¡Vaya! Pero si es mi hijo. —Se acerca a mí, con una cara de fingida ilusión. Ya nos conocemos, Gaetano.

Me estrecha entre sus brazos mientras me da unas palmadas en la espalda. Yo sigo rígido, sin soltar la mano de Mar.

—Tú debes ser Mar. Todo el mundo habla de ti. —Está fingiendo ser encantador.

Miro a Bárbara que frunce el ceño y hace un mohín. Está pensando lo

mismo que yo.

—Encantado, señor —pronuncia Mar nerviosa.

Me suelta la mano para estrechársela a mi padre e inmediatamente busca mi contacto.

Tomamos asiento, los cuatro. Parecemos un bando contra otro. Bárbara, Mar y yo, sentados frente a nuestro padre.

—Me han dicho que te va muy bien en la radio, cuéntame.

Me mira directamente a mí, supongo que ahora ya sabe a qué viene todo lo de la radio y mi interés por ella. Estará maldiciendo por dentro, por habérmelo cedido en su momento.

Mar comienza a hablar entusiasmada de su programa y de la participación de la gente. Bárbara la mira con ternura y con respeto, todo el que le falta a mi padre, que la mira con cara de odio. Lo sé, porque, independientemente de la relación que tengamos, conozco a mi padre, hemos trabajado juntos y soy su hijo. Hay aspectos de él que están en mi código genético, y es la misma mirada que utilizo yo cuando alguien que no me gusta se acerca a Mar, o simplemente, cuando mis negocios no son todo lo que quiero que sean.

—Me alegro mucho —finaliza. Ha estado atento a su narración, es eso, o lo disimula muy bien.— ¿Y cuánto tiempo lleváis juntos?

—Eso es asunto nuestro, ¿no crees? —intervengo yo.

—¡Oh! ¡Por supuesto! No quería ser entrometido, es simplemente curiosidad. Ahora que formas parte de la familia y que me han mantenido al margen todo este tiempo...

Deja la frase sin terminar porque Tata entra y nos indica que la cena está servida.

Bárbara sale primero y Mar delante de mí, yo la sigo, pero mi padre me interrumpe el paso, sujetándome por el brazo.

—Tú y yo tenemos que hablar —sisea con los dientes apretados.

—Por supuesto que hablaremos —le reto.

Si cree que puede hacer o decidir sobre mi vida, está muy equivocado. Ahora es mía y yo decido.

—Pero tendrá que ser en otro momento, quizás a mi vuelta.

—¿Dónde vas? —inquire.

—A La Isla de Elba.

Recula tras decirle el lugar.

—No...

—Sí. Quiero que Mar conozca el lugar. Quiero hacerla partícipe de mi vida.

—Tu madre...

—Exacto, mi madre. Mi madre se merece eso y más —lo interrumpo.

No le dejo añadir nada más, porque abandono la estancia. Bárbara y Mar me esperan fuera. A pesar de mi enfado, pongo la mejor cara que puedo y sonrío.

—¿Todo bien? —pregunta Mar.

—Perfecto.

Y rezo para que así sea.

Para mi sorpresa, la cena transcurre sin ningún incidente. Mi padre se comporta de manera educada con Mar. Nos despedimos una vez finalizada y subimos a nuestra habitación.

—No ha estado tan mal, después de todo.

—No —contesto.

No puedo evitar darle vueltas a eso. Porque, como dice Bárbara, mi padre nunca se conforma. Mi padre es de los que luchan por lo que quieren, y una vez más, la genética se refleja en mí, con la diferencia, de que yo, sé aceptar derrotas. Mi padre no.

—Deberías hacer la maleta —le pido cambiando el tema.

—¿La maleta? —me pregunta asombrada.

—Mañana vamos a un sitio. Solos.

—Aquí estamos bien. Tu hermana es un sol y se porta genial conmigo. Me cae superbién.

—Debo decirte que es mutuo. Voy a la ducha, ¿te vienes?

—Voy a hablar con las chicas un rato —me dice con el móvil en la mano —, las tengo un poco abandonadas desde que estamos aquí.

La entiendo, por lo que lo más justo es que le dé su espacio.

Cuando salgo de la ducha, veo que sigue con el teléfono entre las manos, sonriendo.

—Secretitos de grupito, son de mala educación.

Mar me mira, y se da cuenta de que he vuelto a salir de la ducha solo con la toalla.

—Lo haces aposta —me dice frunciendo el ceño.

Por supuesto, pero no se lo pienso decir.

Veo cómo teclea algo y suelta el teléfono antes de venir gateando hasta el

borde de la cama, donde estoy. Me mira desde abajo, tiene todo el poder, ella lo sabe y yo también. Me quita la toalla y en ese preciso instante mi razón se esfuma. Es cierto, cuando dicen que los hombres pensamos con la polla, porque ahora mismo, con ella en su boca, es la única cabeza pensante. De eso no me cabe la menor duda.

—Despierta, dormilona. —Estoy jugando con su pelo.

Después de una noche de sexo desenfrenado, es hora de que nos levantemos, nos duchemos y salgamos en dirección al puerto.

—Tengo sueño —me dice con la voz pastosa—. Un ratito más, porfaaaaa.

—Cuento hasta tres, si no te has levantado, te despertaré yo.

Está acostada boca abajo, con el pelo enmarañado como una leona, abre un ojo antes de hablar y ve que es de día.

—¿Qué clase de despertar tienes en mente?

Está más que despierta, pero le va la marcha. ¿Cuántas veces diré que es perfecta para mí? ¿Cuántas?

—Uno que no te gustará nada. —La oigo protestar por mi respuesta.

Finalmente se incorpora, desnuda. Mis ojos se clavan en sus pechos, es imposible dejar de mirarlos. A mí me resulta imposible.

—Mis ojos están un poco más arriba —me dice sujetando mi barbilla y alzando mi cabeza para que sus ojos atrapen los míos.

—Nos tenemos que ir —le explico.

—No hice la maleta. —Agacha la cabeza avergonzada.

—Te dije que la hicieras.

—Fue culpa tuya y de tu minitoalla.

—Supongo que en eso no te voy a llevar la contraria, es más, me alegro de que no la hayas hecho. <sup>[ P T P ]</sup><sub>[ SEP I SEP ]</sub>—¡Guarro!

—Mucho.

La cojo en brazos y nos dirigimos al baño, nos duchamos rápido y bajamos a la cocina. Tata nos ha preparado el desayuno. Me entra el correo que le pedí a Óscar, ya lo miraré con calma.

—Voy a subir para preparar la maleta. ¿Qué es lo que se supone que debo llevar?

—Ropa cómoda y ropa de baño.

—¿Me vas a llevar a la playa?

—Puede.

Sonríe satisfecha y se va.

Bárbara entra poco después en la cocina, yo estoy leyendo el periódico y ella me lo arranca de las manos.

—He visto subir a Mar muy contenta, ¿ya sabe dónde la llevas?

Niego con la cabeza.

—Solo sabe que vamos a algún sitio con costa.

—Pasadlo bien.

Asiento, le doy un beso a ella y otro a Tata y me voy a buscar a Mar. Cuando entro, la veo bailando en la habitación mientras mete sus cosas en la mochila. No reconozco la canción. Pero sé que es salsa.

—¿Qué suena?

Veo cómo salta del susto y se lleva la mano al corazón.

—¡Joder! ¡Me has asustado! Suena «Vivir lo nuestro», de India y Marc Anthony. Es mi himno personal. Me encanta esta canción.

—Ven —le pido.

La sujeto por la cintura y comienzo a moverme al ritmo de la música. Mar me mira desconcertada. No sabía mi pasión por el baile.

—A mi madre le gustaba mucho bailar y yo quise aprender —le explico.

(...)

Y vivir, vivir lo nuestro

Y amarnos hasta quedar sin aliento

Soñar, soñar despiertos

En un mundo sin razas

Sin colores, sin lamentos

Sin nadie que se opongá

En que tú y yo nos amemos

—¡Joder! ¿Cómo te mueves! —Yo arqueo una ceja juguetón.

—Y tú... —y lo digo con conocimiento de causa.

—Me tendrás que llevar a bailar, porque esto es un desperdicio —lo dice moviendo las caderas en torno a mí.

—Cuando volvamos, el próximo viernes, te llevo.

—Te tomo la palabra.

Una vez listos, cogemos el coche y nos vamos en dirección al puerto.

—Me vas a decir ya a dónde nos dirigimos.

—Al puerto —respondo directo.

—¿Al puerto? Vale. A coger un barco. ¿Un barco adónde?

—Vamos a La Isla de Elba.

La veo pensar, cavilar en silencio.

—Supongo que ya me enteraré el porqué de esta visita —añade.

—Supones bien —finalizo.

Una hora y cuarenta y cinco minutos después, estamos en el puerto de Piombino, que nos llevará a Portoferraio, en La Isla de Elba. Compro los billetes para el barco y nos sentamos en una cafetería del puerto a esperar a que nuestro barco nos lleve al destino.

—Espero que no te marees.

—No me mareo —afirma—. Soy una chica dura.

—Mi preciosa chica dura, querrás decir.

Hace bastante calor, pero la cercanía al mar lo hace más soportable.

Cuarenta minutos después atracamos en el puerto.

—Nos espera un coche que nos llevará al hotel, en Marciana Marina.

—¿Marciana?

—Marciana Marina. Así se llama la región a la que vamos —le explico.

Nos hospedamos en el Hotel Swiss International Elba Il Magnifico. Por supuesto, he reservado la *suite* Real para nosotros.

—Es preciosa, Gerard —me dice asombrada cuando llegamos.

No ha parado de observar el paisaje, los contrastes entre el verde del campo y el azul del mar.

—Ven —le pido extendiendo mi mano para que la tome.

Nos han preparado la mesa de la terraza, con una botella de G. H. Mumm, Cuvèe R. Lalou, 1999 y un cuenco de fresas.

—El *champagne* intensifica el sabor de las fresas —le explico.

—Como en *Pretty Woman* —me dice sonriendo.

—Exacto. —Cojo una de las rosas blancas que decoran la pequeña mesa y se la coloco en el pelo. Ella repite el gesto; coge una rosa blanca y la coloca en el bolsillo de mi chaqueta.

—Queda perfecta con tu traje azul. —Me mira con dulzura.

Desde nuestra terraza se observa el mar. Se respira la tranquilidad del lugar.

—¿Por qué aquí? —pregunta.

La miro extrañado.

—¿Por qué hemos venido a este lugar?

No contesto y ella no pregunta nada más. Termino de servir las copas de champagne. Todo a su debido tiempo.

—Brindemos —le pido.

Chocamos nuestras copas y bebemos. El sabor es exquisito.

Dejo mi copa encima de la mesa y sujeto la mano de Mar entre las mías.

—Ven. Bailemos.

—¿Bailar? —La sorpresa se refleja en sus ojos.

—¿No querías bailar?

—Sí, claro que sí, pero ¿aquí? ¿Ahora?

—Siempre es buen momento para bailar —finalizo.

Cojo mi teléfono y vuelvo a abrir la lista de reproducción de Mar. En ella he ido poniendo las canciones que me gustaría que ella escuchara o, simplemente, las que me recuerdan a ella, las especiales. Veo cómo sigue todos mis movimientos, está expectante.

—Aquí está. —Sonrío satisfecho.

Presiono la tecla del *play* y comienza a sonar «Cuando me enamoro», de Enrique Iglesias y Juan Luis Guerra.

—¿Vamos a bailar una bachata?

—Por supuesto, ¿no decías que te gustaba cómo me muevo? ¡Pues movámonos juntos, *piccola bionda!*

—Pensé que bailaríamos una balada o algo así —añade.

—Eso lo dejaremos para el día de nuestra boda.

Se forma una perfecta «o» en su boca, y la sorpresa la invade. Trastabilla y pierde el ritmo del baile. La cojo con fuerza por la cintura y aprieto su cuerpo contra el mío, guiando sus pasos, seduciéndola con ellos.

Me viene el alma al cuerpo

(...)

Cuando me enamoro

—Eres una gran bailarina.

—Siempre me ha gustado mucho bailar —responde.

—Y a mí. Pero ahora me gusta más. A mi madre le encantaba moverse al son de la música. Recuerdo que era pequeño y muchas veces, después de acostarme, bajaba al salón, donde la esperaba mi padre. Yo me levantaba, a hurtadillas, y me escondía tras la puerta, para verlos.

—¿Eras pequeño?

—Sí, claro. Tendría cuatro o cinco años, no mucho más. Mi madre sabía que me escondía a verla, porque siempre me pillaba, me guiñaba un ojo y continuaba moviéndose hasta que terminaba la pieza. Me encantaba verlos bailar, sobre todo, cuando sonaba «Questo piccolo grande amore», de Claudio Baglioni, era mi canción favorita.

—¿Qué significa?

—Este pequeño gran amor.

La canción ha terminado hace rato, y ha dado paso a otra canción, pero mi cabeza, ahora mismo, ya está en otro lugar.

—Ven, vamos a un sitio.

Decido ponerme unos vaqueros y un polo.

Bajamos, cogidos de la mano, por el camino empedrado que nos lleva hasta el paseo marítimo, que es perfecto para disfrutar de la clásica costumbre Toscana de la *passeggiata*<sup>19</sup>. Nos adentramos en el mismo, caminamos en silencio hasta el final del paseo. Me quito mis All Star negras y los calcetines y animo con la mirada a Mar para que haga lo mismo. Una vez descalzos nos adentramos en la arena de la playa, aún puedo percibir la tibieza de la misma, por el sol que ha acaecido sobre ella hoy.

Suelto las zapatillas y me siento. Coloco a Mar entre mis piernas, con su espalda apoyada en mi pecho, mirando la puesta del sol los dos.

—Mi madre nació aquí. Nació en Marciana Marina. Tras casarse con mi padre, se fueron a Siena, ciudad natal de Gaetano Gaboardi. En ocasiones me recuerdas a ella. —Suspiro. Mar permanece en silencio, respetando mi narración y mi espacio para poder hacer que broten las palabras de mi boca —. No recuerdo mucho de ella, era muy pequeño cuando murió, Bárbara solo tenía un año y yo siete.

»Mi madre, Luisa Principi, era una persona con un gran corazón. —Mar aprieta mi mano intentando enfundarme calma—. Siempre tenía una palabra de ánimo para cualquiera que lo necesitara, era inmensamente bondadosa; todo le sobraba y todo te daba. Bárbara y yo, siempre fuimos su prioridad. Nos contaba miles de historias, nos hablaba de Napoleón, que fue exiliado a esta isla tras la ocupación de París. Historias sobre piratas y fuertes guerreros, en los que Napoleón siempre era el protagonista malvado, y terminaba en la cárcel, como buen malvado que se precie.

»Recuerdo cómo me acunaba entre sus brazos y me cantaba hasta que quedaba dormido. Siempre le pedía más «Una canción más, mamá» «Un cuento más, mamá» y ella, con una simple sonrisa, empezaba de nuevo.

»Mi padre, no era el que es hoy. En realidad, creo que ninguno ya lo somos. Mi padre estaba completamente enamorado. Era su todo. Lamentablemente, enfermó. Un día, le detectaron un pequeño bulto en un pecho. No le dolía. Pero era tarde. Y un año después, murió. El cáncer se la

llevo, y con ella se llevó el espíritu de mi padre y arrasó conmigo, Bárbara aún era muy pequeña y yo siempre he querido que ella se mantuviera lejos de toda esa mierda que nos come. Ahora es adulta, y sabe perfectamente lo que sucede, pero no vivió ese antes y ese después, como lo viví yo. Dicen que cuando naces dentro de una guerra, simplemente te acostumbras a que la guerra sea tu forma de vida, pero yo nací con la paz y viví con ella siete años, cuando mi padre pasó a ser lo que es hoy, me rompió por dentro. Y por eso soy así hoy.

—No tienes por qué contarme esto, si no estás preparado, puedes hacerlo en otra ocasión —me suplica Mar.

—Quiero hacerlo, Mar, se lo debo a mi madre. Me lo debo a mí mismo —finalizo—. Durante años, intenté que mi padre se animara, que levantara la cabeza y viera que Bárbara y yo lo necesitábamos, pero nunca pude. No supe hacerlo, no supe sacarlo de ese pozo. No rehízo su vida. El día que contaste la historia de Delia..., ese día me di cuenta de que no quiero ser como mi padre; quiero vivir, quiero vivir lo que tenga que venir y disfrutarlo al máximo, quiero saber qué se siente cuando eres feliz, como lo fueron mis padres un día, quiero hacer las cosas porque las sienta, no porque lo ponga un maldito contrato o porque sea beneficioso para mi padre. Ya está bien de sacrificarme por alguien que no lo hizo por mí. Yo decido, y en esta ocasión, decido seguir los pasos de mi madre, de Luisa Principi, porque sé que desde donde quiera que esté, me diría «vive la vida en rojo, Gerard, porque roja debe ser la bandera que ondee en tu corazón». Que Gaetano decidiera que el negro inundara el suyo, no quiere decir que nosotros debamos continuar en la más absoluta de las brumas. Hay más colores, solo hay que alzar la cabeza y mirar al cielo. Y allí está ella, animándome y diciéndome en silencio, que sin riesgo no hay victoria. Y ahora mismo, Mar, tú eres mi mayor victoria, porque me has hecho sentir, porque has teñido de rojo mi espíritu.

Mar se gira y se coloca a horcajadas sobre mí, sus ojos están llenos de lágrimas que piden en silencio permiso para ser derramadas. Los míos, están exactamente igual que los de ella.

—Hasta que tú llegaste, no creía tener esperanza. Creía que era tarde para mí. Tarde para sentir. Llegaste justo cuando más te necesitaba. Llegaste para salvarme de mí mismo.

Y ahora sí me besa, me besa con infinita ternura, tragándose mi dolor, limpiando mi alma y ahuyentando mis fantasmas.

—No la conozco, pero tienes mucho de ella, estoy segura. Al igual, que sé que ella, desde arriba —miramos ambos hacia el cielo—, te está protegiendo.

—Estoy seguro de que ella me guio hasta ti esa noche. Mi mayor señal en esta vida, fuiste tú.

Ahora soy yo quien la besa, quien se funde en ella. Puede que no sepa demostrarle con palabras lo que siento. Pero mi cuerpo vibra por ella y eso..., eso es la mejor explicación que le puedo dar.

<sup>19</sup> Paseo vespertino.

# Capítulo 21

Quería que se abriera a mí, que derribara sus muros... Ahora no me hace falta más. Los sentimientos encontrados en mí, pugnan por salir. Por un lado, la felicidad; por otro, la tristeza que sé que siente y que ahora percibo yo también. Porque en cuestión de pérdidas, estamos igual. Ambos necesitamos a esa figura que nos falta y que nos arrebataron de nuestro lado. ¿La diferencia? Que mi madre hizo de padre y madre, cubrió mi vacío, calmó mi llanto y antepuso mis necesidades a las suyas. El acto de amor más fuerte que hay en este mundo es el de un padre o una madre. Para Gerard, lamentablemente no fue así. Se vio solo, con siete años. Ahora entiendo muchas cosas.

Mi madre se sacrificó por mi felicidad. Yo me sacrificaría por la de Gerard. Sin duda alguna.

—No sé qué me sucede, Mar, porque aunque te toque mil veces, no puedo dejar de soñar con tocarte. Aunque te bese, no hay un instante en el que no quiera volver a besarte. Aunque te ame, siento que una vida no me basta para calmar las ansias de amarte que tengo. Nunca me bastará, nunca tendré suficiente de ti. Mar, para mí, una vida se queda corta, solo si tú y yo somos uno, solo si te siento, te toco y te respiro seré feliz. Solo si somos uno, habré encontrado mi sitio en el universo, porque, Mar, desde el mismo momento en que te conocí, tú te convertiste en mi universo. Tú y solo tú eres mi aire. Tú y solo tú eres mi yo. Tú y solo tú, me basta para saber que, sin ti, *piccola bionda*, sin ti no soy nada.

Y he ahí, la clave del asunto, porque yo sé que, sin él, yo tampoco soy nada.

—Te quiero —balbuceo, presa de la emoción.

—Te quiero —susurra mientras me envuelve entre sus brazos.

Estamos sentados al final del paseo, yo a horcajadas encima de él y soy muy consciente de la excitación que nos envuelve. Es nuestra forma de sellar la declaración abierta que hemos hecho.

—No creo que sea buena idea —digo poco convencida de mis palabras.

—Si quieres que pare, dímelo ahora, porque si te beso, ya no sabré parar.

Y siento que me da igual. Tomo sus labios y los apreso en un beso que,

aunque parezca difícil de comprender, está cargado de sentimientos y a la vez de ferocidad, de necesidad.

En este preciso instante, agradezco enormemente haberme puesto una falda con vuelo. Me levanto, dejando que el peso de mi cuerpo lo aguanten mis rodillas. Gerard no se baja los pantalones, no es necesario. Abre su cremallera y su polla sale de esa prisión a la que estaba sometida.

Retira mis bragas hacia un lado y me toca para comprobar que estoy lista para él. El brillo en sus ojos me da la respuesta que yo ya sabía.

—Siempre dispuesta para mí.

—Siempre —respondo con la voz entrecortada.

Vuelve a tomar mi boca, o yo tomo la suya, ya no sé bien quién inicia el beso. Es como una ola que se encuentra con la roca que lo espera ansiosa. Me siento sobre su erección, lentamente, sintiendo cada terminación nerviosa arder por su invasión. Una vez está dentro, gimo en su boca y sus ojos brillan más intensamente cuando se encuentran con los míos. Gerard para de moverse y me mira con una magnitud como no había percibido anteriormente.

—Tienes los ojos más hermosos que he visto en toda mi maldita vida.

¡Joder!

Y sigue moviéndose. Deshace mi moño alto y deja que mi larga melena rubia caiga en cascada por mi espalda. Yo elevo la cabeza y miro al cielo, vuelvo a ser libre. Como hace nueve meses. Y así, sin más, un orgasmo devastador se desata en mí y estallo en mil pedazos, nublando mi mirada, su nombre sale de mi boca. Gerard. Gerard Gaboardi, mi hombre misterioso. Mi todo.

De sus labios sale mi nombre, de la misma manera que anteriormente he hecho yo, y sé que esto es más que sexo, es amor.

En el amor no hay cantidad, en el amor el tiempo juntos es corto y la distancia es enorme. No se puede cuantificar un sentimiento como este, se cuantifica el tiempo juntos y el tiempo separados. Y ahora mismo, siendo solo uno, sé que jamás he sentido algo como lo que siento por Gerard.

—Eres preciosa y eres mía —me susurra al oído y no puedo evitar que me recorra un escalofrío, porque puede salir muy bien, pero el vértigo de que no sea así, me abrumba y me asusta.

Terminamos cenando en una pequeña terraza del paseo y volvemos caminando al hotel. Siena es preciosa, pero esta isla... esta isla es mágica,

puede que sea porque una de las estrellas que esta noche preside el firmamento, sea la de esa maravillosa mujer que le dio la vida a Gerard, y ella, desde allí, me haga sentir en casa.

Pasamos el resto de días de visita por la isla, además de tumbados al sol en estas increíbles aguas. Finalmente regresamos el viernes por la mañana. No puedo evitar que un extraño sentimiento de añoranza me cautive antes de embarcar.

—Volveremos —me dice Gerard leyendo mi mente—. Esta noche tengo una sorpresa para ti, estoy seguro de que te va a encantar.

Yo le sonrío y me dejo llevar. Hasta este momento, no he sido consciente de lo cansada que estoy.

—Puede parecer increíble, pero estoy agotada. Jamás pensé que hacer turismo pudiera ser tan cansado.

—Dormiremos al llegar al puerto de Piombino. Desde allí nos esperan casi dos horas de trayecto, puedes dormir en el coche, y luego en casa. Esta noche te quiero fresca para lo que tengo pensado.

Arqueo una ceja interrogante y Gerard sonrío.

—No van por ahí los tiros, pero si quieres...

—¿Acaso no has tenido suficiente?

—Jamás —puntualiza.

—Eres un guarro.

—¡Y a ti te encanta! —Le doy un golpe en el brazo y creo que me ha dolido más a mí que a él, que ni se inmuta.

Me abraza y subimos al barco. Se nos acaba lo bueno.

Finalmente dormí durante el camino desde el puerto hasta Siena y, además, después me acosté en la cama y volví a dormirme. Me despierta el olor que llega desde la cocina. Abro los ojos y veo que estoy sola en la habitación, ¿cuánto llevaré durmiendo? El sol se está poniendo, así que he dormido muchas horas.

Bajo las escaleras y voy directa a la cocina. Tata está haciendo algo delicioso.

—¿Gerard? —pregunto con la esperanza de entender lo que me quiere decir.

—Gaetano —responde.

Asiento, lo he pillado, está con su padre. Me acerco hasta donde está ella, porque huele de maravilla, todo sea dicho, intento meter el dedo en una masa

que tiene a medio hacer, pero Tata es rápida, demasiado para tener la edad que tiene. No sé cuál es, pero debe tener la edad de mi madre aproximadamente. Intercepta mi recorrido y me golpea con su mano ¿qué? ¡No puede ser! Le pongo carita de gatito abandonado, pero no funciona, Niega con la cabeza y me señala la puerta. Le hago un mohín, pero nada, esta mujer es como mi madre. Dura de pelar.

Salgo y me acerco hasta el despacho. La puerta está entreabierta y veo a Gerard, con el rictus serio y el cuerpo en tensión, mientras su padre grita. No debería, lo sé, pero la curiosidad me puede. Miro a ambos lados y no veo a Bárbara cerca, por lo que acorto la distancia y me pego a la puerta.

—Gerard, tienes un maldito contrato firmado —gruñe Gaetano.

—Me da igual el maldito contrato, ¿no te das cuenta?

—De lo que me doy cuenta es de que esa mujer no es lo que tú necesitas. Tú tienes una posición, unos negocios y esa chica no es nadie. —Esto es como una puñalada directa al corazón para mí—. Fóllatela todas las veces que quieras, y cuando te canses, vuelve. Marzia te estará esperando, siempre te ha esperado. Te conviene Marzia no esa estúpida periodista.

—No se te ocurra hablar mal de ella, porque ella es mil veces mejor que tú. Tú no eres nada y jamás lo serás —escupe Gerard con los puños apretados.

—Yo me enamoré locamente de tu madre y mírame, me consumió su partida.

—Su partida no hizo más que dejar salir a flote la clase de basura que eres. No me hagas perderte el poco respeto que me queda, porque te juro que estoy al límite.

—Lo vas a perder todo por su culpa. Sabías a lo que te exponías cuando firmaste.

—Eso era antes de Mar.

—Olvídate de Mar. Mañana se va y tú debes quedarte para resolver el tema de la cadena hotelera. ¿Ya se lo has dicho?

—No. No he encontrado el momento.

Reculo, dolida, asustada. Todas esas inseguridades que tenía, todas, han vuelto a salir a flote. ¿Y si es verdad? ¿Y si no soy suficiente?

Subo las escaleras y me voy directa a la habitación, me meto en el baño y dejo que las lágrimas broten sin control. Me ducho y me vuelvo a meter en la cama.

Al rato, oigo entrar a Gerard, pero me hago la dormida. No quiero hablar. Necesito pensar.

Se sienta en mi lado de la cama y me acaricia suavemente la espalda. Me quita un mechón de pelo de la cara y me besa en la frente.

No sabe que lo he oído todo. Lo dije en La Isla de Elba. El amor, a veces implica sacrificios, y yo no quiero que Gerard pierda su vida por mí. No estoy dispuesta a ello. Debo dejar que continúe su camino. Yo no podré darle la posición que él tiene, no pertenezco a su mundo. Soy una simple periodista, con una vida más simple aún.

Sale de la habitación y se va de nuevo. Cojo mi teléfono y un contacto en concreto.

—¿Érika?

—Vaya, vaya... la *Panini* se digna a llamar. ¿Cómo estás?

—Necesito tu ayuda.

—¿Qué pasa, Mar? ¿Qué sucede? Como ese tío te haya hecho algo te juro que le mando a los rumanos.

—No..., necesito salir de aquí.

—Vienes mañana, ¿verdad?

—Sí. Por favor, resérvame un vuelo desde Pisa hasta Tenerife. El primero que salga, me da igual. Ya sabes que yo no soy buena con Google y tú sí.

—¿Qué pasa, Mar?

—Te lo contaré todo a mi llegada.

—Vale. —Noto su voz asustada al otro lado.

—Érika, no te preocupes, no es nada malo. Solo sácame de aquí, por lo que más quieras, ¡ayúdame!

—No lo dudes. Ahora mismo te escribo un WhatsApp y te doy los detalles. Te reservo un taxi también, mándame tu ubicación, para saber dónde debe recogerte.

—No sé ni cómo se manda eso, yo soy más de planos de toda la vida.

—¡Joder! ¡Pues dime la puta calle! —Está enfadada, la conozco, se espera lo peor de todo esto.

—¿Érika?

—¿Sí?

—Ni una palabra de esto a Alma, no quiero preocuparla y menos en su estado.

—Cuenta con ello.

—A Max tampoco, por favor —le suplico.

—Por supuesto. A ese menos. Te quiero, Mar. Saldremos de esta, ya verás —me consuela.

Cuelgo y rezo para que así sea.

Al rato, recibo un WhatsApp con todos los datos del vuelo y del taxi. Hago mi maleta, o más bien, meto todo dentro. Gerard vuelve al rato y se mete en la ducha. Quería llevarme a un sitio esta noche, pero agradezco que no me despierte, sabría leer en mí y me costaría horrores disimular.

Se acuesta a mi lado y me envuelve entre sus brazos.

No pego ojo, no puedo. A las siete de la mañana sale mi vuelo. Me levanto a las tres de la mañana, no he dormido y he asumido que no lo podré hacer. Salgo a la terraza de la habitación, con cuidado de no despertar a Gerard que duerme boca abajo. Rebusco en los cajones y encuentro un bloc de notas.

Querido, Gerard:

Me he ido. Es mejor así. Han sido las mejores vacaciones de mi vida y te agradezco enormemente que me hayas permitido vivirlas contigo. Que me hayas dejado entrar. No podré olvidarlo jamás.

Te deseo toda la suerte del mundo. No olvides que dentro de ti hay más, mucho más. No dejes que nadie apague la luz que tienes. Si alguna vez tienes dudas, vuelve a La Isla de Elba, a aquel rincón, donde las estrellas nos mecían y nos susurraban. Porque la mejor de las estrellas, siempre estará contigo.

Si sientes algo por mí, te suplico que no me busques.

Te quiere, Mar.

Dejo la carta encima de mi almohada, junto a la flor que me puso en el pelo, en aquella terraza de La Isla de Elba.

Salgo sin hacer ruido y bajo las escaleras. Cojo el pomo de la puerta y abro.

—Haces bien —susurran tras de mí.

Me giro y observo a Gaetano Gaboardi, con una foto en la mano y una copa en la otra.

—¿Lo hago?

—Vete. No vuelvas. No eres nadie y no lo serás. Él se merece a alguien mejor que tú.

—No hace falta que continúe insultándome. Lo oí todo, ¿sabe?

Una sonrisa siniestra se dibuja en su cara.

—Entonces sabes que está dispuesto a perderlo todo por ti... —¡Mierda! Mar, tranquila, lo haces por él, porque el mayor acto de amor, a veces pasa por el mayor sacrificio que se pueda hacer.

—Lo hago porque le quiero. Porque estoy enamorada de él de verdad, no piense por un momento que es por usted, o por sus intereses, es que simplemente, no estoy dispuesta a que pierda su vida por mí.

—¡Oh! ¡Qué dulce! —escupe irónico.

—¿Sabe algo? Yo me voy, y dejo aquí lo que más quiero en esta vida. Pero, a pesar de ello, de que esta situación me desarme, jamás lo pagaré con los seres que quiero, jamás les haré sufrir el vacío, la ausencia y el desprecio. Siempre lucharé por la felicidad de los que quiero, aunque yo jamás vuelva a ser feliz, pero ¿podría usted decir lo mismo?

—¡Fuera de aquí! —grita con la voz entrecortada.

No tengo nada más que decir, yo me voy con el corazón hecho pedazos, pero Gaetano Gaboardi se ha llevado una buena cachetada sin siquiera haberlo tocado.

Llego a Tenerife casi cinco horas después. Me he pegado todo el vuelo pensando en Gerard.

¿Habrá leído la carta? Por supuesto que sí...

¿Me habrá llamado?

¿Me habrá escrito?

¿Sabrá algo de lo que ha pasado?

Me siento mal. Realmente mal. Pero no puedo dejar de repetirme que es lo correcto, que él se merece más, más de lo que yo pueda darle. No soy suficiente para él. Yo lo sé y él, aunque no quiera verlo, lo sabe también. Se dará cuenta con el tiempo, de la misma manera que se dará cuenta de que he hecho lo correcto para él, porque... he hecho lo correcto, ¿verdad?

Recojo mi maleta. No tengo valor para conectar mi teléfono. Me dirijo hacia la salida de los pasajeros y me encuentro de frente a Érika. No puedo más.

Suelto la maleta y corro en busca de su abrazo.

—Estoy rota. Rota por dentro y es la peor sensación del mundo.

—Shhhhh —me chista dulcemente.

Érika me acuna entre sus brazos y me mece, buscando que me calme. Alzo la vista y no veo su habitual mirada de hielo. Veo dulzura y comprensión en ellos.

—Llévame a casa.

—Me ha llamado, no ha parado de llamarme. Tenía que decírtelo, Mar.

—¿Qué le has dicho? —pregunto sin dejar de llorar.

—Le he dicho que no sé nada de lo que ha sucedido. Que me llamaste y me pediste que te reservara un vuelo y ya está. En realidad, no es mentira. Niego con la cabeza.

—No, no lo es.

—Vamos a casa —me ruega Érika—. Tienes mucho que contarme.

—¿Alma lo sabe? —Ahora la que niega con la cabeza es ella.

—He hablado con Jaime. Quería que él lo supiera por si necesitas algo.

—Gracias.

Me lleva a casa y me prepara una tila. Yo me pongo una camiseta cualquiera y me siento en el sofá. No he dejado de llorar.

—Vuelve, Mar. —Fijo la mirada en Érika, que me ha traído una taza humeante—. En pleno agosto, no es la mejor bebida, pero tú estás helada y, además, necesitas algo que te relaje.

Tengo el teléfono en la mano, pero aún no he encontrado el valor para encenderlo. Sigo sin tenerlo.

—No puedo —susurro tendiéndole el teléfono a Érika.

Ella lo coge y lo enciende.

—No puedes estar así siempre. —Me devuelve el teléfono para que introduzca el pin.

Su teléfono suena y me indica que es Jaime.

La oigo hablar con él y me sorprende cómo ha cambiado la cosa, últimamente Érika ha establecido una conexión con Jaime increíble, de hermanos.

Mientras oigo cómo le explica a Jaime que parezco una mierda de perro, cosa que es normal viniendo de ella, introduzco el pin y escondo el teléfono bajo un cojín. Como si eso fuera suficiente para amortiguar mi dolor. Oigo cómo suena incontables veces, pero no puedo...

—Saca ese teléfono de ahí, que eso no evita que suene. Cariño, un cojín no es una caja fuerte.

Hago un intento de mohín, pero creo que me queda en un gesto bizco.

—Desembucha—me pide.

Le cuento todo, nuestras visitas en Siena, nuestro viaje a la Isla de Elba, la historia de su madre, nuestras declaraciones, nuestros paseos y, por último, la conversación que escuché.

—¿Y te fuiste? ¿Dejaste que ganara la batalla?

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que me quedara para que se diera cuenta

de que es cierto que no soy lo que él busca? ¿Que no soy suficiente?

—No me gusta hacer de abogada del diablo...

—Mentira, te encanta hacer de abogada del diablo —la interrumpo.

—¡Vale! ¡Sí! ¡Me encanta! Pero en mi defensa debo decir que me gusta solo cuando estáis a la altura de mi nivel de inteligencia y no mermadas por el sufrimiento de un amor roto.

—Espero que nunca te enamores, Érika, porque te juro que Alma y yo estamos esperando a que llegue ese momento, para darte de tu propia medicina.

Ella me mira intensamente e incluso veo dudas en sus ojos, que baja al ver el análisis de los míos.

—En fin —continúa—, que voy a hacer de abogada del diablo. Pero ¿no crees...? ¿No se te pasó por la mente que lo mejor que podías hacer era hablarlo con él?

¡Maldita sea!

—No. Lo mejor era irme. Lamerme las heridas y soportar lo que venga. Su ausencia.

—¡Eres idiota!

—¿Para eso me has ayudado? —escupo enfadada.

—Te he ayudado porque te quiero y eres mi amiga, pero eso no quita que seas estúpida. Porque lo eres. Y mucho.

—Yo me voy a cagar en toda tu estirpe.

—Vaya, pues me la suda que te cagues en ellos. Pero sigues siendo estúpida.

—¡Ilumíname! Si tan perfecta crees que eres tú.

—Mar, yo no soy perfecta, es más, estoy muy lejos de serlo, pero analicemos algo. ¿Qué haces en tu programa? ¿A qué te dedicas?

Mierda.

—Eres una perra canela —escupo cuando sé la dirección que va tomando y hasta dónde quiere llegar el bicho este.

—Se supone que escuchas a las personas, que no te quedas con la primera impresión y que muestras que hay otros caminos, otras posibilidades, que ni lo malo es tan malo, ni lo bueno es tan bueno. ¿Por qué no dejaste que Gerard decidiera si era cierto lo que decía el bastardo de su padre?

Abro la boca con la firme intención de explicarle. Pero mi firme intención queda en nada. No sé qué decirle.

—Se acabó, Érika. La decisión está tomada. Lo hago por él, porque le quiero.

—Pues a mí no me quieras así. A mí, si me quieres, permíteme opinar y decidir.

—Eres peor que un grano en el culo —le digo frustrada.

—Te dije que iba a hacer de abogada del diablo. Mar, yo te quiero —me dice poniendo su mano sobre la mía—, pero no me pidas que esté de acuerdo con esto. Y estoy segura de que Alma, esta vez, estará de acuerdo conmigo.

—Mañana iré a su casa, hablaré con ella.

—Iré contigo. No estás sola en esto. Saldremos adelante, como hemos salido de otras. Como con el Fecundador.

—Lo de Ricardo es una mierda comparado con esto. ¡Joder! ¡Esto duele! ¡Duele de verdad! —exclamo.

—No ha parado de llamarte y escribirte —me cuenta Érika.

—Apágalo. No estoy preparada —finalizo de nuevo con las lágrimas bañando mi cara.

Érika se queda conmigo. No se va, me arrulla cada vez que me despierto asustada, me mece en sus brazos y me abraza toda la noche.

Esto también es amor, del bueno, de hermanas.

## Capítulo 22

El domingo, pude comprobar que Alma pensaba lo mismo que Érika. Pasamos toda la tarde en su casa, hablando, desahogándome, reconstruyendo mis pedazos. ¿Lo malo? Lo malo es que creo que nunca podré volver a unirlos. Aunque se reconstruyan, siempre quedarán las marcas.

Ha pasado una semana y no he vuelto a saber nada de él. Es lo que le pedí, pero duele, ¡joder, cómo duele! Tengo que volver a los estudios y, en realidad, tengo pánico a cruzármelo. Puede que eso ya no se vuelva a dar, puede que desista y que sea Gaetano quien vuelva a tomar el control, como antes de conocernos. Es lo mejor, pero, si es así ¿por qué me duele eso tanto?

Llego a las oficinas, con el temor recorriendo cada partícula de mi ser y la esperanza caminando a su lado. Me encuentro a Dilaila esperándome en el *office* con un café en la mano.

—Vaya, parece que las vacaciones pasaron por ti y tú por ellas, sin saludarse siquiera —se burla—. Estás peor que cuando te fuiste.

—Lo estoy —susurro conteniendo las lágrimas.

—¿Qué pasa? —me pregunta asustada.

—Pasa que Gerard y yo, ya no estamos juntos.

No puede evitar la cara de sorpresa. Es normal. Hasta yo sigo sorprendiéndome de vez en cuando. ¿Qué digo de vez en cuando? Me sorprendo cada vez que lo pienso, eso se traduce en cada maldito segundo del día.

—Si necesitas hablar...

—Gracias, pero lo que me hace falta es meterme de lleno en el trabajo y olvidarme de todo.

—Has recibido una carta esta mañana. Junto a una planta.

¿Qué? Todas mis alarmas saltan sin control, ¿será él?

—¿Dónde? —logro articular.

—En tu despacho.

Me dirijo allí de inmediato, abro la puerta y veo la maceta al fondo. No soy capaz siquiera de prestarle la atención que merece, porque mi mirada se fija en ese sobre color rojo que está encima de la mesa.

—Déjame sola —suplico—. Por favor.

Me siento en la silla, frente a la mesa, no en mi sitio habitual.

Mirando hacia la maceta. Sujeto el sobre entre mis manos y veo que no tiene remitente. Solo pone mi nombre. Lo abro, asustada, demasiado, y me aventuro a leer.

Querida, Mar:

No nos conocemos, pero tenemos a alguien en común. Mi nombre es Delia y soy la hija de Delia, tu primer *Manual*...

Debes estar preguntándote el motivo de mi carta y el envío de la maceta y es que, a mí, me ha llevado dos meses decidirme y escribirte para contártelo.

Mi madre murió. Se fue de mi lado y me dejó. Una semana después de haber estado contigo. De habernos contado su historia. Merecías saberlo, porque formaste parte de ese secreto, fuiste la artífice de que, ese día, yo supiera la historia de amor tan grande que había tras ese rosal. La historia de mis padres.

No estoy triste, ¿sabes por qué? Porque ella está justo donde quiere estar. Ha superado todos los obstáculos que la vida le ha puesto, me ha ayudado de manera incondicional, al igual que a mi hija. Ha sido la mejor madre y abuela que jamás se pueda soñar. Estoy segura de que fue la mejor esposa que mi padre pudo haber elegido. Están juntos, por fin lo están. Y ahora sé, ahora sabemos, que no se volverán a separar, que me esperan arriba con los brazos abiertos, para acariciarme la mejilla cuando llegue y decirme «por fin estamos todos, por fin somos una familia».

Gracias, Mar, gracias por enseñarnos a que la vida en rojo se vive mejor.

Quiero que tengas parte de ellos contigo. Y que ahora tú también, vivas en rojo.

Un beso.

Delia.

Ahora sí. Tocada y hundida. No creo que pueda volver a leer esta carta jamás, porque las lágrimas han bañado las letras. Es una carta llena de sentimiento y me ha emocionado muchísimo.

—¿Estás bien? —pregunta Dilaila.

—No. No lo estoy. —Le tiendo la carta mientras sigo llorando sin parar.

Veo cómo a ella se le desencaja la mandíbula y comienza a llorar también.

—Voy a cuidar ese rosal.

—Estoy segura de ello —afirma.

Nos abrazamos y, entre sollozos, me deshago un poco más por dentro.

La semana pasa, y sigo sin tener noticias de Gerard. De Marzia tampoco sé nada. Dilaila me ha contado que la han destituido. No sabe nada más. Parece que los índices de audiencia eran pésimos a pesar de mi ausencia.

Ya hemos decidido la carta que leeremos esta semana. Una pequeña parte de mí, esa que quiere salir a flote, está contenta porque Sinda, esa magnífica señora que me llamaba día sí y día también cuando llevaba *Quiero Contarte que te Quiero Contar*, ha cumplido su palabra y tenemos un manual

preparado Y vaya manual..., todo sea dicho.

Es jueves, y tarde de Au Revoir, pero debido al estado de Alma, hemos cambiado el lugar de encuentro y ahora el centro de operaciones del comando se establece en su casa y hasta allí me dirijo esta tarde.

—¿Se puede? —pregunto desde la puerta.

Jaime no está, aún no ha salido de trabajar. Alma nos ha dicho que utilicemos nuestra llave.

—Sube —oigo que grita Alma desde el piso de arriba.

Me dirijo hasta allí y una vez entro veo a Érika tumbada a su lado, sin zapatos.

—No me apestan los pies. —Buen saludo, sí señor.

—No he dicho nada de eso —me apresuro a responder.

—Has puesto cara de asco cuando has visto mis pies descalzos sobre el nórdico.

—Es inevitable. Llevas todo el día con los zapatos puestos y esas medias deben oler a todo menos rosas.

—Huele y descúbrelo —me reta.

—Sí, ya, claro. No tengo nada mejor que hacer.

Alma me mira, fijamente, buscando señales que le muestren el nivel de rotura que tiene mi corazón.

—Parece una tontería, Mar, pero esta estúpida conversación sobre los pies apestosos de Érika, te ha hecho sonreír.

Y quizás tiene razón.

—¿Cómo estás? —Directa y concisa.

—He estado mejor.

—Esa no es la respuesta que espero.

—Estoy hecha una piltrafa, ¿mejor?

Asiente.

—Ven, acuéstate aquí. —Me señala su lado, y se gira dejándome un hueco.

—Ahora pareces el jamón de nuestro sándwich —bromea Érika.

Nos reímos ante sus ocurrencias.

—Creo que deberíamos añadir en nuestra *Constitución Femenina*, que no hay nada mejor para levantarnos el ánimo, que una dosis de comando —afirmo.

—¿En serio que eso no está? —pregunta Érika confusa—. Son tantos

artículos que me saturo.

—¡Y eso que la experta en leyes eres tú, bonita! —exclama Alma.

—Yo me las aprendí todas en su día, ahora, me sé las más importantes, pero si tengo dudas, las consulto. Ya sabéis, Google es mi pastor, con él nada me falta —finaliza.

—Venga, va, hagamos recuento —les pido—, ¿cuál es el último artículo?

—El dieciocho —contesta Alma.

—Tu mente es un prodigio. —Se ríe Érika.

—No lo dudes —responde Alma.

—Después de los halagos, ¿podrías decirme cuál es el diecisiete y el dieciocho?

—El diecisiete sí me lo sé yo. —Érika salta de la cama e incluso da saltitos.

—Es guarro fijo —afirmamos a la vez Alma y yo.

Érika asiente y se prepara para soltarlo.

—Si besa bien, te lo come bien. —Y se queda tan pancha.

Alma y yo explotamos en carcajadas, es que lo raro sería no hacerlo. Es digno de ver. Una abogada de prestigio, temible y muy puñetera, diciendo ese tipo de afirmaciones, que, además, en este caso en concreto, fue idea suya, como si nada hubiera pasado. Como si estuviera dando los buenos días.

—Lo que hay —finaliza y se vuelve a tumbar en la cama.

—El dieciocho es «No eres tú, soy yo...» —añade Alma.

—Eso mismo es lo que le dijiste al médico aquel, ¿verdad?

—No, Érika, no le dije eso, aunque más o menos, sonara así —declaro.

—Era buen niño, ¿por qué no lo llamas en unos días y quedas con él? —inquire Érika.

—Porque no es Gerard —confirma Alma.

Y es verdad.

—Ahora mismo no quiero saber nada de hombres. No los necesito. No necesito a ninguno.

—Mentirosa. Necesitas a uno, a ese alto, guapo, fuerte, de ojos oscuros, mirada brillante, pecho duro, enorme rabo y de acento italiano —enumera Érika.

Japuta esta... *Lamadrequelaparió.*

—Ahora que lo dices, sí que te apestan los pies —suelta Alma.

Terminamos riéndonos todas y declarando un nuevo artículo, uno de los

buenos, de los de verdad: no hay nada mejor para levantarnos el ánimo, que una dosis de comando.

El viernes por la noche ha llegado. Y yo estoy hecha un flan. Una parte de mí, esa que cree en los finales de cuento; que terminan con «fueron felices y comieron perdices», espera que Gerard aparezca por esa puerta, me sonría y me diga sin palabras que todo va a salir bien, que no debo temer nada. La parte racional me dice que eso no va a suceder.

Y así es. Por muy triste que parezca, el vacío se incrementa cuando me doy cuenta de que es el primer programa que voy a hacer en el que él no está presente. Su simple presencia me transmitía paz, y ha tenido que pasar todo esto para que me dé cuenta de eso también.

—Doña Sinda. —Voy corriendo hasta ella cuando la veo entrar. Le tengo tanto cariño...

—¡Sigues teniendo mala cara, niña! —Lo retiro, ahora la quiero un poco menos—. Es el desamor, ¿verdad?

Simplemente asiento. No me gusta mentirle, la respeto como si fuera mi tercera madre. La segunda es Mara, la madre de Alma.

—El amor es muy puñetero cuando quiere. —No deja de acariciarme la cabeza.

—Vamos a sentarnos —la animo.

Le explico el funcionamiento del programa. La luz roja, la lectura y le recuerdo las preguntas. Ayer por la mañana nos vimos en su casa, como hacemos todas las semanas con nuestros invitados. Pero, para ser sinceras, hablamos más de nuestras cosas que de lo que en realidad sucedería hoy.

—¿Todo claro, doña Sinda?

—Como el agua, niña.

Ratifico que todo esté perfecto y tomamos asiento, cada una en su lugar.

La luz roja se enciende y me dispongo a hablar. Dilaila, que hoy se ha sentado a mi lado, me aprieta la mano cuando se da cuenta de que miro hacia el cristal, buscándolo.

—Buenas noches, queridos oyentes. Bienvenidos a este nuevo programa. Nuestras vacaciones han terminado —Dilaila vuelve a enfundarme calma, esta vez cuando nuestras miradas se cruzan— y han sido increíbles. Espero que las vuestras también. Y para los que aún estéis de vacaciones y hayáis buscado un hueco para oírnos, os lo agradezco enormemente, porque no hay nada mejor que estar en una terracita bebiendo cerveza y comiendo

camarones, y habéis preferido escuchar a una loquita como yo. Voy a proceder a leer la carta, luego haremos las presentaciones.

Querida, Mar:

Mi nombre es Sinda, ya me conoces y seguro que algunas de las personas que me escuchan también. Soy esa fantástica mujer que te llamaba cada noche cuando hacías el otro programa. Puri se ha portado muy bien y ha accedido a escribirme la carta. Solo hizo falta que le regalara una botella de vino y le hiciera su plato favorito. Lo que yo digo, por la boca se conquista a cualquiera. En fin, que me lío con otras cosas.

Hace años, muchos años para ser exactos, conocí a un chico de manera casual. Yo estaba hablando con un vecino y mis ojos, sin querer, repararon en él. Me saludó desde la distancia, con un simple gesto de cabeza y mis pies, no sé bien por qué, recorrieron esa distancia que nos separaba y simplemente me planté frente a él. No nos conocíamos, y quizás pensara que era una loca —a veces pienso que razón no le faltaba—. Me presenté, le di dos besos y estuvimos charlando hasta que se hizo la hora de volver a casa.

En esa época, no había teléfono. Le dije dónde vivía, los sitios que frecuentaba y él hizo exactamente lo mismo conmigo. Quedamos en vernos por ahí. No sé si fue el destino, si fue casualidad, pero, a partir de ahí, nos veíamos mucho, nos cruzábamos sin querer en cualquier sitio, como si los planetas se alinearan para que en cualquier lugar apareciera el otro, diciendo «¿me ves? Estoy aquí, no te olvides de mí». Y es verdad. No me podía olvidar de él. Es estúpido, pero me empecé a sentir rara, me daba un vuelco al corazón cada vez que lo veía y se me removía algo por dentro cuando me lo cruzaba. Hablamos un par de veces más, algún paseo, pero no hubo mucho más que contar. Nos dimos un beso, para mí, fue el mejor beso que he recibido, con el permiso de mi marido, que en paz descansa. Y ese beso, solo hizo que incrementaran las ganas que tenía de él.

Es curioso, porque yo sentía que él me buscaba de la misma manera que yo, pero nunca daba el paso definitivo que me dijera ese de ahí es tu hombre. Recuerdo que una vez me dijo: «Sabes que tú y yo acabaremos juntos». No pudo estar más equivocado.

Empecé a sentirme rara, porque yo estaba colada por sus huesos, aún hoy, dudo si fue amor o simplemente capricho. También es verdad que yo siempre he sido una mujer de esas que lo que se propone lo consigue y con él, no fue así. El me daba una de cal y otra de arena. Como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Pues así era ese hombre. Pero, a pesar de todo, no dejaba de sentir ese estremecimiento cuando lo veía. A veces, me daba cuenta de que buscaba cualquier excusa para cruzármelo, para verlo.

Si quieres saber el resto. Tendrás que preguntármelo.

Un beso, niña.

—Una relación un tanto extraña, esta, ¿no cree, doña Sinda? —pregunto.

—Yo no sé si calificarlo como relación.

—¿Qué pasó? Me atrevo a decir que estamos todos esperando a que nos diga que finalmente, el perro del hortelano comió.

—Lamento decirte que no fue así. Me cansé. Me cansé de buscarlo, de verlo, de esperarlo. Me cansé de su indecisión. De ese «ahora sí, ahora no». Como el chiste ese de los intermitentes, ¿lo has oído niña?

—Sí. Malísimo.

—¿Qué dices? Es un chiste muy bueno.

—Ese no es el tema. —Si le damos cuerda probablemente nos suelte todo

el repertorio de chistes malos.

—El caso es que no me quedé para averiguar lo que quería. Yo no estaba dispuesta a que acabara conmigo y me llevara por delante. Llegué a la conclusión de que quería protegerme y salir de ahí. Y eso hice.

—¿Cómo? —La curiosidad me pica, lo tengo que reconocer.

—No fue fácil, porque me gustaba muchísimo. Yo sí me veía con él. Podía ver un futuro, juntos, felices. Pero se ve que él no. Tiempo después, me enteré de que había sufrido un desamor. Supongo que quizás él también quiso protegerse a su manera.

—Pero... sí era así... ¿por qué decidió jugar de esa forma? ¿Qué ganaba él diciéndole que terminaríais juntos?

—Ganar, no ganaba nada. ¿Tú nunca has dicho algo que te ha nacido en ese momento y luego has analizado fríamente si era verdad?

—Explíquese mejor —le pido.

—En ocasiones, decimos cosas que quizás no sentimos, sino que creemos sentir. Un «te quiero», un «te extraño»... Creemos sentirlo, pero no es así. Cuando de verdad quieres a alguien, niña, cuando lo quieres hasta que te duele el alma, lo sabes. Simplemente lo sabes. No hay más. No hay dudas ni incertidumbres, hay necesidad.

—¿Usted le quería?

—Buena pregunta.

—Se casó. Doña Sinda, usted se casó. Si compara los sentimientos de uno y otro, ¿qué conclusiones saca?

—Lo quise. Pero no lo amé.

Continuamos hablando sobre el tema. Yo, por momentos, la identifico perfectamente. Porque a veces, creemos querer a alguien hasta que de verdad llega ese amor que lo arrasa todo y es entonces, cuando de verdad te das cuenta de que aquello que sentías no era ni una milésima parte de lo que de verdad se siente. No puedo tener más claro que mis sentimientos, por Gerard, son los de verdad. Los que duelen. Los que te consumen.

—Después de este programa, y como cada semana, he sacado mis propias conclusiones. Por una parte, creo, doña Sinda, que hizo lo correcto. A veces, las personas simplemente debemos despojarnos de eso que nos hace sufrir, aunque creamos que separándonos sufriremos más. Y no se puede estar más equivocado. Aguantando un sinsentido, lo único que conseguimos es postergar el dolor, no evitarlo. Porque doler, dolerá igual, o quizás más. Es

como cuando nos encontramos dentro de un callejón sin salida. Sabes que al final, vas a chocar contra la pared, que no hay puerta, que no vas a escalar el muro, pero sigues caminando con esa esperanza de que sí haya salida. La razón sabe que no la hay, pero el corazón te dice lo contrario. ¿Qué es lo correcto? No hay nada correcto. Lo correcto es aquello que sabes que evita el mal mayor. Por lo tanto, en este caso, la huida es la mejor salida. De nada sirve seguir viéndolo, seguir tocándolo o deseándolo. De nada. Porque eso te calma en el momento, pero cuando se va, cuando te quedas sola, ahí es cuando te das cuenta de que nada te consuela, que no es suficiente. »No te conformes con algo, pide siempre un todo. Nos merecemos un todo.

La luz roja se apaga y yo no contengo las lágrimas.

Yo también quiero mi todo. También me lo merezco.

# Capítulo 23

## Marzia

¡No puedo creer lo que está sucediendo! Gaetano me llamó para decirme que volviera a Siena lo antes posible. Evidentemente, lo he hecho, allí ya no tenía nada. ¿Aquí? Aquí aún tengo una posibilidad, porque está él.

Llegué el lunes siguiente a la partida de esa zorra de Mar. Gaetano me contó que se fue el sábado sin avisar y que ha preparado todo para que Gerard se quede en Siena una semana más, para solucionar los problemas que tiene con la cadena hotelera que quiere abrir. Y sin más, me he venido. Con la intención de que las cosas sean como tienen que ser.

—Buenas tardes, Gaetano.

—Cariño, qué bien que has llegado. Te he esperado como agua de mayo.

No es que precisamente, Gaetano Gaobardi, me caiga bien, pero será mi futuro suegro, por lo que me viene bien tenerlo de mi parte en este asunto.

—¿Dónde está Gerard?

—Trabajando. Ha estado centrado en eso desde que ella se fue. Debo decirte que no está igual que siempre.

—En cuanto me vea, se le pasará. —Sueno presuntuosa, me da igual. Lo soy—. Me he enterado de su intención de cortar nuestro acuerdo, como comprenderás, no estoy dispuesta a ello.

—La forma más razonable para cortarlo, es que ambos compartáis la misma opinión y simplemente se deshaga.

—Conmigo no cuentas —afirmo.

—Creo que Gerard lo tiene igual de claro. ¿Te ha llamado?

—No.

Niego con la cabeza mientras observo mi perfecta manicura. No entiendo cómo puede preferir a esa mujer antes que a mí. Yo sí soy lo que él necesita, no esa chica, con esos moños altos y esos vaqueros desgastados. ¡Por favor!

—Voy a su estudio, está allí, ¿verdad?

Gaetano me besa la mano y me deja ir.

Llamo a la puerta e inmediatamente entro, sin esperar a que me dé permiso.

—Gerard, cariño. Ya estoy aquí.

Veo cómo alza la cabeza. Su mirada se ensombrece y debo confesar que, si realmente me importara, me asustaría, pero conmigo esos trucos no funcionan. Sé lo que quiero, y él me lo puede dar.

—¿Qué haces tú aquí? —Suena borde y cortante. Gaetano tenía razón. No es el de siempre.

—He venido a consolarte. ¿Acaso no es lo que hago cada vez que terminas con la putita de turno?

Se levanta raudo y acorta la distancia, tiene los puños apretados y la furia le recorre. Me arrincona contra la pared y ahora sí que logra intimidarme.

—Para hablar de Mar, antes, te lavas la boca. Ella no es mi putita y jamás lo será. Ella es lo que necesito. No tú —ruge.

—Ella es agua pasada. —Decido restarle importancia a sus palabras y a su tono—. Yo estoy aquí y vengo a ocupar el puesto que me corresponde. Firmaste, ¿recuerdas?

Se pasa la mano por el pelo, exasperado.

—Lo recuerdo cada maldito segundo de cada maldito día. ¿Por qué haces esto, Marzia? ¿Qué ganas con ello?

—A ti. ¿Te parece poco? Es lo que quiero.

—Tú lo que quieres es el dinero. Tu padre es un gran empresario, dinero no te falta y prestigio tampoco.

—Lo sé. Pero ser la señora de Gerard Gaboardi y lo que eso conlleva me gusta mucho. —Paso una de mis uñas por su pecho, buscando provocarle, pero no lo consigo—. ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

—Tú no tienes nada. No te quiero, nunca te querré, jamás te pondré una mano encima, Marzia. Me das asco. Me da asco que en realidad sepas mis sentimientos, sepas los de ella y que no seas capaz de darte cuenta de que lo que debes hacer es romper ese maldito acuerdo e intentar hacer con tu vida algo que de verdad valga la pena. »Aprovechate de la posición y olvidarte de los sentimientos, no te va a dar la felicidad. ¿Quieres conformarte? Me parece perfecto, pero no me arrastres contigo.

—No me eches la culpa a mí de que ella se haya ido. Ha sido tu padre. ¿No te lo ha contado? Él lo preparó todo.

—¿De qué estás hablando?

—Habla con Gaetano, él te dirá lo que debes saber.

Veo cómo sale hecho una furia de la habitación, yo lo sigo, todo lo rápido

que me permiten mis tacones y, por supuesto, manteniendo mis formas, una dama no corre tras un hombre. Aunque ese hombre sea Gerard.

—¿Qué coño has hecho? —grita cuando cruza la mirada con su padre.

Bárbara también ha bajado. ¡Cómo la odio! Finjo mi mejor sonrisa y ella me hace una peineta. ¡Zorra!

—¿Qué quieres decir? —No sé cómo no tartamudea, porque ahora mismo, Gerard me da miedo hasta a mí.

Gaetano me mira y yo finjo no hacerle caso, vuelvo a centrar la vista en mis uñas.

—Marzia me ha dicho que preparaste todo —los gritos siguen inundando la habitación.

La cocinera esa, aparece de la nada. La miro con el ceño fruncido. Este no es tu lugar, ¿no lo entiendes?

—Solo hice lo que debía hacer para salvarte de esa mujer que no vale nada.

—No eres quién para salvarme de ella. Ni siquiera has sabido salvarte a ti mismo, ¿pretendes salvarme a mí? No sé qué fue capaz de ver mamá en ti.

—No te permito que la nombres —ruge Gaetano.

Bárbara se posiciona al lado de su hermano. En la misma actitud que tiene él. Dominante.

—El que no te permite que hables de mamá y de Mar soy yo. ¡La quiero! ¡Joder! ¿No lo entiendes? La quiero con todo mi ser, ¡maldita sea! Si queda algo dentro de ti, de lo que un día sentiste por mamá, entiéndeme, ponte en mi maldito lugar, ¡joder!

¡Oh, qué bonito! Lástima que me dé igual.

—¿Qué hiciste? —grita Gerard—. ¿Qué cojones hiciste?

—En realidad, no lo había planeado. Tú y yo estábamos hablando en el despacho. Yo intentaba convencerte de que la utilizaras y luego la dejaras y siguieras con el acuerdo que habíamos firmado. Las casualidades de la vida hicieron que ella escuchara la conversación. La vi y no me molesté en parar, continué hablando. Es consciente de que, si no te casas con Marzia, si rompes ese acuerdo, lo perderás todo...

—La pobrecita, se sacrificó por ti —intervengo yo.

—¡Me dais asco! —exclama Bárbara, intercalando la mirada entre su padre y yo.

—¿Sabes qué? —Gerard baja el tono de voz y mira fijamente a su padre

—. Me da igual perderlo todo. No quiero nada. Quédatelo. Todo tuyo. Espero que eso te haga feliz y cubra el vacío que hay en tu negro corazón.

Gira sobre sus pasos y comienza a subir la escalera. Pero se para antes de llegar a la mitad y vuelve a bajar. Esta vez con la vista fija en mí.

—Piensa bien si quieres casarte con un hombre que no tiene nada. ¿Estás segura de que ahora te interesa la posición que puedo darte?

—Eres un hijo de puta —grito.

—Me alegra mucho serlo, si con eso te pierdo de mi vista.

Veo cómo Bárbara y él suben las escaleras, seguidos de la cocinera.

Gaetano cae de rodillas al suelo. Le ha destrozado.

—Marzia...

—Que te jodan. Tú te lo has buscado solito.

Me voy. Aquí no pinto nada.

## Capítulo 24

Han pasado cuatro semanas y confieso que hemos estado bastante entretenidas, con lo cual, mi mente ha estado ocupada. Hemos pasado mucho tiempo en casa de Alma o de compras, ultimando detalles. Ahora, estamos empezado a preparar la habitación de Candela. Lavamos su ropita. Preparamos el bolso e incluso montamos una minicuna, por supuesto, Jaime nos ha ayudado en esto.

—Parece que nuestro contable sabe montar muebles —se burla Alma.

—Cariño, porque estás impedida, que, si no, te decía las cosas que también sé hacer. Cuando nazca Candela ya no tendrás excusa. No pienso dejarte salir de esa habitación en un mes.

—¡Ah! Muy bien, entonces más vale que vaya llamando a los Servicios Sociales, para que le busquen una familia a Candela, a ver cómo les explico que sus padres son unos guarros viciosos que solo piensan en meter en caliente —exclama Érika.

—Entiéndenos, bruja —se queja Jaime—, la abstinencia es muy mala y es que Alma...

—Dejadlo, odio que os pongáis guarros, que aquí una también tiene que conformarse con las manos. Aunque debo deciros, que tengo una cita la próxima semana.

—¿Una cita? —pregunto—. ¿No estarás inventándotelo?

Érika me hace una peineta y se la lleva a los labios para darle un beso.

—Para tu información, no, no es broma. He quedado con un abogado que conocí en un juicio el lunes. Es guapísimo. Con este, la ley de las cinco citas me la pienso pasar por el forro.

—¿Tú alguna vez has aguantado cinco citas?

Se lleva el dedo índice a los labios mientras mira al techo, pensando.

—No. Pero da igual, con este menos. Lo bueno es que estamos en verano y estoy depilada. En invierno es harina de otro costal.

—Ten un poco de vergüenza, Érika —le pide Alma.

—Quizás algún día —responde ella.

—¿Tenéis preparado el programa de mañana? —pregunta Jaime.

Érika lo mira y se ríe, y él le devuelve la sonrisa.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? —inquiero asombrada.

—Nada —responden ambos—. Estamos contentos porque la habitación de Candela está quedando preciosa.

Y es verdad.

—Como os han regalado miles de cosas. Tus suegros, Alma, se han pasado.

—¡Ja! Ya sabes, las cosas gratis no se rechazan —dice Érika, enumerando el artículo dieciséis de nuestra *Constitución Femenina*.

—Es su primer nieto —interviene Jaime—, es normal que estén locos.

—¿Vendrán cuando nazca? —pregunto.

—No lo sabemos, queremos estar unos días tranquilos para adaptarnos, después, les pediremos que vengan y nos echen una mano. Al principio es difícil.

Jaime vuelve a mirar a Érika, estos dos saben algo que yo me he perdido. Alma, no parece darse cuenta.

—Esta niña me va a matar como no salga ya —se queja Alma.

—Tranquila. Ya queda poco —la consuelo.

Y no puedo estar más en lo cierto.

El viernes llego a la radio la primera. Estoy de muy buen humor. La semana ha sido fantástica, hemos tenido muchas tardes de comando. La verdad es que, cuando el tiempo pasa rápido, el dolor parece que mitiga. En la soledad de casa, cuando vuelvo a ella y miro mi cama, parece que me consume, y lloro. Sin descanso. Hasta que no me quedan lágrimas y caigo dormida.

—Buenos días, Mar —me saluda Dilaila, que entra especialmente guapa hoy.

—¡Vaya! ¡Estás muy guapa! ¿No crees?

—Será que es viernes y me encanta este día de la semana.

—¿Planes?

Niega con la cabeza.

—¿Qué tal la cita con Julián? Perdona por no haberte preguntado.

—Bien, pero no es mi tipo. Muy mono y muy bueno, pero...

—Te faltó ese algo, ¿me equivoco?

—En absoluto.

Ella sabe tan bien como yo, que está pensando en Óscar.

—Manos a la obra, que nos espera un programa muy intenso.

A las siete de la tarde, como de costumbre, entro en el estudio. Tengo todo organizado para recibir a nuestra protagonista de esta noche. Nos quiere hablar sobre su trabajo en los países en vía de desarrollo, como misionera. Me ha parecido loable la labor que desarrolla, y es por eso, por lo que hemos decidido que nuestro manual esta noche, hable de ella, con la esperanza de que nos dé una lección de vida a todos los que formamos parte de este programa, directa o indirectamente.

—Aún no ha llegado nuestra chica —se apresura a decir Dilaila cuando entra.

—¿Has intentado llamarla?

—Sí, pero tiene el teléfono apagado.

—Mierda, ¿qué hacemos si no viene?

Se encoje de hombros y se va. No me lo puedo creer, ¿en plena crisis y se va?

—Si no viene, tendremos que contar la verdad, leeremos su...

Las palabras mueren en mi boca, cuando alzo la vista y me encuentro de frente con Gerard. Dilaila está a su lado. Comienzo a abanicarme con la carta. Tengo más calor que nunca.

—*Piccola bionda* —susurra.

Me doy la vuelta y me dirijo al estudio de nuevo. Me siento y meto la cabeza entre los brazos.

—No lo he superado. No lo he superado. No pasa nada, Mar. Eres una profesional. Es tu jefe. No pasa nada, Mar —repito y repito, pero no surte ningún efecto.

—La luz está a punto de encenderse —me comenta Julián.

—¡Joder! ¿Por qué hoy, señor?

Dilaila entra en ese momento, se sienta frente a mí y Gerard, toma asiento a mi lado. Tengo la sensación de que estoy viendo pasar las cosas a cámara lenta. Dilaila posa su mano sobre la mía y me entrega la carta que tengo que leer esta noche.

—Yo te ayudaré —dice Gerard poniéndose los cascos.

Asiento. Me tiembla el cuerpo. Veo que la luz roja se enciende y Gerard toma la palabra, a pesar de que era yo quien tenía que hacerlo.

—Buenas noches, queridos oyentes, mi nombre es Gerard Gaboardi y soy compañero de programa de Mar. Ella está aquí a mi lado, esperando a que le dé paso y pueda proceder a leer la carta de esta noche. Estoy convencido, de

que no nos dejará indiferentes a ninguno.

Sujeto la carta entre mis manos, temblorosa por todo; porque no ha venido la chica que teníamos prevista, pero, sobre todo, porque él está aquí y encima, más guapo que nunca.

—Adelante —me apremia Gerard.

Querida, Mar:

Cuando el vacío más profundo se afianza en tu corazón y hace que los días, simplemente sean eso: días; uno tras otro, un sol que sale por el este y se pone por el oeste, cuando eso toma fuerza en tu vida y no te planteas nada, solo te conformas, es que has tocado fondo.

A mí me sucedió. Los amaneceres llegaban, y, consigo, traían un nuevo día. Lo normal. Un día más en la vida de las personas. Un día menos en la mía. Cuando eso sucede, es que has tocado fondo.

Sin más, comencé a tachar números en el calendario y la resignación se apoderó de mí. Lo perdí todo. Perdí la ilusión, las ganas de saber lo que te depara el futuro, las oportunidades de un nuevo amanecer, las posibilidades de encontrar en un gesto el consuelo más absoluto, para alguien que ya no lo tiene. Cuando esto sucede, es que, definitivamente, has tocado fondo.

Allí estabas tú. El destino tenía otros planes para mí. Una partida de ajedrez, en la que tú eras la reina y yo un simple alfil. Vestida de rojo, rojo pasión. Rojo como el corazón más humano que existe, estabas allí para enseñarme, que la vida no es siempre lo que ves pasar, que, en la vida, las oportunidades sí existen, solo hay que caminar hacia ellas, dejarse llevar.

Tuve la ocasión de descubrir lo que significa la palabra libertad, además, pude paladear su sabor. En tus labios, en tu cuerpo, en tu alma.

Estabas allí, esperándome. Incansable, luchadora, reflexiva. Mostrándome en cada gesto los maravillosos entresijos que tiene la vida. Lo mágico de la misma. Y así, sencillamente, hiciste posible lo imposible. Me encontré, volví a la vida y ahora, tiene color. Infinidad de colores.

Cuando dos corazones como los nuestros se encuentran, cuando descubren juntos lo que es amar, pero amar de esa manera tan fuerte y apasionada, cuando toma el mando de tu vida y sin más, dejas de ser tú. Cuando eso pasa, no sabes vivir de otra manera, porque te das cuenta de que la verdad más absoluta de esta vida, es que el amor es capaz de hacer que no exista nada más, que todo deje de tener valor, porque el único valor posible, es el que tiene estar juntos.

Olvidé por completo lo que sentía cuando tú no estabas en mi vida. Olvidé que estaba perdido, solo, triste, enfadado. Olvidé que me sentía confundido. Olvidé el vacío que te deja la ausencia de una persona.

No sé en qué momento sucedió. A veces, lo pienso, a veces simplemente me doy cuenta de que fue en esa isla mágica, esa noche, hace meses, que, desde ese momento, cubiertos por ese mar de estrellas, las hadas que habitan en ella nos dieron una gran oportunidad y nosotros supimos agarrarla con fuerza, tomarla de la mano y emprender el camino.

Me encontraste. Te encontré. Nos encontramos y eso es lo que importa.

Infinidad de veces, he soñado con ser capaz de verbalizar lo que siento, de decirte abiertamente todos y cada uno de los sentimientos que se agolpan en mi pecho, que me presionan, que me elevan. Porque no hay verdad más absoluta, que este amor que siento por ti.

Guiaste mis pasos. Me mostraste la fórmula exacta para descubrir que sí, que soy capaz de amar, que soy capaz de sentir algo tan inmenso como es ese sol que sale por el este y se pone por el oeste. Que me merezco un todo. Que nos merecemos un siempre.

Olvidarte no puedo. Alejarme, no sé. Apartarme, no quiero. No ahora. No cuando has aparecido, no cuando sé que para mí quedan posibilidades. Y hoy, se lo agradezco al destino, a los astros y a las malditas señales, porque gracias a eso, gracias a las jugarretas del cosmos, estamos aquí. Estoy aquí.

Marcando el camino que quiero seguir. Porque hoy, mis pasos se mueven al son de los tuyos. Tú marcas el ritmo y yo... yo simplemente me dejo llevar. Porque mi vida estaba oscura y apagada y tú le diste color. Porque quiero decirte en silencio, que sobran palabras, que faltan momentos. Que el ayer no existe, que él ahora es fugaz, pero el mañana será eterno.

Te quiere.

Gerard.

PD: Ahora une todas las palabras del inicio de cada párrafo y dilo en voz alta.

No he dejado de llorar, mientras leía la carta. Esta noche, he sido el cazador, cazado.

—¿Qué dice? —me pregunta.

Veo que la luz sigue parpadeando. Seguimos en antena.

—Cásate conmigo —respondo uniendo todas las letras.

Alzo la vista y veo cómo Alma, Érika y Jaime, entran en el estudio. Comienza a sonar «Me haces falta», de Marc Anthony y se me eriza el vello de todo el cuerpo. El momento, la música que nos envuelve, mis amigas, Gerard... Es mucho más de lo que puedo razonar.

—Mierda —dice Alma justo cuando voy a responder.

—¿Te has meado encima? —se burla Érika.

—Creo que he roto aguas.

Nuestras caras son un verdadero poema.

—Al hospital —nos apremia Jaime.

No sé si seguimos grabando, solo sé que tenemos que irnos rápidamente, porque Candela está a punto de llegar a nuestras vidas.

—Yo iré a por el bolso a tu casa —sugiero mientras se meten todos en el coche de Alma.

—Yo te llevo —se ofrece Gerard.

Jaime asiente a la misma vez que yo.

—Nos vemos allí.

Nos dirigimos a toda prisa a casa de Alma. Gerard y yo permanecemos en silencio. Estamos nerviosos, debo confesar que me supera toda esta situación.

En realidad, no debería. Hemos leído y nos hemos informado sobre lo que implica un embarazo y un parto, y sabemos que, lo habitual, no es dar a luz en el coche de camino, sino que lleva su tiempo.

Los nervios que sentimos son más bien por lo desconocido, porque todo salga bien y que la niña, a pesar de nacer antes de tiempo, esté sana.

Por otra parte, añado aquí la situación que se ha dado hoy. Quizás, por todo lo acontecido en este tiempo. Gerard ha aparecido después de cuatro

semanas. Cuando yo ya sentía que estaba todo perdido y que no volvería a saber de él.

—Gerard. —Decido romper el silencio cuando ya nos dirigimos al hospital—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo...?

Tengo tantas dudas...

—Me he enterado de todo. Al final sé lo que sucedió. ¿Cómo pudiste irte?

—Creí que era lo mejor para ti. Yo no soy una persona rica, ni tengo posición social, ni nada de lo que tu padre te decía que necesitabas.

—Mar, todo lo que diga él que necesito es lo que él cree, no lo que de verdad quiero. Yo solo te necesito a ti para ser feliz. Con eso, me basta y me sobra.

Y sí, esas simples palabras, esa sencilla frase me hace sentir bien, feliz, tranquila. Me devuelve al presente, y me transporta al futuro que quiero vivir.

—Te quiero —le digo mientras entramos al hospital.

—Yo sí que te quiero, Mar.

Me da un tierno beso y me abraza con fuerza. Es el mejor lugar del mundo.

—Démonos prisa, ¡va a nacer mi sobrina!

Una enfermera nos dice dónde se encuentra la sala de espera. Decido omitir el repaso que le echa a Gerard. Entramos en la sala y Érika está allí, con los padres de Alma y su hermana.

—Todo va a salir bien —me dice Gerard.

Tomamos asiento junto a ellos.

—¿Se sabe algo? —pregunto a Mara.

—Lo único que sabemos es que ha llegado con contracciones y gritando a pleno pulmón que quería que le pusieran la epidural o esta vez sería ella la que mandara a los rumanos al hospital.

—Parece que en situaciones extremas, hasta Alma tiene una Érika dentro —me burlo.

—Érika, quería agradecerte tu ayuda. —Gerard se acerca a ella y le da un abrazo.

—De nada, *Panini*. Me debes una y bien grande.

—¿Tú lo sabías? —pregunto sorprendida.

—Y Jaime era mi cómplice, tenía que traer a Alma al estudio, teníamos que estar todas. Ahora creo que no me lo perdonará jamás.

—Todo va a salir bien. —Ahora soy yo la que les infunde calma.

Sabemos que es un bebé prematuro, pero han estado preparando a Alma para esto, porque llevaba bastante tiempo con riesgo. Jaime sale unas horas después, con Candela en brazos, y a todos se nos escapa un «ohhhhhhhh» cuando le vemos la carita.

—Está bien, pero debe quedarse en el hospital para que coja un poco más de peso.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta la madre de Alma.

—No lo sabemos —Jaime está feliz, pero a su vez, se percibe la preocupación en sus palabras.

—¿Y Alma? —pregunta Érika.

—Está perfectamente. Me ha amenazado con arrancarme las pelotas si se me volvía a ocurrir dejarla embarazada. Érika, juro que por un momento te he visto en su cuerpo. Me ha dado miedo —bromea—. Pobre juez.

A Érika le cambia la cara y Gerard la mira fijamente. A ver si va a resultar que tenía razón cuando decía que los que se pelean... se desean.

—No voy a responder a tus provocaciones. Mi sobrina está presente y aún es pronto para enseñarle palabrotas.

—¿Qué has respondido, Mar? —pregunta Jaime.

—¿Qué? —pregunto sin entender nada.

—¿Qué le has respondido a Gerard?

Caigo en la cuenta de que, efectivamente, no le he dicho nada, con todo esto de Alma no me he acordado. Mi madre entra como una tromba por la puerta.

—La que faltaba —susurra Érika.

—La madre que os parió, me tengo que enterar por la radio de que te piden matrimonio y que Alma se mea encima. —No está enfadada, lo sé—. Si no llego a llamar a Érika, no me entero de qué sucede. Te he llamado varias veces y no contestabas.

Tiene razón, no le he prestado atención al teléfono. Lo puse en silencio antes de grabar el programa y el resto... el resto ha ido muy rápido.

—Aún no ha respondido —le dice Gerard—. Encantada de conocerla, por fin, señora Rosaura.

—De señora nada, chaval, que si no fuera por mi hija te daba yo un morreo de los buenos.

Me llevo la mano a la cara, mi madre y sus cosas.

—Y si te has enterado por la radio... explícame por qué has tardado tanto

en llegar —en realidad, no sé si quiero saberlo. Viniendo de mi madre, puedo esperar cualquier cosa.

—Estaba con Agustín, estábamos en casa...

—No quiero saber más. No me quiero arriesgar a que me avergüences si terminas esa frase.

—Preguntaste tú —se defiende.

—Tienes razón —claudico.

—Estábamos cenando —me explica—, pero yo era el postre —finaliza.

Nada más que añadir. Todos los presentes terminamos por reír, mi madre es así, y no la puedo cambiar. En realidad, tampoco me gustaría hacerlo.

—¿Qué me dices, Mar? —Gerard formula la pregunta y todos están expectantes por saber mi respuesta.

Saca una pequeña caja de su bolsillo y yo contengo la respiración mientras la abre. Un precioso anillo de compromiso asoma y me saluda. Gerard se arrodilla frente a mí y esta vez, sin letras de por medio, formula la pregunta:

—¿Quieres casarte conmigo?

—Por supuesto que sí —respondo tirándome a sus brazos.

Caemos al suelo, pero nos da igual. Todos contienen las lágrimas, menos Candela, que rompe a llorar. Jaime se la lleva de vuelta a los brazos de su mamá. Sí, porque ahora Alma es mamá.

—Espero que te hayas rasurado, hija, porque te espera una noche calentita —me dice mi madre al oído.

Gerard finge no oírla, pero no puede contener las carcajadas. Es, sin duda, uno de los días más felices de mi vida.

# Epílogo

*Dos meses después...*

—Cómo echaba de menos las noches de karaoke —grita Alma.

Estamos celebrando mi despedida de soltera. El domingo me caso, es decir, pasado mañana. Hemos decidido que sea una boda sencilla a la par que elegante, en un lugar muy especial.

Veo que en la pantalla aparece el nombre de Gerard y este, muy resuelto, sale al escenario a cantar. No me ha dicho cuál es la canción que ha elegido, dice que debo escucharla e interpretarla. De interpretaciones está hecha la vida, parece.

Estamos sentados en una mesa, al pie del escenario. Érika tiene la mirada perdida, quien dice perdida, dice que no deja de mirar a Max que está en la barra con sus ojos clavados en ella. Se comen con ellos, aunque no quieran admitirlo. No tengo claro lo que le ronda por la cabeza, pero está de lo más rara últimamente y me arriesgo a decir que el motivo, está justo enfrente, sentado.

Dilaila, no para de mirar a Óscar que, por supuesto, ha venido, pero acompañado, aunque él, tampoco deja de observar a mi pequeña mariposilla. Lo que yo digo, aquí hay tema que te quemas.

Mi madre está con Agustín bailando. Bueno..., bailar o lo que ellos llaman bailar. Creo que va a tener más de una denuncia por acoso, porque a cada jovencito que pasa, le da una palmada en el culo y luego se gira como si con ella no fuera la cosa. Mi madre, sí, en toda su esencia.

Gerard sube al escenario, es mi hombre misterioso, sí, pero eso no quita que lo vea y babee como un perro. Es perfecto.

Finalmente, Marzia decidió rescindir el contrato, no le interesaba un hombre que renunciara a todo por amor. Tampoco le interesaba un hombre sin fortuna. De Gaetano Gaboardi no sé nada, tampoco me interesa. Gerard me contó detenidamente toda la historia. Me explico que esa transacción que debía durar una semana y regresar a por mí, se complicó mucho más de lo previsto y tuvo que quedarse bastante tiempo; tanto, como cuatro semanas.

Su padre, Gaetano, no intervino tras la partida de Marzizorra, básicamente, porque para él también debió suponer un chasco, uno de los

grandes, el saber que su hijo no se casaría y que ella, tampoco quería saber nada de su hijo, y mucho menos de él.

Evidentemente, Gerard no perdió nada. El contrato quedó rescindido porque Marzia tenía claro lo que pasaría si seguía adelante. No estando ella en la ecuación... el resto fue sencillo. Tan sencillo como que aquí estamos, él subido en el escenario y yo muriendo por comérmelo cuando lleguemos a casa.

Bárbara... Bárbara está en todo su esplendor bailando con un moreno con cuerpo de infarto. Esta tampoco va a esperar a las cinco citas, es más ¿pasará de esta noche?

Comienza a sonar «Deja que te bese», de Alejandro Sanz y Marc Anthony, la reconozco al instante, porque es ahora mismo, la canción que más me gusta del mundo mundial. Y ver a Gerard ahí, plantado, cantando, me vuelve loca. Más loca, quiero decir.

Deja que se enteren  
como yo te quiero y como tú me quieres.  
Deja que nos miren  
cuando te enamores  
no te quejes  
deja que mi alma brille  
(...)  
Tú eres una necesidad  
y solo con un par de besos  
tú puedes derretir mi fuego  
puedes incendiar mi mar.  
Si no me das un beso ya  
tu boca se la lleva el viento  
y cómo le digo lo siento  
a este cuerpo que quiere amar.

Yo, tal y como dice la canción, me levanto y le voy a dar ese beso que me pide. No hay nada en este mundo que me guste más que eso. Bueno, quizás sí, pero no me voy a poner picantona.

El día ha llegado.

No hemos podido dormir. Desde que ha vuelto, no ha habido una sola noche en que no lo hayamos hecho juntos. Finalmente accedí a su petición, y me fui a vivir con él. ¿De qué valía esperar hasta el día de nuestro matrimonio, si ya compartíamos cama todas las noches? Lo de hoy, se debe a mi madre, que quiere guardar las tradiciones. Para unas cosas tan moderna y para otras, tan arcaica.

Gerard consiguió que Juan Carlos Armas me diseñara el vestido, y yo no pude ser más feliz, siempre tuve esa ilusión. Llamadme rara, me da igual.

Érika dice que voy de blanco —si te tranco— y perfectamente podría haberme casado de rojo, tal y como iba vestida el día en que lo conocí. Me casé una vez, firmé un papel que nada representaba y cumplí los votos matrimoniales, todos y cada uno de ellos. Con Gerard es distinto; en esta ocasión, si que lo siento como una primera vez, es mi primera vez en todo. Tengo que disfrutar de ella.

Decidimos que nuestra boda se haría en una finca, a la luz del día, aprovechando los resquicios del buen tiempo. Todos los detalles están cuidados, los manteles blancos, los lazos azules, las servilletas del mismo color. Las flores, por supuesto, blancas, como en esa isla mágica, donde empezó todo y donde termina todo, porque estamos en Ibiza. Nuestra familia más cercana nos acompaña y no necesito más.

Jaime me acompaña al altar. Nuestro hermano mayor, ¿quién mejor que él? Gerard me espera al final del camino, y me sonrío cuando me ve acercarme, gesto que le devuelvo. Mi corazón late desbocado, por supuesto, de felicidad.

—¡Estás preciosa! —me dice cuando ya estoy a su lado.

Jaime me da un beso y se dirige a ocupar su asiento, al lado de Alma, con Candela en sus brazos, esa preciosa niña, rubia como su madre y con los ojos verdes de su padre, nos ha cautivado a todos. Al final estuvo varias semanas en el hospital, pero es una guerrera, como su madre, y salió adelante. Hoy está aquí con nosotros, feliz de ir pasando de brazo en brazo.

Érika se sienta al otro lado, junto a ese famoso abogado, Jorge. Tuvo una cita con él, la primera dio paso a la segunda y así, hasta hoy. Lo hace porque cree que se le agotan las posibilidades, y porque quiere darle por el culo a Max, aunque eso, no lo quiera reconocer abiertamente. Max se sienta al otro lado. Hoy, ella sí que es el perfecto jamón entre esos dos hombretones.

La ceremonia se desarrolla con total normalidad, por supuesto, nos damos el sí quiero, llenos de felicidad.

—Te quiero —le susurro en los labios a Gerard antes de sellar nuestro matrimonio con un beso.

—Te quiero —me responde él antes de tomar mis labios.

Suena «Photograph», de Ed Sheeran, mientras bailamos cogidos de la mano. Nuestro primer baile como marido y mujer, siendo el centro de

atención. Nos sentimos en casa, estamos de nuevo en casa.

El banquete se desarrolla al otro lado de la finca.

—Las vistas al mar son espectaculares.

—Tú sí que estás espectacular. Estoy deseando saber qué se esconde bajo ese vestido de encaje.

—¡Eres un guarro!

—Mucho —me responde como siempre.

Hemos puesto un escenario, con un karaoke para los que quieran participar, es decir, nosotras mismas, que llevamos todo el banquete pensando en él.

—No veo a Jaime y Alma. —Érika deja de mirar a Max y me presta atención a mí.— Hace rato que se fueron en dirección a los baños, creo que el señor Paella tenía un pequeño asunto que resolver con la guarrilla de tu amiga. En resumidas cuentas, deben estar follando como conejos —me explica.

Gerard sube al escenario y le pide una canción a nuestro DJ. Por el rabillo del ojo veo cómo Alma y Jaime vuelven, colocándose bien la ropa. Alma me guiña un ojo y yo le digo sin palabras que ya le vale. Ella se limita a señalar a Jaime de arriba a abajo, no hay nada más que añadir.

Comienza a sonar «Por fin te encontré», de Cali y El Dandee. Alma y Jaime bailan con Candela en los brazos, sin parar de reír. Es la estampa perfecta.

Érika observa a Jorge, que está tomándose una copa. Max se acerca a ella y la invita a bailar. Cruzamos la mirada y la animo a que lo haga. Acepta la propuesta y se une al resto. Por lo menos hoy, el hacha de guerra está enterrada. Mañana no sé qué sucederá.

Gerard me mira y me llama con su dedo índice. Mis pasos, al igual que los suyos en su día, me guían hasta él, hasta mi hogar.

—Nunca me has explicado en qué consiste el efecto Mar Villareal.

—Sencillo de explicar, *piccola bionda*, el efecto Mar Villareal eres tú. Mi ayer, mi hoy y mi mañana, porque por fin te encontré.

Y es que resulta que, las señales me dicen que de una manera u otra, todos los que estamos aquí, por fin nos hemos encontrado, justo a tiempo, justo cuando lo necesitábamos.

Justo en el momento adecuado.

**Fin**

# Constitución Femenina

11. A las amigas se les cuenta todo.
12. Las mejores decisiones en la vida van acompañadas de un «a tomar por el culo» al final.
13. No podemos dejar de vivir cosas por miedo, porque quizás nos perdamos mucho por el camino.
14. Cuando una puerta se cierra, una ventana se abre.
15. El sexo, cuanto más sucio y más morboso, más placentero es, la cuestión principal es la de encontrar al verdadero empotrador con el que llevar a cabo todas esas guarrerías.
16. Las cosas gratis no se rechazan.
17. Si besa bien, te lo come bien.
18. No eres tú, soy yo...
19. No hay nada mejor, para levantarnos el ánimo, que una dosis de comando.

# Sobre la autora

Yanira García, natural de La Matanza de Acentejo, un pequeño pueblo chicharrero, donde nació el 20 de septiembre de 1984. Actualmente reside en Santa Cruz de Tenerife, donde vive con su pareja, su hijo y una tortuga llamada Jérôme.

Diplomada en Trabajo Social y apasionada de la lectura desde la infancia. Siempre sumergida entre libros e historias románticas, llevando allá donde va, un libro en el bolso.

Hace un año aproximadamente, decidió aventurarse a escribir una historia, una de las que se marcan a fuego en el corazón, y es ahí, donde nace: *Quédate con mi Alma* (2017), primer libro de la serie: *Las señales existen*, la cual publica hoy bajo el sello *Bookit*, de Lxl Editorial, y ahora, le sigue la segunda parte de la Serie: *El manual de instrucciones de Mar*.

